prácticas cOnstituyentes

DIECISIETE CONTRADICCIONES Y EL FIN DEL CAPITALISMO

David Harvey



traficantes de sueños



Primera edición: 2000 ejemplares, octubre de 2014
Título: Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo
Autor: David Harvey
Traducción: Juan Mari Madariaga
Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]

Edición:
Dirección de colección: Carlos Prieto del Campo y David Gámez Hernández

IAEN-Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador
Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.
Edificio administrativo, 5to. piso. Quito - Ecuador
Telf: (593) 2 382 9900, ext. 312
www.iaen.edu.ec
editorial@iaen.edu.ec

Traficantes de Sueños
C/ Embajadores 35, local 6. C.P. 28012 Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]
Impresión: Cofás artes gráficas

ISBN 13: 978-84-96453-50-0
Depósito legal: M-26789-2014

Título original: *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*,
Profile Books LTD, 2014.

DIECISIETE CONTRADICCIONES Y EL FIN DEL CAPITALISMO

DAVID HARVEY

JUAN MARI MADARIAGA
(TRADUCTOR)

prácticas constituyentes



traficantes de sueños

A John Davey, en reconocimiento de su apoyo y
sabio consejo a casi todo lo que he publicado

ÍNDICE

PRÓLOGO

LA CRISIS DEL CAPITALISMO QUE TOCA AHORA

LAS CRISIS SON esenciales para la reproducción del capitalismo y en ellas sus desequilibrios son confrontados, remodelados y reorganizados para crear una nueva versión de su núcleo dinámico. Mucho es lo que se derriba y se deshecha para hacer sitio a lo nuevo. Los espacios que fueron productivos se convierten en eriales industriales, las viejas fábricas se derriban o se reconvierten para nuevos usos, los barrios obreros se gentrifican. En otros lugares, las pequeñas granjas y las explotaciones campesinas son desplazadas por la agricultura industrial a gran escala o por nuevas e impolutas fábricas. Los parques empresariales, los laboratorios de I+D y los centros de distribución y almacenaje al por mayor se extienden por todas partes mezclándose con las urbanizaciones periféricas conectadas por autopistas con enlaces en forma de trébol. Los centros metropolitanos compiten por la altura y el glamour de sus torres de oficinas y de sus edificios culturales icónicos, los megacentros comerciales proliferan a discreción tanto en la ciudad como en los barrios periféricos, algunos incluso con aeropuerto incorporado por el que pasan sin cesar hordas de turistas y ejecutivos en un mundo ineluctablemente cosmopolita. Los campos de golf y las urbanizaciones cerradas, que comenzaron en Estados Unidos, pueden verse ahora en China, Chile e India, en marcado contraste con los extensos asentamientos ocupados ilegalmente y autoconstruidos por sus moradores oficialmente denominados *slums* [áreas urbanas hiperdegradadas], favelas o barrios pobres.

Pero lo más llamativo de las crisis no es tanto la trasformación total de los espacios físicos, sino los cambios espectaculares que se producen en los modos de pensamiento y de comprensión, en las instituciones y en las ideologías dominantes, en las alianzas y en los procesos políticos, en las subjetividades políticas, en las tecnologías y las formas organizativas, en las relaciones sociales, en las costumbres y los gustos culturales que conforman la vida cotidiana. Las crisis sacuden hasta la médula nuestras concepciones mentales y nuestra posición en el mundo. Y todos nosotros, participantes inquietos y habitantes de este mundo nuevo que emerge, tenemos que adaptarnos al nuevo estado de cosas mediante la coerción o

el consentimiento, aunque añadamos nuestro granito de arena al estado calamitoso del mundo por mor de lo que hacemos y de cómo pensamos y nos comportamos.

En medio de una crisis es difícil prever dónde puede estar la salida. Las crisis no son acontecimientos sencillos. Aunque tengan sus detonantes evidentes, los cambios tectónicos que representan tardan muchos años en materializarse. La crisis arrastrada durante tanto tiempo que comenzó con el desplome de la bolsa de 1929, no se resolvió definitivamente hasta la década de 1950, después de que el mundo pasara por la Depresión de la década de 1930 y la guerra global de la de 1940. De igual manera, la crisis de la que advirtió la turbulencia en los mercados de divisas internacionales en los últimos años de la década de 1960 y los acontecimientos de 1968 en las calles de muchas ciudades (de París y Chicago a Ciudad de México y Bangkok) no se solucionó hasta mediados de la década de 1980, después de haber pasado, a principios de la de 1970, por el colapso del sistema monetario internacional establecido en 1944 en Bretton Woods, por una década turbulenta de luchas laborales (la de 1970) y por el ascenso y la consolidación de las políticas del neoliberalismo bajo la égida de Reagan, Thatcher, Khol, Pinochet y finalmente Deng en China.

A posteriori no es difícil detectar numerosas señales que preceden a los problemas mucho antes de que la crisis explote ante nuestros ojos y se haga pública. Por ejemplo, las crecientes desigualdades en términos de riqueza monetaria y de renta de la década de 1920 y la burbuja de los activos del mercado inmobiliario, que explotó en 1928 en Estados Unidos, presagiaban el colapso de 1929. De hecho, la forma de salir de una crisis contiene en sí misma las raíces de la siguiente crisis. La financiarización global propulsada por el hiperendeudamiento y cada vez menos regulada, que comenzó en la década de 1980 para solucionar los conflictos con los movimientos obreros, tuvo como resultado, al facilitar la movilidad y la dispersión geográficas, la caída del banco de inversiones Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008.

En el momento que escribo han pasado más de cinco años desde aquel acontecimiento que desencadenó los colapsos financieros en cascada posteriores. Si el pasado sirve de algo, sería necio esperar ahora indicaciones claras sobre qué aspecto tendría un capitalismo revitalizado (si es que tal cosa es posible), pero ya deberíamos contar con diagnósticos concurrentes sobre lo que está mal y con una proliferación de propuestas para enmendar las cosas. Lo que sorprende es la penuria de teorías o estrategias políticas nuevas. A grandes rasgos, el mundo está polarizado entre la continuación, como en Europa y Estados Unidos, si no la profundización, de los remedios neoliberales monetaristas y basados en las políticas del lado de la oferta, que enfatizan la austeridad como la medicina adecuada para curar

nuestros males; y la recuperación de alguna versión, normalmente aguada, de una expansión keynesiana de la demanda financiada mediante el endeudamiento, como en China, que ignora la importancia que atribuía Keynes a la redistribución de la renta a las clases bajas como uno de los componentes clave de sus políticas públicas. Sea cual sea la estrategia política que se siga, el resultado favorece al club de los multimillonarios que constituye ahora una plutocracia cada vez más poderosa tanto a escala nacional como en el mundo entero (caso de Rupert Murdoch). En todas partes, los ricos se están haciendo cada vez más ricos a toda velocidad. Los cien multimillonarios más ricos del mundo (de China, Rusia, India, México e Indonesia, tanto como de los centros tradicionales de riqueza de América del Norte y Europa) añadieron 240 millardos de dólares a sus arcas sólo en 2012 (suficiente, calcula Oxfam, para terminar con la pobreza mundial de un día para otro). En comparación, en el mejor de los casos, el bienestar de las masas se estanca, o más probablemente se degrada de manera acelerada o incluso catastrófica (como en Grecia y España).

Esta vez, la única gran diferencia institucional parece ser el rol de los bancos centrales, con la Reserva Federal de Estados Unidos jugando un papel de liderazgo o incluso dominante en el ámbito mundial. Pero desde su fundación (allá por 1694 en el caso británico), el papel de los bancos centrales ha sido proteger y rescatar a los banqueros y no el ocuparse del bienestar de la gente. El hecho de que Estados Unidos haya podido salir estadísticamente de la crisis en el verano de 2009 y de que las bolsas, casi en todas partes, hayan recuperado sus pérdidas, ha sido consecuencia directa de las políticas de la Reserva Federal. ¿Augura esto un capitalismo global dirigido por la dictadura de los bancos centrales del mundo cuya misión principal es proteger el poder de los bancos y los plutócratas? Si es así, ello no parece ofrecer una posibilidad de solución a los problemas actuales de unas economías estancadas y de unos niveles de vida en descenso para la mayoría de la población mundial.

Hay también mucha cháchara sobre las posibilidades de una solución tecnológica provisional de los males actuales de la economía. Aunque el entrelazamiento de nuevas tecnologías y nuevas formas organizativas ha jugado siempre un papel importante en la facilitación de la salida de las crisis, este nunca ha sido determinante. Ahora, la fuente de esperanza apunta hacia un capitalismo «basado en el conocimiento» (con la ingeniería biomédica y genética y la inteligencia artificial en primer plano), pero la innovación es siempre una espada de doble filo. Después de todo, la década de 1980 nos legó la desindustrialización gracias a la automatización, de forma que empresas como General Motors (que empleaba trabajadores sindicados y bien pagados en la década de 1960) han sido sustituidas por empresas como Walmart (cuya inmensa masa de trabajadores no está

sindicada y gana salarios bajos), que son ahora los mayores empleadores privados de Estados Unidos. Si la actual oleada de innovación apunta en alguna dirección, es hacia la disminución de las posibilidades de empleo para los trabajadores y el aumento de la importancia de las rentas derivadas de los derechos de propiedad intelectual para el capital. Pero si todo el mundo intenta vivir únicamente de las rentas y nadie invierte en hacer algo, entonces claramente el capitalismo se dirige hacia una crisis de un tipo completamente distinto.

No son sólo las elites capitalistas y sus acólitos académicos e intelectuales los que parecen incapaces de romper de manera radical con su pasado o de concretar una salida viable de la intolerable crisis de bajo crecimiento, estancamiento, desempleo elevado y pérdida de la soberanía del Estado ante el poder de los propietarios de los bonos de deuda pública. Las fuerzas de la izquierda tradicional (partidos políticos y sindicatos) son claramente incapaces de organizar una oposición sólida contra el poder del capital. Han sido derrotadas tras treinta años de ataques ideológicos y políticos por parte de la derecha, mientras el socialismo democrático está desacreditado. El colapso estigmatizado del comunismo realmente existente y la «muerte del marxismo» después de 1989 pusieron las cosas peor todavía. Lo que queda de la izquierda radical actúa ahora mayoritariamente fuera de los canales de la oposición organizada o institucional, esperando que las acciones a pequeña escala y el activismo local puedan a la larga converger en algún tipo de gran alternativa satisfactoria. Esta izquierda, que por extraño que parezca acoge una ética de antiestatismo libertaria e incluso neoliberal, está alimentada intelectualmente por pensadores como Michel Foucault y todos los que han vuelto a juntar los fragmentos posmodernos bajo el estandarte de un posestructuralismo en gran medida incomprensible que favorece las políticas identitarias y se abstiene de los análisis de clase. Los puntos de vista y acciones autónomos, anarquistas y localistas abundan por doquier, pero dado que esta izquierda quiere cambiar el mundo sin tomar el poder, la clase capitalista plutócrata, cada vez más consolidada, se mantiene sin que se desafíe su capacidad de dominar el mundo ilimitadamente. Esta nueva clase gobernante se apoya en un Estado de seguridad y vigilancia que no duda en la utilización de sus poderes de policía para aplastar cualquier tipo de disidencia en nombre de la lucha antiterrorista.

Este libro está escrito en este contexto. El planteamiento que he adoptado es bastante poco convencional, ya que sigue el método marxista, pero no necesariamente sus prescripciones, y es de temer que los lectores desistan por ello de seguir resueltamente los razonamientos que aquí se exponen. Pero es evidente que necesitamos algo diferente en cuanto a métodos de investigación y concepciones mentales en estos tiempos intelectualmente estériles si deseamos escapar del paréntesis actual en el que se

hallan inmersos el pensamiento económico, la aplicación de las políticas públicas y la política *tout court*. Después de todo, es evidente que el motor económico del capitalismo está pasando por dificultades graves. Avanza a bandazos entre chisporroteos que amenazan con una parada en seco o explosiones episódicas sin previo aviso aquí y allá. Las señales de peligro aparecen a cada paso junto con los pronósticos de una vida plena para todos en algún punto del camino. Nadie parece comprender de manera coherente el cómo, no digamos ya el porqué, de que el capitalismo esté en un momento tan malo. Pero siempre ha sido así. Las crisis mundiales han sido siempre, como Marx dijo una vez: «La concentración real y el ajuste forzoso de todas las contradicciones de la economía burguesa»[1]. Desentrañar esas contradicciones debería revelarnos mucho sobre los problemas económicos que tanto nos aquejan. Con toda seguridad merece la pena intentarlo en serio.

También parecía correcto dibujar los resultados probables y las consecuencias políticas posibles que se derivan de la aplicación de este modo distintivo de pensamiento a la comprensión de la economía política del capitalismo. Estas consecuencias pueden no parecer realistas a primera vista, no digamos ya practicables o políticamente digeribles. Pero es vital que se lancen alternativas, por muy extrañas que parezcan, y si fuera necesario, que se adopten si las condiciones así lo indican. De esta manera se puede abrir una ventana a todo un campo de posibilidades sin explotar y sin reconocimiento. Necesitamos un foro abierto –una asamblea global, por así decirlo– para analizar en qué punto se halla el capital, hacia dónde se encamina y qué debe hacerse al respecto. Espero que este breve libro contribuya de algún modo al debate.

Nueva York, enero de 2014.

[1] Karl Marx, *Theories of Surplus Value*, Parte 2, Londres, Lawrence and Wishart, 1969, p. 540 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, Barcelona, Crítica, 1977].

INTRODUCCIÓN

SOBRE LA CONTRADICCIÓN

> Tiene que haber una forma de examinar el presente que muestre en su interior cierto futuro como potencialidad; de otro modo, sólo se hace a la gente desear infructuosamente [...]
>
> Terry Eagleton, *Why Marx Was Right*, p. 69.

> En las crisis del mercado mundial se revelan aparatosamente las contradicciones y antagonismos de la producción burguesa. En lugar de investigar cuáles son los elementos contradictorios que entrechocan, los apologetas se contentan con negar la catástrofe misma y se obstinan en afirmar, frente a su periodicidad regular, que si la producción tuviese lugar según prevén los manuales, nunca se darían crisis. La apologética se resume pues en el falseamiento de las relaciones económicas más simples y especialmente en sostener la unidad frente a la contradicción.
>
> Karl Marx, *Theories of Surplus Value*, tomo 2, p. 500.

EN INGLÉS EL concepto de «contradicción» se utiliza con dos significados básicos diferentes. El más común y más obvio deriva de la lógica de Aristóteles, cuando dos proposiciones son tan opuestas que no pueden ser ambas ciertas a la vez. La afirmación «todos los mirlos son negros», por ejemplo, contradice en ese sentido la afirmación «todos los mirlos son blancos». Si una de esas afirmaciones es cierta, la otra no puede serlo.

El otro uso es el que se refiere a dos fuerzas aparentemente opuestas simultáneamente presentes en una situación, una entidad, un proceso o un acontecimiento determinado. Muchos de nosotros, por ejemplo, experimentamos una tensión entre las exigencias del empleo con el que nos ganamos la vida y la construcción de una vida personalmente satisfactoria en el hogar. A las mujeres en particular se les aconseja constantemente sobre cómo mantener un mejor equilibrio entre los objetivos de su carrera profesional y sus obligaciones familiares. A cada momento nos vemos tironeados por tales tensiones, que tenemos que superar un día tras otro

evitando que nos estresen o agoten demasiado. Podemos incluso soñar con eliminarlas interiorizándolas. En el caso de las contradicciones entre la vida en familia y el trabajo, por ejemplo, podemos situar esos dos aspectos rivales de nuestra actividad en el mismo espacio y no separarlos en el tiempo; pero eso no siempre ayuda, como reconocerá quienquiera que se vea obligado a permanecer pegado a la pantalla del ordenador, esforzándose por cumplir un plazo marcado, mientras los niños juegan con cerillas en la cocina (por esta razón suele ser costumbre separar netamente los espacios y tiempos de la vida y el trabajo).

Siempre han existido tensiones entre las exigencias de la producción organizada y la necesidad de reproducir la vida cotidiana; pero a menudo son latentes, más que abiertas, y como tales permanecen inadvertidas para la gente que intenta cumplir sus obligaciones diarias. Además, esas oposiciones no están siempre claramente definidas, sino que pueden ser porosas e interpenetrarse. La distinción entre trabajo y vida, por ejemplo, a menudo se difumina (yo suelo tener ese problema). Del mismo modo que la distinción entre fuera y dentro depende de la existencia de fronteras nítidas, y a veces puede no haberlas, hay muchas situaciones en las que resulta difícil delimitar oposiciones claras.

Pero hay situaciones en las que las contradicciones se hacen más obvias. Se agudizan y llegan a un punto en que la tensión entre deseos opuestos se hace insoportable. Es el caso de la que se suscita entre los alicientes profesionales y una vida familiar satisfactoria, las circunstancias externas pueden cambiar y convertir lo que en otro tiempo fue una tensión aceptable, en una crisis: las exigencias del empleo pueden alterarse (por ejemplo, con un cambio de horario o ubicación) y también pueden modificarse las circunstancias en el frente hogareño (una enfermedad repentina, la suegra que se hacía cargo de los niños después de la escuela se va a vivir a Florida…), así como los sentimientos íntimos de las personas: alguien experimenta una epifanía, se concluye que «no se puede seguir así» y se abandona asqueado el empleo o el hogar. Principios éticos o religiosos recién adquiridos pueden exigir una forma diferente de estar en el mundo. Distintos grupos de la población (por ejemplo, mujeres y hombres) o distintos individuos pueden sentir y reaccionar de forma muy diferente frente a contradicciones similares. En la definición y apreciación del poder de las contradicciones existe un poderoso elemento subjetivo; lo que es insoportable para uno puede no significar nada especial para otro. Aunque las razones pueden variar y las condiciones diferir, las contradicciones latentes pueden intensificarse de repente hasta convertirse en crisis violentas. Una vez resueltas, las contradicciones pueden también atenuarse de repente (aunque rara vez sin dejar marcas y a veces cicatrices de su paso). El genio queda así temporalmente encerrado de nuevo en la botella, por decirlo así, de modo habitual mediante algún reajuste radical entre las fuerzas opuestas enfrentadas que se hallan en la raíz de la contradicción.

Las contradicciones no son siempre rotundamente malas y evidentemente no trato de sugerir connotaciones automáticamente negativas. Pueden constituir una fuente fecunda de cambio social y personal de la que la gente salga mucho mejor que antes. No siempre sucumbimos y nos perdemos en ellas. Podemos utilizarlas creativamente. Una de las eventuales salidas de una contradicción es la innovación. Podemos adaptar nuestras ideas y prácticas a nuevas circunstancias y aprender de la experiencia a ser mejores y más tolerantes. Parejas que se han distanciado pueden redescubrir las virtudes del otro cuando tratan de resolver una crisis entre trabajo y familia, o pueden encontrar una solución tejiendo nuevos lazos duraderos de apoyo y cuidado mutuo en el ámbito donde viven. Ese tipo de adaptación se puede dar tanto a escala individual como macroeconómica. Gran Bretaña, por ejemplo, se vio en una situación contradictoria a principios del siglo XVIII: se necesitaba tierra para extraer biocombustibles (en particular carbón vegetal) y para la producción de alimentos, y en una época en que la capacidad del comercio internacional en energía y alimentos era limitada, el desarrollo del capitalismo amenazaba interrumpirse debido a la creciente rivalidad con respecto a uno u otro de esos usos de la tierra. La respuesta estaba en excavar minas a cierta profundidad para obtener carbón como fuente de energía, de forma que la superficie se pudiera utilizar únicamente para la producción de alimentos. Más tarde, la invención de la máquina de vapor contribuyó a revolucionar el propio capitalismo al generalizarse el uso de combustibles fósiles. Una contradicción puede ser con frecuencia la «madre de una invención»; pero observemos algo importante al respecto: el recurso a los combustibles fósiles alivió entonces una contradicción pero ahora, siglos después, intensifica otra entre su uso desmedido y el cambio climático. Las contradicciones tienen la desagradable costumbre de no ser resueltas sino simplemente desplazadas. Observemos bien este principio, porque aparecerá muchas veces en lo que sigue.

Las contradicciones del capital han generado a menudo innovaciones, muchas de las cuales han mejorado la calidad de la vida cotidiana. Cuando las contradicciones dan lugar a una crisis del capital, propician momentos de «destrucción creativa». Rara vez sucede que lo que se crea y lo que se destruye esté predeterminado y menos aún que todo lo que se crea sea malo y todo lo que era bueno resulte destruido, y rara vez se resuelven totalmente las contradicciones. Las crisis son momentos de transformación en los que el capital suele reinventarse a sí mismo y transformarse en algo diferente; y ese «algo diferente» puede ser mejor o peor para la gente por mucho que estabilice la reproducción del capital. Pero las crisis son también momentos de peligro cuando la reproducción del capital se ve amenazada por las contradicciones subyacentes.

En este estudio me atendré a la concepción dialéctica de la contradicción, más que a la de la lógica aristotélica[1]. No quiero decir con esto que la definición aristotélica sea equivocada; las dos definiciones –aparentemente contradictorias– son autónomas y compatibles, sólo que se refieren a circunstancias muy diferentes. En cuanto a la concepción dialéctica, muy rica en posibilidades, no me parece tan difícil de emplear como a veces se piensa.

Para empezar, en cualquier caso, debo atender a la que es quizá la contradicción más importante: la que se da entre realidad y apariencia en el mundo en el que vivimos.

Marx nos advirtió, como es sabido, que nuestra tarea consiste en cambiar el mundo más que en entenderlo; pero enjuiciando la totalidad de sus escritos hay que reconocer que dedicó infinitas horas en la biblioteca del Museo Británico a la tarea de entender el mundo. Y fue así, creo, por una razón muy simple, la que se suele expresar bajo el término «fetichismo». Con ese término Marx se refería a las diversas máscaras, disfraces y distorsiones de lo que sucede realmente en el mundo que nos rodea. «Si todo fuera tal como parece superficialmente –escribía– no habría ninguna necesidad de ciencia». Para poder actuar coherentemente en el mundo tenemos que indagar bajo las apariencias superficiales, ya que éstas suelen inducir a una actuación con resultados desastrosos. Los científicos nos enseñaron hace mucho tiempo, por ejemplo, que el sol no gira en torno a la tierra, como parece (¡aunque un reciente estudio sociológico realizado en Estados Unidos mostraba que el 20 por 100 de la población estadounidense sigue creyendo que es así!). Los profesionales de la medicina reconocen igualmente que existe una gran diferencia entre los síntomas y las causas subyacentes, habiendo transformado, con gran esfuerzo, su comprensión de las diferencias entre apariencias y realidades en el arte especializado del diagnóstico médico. Hace un tiempo yo tuve un dolor agudo en el pecho y estaba convencido de que era un problema de corazón, pero resultó ser un dolor reflejo de un nervio pinzado en el cuello que se resolvió con unos cuantos ejercicios físicos. Marx quería generar el mismo tipo de comprensión profunda en lo que se refiere a la circulación y acumulación del capital, por debajo de las apariencias superficiales que disfrazan la realidad subyacente. El acuerdo o desacuerdo con sus diagnósticos específicos no es lo que nos importa ahora (aunque sería estúpido no tener en cuenta sus descubrimientos), sino reconocer la posibilidad general de que a menudo atendamos a los síntomas más que a las causas subyacentes y de tener que desenmascarar lo que sucede verdaderamente bajo múltiples capas de apariencias superficiales a menudo engañosas.

---

[1] Bertell Ollman, *The Dance of the Dialectic. Steps in Marx's Method*, Champagne (IL), University of Illinois Press, 2003.

Déjenme ofrecer algunos ejemplos: si pongo 100 dólares en una cuenta de ahorro con una tasa de interés compuesto del 3 por 100, al cabo de 20 años mis ahorros habrán aumentado hasta 180,61 dólares. El dinero parece tener la capacidad mágica de poner sus propios huevos de oro, de crecer con un incremento anual cada vez mayor; sin que yo haga nada, mi cuenta de ahorros medra cada vez más. ¿Pero de dónde viene realmente el aumento de dinero (el interés)?

Ese no es el único tipo de fetiche en nuestro entorno próximo. El supermercado está lleno de signos y disfraces fetichistas. Una lechuga cuesta la mitad que un cuarto de kilo de tomates. ¿Pero de dónde vienen la lechuga o los tomates y quién es el que ha trabajado para producirlos o quién los ha transportado hasta el supermercado? ¿Y por qué cuesta un artículo mucho más que otro? Además, ¿quién tiene el derecho a adjuntar cierto signo cabalístico a los artículos en venta como $, € o £ o de convertirlos en números como medio kilo cuesta un dólar o el kilo vale dos euros? Los artículos aparecen mágicamente en el supermercado con una etiqueta que marca su precio, de modo que los clientes con dinero pueden satisfacer sus deseos y necesidades dependiendo de cuánto lleven en sus bolsillos. Nos hemos acostumbrado a todo eso, pero no percibimos que no tenemos ni idea de dónde vienen la mayoría de los artículos, cómo se producen, quién los hace y en qué condiciones, o por qué se intercambian en las proporciones en que lo hacen y qué demonios es realmente el dinero que utilizamos (¡en particular cuando leemos que la Reserva Federal acaba de crear otro billón de dólares sacándoselo del sombrero!).

La contradicción entre realidad y apariencia derivada de todo ello es con mucho la más general y difundida que tendremos que afrontar al tratar de desvelar las contradicciones más específicas del capital. El fetiche entendido de esa forma no es una creencia insensata, una mera ilusión o una galería de espejos (aunque a veces parece serlo). Es realmente lo que sucede al usar el dinero para comprar mercancías o servicios y vivir sin más preocupación que la cantidad de dinero que tenemos y cuánto se podrá comprar con ella en el supermercado. Cierto es que el dinero guardado en mi cuenta de ahorros crece de año en año, pero si se le pregunta a alguien «¿qué es el dinero?», la respuesta suele ser un silencio perplejo. A cada paso nos esperan mistificaciones y máscaras, aunque ocasionalmente, por supuesto, nos sintamos conmocionados al leer que el millar o más de trabajadores que murieron al derrumbarse un edificio en Bangladesh se dedicaban a confeccionar las camisas que compramos en los grandes almacenes y que vestimos despreocupadamente. En general no sabemos nada de la gente que produce los bienes que dan sustento a nuestra vida cotidiana.

Podemos vivir perfectamente bien en un mundo fetichista de signos y apariencias superficiales, sin necesidad de saber nada de cómo funciona (del mismo modo que podemos accionar un interruptor y disponer de luz sin saber nada de la generación de electricidad). Sólo cuando sucede algo extraordinario –los estantes del supermercado están vacíos, los precios suben disparatadamente, el dinero que guardamos en nuestra cuenta disminuye bruscamente de valor, o la luz no se enciende– nos hacemos las grandes preguntas sobre por qué y cómo esas cosas que suceden «tan lejos», más allá de las puertas y de los muelles de descarga de los grandes almacenes, pueden afectar tan espectacularmente a la vida y el sustento cotidianos.

En este libro trataré de ir más allá de ese fetichismo y de determinar las fuerzas contradictorias que asedian al motor económico que hace funcionar al capitalismo, porque creo que la mayor parte de las explicaciones sobre lo que viene sucediendo son profundamente erróneas: reproducen el fetichismo y no hacen nada por despejar la niebla del equívoco.

Haré sin embargo una clara distinción entre *capitalismo* y *capital*. Esta investigación se centra en el capital y no en el capitalismo. ¿Qué implica esa distinción? Por capitalismo entiendo cualquier sistema social en el que predominan de forma hegemónica los procesos de circulación y acumulación del capital a la hora de proporcionar y configurar las bases materiales, sociales e intelectuales para la vida en común. El capitalismo está cuajado de innumerables contradicciones, muchas de las cuales no tienen, sin embargo, nada que ver directamente con la acumulación del capital. Esas contradicciones trascienden las especificidades de las formaciones sociales capitalistas. Como ejemplo podrían señalarse las contradicciones asociadas a las relaciones de género heteropatriarcales dominantes en las antiguas Grecia y Roma, en la antigua China, en Mongolia o en Ruanda. Lo mismo se puede decir de las distinciones raciales, entendidas como cualquier pretensión de superioridad biológica por parte de algún subgrupo de la población frente al resto (la raza no se define por lo tanto en términos de fenotipo: las clases obrera y campesina en Francia a mediados del siglo XIX eran abierta y ampliamente consideradas como biológicamente inferiores, opinión que cabe detectar en muchas de las novelas de Zola). La racialización y las discriminaciones de género se mantienen desde hace mucho tiempo y es evidente que la historia del capitalismo está intensamente racializada y generizada. Cualquiera podría entonces preguntarme por qué no incluyo las contradicciones de raza o de género (junto a muchas otras, como el nacionalismo, la etnicidad y la religión) como fundamentales en este estudio de las contradicciones del capital.

La respuesta más breve e inmediata es que las excluyo porque ,aunque sean omnipresentes en el capitalismo, no corresponden específicamente a la forma de circulación y acumulación que constituye el motor económico del mismo.

Eso no significa en absoluto que no tengan ningún efecto sobre la acumulación de capital o que ésta no les afecte (quizá sería mejor decir «infecte») igualmente o las explote activamente. El capitalismo ha impulsado claramente en varias épocas y lugares la racialización, por ejemplo, hasta el extremo de los horrores de los genocidios y los holocaustos. El capitalismo contemporáneo simplemente aprovecha las discriminaciones y la violencia de género, así como la frecuente deshumanización de la gente de color. Las intersecciones e interacciones entre racialización y acumulación de capital son muy evidentes y están poderosamente presentes, pero un examen de esas cuestiones no nos dice particularmente nada sobre cómo funciona el motor económico del capital, por más que identifique una de las fuentes de donde extrae su energía.

Una respuesta más detallada requeriría una mejor comprensión de mi propósito y del método que he elegido utilizar. De la misma forma que un biólogo puede aislar determinado ecosistema cuya dinámica (¡y contradicciones!) hay que analizar como si no existiera el resto del mundo, yo trato de aislar la circulación y acumulación del capital de todo lo demás que las rodea. Las trato como un «sistema cerrado» a fin de determinar sus principales contradicciones internas. Utilizo, en resumen, el poder de la abstracción para construir un modelo de cómo funciona el motor económico del capitalismo. Uso ese modelo para explorar por qué y cómo se producen las crisis periódicas y si, a largo plazo, existen ahí ciertas contradicciones que pueden demostrarse fatales para la perpetuación del capitalismo tal como lo conocemos.

Del mismo modo que el biólogo admitirá fácilmente que fuerzas y trastornos externos (huracanes, calentamiento global y subida del nivel del mar, contaminantes nocivos en el aire o en el agua) perturbarán o incluso alterarán sustancialmente la dinámica «normal» de la reproducción ecológica en el área que ha aislado para su estudio, lo mismo sucede en mi caso: las guerras, el nacionalismo, las contiendas geopolíticas, los desastres de diversos tipos forman parte de la dinámica del capitalismo, junto con grandes dosis de racismo, odio y discriminaciones de género, sexuales, religiosas y étnicas. Se necesitaría un holocausto nuclear para acabar con todas ellas antes de que ninguna contradicción interna potencialmente fatal del capitalismo haya concluido su obra.

No digo, por lo tanto, que todo lo que sucede en el capitalismo sea obra de las contradicciones del capital, pero sí pretendo discernir las contradicciones internas de este que han generado las recientes crisis haciendo parecer como si no hubiera ninguna salida clara sin destruir la vida y sustento de millones de personas de todo el mundo.

Permítaseme utilizar otra metáfora para explicar mi método. Un gran buque que surca el océano es un lugar particular y complicado donde tienen

lugar distintas actividades, relaciones e interacciones sociales. Distintas clases, géneros, etnias y razas interactúan en formas a veces amistosas y otras violentamente conflictivas mientras transcurre el crucero. Los empleados, desde el capitán hasta el último grumete, están jerárquicamente organizados y algunos grupos (por ejemplo, los camareros que atienden a las cabinas) pueden estar enfrentados con sus supervisores y molestos con la gente a la que supuestamente deben servir. Podemos aspirar a describir en detalle lo que sucede en la cubierta y en las cabinas de ese navío y por qué. Pueden estallar contiendas entre los pasajeros de distintos puentes, aislándose los más ricos en los superiores para jugar una partida infinita de póquer y redistribuir la riqueza entre ellos, sin prestar ninguna atención a lo que sucede más abajo. Pero mi propósito aquí no es entrar a estudiar todo eso. En la sala de máquinas de ese barco se alojan sus calderas y compresores, un motor económico que funciona día y noche proporcionándole energía y permitiéndole desplazarse por el océano. Todo lo que sucede en esa nave depende de que ese motor siga funcionando. Si se estropea o estalla, el barco dejará de navegar.

En nuestro caso es el motor del capitalismo el que de modo obvio se viene estremeciendo en los últimos tiempos, y parece particularmente vulnerable. En esta investigación trataré de establecer por qué. Si se avería definitivamente y el barco deja de desplazarse, podemos vernos todos en un problema muy serio. Habrá que reparar el motor o sustituirlo por otro con un diseño diferente. En este último caso, se plantea la cuestión de cómo rediseñar el motor económico y con qué características. Para hacerlo será útil saber qué es lo que funciona o no funciona bien en el viejo motor, de manera que podamos emular sus buenas cualidades sin reproducir sus fallos.

Hay, sin embargo, unos cuantos puntos clave en los que las contradicciones del capitalismo afectan al motor económico del capital con fuerza potencialmente destructiva. Si el motor se inunda debido a acontecimientos externos (como una guerra nuclear, una pandemia infecciosa global que interrumpe todo comercio, un movimiento revolucionario desde arriba que arremete contra los maquinistas de abajo o un capitán negligente que dirige al barco contra un arrecife) el motor del capital se interrumpiría entonces por razones distintas a sus propias contradicciones. En lo que sigue señalaré debidamente los puntos primordiales en los que el motor de la acumulación de capital puede ser particularmente vulnerable a tales influencias externas, pero no analizaré en detalle sus consecuencias dado que, como ya he dicho, mi propósito aquí es aislar y analizar las contradicciones *internas* del capital más que las contradicciones del capitalismo en su conjunto.

En ciertos círculos parece de buen gusto despreciar o menospreciar ese tipo de estudios como «capitalocéntricos», pero yo no veo nada malo en ellos con tal, por supuesto, que las pretensiones interpretativas que surgen de los mismos no se lleven demasiado lejos o en una dirección equivocada; y también creo necesario disponer de estudios capitalocéntricos mucho más sofisticados y profundos que faciliten una mejor comprensión de los problemas recientes con que se ha encontrado la acumulación de capital. ¿Cómo podemos interpretar si no los persistentes problemas actuales del desempleo masivo, la espiral a la baja del desarrollo económico en Europa y Japón, los inconstantes avances a trompicones en China, India y los demás países denominados colectivamente como BRIC? Sin una guía adecuada de las contradicciones que subyacen a tales fenómenos, estaremos perdidos. Es con seguridad miope, cuando no peligroso y ridículo, menospreciar como «capitalocéntricas» las interpretaciones y teorías de cómo funciona el motor económico de la acumulación de capital en relación con la coyuntura actual. Sin tales estudios interpretaremos equivocadamente, con gran probabilidad, los acontecimientos que se vienen produciendo. Las interpretaciones erróneas conducen casi siempre a políticas erróneas cuyo resultado será profundizar más que aliviar las crisis de acumulación y la miseria social que se deriva de ellas. Se trata, en mi opinión, de un serio problema en la totalidad del mundo capitalista actual: políticas erróneas basadas en una teorización errónea agravan las dificultades económicas y exacerban los trastornos sociales y la miseria resultante. Para el hipotético movimiento «anticapitalista» ahora en formación es aún más crucial no sólo entender mejor el funcionamiento de su antagonista para oponerse al mismo, sino también articular una clara argumentación sobre por qué tiene sentido en nuestra época un movimiento de este tipo y por qué es tan necesario tal movimiento en los difíciles años que nos esperan para que el conjunto de la humanidad pueda vivir una vida decente.

Así pues, lo que pretendo aquí es una mejor comprensión de las contradicciones del *capital*, no del *capitalismo*. Quiero saber cómo funciona el motor económico del *capitalismo*, por qué funciona como lo hace, y por qué podría tambalearse y detenerse y a veces parece estar a punto del colapso. También quiero mostrar por qué debería sustituirse ese motor económico y cuál podría ser su eventual reemplazo.

PRIMERA PARTE
LAS CONTRADICCIONES FUNDAMENTALES

Las siete primeras contradicciones son fundamentales porque el capital simplemente no podría existir ni funcionar sin ellas. Además, todas ellas están entrelazadas de tal modo que hacen imposible modificar sustancialmente cualquiera de ellas, y menos aún abolirla, sin modificar seriamente o abolir las otras. Cuestionar el papel dominante del valor de cambio en el suministro de un valor de uso como la vivienda, por ejemplo, supondría cambiar la forma y el papel del dinero y modificar, si no abolir, el régimen de derechos de propiedad privada que tan bien conocemos. La búsqueda de una alternativa anticapitalista parece por consiguiente una tarea bastante ardua. Tendrían que producirse transformaciones simultáneas en muchos frentes. Las perturbaciones en cualquiera de ellos se han visto a menudo contenidas por fuertes resistencias en otros puntos, de forma que se han podido evitar crisis generales; pero las interrelaciones entre las distintas contradicciones se hacen a veces tóxicas. La intensificación de una de esas contradicciones puede hacerla contagiosa. Cuando los contagios se multiplican y amplían (como sucedió claramente en 2007-2009), entonces se produce una crisis general, algo muy peligroso para el capital y que crea oportunidades para una lucha anticapitalista a escala de todo el sistema. Por eso es tan importante un análisis de las contradicciones capaces de generar tales crisis generales. Si los movimientos de oposición y en particular los anticapitalistas saben qué pueden esperar en general al ampliarse e intensificarse las contradicciones, estarán mejor preparados para aprovecharlas, en lugar de verse sorprendidos y frustrados por su desarrollo (tanto geográfico como sectorial) en el curso de la formación y resolución de las crisis. Si éstas son fases de transición y turbulencia en las que el capital se reconstituye con una nueva forma, son también fases en las que se pueden plantear cuestiones profundas y los movimientos sociales que tratan de rehacer el mundo transformándolo pueden actuar sobre ellas.

CONTRADICCIÓN 1
VALOR DE USO Y VALOR DE CAMBIO

NADA PODRÍA SER más simple. Entro en un supermercado con dinero en el bolsillo y con él compro algunos artículos alimenticios. No me puedo comer el dinero, pero sí esos artículos, de forma que la comida me es útil en formas en que el dinero no lo es. Los alimentos son pronto usados y consumidos, mientras que los trozos de papel y las monedas que son aceptadas como dinero siguen circulando indefinidamente. Parte del dinero que me cobran en el supermercado es a continuación pagado en forma de salario al cajero o cajera, que a su vez utiliza el dinero para comprar más comida. Parte de él se lo quedan los propietarios en forma de beneficio y lo gastan en todo tipo de cosas. Otra parte va a los intermediarios y finalmente a los productores directos de los alimentos, quienes también lo gastan de diversas formas, y así sucesivamente. En una sociedad capitalista tienen lugar diariamente millones de esas transacciones. Las mercancías como la comida, la ropa y los teléfonos móviles vienen y van, mientras que el dinero sigue circulando por los bolsillos de la gente (o las cajas fuertes de las instituciones). Así es como la mayor parte de la población mundial vive habitualmente su vida cotidiana.

En una sociedad capitalista, todas las mercancías que compramos tienen un valor de uso y un valor de cambio. La diferencia entre ambas formas del valor es significativa, y en la medida en que a menudo se enfrentan una con otra constituye una contradicción que puede dar lugar ocasionalmente a una crisis. Los valores de uso son infinitamente variados (incluso para el mismo artículo), mientras que el valor de cambio (en condiciones normales) es uniforme y cualitativamente idéntico (un dólar es un dólar, e incluso cuando es un euro tiene un tipo de cambio conocido con el dólar).

Consideremos, por ejemplo, el valor de uso y el valor de cambio de una vivienda. Como valor de uso, ésta ofrece cobijo; es un lugar donde la gente puede construirse un hogar y una vida afectiva; es un nicho de reproducción cotidiana y biológica (donde cocinamos, hacemos el amor, tenemos discusiones y educamos a los niños); ofrece privacidad y seguridad en un mundo inestable. Puede también funcionar como símbolo de

estatus o de pertenencia social a algún subgrupo, como signo de riqueza y poder, como señal mnemónica de memoria histórica (tanto personal como social), como objeto de importancia arquitectónica, o simplemente para ser admirado y visitado por los turistas como creación elegante y hermosa (como la Casa de la Cascada de Frank Lloyd Wright). Puede convertirse en un taller para un innovador con aspiraciones (como el famoso garaje que se convirtió en centro de lo que iba a ser Silicon Valley). Puede ocultar un taller de trabajo esclavo en el sótano o utilizarse como escondrijo para inmigrantes perseguidos o como base para el tráfico de esclavas sexuales. Podríamos proseguir con una larguísima lista de distintos usos que se le pueden dar a la vivienda. Sus usos potenciales son, en resumen, aparentemente infinitos y muy a menudo puramente idiosincrásicos.

¿Pero qué se puede decir de su valor de cambio? En gran parte del mundo contemporáneo tenemos que comprar la vivienda o alquilarla a fin de disponer del privilegio de usarla, para lo que tenemos que emplear dinero. La cuestión es cuánto valor de cambio se requiere para procurarnos sus usos y cómo afecta ese «cuánto» a nuestra capacidad para disponer de los usos particulares que deseamos y necesitamos. Suena como una pregunta simple, pero de hecho su respuesta es bastante complicada.

Hace ya mucho tiempo, los pioneros de la frontera estadounidense construían sus propias casas sin apenas ningún coste monetario: la tierra era gratuita, utilizaban su propio trabajo (o se procuraban la ayuda colectiva de los vecinos sobre una base recíproca: tú me ayudas a mí ahora con mi tejado y yo te ayudaré la semana que viene con tus cimientos) y obtenían del entorno muchas de las materias primas (madera, adobes, etc.). Las únicas transacciones monetarias eran las relacionadas con la adquisición de hachas, sierras, clavos, martillos, cuchillos, arneses para los caballos y cosas parecidas. Todavía pueden encontrarse sistemas de producción de viviendas de ese tipo en los asentamientos informales que constituyen las áreas urbanas hiperdegradadas [*slums*] de muchas ciudades de los países en vías de desarrollo y así se construyeron por ejemplo las *favelas* en Brasil. La promoción de la «autoayuda» por el Banco Mundial desde la década de 1970 señaló formalmente ese sistema de construcción de viviendas como adecuado para las poblaciones de bajos ingresos de muchos países del mundo. Su valor de cambio es relativamente limitado.

Las viviendas se pueden también «construir por encargo». Alguien dispone de suelo y paga arquitectos, contratistas y constructores para edificar una casa con su propio diseño. El valor de cambio queda fijado por el coste de las materias primas, los salarios de los albañiles y carpinteros y el pago por los servicios necesarios para habilitar la casa. El valor de cambio no domina en este caso, pero puede limitar las posibilidades de crear valores de uso (no se dispone de suficiente dinero para construir un garaje o todo

un ala de una de una mansión aristocrática se queda sin construir porque se acaban los fondos de financiación). En las sociedades capitalistas avanzadas mucha gente amplía el valor de uso de una vivienda existente (construyendo un cobertizo anejo o elevando la construcción con un desván, por ejemplo).

En gran parte del mundo capitalista avanzado, no obstante, las viviendas se construyen especulativamente como una mercancía destinada a ser vendida en el mercado a quienquiera que pueda pagarla y la necesite. La oferta de viviendas de ese tipo ha sido durante mucho tiempo característica en las sociedades capitalistas. Así es como se construyeron las famosas terrazas georgianas de Bath, Bristol, Londres, etc., a finales del siglo XVIII. Más adelante, tales prácticas especulativas de construcción se articularon para erigir los bloques de apartamentos de la ciudad de Nueva York, las viviendas en hilera para la clase obrera en ciudades industriales como Filadelfia, Lille o Leeds, y las urbanizaciones periféricas típicas de las ciudades estadounidenses. El valor de cambio queda fijado por los costes básicos de la edificación de la casa (trabajo y materias primas), pero en este caso se añaden otros dos costes: en primer lugar, el margen de beneficio que espera el constructor que desembolsa el capital inicial necesario y paga el interés por los eventuales créditos solicitados, y en segundo lugar, el coste de adquirir o alquilar el suelo a sus propietarios. El valor de cambio queda determinado por los costes reales de producción más el beneficio, el coste del endeudamiento y la renta capitalizada (precio de la tierra). El objetivo de los productores es obtener valores de cambio, no valores de uso. La creación de valores de uso para otros es un medio para ese fin. La cualidad especuladora de esa actividad significa, no obstante, que lo que importa es un valor de cambio *potencial*. Los constructores de viviendas están en realidad expuestos a perder tanto como a ganar. Obviamente, tratan de organizar las cosas, en particular la compra de viviendas, de forma que eso no suceda; pero siempre corren cierto riesgo. En el puesto de mando y conducción de la oferta de viviendas se sitúa el valor de cambio.

Viendo que la necesidad de valores de uso adecuados quedaba insatisfecha, una pluralidad de fuerzas sociales, que iban desde patronos deseosos de mantener domesticada y asequible su fuerza de trabajo (como John Cadbury) hasta fervorosos radicales y utópicos (como Robert Owen, los fourieristas o George Peabody) y el Estado local y nacional, han lanzado de vez en cuando programas de alojamiento con financiación pública, filantrópica o paternalista para satisfacer las necesidades de las clases más bajas con un coste mínimo. Si se acepta genéricamente que todo el mundo tiene derecho «a un hogar decente y a un entorno vital apropiado» (como dice el preámbulo de la Ley de Vivienda estadounidense de 1949), entonces, obviamente, vuelven a primera línea de las luchas por el acceso a la vivienda

las consideraciones sobre el valor de uso. Esta actitud política condicionó mucho los planes de vivienda durante la era socialdemócrata en Europa y tuvo efectos en Norteamérica y determinados países del mundo en vías de desarrollo. La participación del Estado en la oferta de viviendas ha aumentado y disminuido con los años, como ha sucedido con el interés por los alojamientos sociales; pero las consideraciones sobre el valor de cambio vuelven a menudo a prevalecer cuando las capacidades fiscales del Estado se ven constreñidas por la necesidad de subvencionar viviendas asequibles con unas arcas públicas disminuidas.

En la producción de viviendas ha habido pues diversas formas de gestionar la tensión entre valor de uso y valor de cambio; pero también ha habido fases en que el sistema se ha resquebrajado y se ha producido una crisis como la acontecida en el mercado de la vivienda en Estados Unidos, Irlanda y España en 2007-2009. Esa crisis no carecía de precedentes. La crisis de las *savings and loan* estadounidenses desde 1986, el colapso del mercado inmobiliario escandinavo en 1992 y el final de la expansión económica japonesa de la década de 1980 con el crac del mercado del suelo en 1990 son otros ejemplos[1].

En el sistema mercantil de propiedad privada que domina ahora en la mayor parte del mundo capitalista hay cuestiones adicionales que analizar. Para empezar, la vivienda es un «artículo caro» que será consumido durante un periodo de muchos años y no, como los alimentos, de inmediato. Los individuos privados pueden no tener dinero suficiente para comprar una vivienda directamente, pero quien no puede comprarla con dinero en efectivo dispone de dos opciones básicas: o bien la alquila de un propietario que se especializa en la compra especulativa de viviendas construidas para vivir de sus rentas, o puede endeudarse para comprarla, bien consiguiendo préstamos de los amigos y parientes o contratando una hipoteca con una institución financiera. En este último caso tendrá que pagar todo el valor de cambio de la vivienda más el interés correspondiente durante todo el periodo de vigencia de la hipoteca, y sólo acabará siendo su propietario al cabo de, digamos, treinta años. La vivienda se convierte así en una forma de ahorro, un activo cuyo valor (o al menos la parte del valor que se adquiere mediante los pagos mensuales) puede convertirse en dinero en cualquier momento. Parte del valor de ese activo habrá sido empleado para pagar los costes de mantenimiento (por ejemplo, pintura) y para reponer porciones deterioradas (por ejemplo, un tejado). Pero aun así cabe esperar un incremento del valor neto del que se es propietario a medida que se va pagando la hipoteca.

---

[1] Para un resumen breve, véase David Harvey, *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, Londres, Verso, 2013 [ed. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013].

La financiación hipotecaria de la compra de una vivienda es, sin embargo, una transacción muy peculiar. El total pagado por una hipoteca de 100.000 dólares durante treinta años al 5 por 100 es de alrededor de 195.000 dólares, de forma que la hipoteca supone la adición de una prima de 95.000 dólares extra para poder adquirir un activo valorado en 100.000 dólares. Es difícil entender el provecho de esa transacción. ¿Por qué decidimos hacerla? La respuesta es, por supuesto, que necesitamos el valor de uso de la vivienda como lugar donde vivir, y se pagan 95.000 dólares por vivir en ella hasta adquirir su propiedad completa. Es lo mismo que pagar 95.000 dólares de alquiler a un casero durante treinta años, sólo que en este caso se dispone al final del valor de cambio de toda la vivienda. Ésta se convierte así, de hecho, en una forma de ahorro, un depósito de valor de cambio.

El valor de cambio de una vivienda no es, sin embargo, algo fijo, sino que fluctúa con el tiempo según una diversidad de condiciones y fuerzas sociales. Para empezar, depende del valor de cambio de las viviendas cercanas. Si todas las casas en torno a la mía se van deteriorando o entra a vivir en ellas gente «del tipo equivocado», es muy probable que el valor de mi casa caiga aunque yo la mantenga en el mejor estado posible. Recíprocamente, «mejoras» en el vecindario (por ejemplo, gentrificación) aumentarán el valor de mi casa aunque yo no invierta nada en ella. El mercado de la vivienda se caracteriza por lo que los economistas llaman efectos de «externalidad». Los propietarios de las viviendas a menudo emprenden acciones, tanto individuales como colectivas, para controlar tales externalidades. Si alguien propone edificar un reformatorio o una casa de acogida para criminales excarcelados en un vecindario de propietarios «respetables» ¡verá inmediatamente las consecuencias! El resultado sería una campaña del tipo «¡No en mi patio trasero!», exclusión de las poblaciones y actividades indeseables, y organizaciones vecinales cuya actividad está casi exclusivamente orientada al mantenimiento y mejora del valor de las casas del entorno (por ejemplo, las buenas escuelas en las proximidades suelen tener un gran efecto). La gente actúa para proteger el valor de sus ahorros, pero puede también perderlos cuando el Estado o un grupo de inversores adquieren las casas de determinado barrio para llevar a cabo una importante remodelación urbana y dejan que algunas casas se deterioren, destruyendo así el valor de mercado de las restantes.

Si alguien invierte en mejoras, entonces se esforzará en realizar únicamente las que aumenten el valor de cambio de su vivienda. Hay montones de «Guías para propietarios» sobre ese tema (incorporar una nueva cocina a la última moda incrementa el valor, pero los espejos en todos los techos o una pajarera en el patio trasero no lo hace).

La propiedad de una vivienda se ha convertido en algo importante para sectores cada vez mayores de la población en muchos países del mundo.

El mantenimiento y mejora del valor de las viviendas consideradas como un activo se ha convertido también en una enjundiosa cuestión política, ya que el valor de cambio para los consumidores es tan importante como el valor de cambio ganado por los productores.

Pero durante aproximadamente los últimos treinta años, la vivienda se ha convertido en objeto de especulación. Puedo comprar una casa por 300.000 dólares y tres años después su valor se ha revaluado hasta 400.000 dólares. Puedo a continuación capitalizar el valor extra refinanciándola por 400.000 dólares y quedarme con los 100.000 dólares de más para usarlos como desee. El aumento del valor de cambio de las viviendas se convierte así en un asunto de gran relieve. Las casas se convierten en una especie de vaca lechera o cajero automático personal, alentando la demanda agregada y en particular la demanda de nuevas viviendas. Michael Lewis explicaba en *The Big Short* (2010) el tipo de cosas que sucedieron en vísperas del crac de 2008. La niñera de uno de sus informantes principales acabó siendo propietaria, junto con su hermana, de seis casas en Queens, en Nueva York. «Después de comprar la primera y de que su valor aumentara, los prestamistas les sugirieron una refinanciación ofreciéndoles 250.000 dólares, que usaron para comprar otra». El precio de ésta también subió, y repitieron el experimento. «En el momento en que la rueda se detuvo poseían cinco viviendas pero el mercado caía y no podían hacer frente a ninguno de los pagos»[2].

La especulación en el mercado de la vivienda se disparó; pero ese tipo de especulación siempre conlleva un funcionamiento del tipo «pirámide de Ponzi»: la gente compra casas con dinero prestado y los precios suben; otros se sienten entonces atraídos por la idea de comprar una vivienda, debido al aumento de los precios inmobiliarios; toman prestado más dinero (algo fácil de hacer cuando a los prestamistas le sobra el dinero) para comprar algo que está subiendo de precio; y cuanto más suben los precios, más gente y más instituciones entran en juego. El resultado es una «burbuja inmobiliaria» que acaba desinflándose. Cómo y por qué se forman tales burbujas en los valores de activos como las viviendas, qué tamaño llegan a tener y qué ocurre cuando se desinflan, es algo que depende de la configuración específica de diferentes condiciones y fuerzas en liza. Por el momento nos basta aceptar, ateniéndonos a las pruebas históricamente registradas (los cracs del mercado de la vivienda de 1928, 1973, 1987 y 2008 en Estados Unidos, por ejemplo), que tales frenesíes y burbujas forman parte inevitable de la historia del capitalismo. A medida que China ha ido incorporando las normas de funcionamiento del capital, por ejemplo, también se ha visto cada vez más sometida a *booms* y burbujas especulativas en su mercado de la vivienda. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

---

[2] Michael Lewis, *The Big Short. Inside the Doomsday Machine*, Nueva York, Norton, 2010, p. 34 [ed. cast.: *La gran apuesta*, Barcelona, Debate, 2013].

En el reciente crac del mercado inmobiliario en Estados Unidos, alrededor de cuatro millones de personas perdieron sus hogares por los desahucios. Para ellos, la búsqueda de valor de cambio destruyó el acceso a la vivienda como valor de uso. Una cantidad enorme de gente está todavía «con el agua al cuello» en la financiación de sus hipotecas: habiendo comprado una vivienda en el momento culminante del *boom*, ahora se halla en posesión de un valor nominal bastante más alto de lo que vale la vivienda en el mercado. El propietario no puede deshacerse de su propiedad sin sufrir una pérdida sustancial. En el momento cumbre del *boom*, el precio de la vivienda era tan alto que muchos no podían obtener acceso a su valor de uso sin asumir una deuda que en último término resultaría imposible de saldar. Después del crac, el lastre financiero de verse cargado con cierto conjunto de valores de uso ha tenido efectos notablemente perniciosos. La búsqueda temeraria del valor de cambio destruyó en muchos casos, en resumen, la capacidad de adquirir y luego mantener el valor de uso de la vivienda.

En el mercado del arrendamiento de viviendas han aparecido problemas similares. En la ciudad de Nueva York, donde alrededor del 60 por 100 de los habitantes son arrendatarios, en el momento cumbre del *boom* muchos grandes complejos de viviendas de alquiler fueron comprados y vendidos por *private equity funds* [fondos de capital riesgo] que pretendían hacer con ellos un gran negocio (aun a pesar de las estrictas leyes reguladoras) elevando el precio de los alquileres. Los fondos deterioraron deliberadamente los valores de uso adquiridos para justificar sus planes de reinversión, pero cuando fueron a la quiebra durante la crisis financiera dejaron a los arrendatarios con valores de uso deteriorados y alquileres más elevados, viviendo en edificios bajo ejecución hipotecaria, lo que desdibujaba las obligaciones asociadas a la propiedad (no está nada claro a quién se puede llamar para arreglar una calefacción que no funciona en un complejo de viviendas bajo ejecución hipotecaria). Cerca del 10 por 100 de las viviendas de alquiler ha sufrido ese tipo de problemas. El afán implacable de maximizar el valor de cambio ha disminuido el valor de uso de las viviendas de un gran sector de la población; y por añadidura, por supuesto, el crac del mercado de la vivienda desencadenó una crisis global de la que está siendo muy difícil recuperarse.

Podemos concluir que la provisión de viviendas bajo el capitalismo se ha desplazado, de una situación en que dominaba la búsqueda de valores de uso, a otra en la que lo primordial es el valor de cambio. En una inversión insólita, el valor de uso de la vivienda se convirtió cada vez más, primero en un medio de ahorro, y después en un instrumento de especulación tanto para los usuarios como para los constructores, financieros y demás implicados (intermediarios de ventas, captadores de compradores para las instituciones financieras, abogados, agentes

de seguros, etc.), que pretendían obtener ganancias de la situación de *boom* en el mercado inmobiliario. La provisión de valores de uso de vivienda adecuados (en el sentido convencional del consumo) para la gran mayoría de la población es rehén de esa concepción cada vez más arraigada del valor de cambio. Las consecuencias para la provisión de viviendas adecuadas y asequibles han sido desastrosas para un sector cada vez mayor de la población.

En el trasfondo de todo esto ha estado el terreno movedizo de la opinión pública y de las políticas públicas sobre el papel que debe asumir el Estado en el abastecimiento de valores de uso adecuados para satisfacer las necesidades básicas de la población. A partir de la década de 1970 se ha ido constituyendo (o se ha impuesto) un «consenso neoliberal» en virtud del cual el Estado se inhibe de las obligaciones de provisión pública en áreas tan diversas como la vivienda, la sanidad, la educación, el transporte o los servicios públicos (agua potable, evacuación de aguas residuales, energía e incluso infraestructuras), con el fin de abrirlos a la acumulación privada de capital y a la primacía del valor de cambio. Todo lo que ha venido sucediendo en el ámbito de la vivienda se ha visto afectado por esos cambios, si bien la motivación en pro de la privatización que los ha animado es un asunto que en este momento de la argumentación no estamos en condiciones de abordar. Pero creo que es importante señalar ahora que durante los últimos cuarenta años este tipo de cambios ha condicionado radicalmente en buena parte del mundo capitalista, aunque no en todo, la participación del Estado y otras administraciones menores en la provision pública de viviendas y que ello ha tenido consecuencias específicas en la gestión de la contradicción valor de uso-valor de cambio.

Obviamente, he elegido este caso de la vivienda porque es un ejemplo perfecto de cómo la diferencia en el mercado entre el valor de uso y el valor de cambio de una mercancía puede convertirse en una oposición y un antagonismo, intensificándose hasta dar lugar a una contradicción absoluta y a una crisis en todo el sistema financiero y económico. No tenía que evolucionar necesariamente de esa forma (¿O quizás sí? Deberíamos ser capaces de responder en último término a esta pregunta crucial). Pero es incuestionable que así sucedió en Estados Unidos y en Irlanda y España, y en cierta medida en Gran Bretaña y en otros países del mundo, desde el año 2000, poco más o menos, hasta dar lugar a la crisis macroeconómica de 2008 (una crisis que todavía no se ha resuelto). Y también es innegable que era una crisis en el lado del valor de cambio que negaba a cada vez más gente el valor de uso adecuado de una vivienda, además de un nivel de vida decente.

Lo mismo sucede en la sanidad y la educación (en particular en la enseñanza superior) a medida que las consideraciones del valor de cambio

predominan cada vez más en la vida social sobre los aspectos del valor de uso. La historia que oímos repetida en todas partes, desde nuestras aulas hasta prácticamente todos los medios de comunicación, es que la forma más barata, mejor y más eficiente de producir y distribuir los valores de uso es desencadenando los espíritus animales del empresario ansioso de beneficio, que le instan a participar en el sistema de mercado. Por esta razón, muchos tipos de valores de uso que hasta ahora eran distribuidos gratuitamente por el Estado han sido privatizados y mercantilizados: alojamiento, enseñanza, sanidad y servicios públicos han ido todos ellos en esa dirección en muchos países del mundo. El Banco Mundial insiste en que esa debería ser la norma global, pero es un sistema que favorece a los empresarios, que en general obtienen grandes beneficios, y a los ricos, pero que penaliza a casi todos los demás hasta el punto de haber dado lugar a entre 4 y 6 millones de desahucios en Estados Unidos (e innumerables más en España y en otros muchos países). Cobra así relevancia la opción política entre un sistema mercantilizado que sirve bastante bien a los ricos y un sistema que se concentra en la producción y el abastecimiento democrático de valores de uso para todos sin mediaciones del mercado.

Reflexionemos entonces, de una forma teórica más abstracta, sobre la naturaleza de esa contradicción. El intercambio de valores de uso entre individuos, organizaciones (como las empresas y corporaciones) y grupos sociales es evidentemente importante en cualquier orden social complejo caracterizado por intrincadas divisiones del trabajo y amplias redes comerciales. En tales situaciones el trueque tiene una utilidad limitada debido al problema de la «doble coincidencia de carencias y necesidades». Para que se produzca un trueque simple otro ha de poseer algo que yo deseo y yo he de tener algo que el otro desea. Se pueden construir cadenas de trueque, pero son limitadas y engorrosas, por lo que cierta medida independiente del valor de todas las mercancías en el mercado –una medida única de valor– se hace no sólo ventajosa sino necesaria. Puedo entonces vender mi mercancía a cambio de cierto equivalente general del valor y usar ese equivalente general para comprar en otro lugar cualquier otra cosa que yo quiera o necesite. El equivalente general es, por supuesto, el dinero. Pero eso nos lleva al campo de la segunda contradicción del capital: ¿qué es el dinero?

CONTRADICCIÓN 2
EL VALOR SOCIAL DEL TRABAJO Y SU REPRESENTACIÓN MEDIANTE EL DINERO

EL VALOR DE cambio requiere una medida de «cuánto» valen unas mercancías en relación con otras. Esa medida se llama dinero. ¿Qué es pues ese «dinero» que utilizamos diariamente una y otra vez sin pararnos a pensarlo? Nos preocupamos cuando no tenemos suficiente, imaginamos formas (a veces dolosas o ilegales) para conseguir más, aunque a menudo nos encontremos con dificultades para organizar nuestras vidas según los parámetros definidos por la cantidad de dinero que poseemos. A veces parece como si el dinero fuera el dios supremo del mundo de las mercancías y todos debiéramos inclinarnos ante él, someternos a sus dictados y adorarlo en el altar de su poder.

Sabemos muy bien cuáles son las funciones técnicas básicas de la forma capitalista del dinero. Es un medio de circulación (que facilita los intercambios resolviendo el problema de la «no coincidencia de intereses» que limita el trueque directo); ofrece una única vara de medir los valores económicos de todas las mercancías en el mercado, y también una forma de almacenar el valor. ¿Pero qué representa el dinero y cómo se multiplica en sus significados y funciones sociales y políticas para que parezca como si fuera el afán de dinero el que mantiene en movimiento el mundo social y económico?

El dinero es, en primera instancia, un medio con el que puedo reclamar una parte del trabajo social de otros; esto es, un título sobre ese trabajo invertido en la producción de bienes y servicios para otros colocados en el mercado (eso es lo que diferencia una «mercancía» de un «producto» como los tomates que cultivo en mi huerto para mi propio consumo). Es un título de un derecho que no tiene por qué ejercerse inmediatamente (porque el dinero almacena valor), pero que tiene que ejercerse en algún momento, porque de lo contrario no cumple su destino y función.

En una sociedad compleja, como la que el capital ha construido, dependemos en gran medida del trabajo de otros para obtener los distintos valores de uso que necesitamos para vivir, y cuya disponibilidad damos por segura. Accionamos un interruptor y se enciende la luz, el horno calienta cuando apretamos un botón, se pueden abrir y cerrar las ventanas, disponemos de

zapatos y camisas para calzarnos y vestirnos, podemos siempre preparar el café o el té de la mañana y ahí están siempre disponibles el pan y los autobuses, los automóviles, los lápices, los cuadernos de notas, los libros, al igual que hay dentistas, médicos, quiroprácticos, peluqueros, maestros, investigadores, abogados y burócratas que producen conocimiento y normas, cuyos servicios están a nuestra disposición ¡simplemente pagando su precio! Pero esas cosas y servicios absorben trabajo humano, directa o indirectamente, como el trabajo acumulado en el acero del clavo con el que se construye una casa. La mayoría de nosotros proporcionamos de una forma u otra, directa o indirectamente, bienes y servicios a otros.

Lo que el dinero representa es el valor social de toda esa actividad, de todo ese trabajo. El «valor» es una relación social establecida entre las actividades de millones de personas de todo el mundo. Como relación social, es inmaterial e invisible (como la relación entre yo mismo, el autor de este libro, y quien lo lee). Pero al igual que los valores morales y éticos en general, ese valor inmaterial tiene consecuencias objetivas para las prácticas sociales. En el caso del trabajo social, el «valor» explica por qué los zapatos cuestan más que las camisas, las casas cuestan más que los automóviles y el vino cuesta más que el agua. Esas diferencias de valor entre distintas mercancías no tienen nada que ver con su carácter como valores de uso (aparte del simple hecho de que todas deben ser útiles para alguien en algún lugar) y con lo que sí tienen que ver es con el trabajo social involucrado en su producción.

Al ser inmaterial e invisible, el valor requiere alguna representación material, y ésta es el dinero. El dinero es una forma tangible de apariencia así como símbolo y representación de la inmaterialidad del valor social. Pero al igual que todas las formas de representación (pensemos en los mapas), existe una disparidad entre la representación y la realidad social que trata de representar. La representación hace un buen trabajo al captar el valor relativo del trabajo social en algunos aspectos, pero olvida e incluso falsifica otros (del mismo modo que los mapas son representaciones precisas de algunas características del mundo que nos rodea, pero dejan de lado otras). Esa disparidad entre el dinero y el valor que representa constituye la segunda contradicción fundamental del capital.

El dinero, podemos decir de entrada, es inseparable pero también distinto del trabajo social que constituye el valor. El dinero oculta la inmaterialidad del trabajo social (valor) bajo su forma material. Es muy fácil tomar equivocadamente la representación por la realidad que trata de representar, y en la medida en que la representación falsifica (como siempre lo hace hasta cierto punto), acabamos creyendo en algo que es falso y actuando sobre ello. Del mismo modo que no podemos ver el trabajo social coagulado en una mercancía, nos vemos particularmente cegados respecto a la naturaleza del trabajo social por el dinero que la representa.

Consideraremos algunos ejemplos dentro de un momento. La inseparabilidad entre el valor y su representación es importante. Deriva del hecho simple de que sin el dinero y las transacciones que facilita, el valor no podría existir como relación social inmaterial. Con otras palabras, el valor no podría formarse sin la ayuda de su representación material (el dinero) y las prácticas sociales del intercambio. La relación entre dinero y valor es dialéctica y coevolutiva –ambos surgen juntos–, pero no causal.

Pero esa relación puede ser también equívoca porque la «brecha» entre el valor social y su representación está cuajada de contradicciones potenciales, que dependen de la forma adoptada por el dinero. El dinero-mercancía (como el oro y la plata) se inserta en mercancías tangibles con determinadas cualidades físicas, mientras que las monedas, el papel moneda y el dinero fiduciario (ya sean emitidos por entidades privadas o por el Estado), así como las formas más recientes de dinero electrónico son simplemente símbolos. El «dinero de cuenta» permite prescindir de los pagos con dinero físico real en el momento de la venta o compra, remitiéndolos al pago del saldo neto al cabo de cierto periodo. Para las empresas comerciales el saldo neto de múltiples transacciones monetarias suele ser una cantidad mucho menor que las transacciones totales efectuadas, porque las compras y las ventas se compensan mutuamente. Sólo se paga en realidad el saldo neto residual. Los bancos, por ejemplo, intercambian cheques entre sí (ahora eso se hace electrónicamente, pero antes solía hacerse manualmente en las cámaras de compensación –cinco veces al día en Nueva York– y cada banco enviaba recaderos a depositar los cheques en la ventanilla del banco contra el que se habían firmado). Al final del día o del periodo de compensación, las transferencias netas entre los bancos pueden ser cercanas a cero, aunque hayan tenido lugar gran número de transacciones, porque los cheques girados contra un banco son compensados por los depositados por muchos otros. El dinero de cuenta reduce así notablemente la cantidad de dinero «real» necesario. Ese tipo de dinero también sirve para las operaciones de una vasta variedad de instrumentos de crédito y préstamos que facilitan tanto la producción como el consumo (en el mercado de la vivienda, por ejemplo, los promotores piden préstamos para construir especulativamente viviendas, y los consumidores utilizan la financiación hipotecaria para comprar esas viviendas). El dinero crediticio constituye en sí mismo todo un mundo realmente complicado, que algunos teóricos consideran radicalmente diferente del de otros tipos de dinero.

De todo esto deriva un uso peculiar y aparentemente tautológico del dinero. Éste, que supuestamente mide el valor, se convierte a su vez en un tipo de mercancía, el *capital-dinero*. Su valor de uso consiste en utilizarlo para producir más valor (beneficio o plusvalor). Su valor de cambio viene dado por el pago de intereses, con lo que de hecho se adscribe un valor a lo que mide el

valor (¡algo verdaderamente tautológico!). Esto es lo que hace del dinero una medida tan peculiar y tan curiosa. Mientras que otras medidas estándar, como las de longitud o peso (metros, kilos, etc.) no se pueden comprar o vender por sí mismas (puedo comprar kilos de patatas, pero no kilos en sí), el dinero se puede comprar y vender por sí mismo como capital-dinero (puedo comprar el uso de 100 dólares durante cierto periodo de tiempo).

La forma más simple de crear una representación material del valor es seleccionar una mercancía como representativa del valor de todas las demás. Por diversas razones los metales preciosos, en particular el oro y la plata, aparecieron históricamente como los más aptos para cumplir ese papel. Las razones por las que fueron seleccionados son importantes. Para empezar, esos metales son relativamente escasos y su oferta acumulada es prácticamente constante. No puedo ir a mi patio trasero y cavar hasta encontrar cierta cantidad de oro o plata cuando yo quiera. La oferta de los metales preciosos es relativamente inelástica, por lo que mantienen su valor relativo frente a todas las demás mercancías cuando pasa el tiempo (aunque estallidos de actividad productiva, como la fiebre del oro en California, crearon algunos problemas). La mayor parte del oro del mundo ha sido ya extraído y sacado a la superficie. En segundo lugar, esos metales no se oxidan y deterioran (como sucedería si eligiéramos frambuesas o patatas como mercancía-dinero); eso significa que mantienen sus características físicas con el paso del tiempo de una transacción de mercado a otra, y lo que es aún más importante, pueden funcionar de forma relativamente segura como depósito de valor a largo plazo. En tercer lugar, las propiedades físicas de esos metales son bien conocidas y sus cualidades se pueden evaluar con precisión de forma que su medida se calibra fácilmente, a diferencia, digamos, de las botellas de vodka (donde el gusto del consumidor podría ser muy variable) utilizadas como dinero en Rusia cuando el sistema monetario se hundió a finales de la década de 1990 y el comercio quedó reducido a un sistema de trueque multilateral[1]. Las propiedades físicas y materiales de esos elementos del mundo llamado natural se usan para fijar y representar la inmaterialidad del valor como trabajo social.

Pero el dinero-mercancía es difícil de usar diariamente para la compra y venta de artículos de bajo valor, por lo que las monedas, fichas y al final trozos de papel y luego dinero electrónico se hicieron mucho más habituales en los mercados del mundo. ¡Imaginemos qué pasaría si tuviéramos que pagar por una taza de café en la calle un peso exacto de oro o plata! Así, pues, si bien el dinero-mercancía pudo proporcionar una base física sólida para representar el trabajo social (los billetes de banco británicos todavía prometen «pagar al portador», aunque hace tiempo que dejaron de ser

[1] Este relato fascinante aparece en Paul Seabright (ed.), *The Vanishing Rouble. Barter Networks and Non-Monetary Transactions in Post-Soviet Societies*, Londres, Cambridge University Press, 2000.

discrecionalmente convertibles en oro o plata), fueron pronto desplazados por formas de dinero más flexibles y manejables, con lo que se creaba otra rareza: monedas que fueron originalmente creadas para dar forma física a la inmaterialidad del trabajo social pasaron a ser representadas por nuevos símbolos, y últimamente por simples números en cuentas computerizadas.

Cuando la mercancía-dinero es representada por números, se introduce en el sistema monetario una paradoja seria y potencialmente engañosa. Mientras que el oro y la plata son relativamente escasos y de oferta constante, la representación del dinero por números permite que la cantidad disponible se expanda sin ningún límite técnico. Hemos visto así en estos últimos años a la Reserva Federal sacarse del sombrero billones de dólares para introducirlos en la economía mediante tácticas como la llamada «flexibilización cuantitativa» [*quantitative easing*]. Parece no haber límites a esas posibilidades aparte de las impuestas por las decisiones y regulaciones estatales. Cuando en la década de 1970 se abandonó la base metálica del dinero global, entramos de hecho en un mundo en el que se puede crear y acumular dinero prácticamente sin límites. Además, el auge de monedas de cuenta y lo que es aún más importante del dinero crediticio (empezando por el simple uso de pagarés) pone en buena medida la creación de dinero en manos individuales y de los bancos arrebatándosela a las instituciones estatales, lo que suscitó intervenciones e imposiciones reguladoras por parte del aparato estatal en lo que a menudo no han sido sino intentos desesperados de gestionar el sistema monetario. Episodios asombrosos y legendarios de inflación, como el que tuvo lugar en la República de Weimar alemana en la década de 1920, han puesto de relieve el papel clave del Estado en relación con la confianza en las cualidades y significado del papel dinero que emite. Retomaremos este asunto en relación con la tercera contradicción fundamental.

Todas esas peculariedades surgen en parte porque las tres funciones básicas del dinero tienen exigencias muy diferentes en cuanto a su realización efectiva. El dinero-mercancía es bueno como depósito de valor pero disfuncional cuando se trata de hacer circular las mercancías en el mercado. Las monedas y el papel moneda son muy buenos como medios de pago pero menos seguros como depósitos de valor a largo plazo. El dinero fiduciario de circulación obligada emitido por el Estado (obligada porque los impuestos deben pagarse en esa moneda) están sometidos a los caprichos políticos de las autoridades emisoras (por ejemplo, las deudas se pueden desinflar simplemente imprimiendo dinero). Esas distintas funciones no son totalmente coherentes entre sí, pero tampoco son independientes. Si el dinero no sirviera como almacén de valor más que de forma efímera, sería inútil como medio de circulación. Por otro lado, si sólo pretendemos que el dinero sea un medio de circulación, entonces el dinero falso puede

servir tan bien como el «real» de una moneda de plata. Por eso el oro y la plata, muy buenos como medida y depósito de valor, necesitan a su vez una representación en forma de billetes y títulos de crédito para que la circulación de las mercancías sea fluida. ¡Así acabamos con representaciones de representaciones del trabajo social como base de la forma dinero! Se da ahí, por decirlo así, un doble fetiche (un doble conjunto de máscaras tras las que se oculta la socialidad del trabajo humano).

Con la ayuda del dinero, a las mercancías se les puede poner una etiqueta para llevarlas al mercado con un precio de venta, precio que puede ser o no realizado según las condiciones de oferta y demanda. Pero ese etiquetado lleva consigo otro conjunto de contradicciones. El precio realmente realizado en una venta individual depende de condiciones particulares de oferta y demanda en un lugar y momento particular. No existe una correspondencia inmediata entre el precio singular y la generalidad del valor. Sólo en mercados competitivos con un funcionamiento perfecto podemos prever la convergencia de todos esos precios de mercado singulares efectivamente realizados en torno a un precio medio que representa la generalidad del valor, aunque es precisamente porque los precios pueden divergir por lo que pueden oscilar hasta proporcionar una representación más firme del valor. Sin embargo, el proceso de mercado ofrece muchas oportunidades y tentaciones para desviar esa convergencia. Cada capitalista ansía poder vender con un precio de monopolio y evitar la competencia. De ahí la notoriedad de las marcas y las prácticas de venta basadas en la promoción de logotipos, que permiten por ejemplo a Nike cargar un precio de monopolio permanentemente mayor que el estándar unificado del valor en la producción de calzado deportivo. Esa divergencia cuantitativa entre precios y valores plantea un problema: los capitalistas responden necesariamente a los precios y no a los valores porque en el mercado ven únicamente precios y no cuentan con un medio directo para estimar los valores. En la medida en que existe una distancia cuantitativa entre precios y valores, los capitalistas se ven obligados a responder a las representaciones engañosas más que a los valores subyacentes.

Además, no hay nada que impida poner esa etiqueta llamada precio a cualquier cosa, ya sea producto del trabajo social o no. Puedo colgar la etiqueta en una parcela de terreno y extraer una renta por su uso. Puedo, como todos esos grupos de presión de la Street K de Washington, comprar legalmente influencia en el Congreso o cruzar la línea para vender conciencia, honor y reputación al mejor postor. Entre el precio de mercado y el valor social de una mercancía existe no sólo una divergencia cuantitativa, sino también cualitativa. Puedo hacer una fortuna con el tráfico de mujeres, traficando con drogas o vendiendo armas clandestinamente (tres de los negocios más lucrativos del capitalismo contemporáneo). Y aún peor (¡si es que ello es posible!), puedo usar mi dinero para hacer

más dinero, como si fuera capital cuando no lo es. Los signos monetarios divergen de lo que deberían ser según la lógica del trabajo social. Puedo crear vastos depósitos de capital ficticio, esto es, capital dinero dedicado a actividades que no crean ningún valor en absoluto pero que son muy rentables en términos monetarios y de rendimiento de intereses. La deuda pública para organizar y emprender guerras siempre se ha financiado mediante la circulación de capital ficticio: la gente presta al Estado, que se lo devuelve con un interés extraído de los impuestos recaudados aunque se esté destruyendo valor y no creándolo.

Ahí hay pues otra paradoja: el dinero que se supone que representa el valor social del trabajo creativo adopta una forma –capital ficticio– que circula hasta llenar finalmente los bolsillos de financieros y bonistas mediante la extracción de riqueza de todo tipo de actividades no productivas (no productoras de valor). A quien no lo crea le bastará echar una mirada a la reciente historia del mercado de la vivienda para entender exactamente lo que quiero decir. La especulación sobre el valor de la vivienda no es una actividad productiva, pero enormes cantidades de capital ficticio afluyeron al mercado de la vivienda hasta 2007-2008 porque el rendimiento de las inversiones en él era muy alto. El crédito fácil significaba un alza continua del precio de la vivienda y la elevada rotación significaba una plétora de oportunidades para ganar comisiones y honorarios exorbitantes en las transacciones realizadas en ese mercado. Con el empaquetamiento de las hipotecas (una forma de capital ficticio) en *collateralized debt obligations* [obligaciones de deuda garantizadas], se creó un instrumento de deuda (una forma de capital aún más ficticio) que se podía comercializar en el mundo entero. Esos instrumentos de capital ficticio, muchos de los cuales resultaron no tener valor alguno, y aun así las agencias de calificación certificaban que eran «tan seguros como las casas», fueron vendidos a inversores ingenuos en todo el mundo en un frenesí desbocado cuyos excesos seguimos pagando todavía hoy.

Las contradicciones surgidas de la forma dinero son por tanto múltiples. Las representaciones, como ya hemos observado, falsifican incluso lo que representan. En el caso del oro y la plata como representaciones del valor social, se toman las circunstancias particulares para la producción de esos metales preciosos como medida general del valor coagulado en todas las mercancías. Se toma en efecto un valor de uso particular (el oro metálico) y se utiliza para representar el valor de cambio en general. Por encima de todo, se toma algo que es intrínsecamente social y se representa de una forma que puede ser apropiada como poder social por determinadas personas privadas. Esta última contradicción tiene consecuencias muy profundas y en ciertos aspectos devastadoras para las otras contradicciones del capital.

Para empezar, el hecho de que el dinero permita que el poder social sea apropiado y exclusivamente utilizado por personas privadas sitúa al dinero en el centro de una amplia variedad de comportamientos humanos nocivos: el ansia y codicia de dinero y del poder que confiere se convierten inevitablemente en características centrales de la estructura política del capitalismo. De ahí todo tipo de comportamientos y creencias fetichistas. El deseo de dinero como forma de poder social lo convierte en un fin en sí mismo que distorsiona la relación entre oferta y demanda del mismo que se necesitaría simplemente para facilitar los intercambios, desmintiendo la supuesta racionalidad del mercado capitalista.

Se puede sin duda debatir si la codicia es una característica intrínseca de los seres humanos o no (Marx, por ejemplo, no creía que fuera así). Pero lo que es sin duda cierto es que el auge de la forma dinero y la posibilidad de su apropiación privada ha creado un espacio para la proliferación de comportamientos humanos nada virtuosos ni nobles. La acumulación de riqueza y poder (acumulaciones que se eliminaban ritualmente en los famosos sistemas *potlatch* de las sociedades precapitalistas) ha sido no sólo tolerada sino saludada y tratada como objeto de admiración, lo que llevó al economista británico John Maynard Keynes a escribir en 1930, en sus «Posibilidades económicas para nuestros nietos», que:

> Cuando la acumulación de riqueza no sea ya de gran importancia social, habrá grandes cambios en el código moral. Podremos liberarnos de muchos de los prejuicios seudomorales que nos han atormentado durante doscientos años y por los que hemos exaltado algunas de las cualidades humanas más desagradables, elevándolas a la posición de las más altas virtudes. Podremos atrevernos a atribuir al motivo del dinero su auténtico valor. El amor al dinero como posesión –algo distinto al amor al dinero como medio para el disfrute de las realidades de la vida– será reconocido como lo que es, una morbidez un tanto asquerosa, una de esas propensiones semicriminales y semipatológicas que se abandonan con un estremecimiento a los especialistas en enfermedades mentales. Seremos entonces libres para descartar por fin todo tipo de hábitos sociales y prácticas económicas que afectan a la distribución de riqueza y de recompensas y penalizaciones económicas que ahora mantenemos a cualquier precio, por desagradables e injustas que puedan ser en sí mismas, porque son tremendamente útiles para promover la acumulación de capital[2].

¿Cual debería ser pues la respuesta crítica a todo esto? En la medida en que la circulación de capital ficticio especulativo conduce inevitablemente a turbulencias que se cobran un elevado tributo de la sociedad

---

[2] John Maynard Keynes, *Essays in Persuasion*, Nueva York, Classic House Books, 2009, p. 199 [ed. cast.: *Ensayos de persuasión*, Madrid, Síntesis, 2009].

capitalista en general (pero sobre todo, del modo más trágico, de las franjas de la población más vulnerables), un ataque directo contra los excesos especulativos y las formas monetarias (en gran medida ficticias) que los han promovido se convierte necesariamente en eje primordial de la lucha política. En la medida en que esas formas especulativas han favorecido los inmensos aumentos en la desigualdad social y la distribución de riqueza y poder, de modo que la oligarquía emergente –el infame 1 por 100, que en realidad es un 0,1 por 100 aún más infame)– controla ahora efectivamente las palancas de toda la riqueza y el poder globales, eso también define obvios frentes de lucha de clases decisivos para el futuro bienestar de la gran mayoría de la humanidad.

Pero ello es únicamente la punta más obvia del iceberg. El dinero es, merece la pena repetirlo, tan inseparable del valor como el valor de cambio lo es del dinero. Los vínculos entre los tres están estrechamente entrelazados. Si el valor de cambio se debilita y en último término desaparece como brújula que guía cómo se producen y distribuyen los valores de uso en la sociedad, desaparecerán igualmente la necesidad de dinero y todas las demás patologías ansiosas asociadas con su uso (como capital) y su posesión (como fuente excelsa de poder social). Aunque el objetivo utópico de un orden social sin valor de cambio y por lo tanto sin dinero requiere una articulación pausada, el paso intermedio del diseño de formas cuasi dinerarias que faciliten el intercambio pero inhiban la acumulación privada de riqueza y poder social es urgente, y además factible en principio. Keynes, en su influyente *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), por ejemplo, citaba al «extraño e indebidamente olvidado profeta Silvio Gesell», quien hace mucho tiempo propuso la creación de una especie de paradinero que se oxidaría si no era utilizado. La desigualdad fundamental entre mercancías (valores de uso) que se desgastan o se ajan y una forma dinero (valor de cambio) que no lo hace debe rectificarse. «Sólo un dinero que se quede atrasado como un periódico, que se pudra como unas patatas, o que se evapore como el éter, puede superar el test como instrumento de intercambio de las patatas, los periódicos, el hierro o el éter», escribía Gesell[3]. Con el dinero electrónico eso se podría practicar ahora mucho más fácilmente, asignando una fecha límite de caducidad a las cuentas monetarias, de forma que el dinero no utilizado (como los kilómetros no aprovechados de los bonos de líneas aéreas) se desvanezca al cabo de

[3] Silvio Gesell, *The Natural Economic Order,* 1916, http://www.archive.org/details/TheNaturalEconomic Order, p. 121 [ed. cast.: *El dinero tal cual es. El orden económico natural*, Rota, Hurqualya, 2008]. Para un análisis más profundo de las ideas de Gesell, véase John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Nueva York, Harcourt Brace, 1964, p. 363 [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Barcelona, RBA, 2004], y Charles Eisenstein, *Sacred Economics. Money, Gift and Society in the Age of Transition*, Berkeley (CA), Evolver Editions, 2011.

cierto periodo de tiempo. Esto corta el lazo entre el dinero como medio de circulación y el dinero como medida y aún más significativamente como depósito de valor (y por lo tanto como medio primordial de acumulación de riqueza y poder privados).

Obviamente, iniciativas de ese tipo requerirán ajustes de amplio espectro en otros aspectos de la economía. Si el dinero se oxida sería imposible ahorrarlo para futuras necesidades. Los fondos de inversión en pensiones, por ejemplo, desaparecerían. Pero ésa no es una perspectiva tan estremecedora como podría parecer. Para empezar, los fondos de pensiones pueden perder su valor de todas formas (debido a la financiación insuficiente, la mala gestión, los colapsos del mercado de valores o la inflación). El valor monetario de los fondos de pensiones es contingente y nada seguro como están comprobando ahora a sus expensas muchos pensionistas. La Seguridad Social, en cambio, debería cubrir unos derechos de jubilación independientes en principio del ahorro de dinero para el futuro. Los trabajadores de hoy mantienen a quienes los precedieron. Sería mucho mejor organizar los ingresos del futuro por ese medio que ahorrando y esperando que las inversiones sean rentables. Una renta básica garantizada para todos, esto es, un acceso mínimo a un conjunto de valores de uso colectivamente gestionado, obviaría totalmente la necesidad de una forma dinero y de unos ahorros privados que garanticen cierta seguridad económica en el futuro.

Se concentraría así la atención en lo que realmente importa, que es la creación continua de valores de uso mediante el trabajo social y la erradicación del valor de cambio como medio principal de organización de la producción de valores de uso. Marx, por ejemplo, creía que las reformas del sistema monetario no garantizarían por sí mismas la disolución del poder del capital y que era ilusorio creer que las reformas monetarias pudieran ser la punta de lanza del cambio revolucionario, algo en lo que creo que estaba acertado. Pero sus análisis dejan también claro, a mi juicio, que la construcción de una alternativa al capital requeriría como condición necesaria pero no suficiente una reconfiguración radical de la organización de los intercambios y la disolución en último término del poder del dinero, no sólo sobre la vida social, sino, como indicaba Keynes, sobre nuestras concepciones mentales y morales del mundo. Imaginar una economía sin dinero es una forma de estimar cómo podría ser una alternativa al capitalismo. Su posibilidad, dadas las potencialidades del dinero electrónico o incluso de sustitutos del dinero, puede no estar tan lejos. La aparición de nuevas formas de cibermonedas, como el bitcoin, sugiere que el propio capital trata de inventar nuevas formas monetarias. Para la izquierda sería por lo tanto oportuno y juicioso situar el proyecto y el pensamiento político en torno a este objetivo último.

Una política monetaria alternativa de ese tipo se hace más necesaria cuando consideramos un problema inmediato particularmente peligroso. La forma que el dinero ha asumido actualmente ha alcanzado el estatus de un doble fetiche: una representación abstracta (puros números almacenados en los ordenadores) de una representación concreta (como el oro y la plata) de la inmaterialidad del trabajo social. Cuando el dinero cobra la forma de meros números, se hace potencialmente ilimitado en cuanto a su cantidad, lo que permite que florezca la ilusión de que un crecimiento indefinido y sin límites del capital en su forma dinero es no sólo posible sino deseable. Frente a esto, un examen, por superficial que sea, de las condiciones que permiten el desarrollo del trabajo social y el aumento del valor muestra que un crecimiento exponencial para siempre es imposible. Esta oposición, como veremos más adelante, está en la raíz de una de las tres contradicciones más peligrosas del capital, la del crecimiento compuesto o exponencial.

Cuando el dinero estaba limitado por su vinculación, por débil que fuera, con la disponibilidad material y la relativa escasez de las mercancías dinero físicas, había una restricción material en cuanto a la creación ilimitada del mismo. El abandono de la base metálica de la oferta monetaria mundial a principios de la década de 1970 creó un mundo totalmente nuevo de posibles contradicciones. El dinero podía ser impreso *ad infinitum* por quienquiera que estuviera autorizado a hacerlo. La oferta monetaria quedaba en manos de instituciones humanas falibles como los bancos centrales, lo que conllevaba el peligro de acelerar la inflación. No es casual que tras un breve periodo de creciente inflación a finales de la década de 1970, en particular en Estados Unidos, los banqueros centrales del mundo (encabezados por Paul Volcker al frente de la Reserva Federal estadounidense) convergieran en una política única de contención de la inflación a cualquier precio, desentendiéndose de su responsabilidad en cuanto al empleo y el desempleo. Cuando se constituyó el Banco Central Europeo para ocuparse del euro, su único mandato era controlar la inflación, y nada más. Que esto se demostrara desastroso cuando la crisis de la deuda soberana golpeó a varios países europeos a partir de 2012 atestigua una incapacidad crónica de las instituciones creadas por el capital para regular sus propios excesos, para entender la lógica contradictoria inserta en la forma monetaria que el capital asume ahora necesariamente. No es, por lo tanto, ninguna sorpresa que la crisis iniciada en 2007-2008 cobrara en primera instancia una forma financiera.

CONTRADICCIÓN 3

LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL ESTADO CAPITALISTA

LAS MERCANCÍAS NO van por sí mismas al mercado. Agentes individuales –compradores y vendedores– se reúnen en el mercado para intercambiar las mercancías por dinero y viceversa. Para que esto ocurra, compradores y vendedores deben tener un derecho exclusivo de propiedad sobre las mercancías y el dinero que manejan. El valor de cambio y el dinero presuponen conjuntamente la existencia de derechos de propiedad privada individual sobre las mercancías y el dinero.

A fin de aclarar el panorama, permítaseme en primer lugar una distinción entre posesión individual y propiedad privada. Todos nosotros, como personas vivas, poseemos circunstancialmente cosas de las que hacemos un uso activo. Me apropio de los alimentos cuando como, de una bicicleta mientras me desplazo sobre ella, o de este ordenador cuando escribo esto. Mi uso de muchos de los procesos y objetos a mi alcance impide que cualquier otro los use mientras yo los estoy utilizando. Hay empero otros artículos cuyo uso no es excluyente: si contemplo un programa de televisión, eso no impide que otros lo hagan al mismo tiempo; y hay otros bienes («bienes públicos») que suelen ser poseídos y usados en común, aunque con ciertas limitaciones. Hago uso de la calle, como lo hacen otros, pero existe un límite en cuanto a la cantidad de gente que puede ocupar una calle en un determinado momento, y hay ciertas actividades, que bien por costumbre o por una ley establecida, están excluidas de ese uso (por ejemplo, la defecación en las calles de Nueva York). Ahora bien, aunque para muchos procesos y objetos exista una relación de exclusividad entre el usuario (o los usuarios) y el objeto o servicio en cuestión, eso no significa exactamente lo mismo que la propiedad privada.

La propiedad privada establece un derecho de pertenencia exclusiva sobre un objeto o un proceso, ya esté siendo utilizado activamente o no. En la raíz del intercambio de mercancías se halla la presuposición de que yo ya no quiero o necesito expresamente la mercancía que ofrezco a la venta. De hecho, la propia definición de mercancía es la de algo producido para que lo use algún otro. El derecho de propiedad privada confiere la

posibilidad de vender (enajenar) lo que se posee. Se crea así una diferencia entre lo que se llaman derechos de usufructo (que corresponden al uso activo) y derechos de propiedad exclusiva permanente. Esa diferencia ha sido a menudo fuente de confusión, en particular en toda la historia del colonialismo. Las poblaciones indígenas funcionan con frecuencia sobre la base del derecho de usufructo de la tierra, por ejemplo (como sucede en el caso de la agricultura itinerante). Las potencias coloniales impusieron casi siempre derechos de propiedad excluyente, lo que fue y sigue siendo origen de muchos conflictos. Las poblaciones que se movían de un lado a otro siguiendo a sus ganados o desplazándose de tierras exhaustas a otras nuevas y más fértiles, se encontraban de repente impedidas de utilizar tierras que habían considerado tradicionalmente a su disposición, porque ahora estaban cercadas y rodeadas de alambre de espino por alguien que las poseía perpetua y absolutamente, aunque no las utilizara. La población indígena de Norteamérica sufrió mucho por esto. En el África contemporánea los derechos de los pueblos a los recursos consuetudinarios y colectivos están siendo actualmente convertidos desordenadamente en derechos de propiedad privada excluyente, mediante lo que muchos consideran acuerdos fraudulentos entre, por ejemplo, los jefes de las aldeas (habitualmente depositarios de la propiedad de la tierra en nombre de su pueblo) y los intereses extranjeros. Esto constituye lo que se califica habitualmente como un enorme «acaparamiento de tierras» por el capital y Estados extranjeros para controlar la tierra y los recursos africanos.

Los derechos de propiedad privada presuponen un vínculo social entre lo poseído y una persona, definida como sujeto jurídico, que es el propietario y que puede disponer libremente de su propiedad. Mediante una prestidigitación maravillosa del razonamiento jurídico, el derecho de propiedad se transformó, atribuyéndolo no sólo a individuos sino también a empresas y otras instituciones que la ley define igualmente como personas jurídicas (aunque, como a muchos les gusta señalar, esas «personas» no puedan ser encarceladas cuando cometen delitos, a diferencia de las personas individuales). La existencia de ese vínculo social es reconocida en casi todas las constituciones burguesas y conecta los ideales de la propiedad privada individual con las nociones de los derechos humanos individuales (los «derechos del hombre») y con las doctrinas referidas a esos derechos individuales y a su protección legal. El vínculo social entre los derechos humanos individuales y la propiedad privada es la piedra angular de casi todas las teorías contractuales del gobierno.

El derecho de propiedad privada se tiene en principio a perpetuidad. No expira ni se disipa por la falta de uso. Puede pasar de una generación a otra mediante la herencia. Como consecuencia, existe una conexión íntima entre el derecho de propiedad privada y las formas no perecederas

de dinero, las únicas que pueden durar perpetuamente. Pero la evolución de las formas de papel moneda y dinero fiduciario cuyo valor relativo está sometido a la degradación (debido, por ejemplo, a la inflación) socava la conexión inicialmente inconmovible entre la perpetuidad y estabilidad del dinero y las de la propiedad privada. Además, en cuanto a la propiedad privada de la tierra, la doctrina del *res nullius,* defendida muy particularmente por John Locke, sólo considera legítima la que es productora de valor (esto es, la que incorpora la aplicación de trabajo social orientado a la producción de mercancías). La ausencia de producción de valor (y de plusvalor) no sólo justificaba la desposesión total por los británicos de los derechos sobre la tierra de los irlandeses, sino que también justificaba la desposesión y erradicación de las poblaciones indígenas «improductivas» en las Américas y más tarde en la mayor parte de África, para dar paso a los colonizadores «productivos». La versión contemporánea de esa doctrina en las sociedades capitalistas avanzadas es la expropiación por el gobierno, arrebatando a su dueño legal las tierras a las que considera que se puede dar mejor uso. La propiedad privada, tanto de tierra como de dinero, solo es por lo tanto contingentemente perpetua.

La imposición de los derechos de propiedad privada depende de la existencia de poderes estatales y de sistemas jurídico-legales (usualmente acoplados con los de recaudación impositiva en forma monetaria) que codifican, definen y hacen valer las obligaciones contractuales que corresponden al derecho de propiedad privada y a los derechos de los sujetos jurídicos individuales. Existe una contundente evidencia de que el poder coercitivo del Estado desempeñó un importante papel en la apertura de espacios en los que pudiera florecer el capital mucho antes de que se hicieran dominantes los regímenes de propiedad privada. Esto es tan cierto en la transición del feudalismo al capitalismo verificada en Europa, como lo es en China a partir de 1980 cuando se crearon las zonas económicas especiales para la actividad capitalista en el sur del país. Pero entre los derechos de simple usufructo y los de propiedad privada absoluta existe una infinidad de derechos consuetudinarios de propiedad común, a menudo limitados a determinada entidad política (como un pueblo y su entorno, o más ampliamente a todo un régimen cultural). Esos derechos no son necesariamente accesibles a todos, y presuponen formas de gobernanza compartidas y cooperativas entre los miembros de la entidad política. La erradicación de los derechos de usufructo y los odiosos procesos de cercamiento de los bienes comunes han hecho posible el dominio de un sistema de propiedad privada individual irrestricta, respaldado por el poder del Estado, como *la* base de las relaciones de intercambio y el comercio. Ésa es la forma coherente con la circulación y acumulación capitalistas.

Pero para ser propiedad privada, un objeto o un proceso tienen que estar claramente delimitados y tener un nombre y rasgos identificativos (en el caso de la tierra, esto se logra mediante el catastro y la confección de un registro de la propiedad). No todo es susceptible de esa condición. Es casi imposible imaginar que el aire o la atmósfera puedan dividirse en entidades de propiedad privada que se puedan comprar y vender. Lo que es notable, en todo caso, es cuánto ha avanzado el capital a la hora de extender el régimen del derecho de propiedad privada individualizado al centro de los procesos biológicos y otros aspectos del mundo social y natural en los que se va estableciendo firmemente. Por poner un ejemplo, está en marcha una feroz contienda sobre el derecho de propiedad del conocimiento de los procesos naturales; el campo de los derechos sobre la propiedad intelectual está particularmente erizado de controversias y conflictos. ¿Debería ser el conocimiento universalmente accesible para todos o por el contrario debe ser propiedad privada de unos pocos?

El régimen de los derechos de propiedad privada individualizada se halla en la base misma del núcleo dinámico del capital. Es una condición y construcción necesaria, en el sentido de que ni el valor de cambio ni el dinero pueden funcionar tal como lo hacen sin esa infraestructura legal. Pero ese régimen de derechos está plagado de contradicciones. Como en el caso del dinero, las contradicciones son múltiples más que singulares, y es así debido al desbordamiento sobre el régimen de los derechos de propiedad privada individualizada de las diversas contradicciones entre el valor de uso y el valor de cambio y entre el dinero y el trabajo social que representa.

La primera y más obvia línea de fractura es la que existe entre el ejercicio supuestamente «libre» del derecho de propiedad privada individual y el ejercicio colectivo del poder coercitivo del Estado para definir, regular, codificar y dar forma legal a esos derechos y al vínculo social que los une tan estrechamente. Con la proliferación de las relaciones de intercambio, el desarrollo de formas monetarias y la evolución del Estado capitalista surgieron definiciones legales de lo individual y con ellas una cultura individualista. Todos estarán de acuerdo, no obstante (excepto quizá los libertarios de derechas más rabiosos y los anarquistas más extremistas), en que debe existir alguna apariencia de poder estatal para mantener los derechos de propiedad individualizados y estructuras jurídicas que, según teóricos como Friedrich Hayek, garantizan la máxima libertad individual no coercitiva. Como garante de esos derechos se apela al Estado, con su monopolio del uso legítimo de la fuerza y la violencia, para evitar o reprimir cualquier transgresión del régimen de los derechos de propiedad privada individualizada. El Estado capitalista debe usar el monopolio adquirido sobre los medios de violencia para proteger y preservar ese régimen tal como se articula en el funcionamiento «libre» de los mercados. Se emplea el poder centralizado del Estado para proteger un

sistema descentralizado de propiedad privada. Sin embargo, la extensión del estatus de persona jurídica individual a poderosas corporaciones e instituciones corrompe obviamente el sueño utópico burgués de un mundo perfecto de libertad personal individual para todos, basado en la propiedad democráticamente dispersa.

En el ámbito del intercambio mercantil hay muchos problemas que inducen al Estado a ir mucho más allá del papel de un «vigilante nocturno» como guardián de la propiedad privada y de los derechos individuales. Para empezar está el problema de la provisión de bienes y servicios colectivos y públicos (tales como las carreteras y autovías, puertos y aeropuertos, agua y alcantarillado, educación y sanidad). El campo de las infraestructuras físicas y sociales es muy vasto y el Estado debe implicarse necesariamente, bien en la producción directa o en la subcontratación y regulación de la provisión de esos bienes. Además, el propio aparato estatal debe ocuparse, no sólo de administrar, sino de asegurar las instituciones que tiene que proteger (de ahí la creación de cuerpos militares y policiales y la financiación de sus actividades mediante los impuestos).

Por encima de todo, el Estado tiene que encontrar una forma de gobernar y administrar poblaciones diversas, a menudo insumisas y levantiscas. Muchos Estados capitalistas han acabado haciéndolo mediante la institución de procedimientos democráticos y mecanismos de gobierno que apelan al consenso en lugar de recurrir a la coerción y la fuerza, lo que ha llevado a algunos a sugerir, erróneamente a mi juicio, un lazo intrínseco entre democratización y acumulación de capital. Aunque es innegable que una u otra variante de democracia burguesa ha demostrado en general ser la forma más eficaz y eficiente de gobierno en el capitalismo, ello no ha sido necesariamente consecuencia del ascenso del capital a la posición dominante como motor económico de esas formaciones sociales, sino a dinámicas políticas más amplias y a intentos de largo alcance de hallar formas colectivas de gobernanza que atenúen efectivamente la tensión entre la arbitrariedad potencial del poder autocrático del Estado y el deseo popular de libertad individual.

Luego está el problema siempre presente de qué hacer con los fallos del mercado. Éstos surgen debido a los llamados efectos de externalidad, definidos como costes reales que no quedan registrados (por alguna razón) en el mercado. El campo más obvio es la contaminación, en el que ni empresas ni individuos pagan por los deletéreos efectos en la calidad del aire, el agua y la tierra debidos a sus acciones. Existen otros tipos de externalidades, tanto positivas como negativas, que típicamente exigen una acción colectiva más que individual: el valor de cambio de una vivienda, por ejemplo, está sometido a externalidades, dado que la inversión o desinversión privada en una casa o un barrio determinado tiene

un efecto (positivo o negativo) sobre el valor de las vecinas. Una forma de intervención estatal destinada a afrontar problemas de ese tipo es la zonificación del uso del suelo.

La mayoría de la gente acepta la legitimidad de la intervención del Estado u otras instancias de acción colectiva para controlar y regular las actividades que generan fuertes externalidades negativas, aunque ello suponga invadir el terreno de las libertades individuales y los derechos de propiedad privada. La contradicción entre valor de uso y valor de cambio se desborda y tiene profundos efectos sobre las relaciones entre el poder estatal centralizado y el libre ejercicio de los derechos de propiedad privada individuales y descentralizados. La única cuestión interesante al respecto es hasta dónde llegará el Estado y hasta qué punto puede recurrir en su intervención a la coerción más que a la construcción de un consenso (proceso que desgraciadamente implica el cultivo del nacionalismo). En cualquier caso, para ejercer tales funciones el Estado debe tener el monopolio del uso legal de la violencia.

Ese monopolio también se hace explícito en la forma en que el Estado, tanto en sus encarnaciones precapitalistas como en la capitalista, es ante todo una máquina de guerra inmersa en rivalidades geopolíticas y estrategias geoeconómicas en la escena mundial. En el marco de un sistema global interestatal emergente en perpetua evolución, el Estado capitalista persigue ventajas y alianzas diplomáticas, comerciales y económicas para asegurar su propia riqueza y poder (o con mayor precisión, la riqueza, estatus y poder de sus dirigentes y de ciertos sectores de la población), robusteciendo la capacidad de los propietarios de amasar cada vez más riqueza en el territorio en el que residen. Al hacerlo, la guerra –clásicamente definida como la prolongación de la diplomacia por otros medios– se convierte en un instrumento crucial de posicionamiento geopolítico y geoeconómico en el que la acumulación de riqueza, de poder competitivo y de influencia dentro de los límites territoriales del Estado se convierte en un objetivo prioritario.

Pero para librar guerras y comprometerse en tales maniobras, el Estado necesita recursos económicos suficientes. La monetización de sus actividades guerreras está en la raíz de la construcción de lo que los historiadores económicos conocen como Estado fiscal-militar desde el siglo XV en adelante. En el núcleo de ese Estado se sitúa lo que yo llamo el «nexo Estado-finanzas», claramente simbolizado en el caso británico por la alianza entre el aparato estatal, por un lado, y los comerciantes capitalistas de Londres, por otro. Estos últimos financiaron eficazmente la maquinaria bélica del Estado mediante la deuda nacional a cambio de los derechos exclusivos de monopolio y gestión del sistema monetario atribuidos en 1694 al Banco de Inglaterra, que fue el primer banco central del mundo y que se convirtió en modelo para el resto del mundo capitalista.

Esto pone de relieve una relación clave entre Estado y dinero. Silvio Gesell está acertado a mi parecer cuando dice:

> El dinero necesita del Estado, y sin él no es posible; de hecho se puede decir que la fundación del Estado data de la introducción del dinero. El dinero es el cemento más natural y más poderoso de las naciones [...]. El hecho de que el dinero sea indispensable y que también lo sea su control por el Estado, le da a éste un poder ilimitado sobre aquel. Expuesto a ese poder ilimitado, el respaldo metálico del dinero es como polvo que se lleva el viento. El dinero está tan poco protegido por el material-dinero frente al abuso del poder estatal, como lo está la Constitución del Estado frente a la usurpación arbitraria de poder por el pergamino sobre el que está escrita. Sólo el propio Estado, la voluntad de los que ejercen el poder (autócratas o representantes) podrían proteger al dinero de falsificadores, estafadores y especuladores, siempre que ellos mismos fueran capaces de usar resueltamente su poder. Hasta el presente nunca han poseído plenamente, por desgracia, esa capacidad[1].

Sin embargo, Gesell sugiere sorprendentemente que «la seguridad del papel moneda es mayor que la de la moneda metálica», dado que «el papel moneda está garantizado por todos los intereses e ideales que unen al pueblo en un Estado. Su papel moneda sólo puede desmoronarse con este último». El Estado, que acostumbra a definirse por su monopolio sobre el uso legítimo de la violencia, adquiere así otra función clave: debe tener el monopolio sobre el dinero y la moneda.

A ese argumento se le pueden oponer dos matizaciones. En primer lugar, ese poder monopólico del Estado es genérico y no particular. El sistema monetario global es de carácter jerárquico y en él el dólar estadounidense ha funcionado como moneda de reserva del mismo desde 1945 y Estados Unidos ha gozado de derechos de señoreaje (creación) exclusivos de esa moneda. Los poderes monetarios de otros Estados son más limitados, porque las deudas internacionales suelen estar denominadas en dólares estadounidenses y tienen que ser pagadas en esa moneda. Un Estado particular no puede monetizar su deuda imprimiendo su propia moneda porque el efecto inmediato sería la devaluación de esa moneda local frente al dólar estadounidense. Hay otras monedas que también se pueden utilizar para el comercio global, como la libra esterlina (que era antes la moneda de reserva global), el euro y el yen y quizá dentro de poco el yuan chino; pero hasta ahora no han amenazado gravemente la situación privilegiada del dólar estadounidense, y propuestas ocasionales de sustituir este por una canasta de monedas (del tipo originalmente propuesto por Keynes en Bretton Woods en 1944) han sido hasta ahora rechazadas por Estados Unidos, ya que en la situación actual obtiene considerables beneficios de

---

[1] Silvio Gesell, *The Natural Economic Order,* 1916, cit., p. 81.

su control sobre la moneda de reserva global. El poder imperial estadounidense se ha ejercido no sólo directamente, sino también indirectamente mediante la diplomacia del dólar. La hegemonía de Estados Unidos en el sistema mundial se apoya en buena medida en su control sobre la moneda mundial y su capacidad de imprimir dinero para pagar, por ejemplo, sus excesivos gastos militares. Frente a esto, otros Estados pueden renunciar a emplear su propia moneda en los intercambios internacionales; Ecuador, por ejemplo, utiliza como moneda el dólar estadounidense. Cuando nació el euro, los Estados que lo adoptaron renunciaron al poder de monopolio sobre sus monedas, cediéndolo a un conjunto de instituciones supranacionales (principalmente el Banco Central Europeo) dominadas por Alemania y en menor medida por Francia.

La segunda matización es que ese derecho monopolista sobre la moneda que tiene el Estado lo puede subcontratar, por decirlo así, a capitalistas financieros y bancarios mediante el otorgamiento de una concesión a un banco central formalmente independiente del control democrático directo o del político estatal, como sucede en los casos del Banco de Inglaterra, la Reserva Federal estadounidense o el Banco Central Europeo. Esas poderosas instituciones se instalan en un espacio intersticial entre el Estado y los bancos privados, y junto con los Departamentos del Tesoro, Ministerios de Finanzas e instituciones similares de los gobiernos estatales, constituyen el nexo Estado-finanzas que viene funcionando desde hace mucho tiempo como «sistema nervioso central» de regulación y promoción del capital. El nexo Estado-finanzas tiene todas las características de una institución feudal, porque su funcionamiento suele quedar oculto y envuelto en el misterio, pareciéndose más al Vaticano o al Kremlin que a una institución abierta y transparente. Sólo ofrece un rostro humano en momentos de dificultad, cuando, por ejemplo, Hank Paulson (secretario del Tesoro) y Ben Bernanke (presidente de la Reserva Federal) se presentaron juntos ante los medios para dictar la política nacional a raíz del colapso de Lehman Brothers en septiembre de 2008, en un momento en el que el Gobierno y el Congreso parecían paralizados y dominados por el miedo. «Cuando el sistema financiero y el nexo Estado-finanzas fallan, como sucedió en 1929 y en 2008, todos reconocen la existencia de una amenaza para la supervivencia del capital y el capitalismo y no se deja de tocar ninguna tecla en el empeño por resucitarlo»[2].

Pero en la relación entre el Estado capitalista y la propiedad privada no todo es armonía. En la medida en que el Estado asume cierta forma de democracia con el fin de oponerse a modalidades estatales absolutistas y autocráticas, que pueden ser arbitrariamente hostiles o no receptivas frente

---

[2] David Harvey, *The Enigma of Capital*, Londres, Profile Books, 2010, pp. 55-57 [ed. cast.: *El enigma del capital*, Madrid, Akal, 2013].

a ciertos requerimientos del capital, por ejemplo con respecto a su libertad de movimientos, queda expuesto a influencias populistas de diversos tipos. Si, como sucede a veces, queda en manos de las organizaciones obreras y los partidos políticos de izquierda, éstos pueden emplear sus poderes para contrarrestar los del capital como propiedad privada. El capital no puede entonces seguir operando libremente en muchos campos de la economía (mercado laboral, procesos de trabajo, distribuciones de la renta y otros parecidos), viéndose obligado a funcionar en el marco de una auténtica selva reguladora que limita sus libertades. De vez en cuando, por lo tanto, la contradicción entre Estado y propiedad privada se intensifica convirtiéndose en una contradicción absoluta que enfrenta lo público contra lo privado, al Estado contra el mercado. En torno a esa contradicción pueden estallar entonces feroces batallas ideológicas y políticas.

Pero permítaseme repetir claramente que no trato de presentar aquí una teoría general sobre el Estado capitalista; intento simplemente llamar la atención sobre los aspectos y funciones específicas del Estado que tienen que operar de determinada manera para facilitar la reproducción del capital. Dados sus poderes fiscales y la sensibilidad del Estado frente a las influencias e intereses políticos, sus poderes se pueden reorientar a veces políticamente hacia fines económicos que sobrepasan la actividad y los intereses empresariales privados. Durante las fases de control político socialdemócrata (como en Gran Bretaña y otros países europeos después de la Segunda Guerra Mundial) y bajo diversas formas de gobernanza *dirigista* (como en Francia con de Gaulle, en Singapur con Lee Kuan-Yew o en muchos otros Estados asiáticos, incluida China) se pueden crear y organizar instituciones estatales como agentes económicos que asumen el control de las principales palancas de la economía u orientan las prioridades de inversión. La planificación gubernamental a distintas escalas (macroeconómica, urbana, regional o local) ocupa en ocasiones el centro de la escena en competición o más a menudo en asociación con actividades privadas y empresariales. Buena parte de la acumulación de capital pasa entonces a través del Estado en formas que no están necesariamente dirigidas a la maximización del beneficio, sino a fines sociales o geopolíticos. Incluso en los Estados más volcados en los principios de la privatización y la neoliberalización, el complejo militar-industrial queda aparte del resto de la economía como un lucrativo abrevadero en el que se sacian libremente los intereses privados subcontratados.

Desde el otro extremo del espectro político, la forma de organizar las finanzas del Estado es algo que los libertarios de derechas entienden claramente como profundamente contradictorio con las libertades individuales, al entregar el control monopolista sobre el dinero y el crédito a un conjunto de instituciones no democráticas y no elegidas, encabezadas

por los banqueros centrales. Un crítico como Thomas Greco argumenta por eso:

> La politización del dinero, la banca y las finanzas (que prevalece hoy día en el mundo entero) ha permitido la concentración del poder y la riqueza en pocas manos, lo que ha sido extremadamente perjudicial para las sociedades, las culturas, las economías, el gobierno democrático y el medioambiente. Los gobiernos nacionales se han arrogado una capacidad de gasto prácticamente ilimitada, que les permite canalizar la riqueza hacia sus clientes preferidos, emprender guerras a escala masiva y subvertir las instituciones democráticas y la voluntad popular. El privilegiado *establishment* de la banca privada ha conseguido monopolizar todo el flujo crediticio, permitiendo que unos pocos exploten a la inmensa mayoría mediante su parcialidad en la concesión de crédito, con réditos usurarios (disfrazados de «interés») y tasas cada vez más exorbitantes, y premiando a los políticos por sus servicios en la promoción de sus intereses[3].

El argumento libertario, que no carece de lógica, es que eso fue lo que desde el siglo XVII en adelante subvirtió la posibilidad de una democracia burguesa genuina, caracterizada por la máxima libertad individual posible. Ese sistema obliga además al crecimiento exponencial, suscita «la destrucción del medioambiente y desgarra el tejido social mientras incrementa la concentración de poder y riqueza. Crea inestabilidades económicas y políticas que se manifiestan en ciclos recurrentes de depresión e inflación, conflicto interno e internacional y dislocación social»[4]. Por esa razón tanto el ala izquierda como el ala derecha del espectro político en Estados Unidos abominan de instituciones como la Reserva Federal y el Fondo Monetario Internacional.

El balance de la contradicción entre intereses privados y libertades individuales, por un lado, y poder estatal, por otro, se ha desplazado muy decisivamente durante los últimos años hacia los centros antidemocráticos, autocráticos y despóticos del aparato estatal, donde se ven respaldados por la creciente centralización y militarización del control social. Eso no significa que los poderes no centralizados de los propietarios individuales se disuelvan, ni siquiera que estén en peligro. De hecho, esos poderes se ven reforzados en la medida en que el capital se siente cada vez más protegido frente a cualquier forma de oposición social, por ejemplo, frente al movimiento obrero o al ecologista. La descentralización suele ser en cualquier caso una estrategia óptima para mantener el control centralizado. El gobierno chino ha aplicado deliberadamente en los últimos tiempos ese principio con mucha eficacia. En ningún lugar es más evidente que en la organización estatal del poder del dinero en los mercados de materias primas.

---

[3] Thomas Greco, *The End of Money and the Future of Civilization*, White River Junction (VT), Chelsea Green Publishing, 2009.
[4] *Ibid*.

Dado que en apartados anteriores he puesto repetidamente como ejemplos el mercado de la vivienda y la crisis en el mercado inmobiliario, permítaseme explicar brevemente cómo funciona en ese contexto la contradicción de la que nos ocupamos ahora. El derecho de propiedad privada sostiene la propiedad individual de las viviendas y los Estados capitalistas han apoyado sistemáticamente por diversos medios (desde los subsidios activos a la publicidad y la retórica en que se envuelven los sueños de propiedad de una vivienda) su extensión a sectores de la población cada vez mayores. Con ello se pretendía asegurar un crecimiento continuo del mercado inmobiliario como campo de acumulación activa y lucrativa de capital, pero también ha desempeñado una función ideológica crucial, consolidando el apoyo popular y populista a la estrategia de proporcionar valores de uso mediante mecanismos basados en el valor de cambio: con otras palabras, el apoyo a la vía capitalista. El sostén activo del gobierno a la propiedad privada de la vivienda en Estados Unidos, por razones tanto políticas como económicas, desempeñó así una parte importante en el fomento de la crisis de las hipotecas *subprime* que derribó algunas de las instituciones más importantes de inversión privada, pero también puso al borde de la bancarrota a instituciones semipúblicas como Fannie Mae y Freddie Mac, que tuvieron que ser rescatadas mediante una nacionalización temporal.

¿Cuál debe ser, entonces, la estrategia política de la izquierda respecto a la contradicción existente entre Estado y propiedad privada? Un simple intento de restaurar el equilibrio y de fortalecer las libertades individuales (como parecen propugnar muchos en estos últimos tiempos, tanto en la izquierda como en la derecha del espectro político) no puede bastar, en parte por el desplazamiento tan espectacular que se ha dado hacia el poder estatal arbitrario, pero también porque la fe en el Estado como agente potencialmente benevolente se ha desvanecido en gran medida. El regreso del Estado al papel de un puro «vigilante nocturno» sólo serviría para desencadenar los poderes de lo que ya es un capital muy desregulado, para hacer lo que le parezca sin ninguna restricción social o a largo plazo.

La única estrategia política alternativa viable debería tender a disolver la contradicción existente entre los intereses privados e individuales, por un lado, y el poder e intereses del Estado, por otro, y a sustituirla por algo diferente. En ese sentido parece enormemente sensata la preocupación creciente de la izquierda por el restablecimiento y revigorización de «los bienes comunes». La absorción de los derechos de propiedad privada en un proyecto general para la gestión colectiva de los comunes y la disolución de los poderes autocráticos y despóticos del Estado en estructuras de gestión colectiva democrática se convierten en los únicos objetivos a largo plazo que realmente merecen la pena.

Esos objetivos tienen sentido cuando se aplican al dinero y al crédito. La recuperación del dinero y el crédito como bienes comunes democráticamente regulados es imperiosa para invertir la tendencia hacia la autocracia y el despotismo monetario. Es imperativo disociar las actividades de creación monetaria del aparato estatal en nombre del fortalecimiento y democratización de las libertades y de la libertad colectivas. Dado que el poder del Estado capitalista descansa en buena parte sobre los pilares gemelos del monopolio sobre el uso legítimo de la violencia y el poder monopolístico sobre los asuntos monetarios y sobre la moneda, el resquebrajamiento de este último llevaría consigo en último término la disolución (más que el «aplastamiento») del poder estatal capitalista. Una vez privado del poder sobre sus recursos monetarios, la capacidad del Estado para recurrir a la violencia militarizada contra su propia población rebelde quedaría también aniquilada. Aunque ésta pueda parecer una idea improbable, parte de ella se ha materializado ya en la utilización del poder de los bonistas en países como Grecia, Italia y España para dictar la política estatal hacia sus propias poblaciones. Basta sustituir el poder de los bonistas por el poder del pueblo y esa tendencia tan visible podría ser invertida con la misma facilidad.

El poder estatal es, como ya he dicho, genérico más que particular. De ahí que esa política tendría que disolver todas esas instituciones monetarias internacionales (como el FMI) erigidas para apoyar el imperialismo del dólar estadounidense y que sirven para mantener su hegemonía financiera en el sistema mundial. El mecanismo disciplinario que está destruyendo actualmente la vida cotidiana del pueblo griego, así como la de muchos otros que han sufrido las intervenciones del FMI (habitualmente en combinación con otros poderes estatales multilaterales, como el Banco Central Europeo y la Comisión Europea en la llamada Troika) debería desmantelarse y dar paso a prácticas e instituciones de gestión colectiva de la riqueza común de la población. Tal solución puede parecer abstracta y utópica en relación con la práctica actual, pero para emprender una política alternativa es vital tener en mente ese tipo de visión y ambición a largo plazo. Deben formularse planes radicales, ya se les llame revolucionarios o reformistas, para impedir que la civilización se ahogue en la contradicción entre propiedad privada insensible y desregulada y poderes estatopoliciales cada vez más autocráticos y militarizados, consagrados a defender al capital y no el bienestar del pueblo.

CONTRADICCIÓN 4
APROPIACIÓN PRIVADA Y RIQUEZA COMÚN

LA RIQUEZA COMÚN creada por el trabajo social aparece en una variedad infinita de valores de uso, desde cuchillos y tenedores hasta tierras roturadas, ciudades enteras, los aviones en que volamos, los automóviles que conducimos, los alimentos que comemos, las casas en que vivimos y las ropas que vestimos. La apropiación y acumulación privadas de esa riqueza común y del trabajo social coagulado en ella se produce de dos modos muy diferentes. En primer lugar, existe un vasto conjunto de lo que ahora consideraríamos actividades extralegales, como el robo, hurto, fraude, corrupción, usura, violencia y coerción, junto con diversas prácticas turbias y dolosas en el mercado (monopolización, manipulación, arrinconamiento del mercado, alteración de los precios, pirámides de Ponzi, etc.). Por otro lado, la gente puede acumular riqueza mediante intercambios legalmente sancionados en condiciones comerciales no coercitivas y en mercados de funcionamiento libre. Los teóricos de la circulación y acumulación de capital suelen excluir las actividades del primer tipo como excrecencias externas al funcionamiento «normal» y legítimo del mercado capitalista, y construyen sus modelos de circulación y acumulación de capital sobre la suposición de que sólo el segundo modo de apropiación y acumulación privada de riqueza social es legítimo y relevante.

Creo que ya es hora de desmontar esa ficción benevolente pero profundamente engañosa promovida por los manuales de economía y de reconocer la relación simbiótica entre ambas formas de apropiación del trabajo social y de sus productos. Planteo este argumento basándome en parte en la simple razón empírica de que es estúpido tratar de entender el mundo del capital sin tener en cuenta los cárteles de la droga, los traficantes de armas y las diversas mafias y otras formas criminales de organización que desempeñan un papel tan significativo en el comercio mundial. Es imposible dejar de lado como excrecencias accidentales ese vasto conjunto de prácticas depredadoras tan fácilmente reconocibles en el reciente crac del mercado inmobiliario en Estados Unidos (junto con las recientes revelaciones de sistemática defraudación bancaria –como la falsificación de las valoraciones de activos en las carteras de los bancos–, blanqueo de dinero,

pirámides de Ponzi, manipulación de los tipos de interés y demás hallazgos de la ingeniería financiera).

Pero más más allá de esas razones empíricas obvias, existen sólidas razones teóricas para creer que la esencia misma del capital alberga una economía basada en la desposesión. La desposesión directa del valor producido por el trabajo social en el lugar de producción no es más que un eslabón (aunque primordial) de la cadena de desposesión que nutre y sostiene la apropiación y acumulación de grandes porciones de la riqueza común por «personas jurídicas» privadas (esto es, entidades legales entre las que se encuentran las grandes corporaciones).

Los banqueros no se preocupan en principio, por ejemplo, por averiguar si sus beneficios e ingresos privilegiados provienen del préstamo de dinero a terratenientes que extraen rentas exorbitantes de labradores oprimidos, de comerciantes que estrangulan con sus precios a sus clientes, de las tarjetas de crédito y compañías telefónicas que estafan a sus usuarios, de compañías hipotecarias que desahucian ilegalmente a sus inquilinos o de fabricantes que explotan salvajemente a sus trabajadores. Aunque los teóricos de la izquierda política, inspirados por su lectura de la economía política de Marx, han privilegiado siempre la última de esas formas de apropiación como más fundamental en cierto sentido que todas las demás, la evolución histórica del capital ha mostrado una inmensa flexibilidad en su capacidad de apropiarse de la riqueza común mediante todas las demás formas mencionadas y mediante muchas otras. Los altos salarios obtenidos por los trabajadores gracias a la lucha de clases en el lugar de trabajo les pueden ser fácilmente sustraídos por sus caseros, las empresas emisoras de tarjetas de crédito o los grandes comerciantes, por no hablar de los recaudadores de impuestos. Los banqueros incluso construyen sus propios juegos de trileros, de los que obtienen inmensos beneficios, e incluso cuando resultan descubiertos es casi siempre el banco (esto es, sus accionistas) el que soporta el golpe y no los propios banqueros (sólo en Islandia fueron a la cárcel durante un tiempo estos últimos).

En el centro de ese proceso de apropiación privada de la riqueza común está la forma contradictoria en la que, como hemos visto, el dinero representa y simboliza el trabajo social (valor). El hecho de que el dinero, como polo opuesto al valor social que representa, sea intrínsecamente apropiable por personas privadas, significa que (con tal que funcione bien como medida y depósito del valor) puede ser acumulado sin límite por estas. Y en la medida en que el dinero es un depósito de poder social, su acumulación y centralización por un conjunto de individuos resulta decisiva, tanto para la construcción social de la codicia personal como para la formación de un poder de clase capitalista más o menos coherente.

El conocimiento de sus peligros para la convivencia social llevó a las sociedades precapitalistas a erigir barreras frente a la apropiación privada desmedida y al uso de la riqueza común, al tiempo que se resistían a la mercantilización y monetización de todo. Percibieron con gran perspicacia que la monetización disolvía otras vías de constitución de la comunidad de modo que, como decía Marx, «el dinero había destruido la antigua comunidad convirtiéndola en la comunidad del dinero»[1]. Todavía cargamos con las consecuencias de aquella transición. Que aquellas antiguas sociedades perdieran en último término esa batalla no debería disuadirnos de considerar formas de contener esa apropiación privada de la riqueza común, ya que todavía encierra inmensos peligros en términos de apropiaciones e inversiones despiadadas sin tener en cuenta las consecuencias medioambientales o sociales, amenazando incluso las condiciones para la propia reproducción del capital.

Aunque todo esto debería ser evidente de por sí, en el cálculo monetario hay algo aún más siniestro que imprime realmente su sello sobre la política y práctica de la acumulación por desposesión como característica distintiva del núcleo dinámico del capital. En el examen del funcionamiento del dinero vimos que la distinción entre valor y precio abría una brecha entre las realidades del trabajo social y la capacidad de adherir una etiqueta con un precio ficticio a cualquier cosa, sin importar si se trata de un producto del trabajo social o no. ¡Tanto la tierra sin cultivar como la conciencia se pueden vender por dinero! La brecha entre valores y precios es, por lo tanto, no sólo cuantitativa (los precios pueden subir o bajar instantáneamente como respuesta a cualquier desequilibrio entre oferta y demanda), sino también cualitativa (se podría poner un precio incluso a cosas tan inmateriales como el honor, los compromisos o las lealtades). Esa brecha se ha convertido en un ancho y profundo abismo a medida que el capital expandía su ámbito y penetración con el paso del tiempo.

De todos los autores que conozco fue quizá Karl Polanyi, un historiador de la economía y antropólogo socialista de origen húngaro que acabó trabajando en Estados Unidos en el momento álgido del macartismo, quien vio más claramente la naturaleza de este fenómeno y los «peligros para la sociedad» que plantea. Su influyente obra *La gran transformación* fue publicada originalmente en 1944 y sigue siendo hasta hoy un texto de referencia. Tal como señalaba, los mercados para el trabajo, la tierra y el dinero son esenciales para el funcionamiento del capital y la producción de valor. Ahora bien,

---

[1] Karl Marx, *Grundrisse*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 223 [ed. alemana: *Grundrisse*, en *MEW* Band 42, Berlín, Dietz, 2005, p. 149; ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1972, p. 157 del vol. 1].

> Es evidente, no obstante, que trabajo, tierra y dinero *no son* mercancías [...]. El trabajo no es más que la actividad económica que acompaña a la propia vida la cual, por su parte, no ha sido producida en función de la venta, sino por razones totalmente distintas, y esta actividad tampoco puede ser desgajada del resto de la vida, ni puede ser almacenada o puesta en circulación. La tierra por su parte es, bajo otra denominación, la misma naturaleza que no es producida por el hombre; en fin, el dinero real es simplemente un signo del poder adquisitivo que, en líneas generales, no es en absoluto un producto sino una creación del mecanismo de la banca o de las finanzas del Estado. Ninguno de estos tres elementos, trabajo, tierra y dinero han sido producidos para la venta, por lo que es totalmente ficticio considerarlos mercancías[2].

Dar pábulo a la ficción de que tierra, trabajo y dinero son mercancías conduciría, en opinión de Polanyi, a la «demolición de la sociedad».

> Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema pretende disponer de la entidad física, psicológica y moral «humana» que está ligada a esta fuerza. Desprovistos de la protectora cobertura de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían, al ser abandonados en la sociedad: morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda, serían eliminados por el vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza se vería reducida a sus elementos, el entorno natural y los paisajes serían saqueados, los ríos polucionados, la seguridad militar comprometida, el poder de producir alimentos y materias primas destruido. Y, para terminar, la administración del poder adquisitivo por el mercado sometería a las empresas comerciales a liquidaciones periódicas, pues la alternancia de la penuria y de la superabundancia de dinero se mostraría tan desastrosa para el comercio como lo fueron las inundaciones y los periodos de sequía para la sociedad primitiva. [...] Ninguna sociedad podría soportar, incluso por un breve lapso de tiempo, los efectos de semejante sistema fundado sobre ficciones groseras, a no ser que su sustancia humana y natural, así como su organización comercial, estuviesen protegidas contra las devastaciones de esa fábrica satánica[3].

En la medida en que la política neoliberal ha desmantelado durante las últimas décadas muchas de las protecciones creadas con tanto esfuerzo en el periodo anterior, nos vemos cada vez más expuestos a los peores rasgos de esa «fábrica satánica» que el capital liberado a sus propias fuerzas crea inevitablemente. No sólo vemos a nuestro alrededor numerosas pruebas de tantos de los colapsos que temía Polanyi, sino que una alienación universal cada vez más intensa se muestra más y más amenazadora a medida que una parte cada

---

[2] Karl Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 1957, p. 72 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989, pp. 127-128].

[3] *Ibid*., p. 73 [p. 129].

vez mayor de la humanidad se aparta asqueada de la barbarie en que se basa la civilización que ha construido. Esto constituye, como argumentaré a guisa de conclusión, una de las tres contradicciones más peligrosas, quizá incluso fatales, para la perpetuación del capital y el capitalismo.

La historia del proceso de mercantilización del trabajo, la tierra y el dinero constituiría de por sí un largo y arduo relato, esbozado por ejemplo por Marx en su breve resumen de la llamada «acumulación originaria» en *El capital*. La transformación del trabajo, la tierra y el dinero en mercancías se logró mediante la violencia, el engaño, el robo, el fraude y actividades parecidas. Las tierras comunes fueron cercadas, divididas y puestas a la venta como propiedades privadas. El oro y la plata que constituían las primeras mercancías-dinero fueron robados a los habitantes nativos de las Américas. Los trabajadores y trabajadoras se vieron obligados a abandonar la tierra para recibir el estatus de trabajadores asalariados «libres» que podían ser libremente explotados por el capital, cuando no directamente esclavizados. Tales formas de desposesión fueron fundamentales en la creación del capital, pero lo más importante es que nunca desaparecieron. No sólo fueron decisivas para explicar los aspectos más crueles del colonialismo, sino que hasta hoy mismo las políticas de desposesión (administradas para la inmensa mayoría por una alianza *non sancta* de poder empresarial y estatal) del acceso a la tierra, al agua y los recursos naturales está induciendo gigantescos movimientos de agitación global. El llamado «acaparamiento de tierras» en toda África, América Latina y gran parte de Asia (incluidas las grandes desposesiones que están teniendo lugar ahora mismo en China) son sólo el síntoma más obvio de la política de acumulación por desposesión con formas que ni siquiera Polanyi podría haber imaginado. En Estados Unidos, las tácticas de expropiación legal, junto con la brutal oleada de desahucios que han provocado enormes pérdidas, no sólo de valores de uso (millones de personas sin techo), sino también de los ahorros duramente ganados y de valores insertos en el mercado de la vivienda, por no hablar de la pérdida de pensiones y de derechos sanitarios y educativos y otras prestaciones, indican que la economía política de la desposesión directa sigue funcionando en el mismísimo corazón del mundo capitalista. Lo paradójico es, por supuesto, que esas formas de desposesión están siendo ahora administradas cada vez más bajo el disfraz virtuoso de la política de austeridad supuestamente requerida para devolver a un capitalismo achacoso a una situación pretendidamente sana.

«La empresa más extraña de todas las emprendidas por nuestros antepasados consistió quizá en aislar a la naturaleza y hacer de ella un mercado», observa Polanyi, mientras que «separar el trabajo de las otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del mercado equivaldría a aniquilar todas las formas orgánicas de la existencia y a reemplazarlas por

un tipo de organización diferente, atomizada e individual»[4]. Esta última consecuencia ha sido decisiva en el funcionamiento de la estructura de contradicciones que estamos examinando aquí. Dicho simplemente, la unidad contradictoria entre Estado y propiedad privada que constituye la tercera contradicción fundamental del capital cobró importancia, *no* como instrumento fundamental para facilitar la acumulación por desposesión, sino como una legitimación y una racionalización institucional *post facto* de los resultados de esa violencia de desposesión. Una vez que la tierra, el trabajo y el dinero habían sido cosificados, pulverizados y separados de su inserción en los flujos más amplios de la vida cultural y la materia viviente, pudieron ser resuturados bajo el paraguas de los derechos y leyes constitucionales basados en los principios de los derechos individuales a la propiedad privada garantizados por el Estado.

La tierra, por ejemplo, no es una mercancía producida por el trabajo social; pero estaba en el centro de la campaña de cercamientos en Gran Bretaña y las prácticas colonizadoras organizadas en todas partes para dividirla, privatizarla y mercantilizarla de forma que el mercado de la tierra pudiera convertirse en un ámbito primordial para la acumulación de capital y la extracción de riqueza por parte de una clase rentista cada vez más poderosa. Los recursos llamados «naturales» pueden de forma parecida ser comprados y vendidos aunque no sean de por sí un producto del trabajo social. La mercantilización de la naturaleza tiene ciertos límites, ya que algunas cosas (como la atmósfera y los agitados océanos) no son fácilmente privatizados y parcelados. Aunque los peces extraídos de los océanos pueden ser fácilmente mercantilizados, las aguas en las que nadan plantean un problema distinto. Se pueden, no obstante, crear mercados en torno a los derechos de usufructo o la contaminación de la atmósfera y los océanos, o derechos exclusivos de arrendamiento para pescar en ciertas zonas (por ejemplo, sólo los arrastreros españoles pescan en la parte del océano Atlántico meridional reclamada como aguas jurisdiccionales por Argentina).

Los cercamientos y la parcelación de la tierra, del trabajo (mediante extensiones de su división social y según tareas) y del poder del dinero (en particular mediante el dinero ficticio y el capital-dinero crediticio) como mercancías fueron cruciales en esa transición al sistema de derechos de propiedad privada que ofrece una base legal para las operaciones del capital. La contradicción Estado propiedad privada desplaza así una concepción fluida y viva de la relación con la naturaleza, que acaba siendo imaginada, tal como se quejó en una ocasión Heidegger, como «una vasta gasolinera»[5]. Desplazó igualmente todos los supuestos culturales vinculados a los

---

[4] *Ibid.*, p. 178 [pp. 289, 267].
[5] Martin Heidegger, *Discourse on Thinking*, Nueva York, Harper Press, 1966, p. 50 [ed. cast.: *Serenidad*, Barcelona, Serbal, 2002].

regímenes de propiedad común y los derechos consuetudinarios característicos de los modos de producción anteriores (quiero insistir en que esto no significa una nostalgia con respecto al orden social en el que estaban insertos tales derechos y prácticas). Pone en lugar de toda esa variedad de existencias y vidas en el mundo una doctrina de los «derechos humanos» universales, evidentes e individualizados, subordinados a la producción de valor, que de hecho enmascara bajo una doctrina legal universalista y naturalizada el espeluznante rastro de violencia que acompañó a la desposesión de las poblaciones indígenas. Hasta hoy día, no obstante, es más probable que los adversarios y disidentes de todo esto –considerados cada vez más como terroristas– sean encarcelados en prisiones que hallarlos viviendo en la miniutopía de la urbanización periférica burguesa.

En ese mundo construido sobresalen ciertas verdades como pretendidamente evidentes, la principal de las cuales es que todo lo que existe sobre la tierra debe ser en principio sometido, siempre que sea técnicamente posible, a la mercantilización, monetización y privatización. Ya hemos comentado cómo la vivienda, la educación, la sanidad y los servicios públicos han evolucionado en esa dirección y ahora podemos añadir también las actividades bélicas e incluso las gubernamentales, subcontratándose una proporción cada vez mayor de esos sectores a empresas privadas. Los bendecidos con suficiente poder dinerario pueden entonces comprar (o robar) casi cualquier cosa, excluyendo a la gran mayoría de la población que carece de suficiente poder dinerario, astucia subversiva o influencia político-militar para competir. Pero el hecho de que sea ya posible comprar derechos de propiedad sobre las secuencias genéticas, cuotas de contaminación y derivados climáticos debería hacer que nos detuviéramos a pensar sobre las advertencias de Polanyi. El problema es, no obstante, que todo eso parece estar tan inserto en el orden «natural» e inconmovible creado por la burguesía que parece no sólo comprensible sino inevitable que las empresas puedan dominar la vida social en esferas de la actividad social y cultural donde no tendría por qué ser así. El valor de cambio es en todas partes el amo y el valor de uso el esclavo, y esa situación hace imprescindible una rebelión popular de las masas en nombre del acceso para todos a los valores de uso fundamentales.

Esa urgencia va acompañada además de una crítica y rebelión sistemáticas frente a la política de apropiación y acumulación por desposesión, asentada en una relación desconcertante y contradictoria con doctrinas legales universales sobre los derechos de propiedad privada que supuestamente regulan las relaciones entre Estado e individuo de tal modo que debería excluir las desposesiones, el robo y los engaños. La constitucionalidad y legalidad capitalistas están basadas al parecer en una mentira o como mucho en ficciones confusas, si es que cabe deducir algo de

lo acontecido en los mercados financieros y de la vivienda durante los últimos años. Sin embargo, carecemos de una percepción común de cuál podría ser la naturaleza exacta de esa mentira. Como consecuencia, solemos reducir el problema de la acumulación por desposesión a la incapacidad para aplicar, poner en práctica y regular satisfactoriamente el comportamiento de los mercados.

De esa formulación hay que deducir otras dos percepciones. Ante todo, ¿qué es lo que garantiza que los individuos que saquean de esa forma la riqueza común actúen colectivamente de forma que aseguran la reproducción de esa riqueza común? Los individuos o corporaciones privadas que actúan únicamente por su propio interés a corto plazo suelen socavar, si no destruir, las condiciones para su propia reproducción. Los granjeros agotan la fertilidad de su tierra y los patronos extenúan a veces a sus trabajadores hasta la muerte por *karoshi* o hasta tal agotamiento que trabajan ineficazmente. Esta dificultad es particularmente severa en el terreno de los daños y la degradación medioambientales, como muestra el ejemplo de British Petroleum en la marea negra en el Golfo de México en 2010. En segundo lugar, ¿qué incentivo tienen los individuos para obedecer las reglas del buen comportamiento de mercado cuando los beneficios derivados de hacerlo son bajos y el rendimiento de la ilegalidad, la depredación, el robo y el engaño es muy alto aun teniendo en cuenta las enormes multas que podrían caer sobre ellos por ese mal comportamiento? Las sanciones dictadas contra instituciones financieras como HSBC, Wells Fargo, CitiBank, JPMorgan y otras parecidas en los últimos años y las pruebas de que siguen dándose los mismos malos comportamientos en el terreno de las finanzas sugieren que esto también es un problema para la reproducción de la riqueza común.

Hasta que no se entienda claramente que las mediaciones «objetivas» pero totalmente ficticias de la monetización, la mercantilización y la privatización de no mercancías como la tierra, el trabajo y el capital (todas ellas iniciadas y a menudo sostenidas por medios extralegales y coercitivos) están en la raíz de la hipocresía de la constitucionalidad capitalista, no podremos comprender cómo esta (y sus códigos legales) puede incorporar la ilegalidad en su propio fundamento. El hecho de que esas ficciones y fetichismos beneficien sistemáticamente a algunos individuos más que a otros, constituyendo la base para la construcción del poder de clase capitalista, no es puramente casual: es la razón de ser fundamental de todo el edificio político y económico construido por el capital. La relación interna entre el poder de clase capitalista y esas ficciones y fetichismos es más evidente que en ningún otro campo en la decisiva mercantilización, monetización y privatización de la fuerza de trabajo, y a ello debemos atender ahora.

CONTRADICCIÓN 5
CAPITAL Y TRABAJO

LA APROPIACIÓN Y explotación de la fuerza de trabajo de unos seres humanos por otros es una característica desde hace mucho tiempo de la organización humana. El ejercicio del poder con ese fin ha supuesto la construcción de distintas relaciones sociales, desde la esclavitud, la servidumbre y el tráfico de mujeres (y a veces niños) como meras pertenencias sometidas al consentimiento de los creyentes para realizar la obra de Dios (o de los dioses) en las sociedades teocráticas o la sumisión de súbditos leales para ir a la guerra o para construir, digamos, pirámides en nombre de un líder, patriarca, monarca o señor local reverenciado. También viene siendo una práctica habitual desde hace mucho tiempo la racialización, etnización o discriminación de género de tales relaciones de dominación, apropiación y explotación de seres humanos supuestamente inferiores en el plano cultural, religioso o incluso biológico, que podían ser obviamente monetizadas y mercantilizadas. Los esclavos podían comprarse y venderse directamente, se asignaban dotes (medidas en mercancías clave como el ganado o dinero) al tráfico de mujeres, y ejércitos mercenarios desplazaban o aplastaban a quienes tenían distintas creencias religiosas o lealtades personales. Por otra parte, el endeudamiento creciente (como el derivado del peonaje por deudas o de algún tipo de aparcería) era y sigue siendo una de las formas más insidiosas de apropiación del trabajo o del producto del trabajo de otros por quienes disponen de poder social, político o dinerario.

Pero lo que compra y vende el capital, y eso es lo que hace distinto y peculiar a este modo de producción, es la fuerza de trabajo intercambiada como mercancía. El trabajador dispone de ella y se la vende al capitalista en un mercado de trabajo supuestamente «libre». La compraventa de servicios laborales precedió por supuesto al ascenso del capitalismo, y es muy posible que siga existiendo mucho después de que el capital haya dejado de existir como una forma viable de producir y consumir. Pero lo que el capital incorporó como rasgo distintivo es que podía crear la base para su propia reproducción –que esperaba que pudiera ser permanente– mediante el uso sistemático y continuo de la fuerza de trabajo

para producir un excedente (plusvalor) por encima del valor que necesitaba el trabajador para sobrevivir con determinado nivel de vida. Ese excedente es la base del beneficio capitalista.

Lo más notable de ese sistema es que no parece basarse en el engaño, el robo o la desposesión, porque a los trabajadores se les paga el precio de mercado «justo» (el «salario corriente») al mismo tiempo que se les pone a trabajar para generar el plusvalor que el capital necesita para sobrevivir. Esa «equidad» se basa en la idea de que los trabajadores tienen un derecho de propiedad privada individualizada sobre la fuerza de trabajo que pueden proporcionar al capital como una mercancía (una mercancía que tiene para el capital el valor de uso de poder producir valor y plusvalor) y de que son «libres» para disponer de esa fuerza de trabajo de la forma que prefieran y vendérsela a quien quieran. Para el capital es muy conveniente, por supuesto, que los trabajadores queden «liberados» de cualquier acceso a la tierra u otros medios de producción, de modo que no tengan otra opción que vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. Cuando esto se pone en funcionamiento, los capitalistas pueden asegurarse de que los trabajadores producen mercancías por mayor valor que el valor de mercado de su fuerza de trabajo. Para que se pueda crear y reproducir el capital, en resumen, los trabajadores deben crear más valor del que reciben. El capital se embolsa el valor añadido como beneficio y puede almacenarlo concentrando cada vez más poder dinerario.

La mercantilización de la fuerza de trabajo es la única forma de salvar una contradicción aparentemente insoluble de la circulación del capital. En un sistema de mercado que funciona adecuadamente, en el que quedan descartados el engaño, la coerción y el robo, los intercambios deben basarse en el principio de igualdad: intercambiamos valores de uso cuyo valor debe ser aproximadamente el mismo. Esto contradice la suposición de que habrá más valor para todos los capitalistas porque en un sistema capitalista que funcione bien todos los capitalistas tienen que obtener un beneficio. ¿De dónde viene entonces el valor extra que asegura un beneficio cuando el sistema de mercado depende en principio de la igualdad en los intercambios? Tiene que existir una mercancía con la capacidad de crear más valor que el suyo propio, y esa mercancía es la fuerza de trabajo. Así es como el capital se apropia de lo que necesita para su propia reproducción.

El efecto es transformar el trabajo social –el trabajo que se hace para otros– en trabajo social *alienado*. El trabajo y la prestación laboral se organizan exclusivamente en torno a la producción de mercancías con un valor de cambio que proporciona el rendimiento monetario sobre el que el capital construye su poder social de dominación de clase. Los trabajadores quedan, en resumen, en una situación en la que no pueden hacer otra cosa que reproducir mediante su trabajo las condiciones de su

propia dominación. Eso es lo que significa para ellos la libertad bajo el dominio del capital.

Aunque la relación entre el trabajador y el capitalista es siempre una relación contractual individual (en virtud del carácter de propiedad privada de la fuerza de trabajo), no es difícil ver que, tanto en el mercado laboral como en el proceso de trabajo, surge una relación de clase general entre capital y trabajo que involucrará inevitablemente –como todas las relaciones de propiedad privada– al Estado y la ley como árbitro, regulador o ejecutor. Y es así en virtud de la contradicción sistémica entre derechos de propiedad privada individual y poder estatal. Nada impide a los trabajadores, individual o colectivamente, organizarse y luchar por mayores salarios, y nada impide a los capitalistas intentar (también individual o colectivamente) pagar al trabajador menos que el precio de mercado «justo» de su fuerza de trabajo o reducir el valor de ésta (bien recortando la cesta de la compra de los bienes considerados necesarios para la supervivencia del trabajador, o reduciendo los costes de las mercancías que constituyen esa cesta de la compra). Tanto el capital como el trabajo se hallan dentro de los límites de su derecho al contender por esas cuestiones, y como dijo Marx, «entre derechos iguales, es la fuerza [*Gewalt*] lo que decide»[1].

Cuanto más éxito tiene el capital en su lucha contra los trabajadores organizados, mayores son sus beneficios. Y cuanto más éxito tienen los trabajadores, más se eleva su nivel de vida y más opciones tienen en el mercado laboral. Los capitalistas se esfuerzan parecidamente por incrementar la intensidad, la productividad y/o el tiempo de trabajo, mientras que los trabajadores se esfuerzan por disminuir tanto las horas como la intensidad y los riesgos físicos implícitos en la actividad laboral. El poder regulador del Estado –por ejemplo, la legislación para limitar la duración de la jornada laboral o las condiciones de trabajo arriesgadas y la exposición a sustancias peligrosas– está a menudo implicado en esas relaciones.

Las formas y la eficacia de la relación contradictoria entre capital y trabajo han sido muy estudiadas y han desempeñado desde hace mucho tiempo un papel decisivo en la definición de la necesidad de las luchas políticas revolucionarias o reformistas, por lo que puedo ser aquí bastante breve, ya que supongo que la mayoría de mis lectores están familiarizados con el tema. Para algunos autores de izquierdas (en particular marxistas) esta contradicción entre capital y trabajo es la principal y a ella están subordinadas todas las demás, por lo que a menudo se considera como fulcro de todas las luchas políticas significativas y semillero de cualquier organización

---

[1] Karl Marx, *Capital*, Volumen 1, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 344 [ed. alemana.: *Das Kapital*, Band I, Berlín, Dietz Verlag, 39ª ed., 2008, p. 249; ed. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2012, p. 314].

o movimiento anticapitalista revolucionario. También la señalan algunos como verdadera fuente subyacente de todos los tipos de crisis económicas. Ha habido ciertamente lugares y momentos en los que la teoría de que las crisis se debían a la «contracción de beneficios» parecía la más convincente. Cuando los trabajadores cobran fuerza frente al capital, pueden obligar a elevar los niveles salariales hasta el punto en que reducen sus beneficios. En esas condiciones la respuesta típica del capital es ponerse en huelga, negarse a invertir o reinvertir, y crear deliberadamente desempleo para disciplinar a los trabajadores. Un argumento de este tipo sería adecuado para la situación en Norteamérica, Gran Bretaña y Europa desde finales de la década de 1960 hasta bien entrada la de 1970[2]; pero el capital también tiene dificultades cuando domina demasiado fácilmente a los trabajadores, como demuestra la situación vivida después del crac de 2008.

En cualquier caso, la contradicción entre capital y trabajo no puede ser única como explicación de las crisis, ni conceptualmente ni tampoco, en último análisis, políticamente. Está entrelazada y depende de su relación con las demás contradicciones del capital (por ejemplo, la contradicción entre valor de uso y valor de cambio). Vista bajo esa luz, tanto la naturaleza como la concepción de las tareas políticas de cualquier movimiento anticapitalista tienen que cambiar, porque las restricciones que lo rodean –como la enorme concentración de poder dinerario que el capital suele amasar para mantener su agenda y asegurar sus intereses– limitan las condiciones y la posibilidad de transformaciones radicales de la relación capital-trabajo en el lugar de trabajo. Aunque la supresión final de la contradicción entre capital y trabajo y la creación de condiciones para un trabajo no alienado sean el principio y fin de un proyecto político alternativo, esos objetivos no se pueden alcanzar sin resolver las demás contradicciones, como la de la forma dinero y la capacidad privada de apropiarse de la riqueza social, con las que están asociados.

La consideración de la contradicción capital-trabajo apunta ciertamente al proyecto político de superar la dominación del capital sobre el trabajo, tanto en el mercado laboral como en el lugar de trabajo, mediante formas de organización en las que los trabajadores asociados controlen colectivamente su propio tiempo, su propio proceso de trabajo y su propio producto. El trabajo social para otros no desaparecería, pero sí lo haría el trabajo social alienado. La larga historia de intentos de crear alguna alternativa de ese tipo (mediante las cooperativas obreras, la autogestión, el control obrero y más recientemente las economías solidarias) sugiere que esa estrategia sólo puede encontrar un éxito limitado por las razones ya mencionadas. Las alternativas organizadas desde el Estado, derivadas de la

---

[2] Andrew Glyn y Robert Sutcliffe, *British Capitalism. Workers and the Profit Squeeze*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

nacionalización de los medios de producción y la planificación centralizada, han resultado también igualmente problemáticas, cuando no equívocamente utópicas. La dificultad de poner en práctica con éxito alguna de esas estrategias proviene, creo, de la estrecha ligazón de la contradicción capital-trabajo con las demás contradicciones del capital. Si el propósito de esas formas de organización del trabajo no capitalistas es todavía la producción de valores de cambio, por ejemplo, y si la capacidad de personas privadas para apropiarse del poder social del dinero permanece incontrolada, entonces los trabajadores asociados, las economías solidarias y los regímenes de producción centralmente planificada acaban fracasando o se convierten en cómplices de su propia autoexplotación. Falta el impulso suficiente para establecer las condiciones de un trabajo no alienado.

También existen algunas interpretaciones desafortunadas del complejo terreno en el que se desarrolla la contradicción entre capital y trabajo. En el pensamiento de izquierdas predomina la tendencia a privilegiar el mercado laboral y el lugar de trabajo como los dos dominios gemelos principales de la lucha de clases, por lo que son esos los lugares privilegiados para la construcción de alternativas a las formas capitalistas de organización. Ahí es donde se configura supuestamente la vanguardia proletaria para dirigir el proceso hacia una revolución socialista. Como veremos un poco más adelante, cuando examinemos la unidad contradictoria entre producción y realización en la circulación del capital, hay otros terrenos de lucha que pueden ser de la misma importancia, si no mayor.

En Estados Unidos, por ejemplo, los trabajadores suelen gastar alrededor de un tercio de sus ingresos en su vivienda. La construcción y oferta de viviendas suele estar impulsada, como hemos visto, por operaciones cada vez más especulativas de valor de cambio y es un nicho privilegiado para la extracción de rentas (sobre el suelo y sobre los inmuebles construidos), de ingresos en concepto de intereses (sobre todo bajo la forma de pagos de hipotecas) y de impuestos sobre la propiedad inmobiliaria, así como de beneficios obtenidos del capital invertido en la construcción. También es un mercado caracterizado por una gran proporción de actividad depredadora (por ejemplo, extracción de tasas y contribuciones legales). Los trabajadores, que pueden haber obtenido concesiones significativas en los salarios mediante luchas realizadas en el mercado laboral y en el punto de producción, pueden tener que sacrificar casi todas esas mejoras para procurarse viviendas como valor de uso bajo las condiciones del mercado de la vivienda impuestas especulativamente y tras inevitables enfrentamientos con prácticas depredadoras. Lo que los trabajadores ganan en el dominio de la producción se lo roban luego los caseros, los comerciantes (por ejemplo, las compañías telefónicas), los banqueros (por ejemplo, en las tarifas de las tarjetas de crédito), los abogados y agentes comisionistas,

y una gran proporción de lo que queda también va a parar al recaudador de impuestos. Como en el caso de la vivienda, la privatización y las prestaciones mercantilizadas de los cuidados médicos, la educación, el agua y el alcantarillado, la recogida de basuras y otros servicios básicos, disminuyen el ingreso disponible para los trabajadores y recuperan valor para el capital.

Pero ésa no es toda la historia. Todas esas prácticas forman un nudo colectivo en el que la política de acumulación por desposesión se convierte en medio primordial para la extracción de renta y de riqueza de las poblaciones vulnerables, incluida la clase obrera (se defina ésta como se defina). La supresión de derechos duramente adquiridos (como las pensiones de jubilación, la sanidad, la educación gratuita y los servicios adecuados que forman parte de un salario social satisfactorio) se ha convertido bajo el neoliberalismo en una forma descarada de desposesión racionalizada, que ahora se ve reforzada mediante la política de austeridad administrada en nombre del equilibrio fiscal. La organización de la resistencia contra esa acumulación por desposesión (el fortalecimiento del movimiento contra la austeridad, por ejemplo) y las reivindicaciones de alojamientos más baratos y más confortables, de enseñanza, sanidad y servicios sociales son, por lo tanto, tan importantes para la lucha de clases como lo es la lucha contra la explotación en el mercado laboral y en el lugar de trabajo. Pero la izquierda, obsesionada con la figura del obrero de fábrica como portador de la conciencia de clase y avatar de la ambición socialista, vacila a la hora de incorporar a su pensamiento y sus estrategias políticas ese otro mundo de prácticas de clase.

Es también ahí donde aparecen más claramente las complejas interacciones entre las contradicciones del *capital* y las del *capitalismo*. Me ocuparé de esta cuestión con mayor detalle un poco más adelante; pero aquí sería estúpido y tácticamente imprudente concluir cualquier discusión sobre la contradicción capital-trabajo sin señalar no sólo su relación imbricada con las demás contradicciones del capital, sino también su claro enmarañamiento con las contradicciones del *capitalismo*, en particular con las asociadas a la discriminación racial, de género y de otros tipos. La segmentación y segregación del mercado laboral y del de la vivienda según líneas raciales, étnicas y de otro tipo, por ejemplo, son rasgos prácticamente omnipresentes en todas las formaciones sociales capitalistas.

Si bien la contradicción capital-trabajo es incuestionablemente central y fundamental, no es –ni siquiera desde el punto de vista del *capital* solamente– una contradicción cardinal a la que están en cierto sentido subordinadas todas las demás. Desde el punto de vista del *capitalismo*, esa contradicción central y fundamental en el motor económico constituido por el capital desempeña evidentemente un papel vital, pero sus manifestaciones tangibles están enmarañadas con otras categorías de distinción

social, como la raza, la etnicidad, el género o la religión, convirtiendo la lucha política en el capitalismo en un asunto mucho más complicado que el que podría creerse desde el único punto de vista de la relación trabajo-capital.

No pretendo disminuir con esto la importancia de la contradicción capital-trabajo en la panoplia de las contradicciones del capital, ya que de hecho es una contradicción clave de carácter e importancia singular. Es, después de todo, en el lugar de trabajo y a través del mercado laboral como la fuerza del capital golpea directamente sobre el cuerpo del trabajador, así como sobre quienes dependen de él en cuanto a su vida y su bienestar. La naturaleza alienante y centelleante de esa experiencia –el trato con frecuencia salvaje durante el proceso de trabajo y la experiencia del hambre descarnada en los hogares de los trabajadores– es siempre una fuente primordial de alienación de masas, que se convierte a menudo en detonante de estallidos de cólera revolucionaria. Pero su sobrevaloración o tratarla como si operara autónoma e independientemente de las demás contradicciones del capital ha sido muchas veces perjudicial, a mi juicio, para la genuina búsqueda revolucionaria de una alternativa al capital y, por lo tanto, al capitalismo.

CONTRADICCIÓN 6
¿EL CAPITAL ES UNA COSA O UN PROCESO?

EN UN TIEMPO pretérito los físicos discutían interminablemente sobre si la luz debía concebirse y estudiarse como partículas o como ondas. En el último cuarto del siglo XVII Isaac Newton desarrolló una teoría corpuscular de la luz mientras que casi al mismo tiempo Christiaan Huygens presentaba y defendía su teoría ondulatoria. A partir de entonces las opiniones variaban entre una y otra teoría hasta que el danés Niels Bohr y el alemán Werner Heisenberg, padres de la mecánica cuántica, resolvieron el dilema formulando un principio de complementariedad que permitía aceptar la «dualidad onda-partícula» sin renunciar a ninguno de los dos aspectos. Según esa interpretación, la luz tiene características corpusculares y ondulatorias, o como se suele decir, es «tanto una partícula como una onda». Se necesitan ambos aspectos «complementarios» para entender distintos fenómenos, sólo que no debemos emplear simultáneamente ambas concepciones en la descripción de uno determinado. Sin embargo, algunos físicos seguían entendiendo la dualidad como simultaneidad más que como complementariedad, por lo que siguió debatiéndose si se trataba de algo intrínseco o si sólo respondía a las limitaciones del observador. Al final acabaron aceptándose tales dualidades como elemento fundamental de las teorías en uso en muchas de las ciencias naturales. Por poner otro ejemplo, en la neurociencia contemporánea se asume como punto de partida la dualidad mente-cerebro, sin tratar de reducir uno de esos aspectos al otro. Por eso no se puede decir que las ciencias naturales sean intrínsecamente hostiles al razonamiento dialéctico ni inmunes a la idea de contradicción (aunque tengo que apresurarme a añadir que la naturaleza de ese razonamiento dialéctico difiere notablemente de la versión un tanto simplista promovida por Engels y más tarde por Stalin). ¡Qué pena que la economía convencional, que aspira al estatus de ciencia, no haya seguido su ejemplo!

¿Debe pues considerarse el capital como un proceso o como una cosa? En mi opinión ambos aspectos son ciertos y en mi exposición seguiré una interpretación de cómo funciona esa dualidad quizá más simultánea que complementaria, por más que, para facilitar la comprensión, a veces haga prevalecer un punto de vista sobre el otro. La unidad entre el capital que

circula continuamente como un proceso y un flujo, por un lado, y las diferentes formas materiales que asume (primordialmente dinero, actividades de producción y mercancías), por otro, es contradictoria, induciendo tanto creatividad y cambio como inestabilidades y crisis, por lo que el foco de nuestra investigación será la naturaleza de esa contradicción.

Consideremos, en un modelo de flujo simple, cómo podría actuar un capitalista honrado y bien intencionado, respetando todas las leyes que puede imponer al comportamiento del mercado un Estado capitalista adecuadamente regulado. El capitalista comienza con cierta cantidad de dinero (no importa aquí que sea de su propiedad o lo haya pedido prestado), utiliza ese dinero para comprar medios de producción (el uso de la tierra y de todos los recursos que provienen de ella, así como insumos parcialmente acabados, energía, maquinaria, etcétera). También buscará trabajadores en el mercado laboral que se encuentra a su disposición y los contratará para determinado periodo de trabajo (digamos, ocho horas al día durante una semana laboral de cinco días por un salario semanal). La adquisición de esos medios de producción y de la fuerza de trabajo precede el momento de la producción; pero la fuerza de trabajo se remunera habitualmente después de que ésta haya tenido lugar, mientras que los medios de producción se pagan habitualmente antes (a menos que se compren a crédito). Dicho simplemente, la productividad de los trabajadores depende de la tecnología (por ejemplo, máquinas), de la forma organizativa (por ejemplo, la división del trabajo dentro del proceso laboral y las formas de cooperación) y de la intensidad/eficiencia del proceso de trabajo tal como ha sido diseñado por el capitalista. El resultado de ese proceso de producción es una nueva mercancía (en su mayoría cosas, pero también a veces procesos, como transporte o servicios) que se lleva al mercado y se vende a los consumidores a un precio que proporciona al capitalista una cantidad de dinero equivalente a la que invirtió inicialmente, más una suma adicional que constituye su beneficio.

El beneficio obtenido al final del ciclo es la motivación para pasar por todas las preocupaciones y dificultades que entraña el proceso. A continuación el capitalista lo repite de nuevo para seguir ganándose la vida, pero también utiliza parte de los beneficios para ampliar la producción, y lo hace por distintas razones; además de la codicia y el deseo de obtener mayor poder dinerario, está el temor a que sus competidores lo puedan dejar fuera del negocio si no reinvierte parte de los beneficios para expandirlo.

Hay versiones ilegales de ese proceso. El dinero inicialmente invertido puede haberse obtenido mediante el robo y la violencia. El acceso a la tierra y los recursos puede alcanzarse también de esa forma y los insumos necesarios pueden ser robados en lugar de comprarlos legalmente en un mercado abierto. Las condiciones del contrato laboral impuesto pueden violar

normas legalmente establecidas, y también puede haber transgresiones de todo tipo: incumplimiento del pago de los salarios, ampliación forzada de la jornada laboral, multas por supuestas faltas. Las condiciones del proceso de trabajo pueden hacerse intolerables o muy peligrosas (exposición a sustancias tóxicas, incremento forzado de la intensidad del trabajo más allá de las capacidades humanas razonables). En el mercado se dan artimañas de todo tipo, tales como fraudes, precios de monopolio y venta de mercancías defectuosas o incluso peligrosas. Se puede eliminar a los competidores e imponer precios de monopolio. El reconocimiento de que pueden suceder todas esas cosas lleva a intervenciones reguladoras y normativas por parte del Estado como, por ejemplo, la aprobación de leyes sobre la seguridad y la salud en el trabajo, la protección de los consumidores y muchas otras (tales medidas protectoras se debilitaron notablemente bajo los regímenes neoliberales inaugurados por Ronald Reagan y Margaret Thatcher que prevalecen desde hace más de treinta años).

En casi todos los países del mundo capitalista vemos pruebas evidentes de ilegalidad. La definición de lo que es normal en la circulación legal del capital se ve al parecer muy influida, si no definida, por el campo de los comportamientos ilegales. Esa dualidad legal-ilegal desempeña pues también un papel en el funcionamiento del capital. Dicho simplemente, se hace necesaria la intromisión del poder estatal para restringir los comportamientos individuales inconvenientes. Un capitalismo sin Estado es impensable (véase la Contradicción 3); pero el alcance de la intervención estatal depende de controles de clase y de la influencia sobre el aparato estatal. Las ilegalidades practicadas por Wall Street en tiempos recientes no se podrían haber producido sin cierta combinación de negligencia y complicidad por parte del aparato estatal.

Pero lo principal a este respecto es la definición del capital como proceso, como un flujo continuo de valor que atraviesa diversos momentos y transiciones de una forma material a otra. En determinado momento, el capital asume la forma dinero, en otro es un conjunto de medios de producción (incluida la tierra y ciertos recursos) o una masa de trabajadores que entra en la fábrica. Dentro de ésta, el capital organiza labores concretas para la confección de una mercancía en la que se coagula un valor latente pero todavía no realizado (trabajo social), así como cierta proporción de plusvalor. Cuando se vende la mercancía, el capital vuelve de nuevo a su forma dinero. En ese flujo continuo, entre el proceso y las cosas existe una dependencia mutua.

La dualidad proceso-cosa no es exclusiva del capital, sino que en mi opinión es una condición universal de la existencia en la naturaleza, y dado que los seres humanos forman parte de ésta, es una condición universal de la actividad y de la vida social en todos los modos de producción. Vivo mi vida como proceso aunque tenga cualidades de cosa por las que el Estado

define quién soy (¡nombre y número!). Pero el capital afronta y moviliza esa dualidad de una forma particular que es la que requiere nuestra atención. El capital existe como un flujo continuo de valor a través de los diferentes estados físicos que hemos señalado (junto con otros que serán considerados más adelante). La continuidad del flujo es una condición primordial de la existencia del capital, que debe circular continuamente o fenecer. La velocidad de su circulación es también importante. Si alguien puede hacer circular su capital más rápidamente que otro, entonces disfrutará de cierta ventaja competitiva. Existe, por lo tanto, una considerable presión competitiva por acelerar el tiempo de rotación del capital. Esa tendencia a la aceleración es fácilmente observable a lo largo de su historia. La lista de innovaciones tecnológicas y organizativas destinadas a acelerar los procesos y a reducir las barreras planteadas por la distancia física es muy larga.

Pero todo esto presupone que las transiciones de una fase a otra transcurren sin problemas, y no es así. Si tengo dinero y quiero fabricar acero, debo disponer cuanto antes de todos los ingredientes (fuerza de trabajo y medios de producción) para fabricarlo; pero el mineral de hierro y el carbón están todavía enterrados en el suelo y lleva mucho tiempo extraerlos. No hay suficientes trabajadores cerca dispuestos a vender su fuerza de trabajo. Tengo que construir un alto horno y eso también lleva tiempo. Mientras tanto, mi capital-dinero destinado a la producción de acero está parado y no produce ningún valor. La transición del dinero a las mercancías requeridas para la producción está obstruida por todo tipo de barreras potenciales como ésas y el tiempo perdido es capital devaluado o incluso capital perdido. Hasta que no se superan todas esas barreras, el capital no puede afluir finalmente a la producción real.

En el propio proceso de producción también aparecen todo tipo de problemas y barreras potenciales. Lleva tiempo producir el acero y la intensidad del proceso de trabajo afecta a la cantidad de tiempo necesaria para realizar esa producción. Aunque se pueden buscar distintas innovaciones organizativas y tecnológicas para reducir el tiempo de trabajo, existen barreras físicas a su anulación completa. Los trabajadores, además, no son autómatas. Pueden dejar caer sus instrumentos o entorpecer y frenar deliberadamente el proceso de trabajo. Para mantener la continuidad se necesita establecer un control y lograr la colaboración de la mano de obra.

Una vez que se ha fabricado el acero, hay que venderlo, y de nuevo la mercancía puede permanecer en el mercado cierto tiempo antes de que aparezca un comprador. Si todos disponen de suficiente acero para un par de años, entonces no habrá compradores durante ese tiempo y el capital-mercancía se convierte en capital muerto porque ha dejado de circular. El productor estará interesado en asegurar y acelerar el ciclo de consumo. Una de las formas de hacerlo es producir acero que se deteriore

tan rápidamente que necesite una pronta sustitución. Disminuir la duración del ciclo de vida útil del producto es mucho más fácil, en cambio, en el caso de los teléfonos móviles y los dispositivos electrónicos. La obsolescencia programada, la innovación, las modas y factores parecidos están profundamente enraizados en la cultura capitalista.

En la búsqueda por el capital de formas de trascender o eludir las barreras a la circulación y de suavizar y acelerar su tiempo de rotación surgen todo tipo de estrategias y atajos. Los productores, por ejemplo, pueden no querer esperar a vender sus mercancías. Para ellos es más fácil vendérselas a comerciantes con un descuento sobre su valor total (lo que proporciona a éstos una oportunidad para ganarse una parte del plusvalor). Los comerciantes (mayoristas y minoristas) asumen los costes y riesgos de vender el producto a los consumidores finales. Al buscar eficiencias y economías de escala (al tiempo que explotan a los trabajadores que emplean) pueden conectar a los productores con los consumidores finales con un coste más bajo que el que tendrían que pagar los productores directos si se encargaran ellos mismos de la comercialización. Esto lubrica los conductos, facilita el flujo y ofrece a los productores un mercado más seguro. Pero, como contrapartida, los comerciantes pueden acabar ejerciendo una considerable presión sobre los productores directos y obligarles a asumir tasas de retorno más bajas (ésta es por ejemplo la estrategia de Walmart). Alternativamente, los productores pueden buscar créditos sobre los productos no vendidos, con lo que entra en juego de nuevo el poder autónomo de los banqueros, financieros y comisionistas como factor activo en la circulación y acumulación del capital. Las estrategias sociales para mantener la continuidad del flujo de capital constituyen una espada de doble filo: aunque consigan su propósito inmediato de lubricar el proceso de circulación, también pueden favorecer la consolidación de bloques de poder autónomos entre los comerciantes (por ejemplo, Walmart) y los financieros (por ejemplo, Goldman Sachs), que pueden perseguir sus propios intereses específicos, además de servir a los intereses del capital en general.

Existen muchos otros problemas, puramente físicos, que exacerban la tensión entre inmovilidad y movimiento en la circulación del capital, sobre todo en la categoría de las inversiones a largo plazo en capital fijo. A fin de que el capital circule libremente en el espacio y en el tiempo se deben crear infraestructuras físicas y entornos construidos que quedan fijados en el espacio (anclados en la tierra en forma de carreteras, vías férreas, torres de comunicación, cables de fibra óptica, aeropuertos y puertos, edificios fabriles, oficinas, casas, escuelas, hospitales, etc.). Otras formas más móviles de capital fijo (los barcos, camiones, aeroplanos y locomotoras, así como la maquinaria y equipo de oficina, llegando hasta los cuchillos y tenedores, las bandejas y utensilios de cocina que utilizamos diariamente) tienen

una vida bastante larga. El volumen de todo eso –pensemos en paisajes urbanos como los de São Paulo, Shanghai o Manhattan– es simplemente enorme, en gran parte inmóvil, y la parte que es móvil no se puede sustituir durante el período de vida del artículo sin sufrir una pérdida de valor. Ésta es una de las paradojas de la acumulación del capital: con el tiempo la pura masa de ese capital de larga duración, destinado tanto a la producción como al consumo, y a menudo físicamente inmóvil, aumenta en relación con el capital que fluye continuamente. El capital está siempre en peligro de esclerotizarse y osificarse con el tiempo debido a la cantidad cada vez mayor de capital fijo que requiere.

El capital fijo y el circulante están en contradicción mutua pero ninguno de los dos puede existir sin el otro. El flujo de la parte del capital que facilita la circulación debe frenarse para que el movimiento del capital circulante se acelere; pero el valor del capital fijo inmovilizado (como una terminal de contenedores en un puerto) solamente se puede realizar mediante su uso. Una instalación de contenedores a la que no llegan barcos es inútil y el capital invertido en ella se pierde. Por otro lado, las mercancías no pueden llegar hasta el mercado sin los buques y terminales de contenedores. El capital fijo constituye un mundo de cosas que sostiene el proceso de circulación del capital, mientras que el proceso de circulación proporciona los medios por los que se recupera el valor invertido en capital fijo.

De esa contradicción subyacente entre inmovilidad y movimiento surge entonces otro estrato de dificultad. Cuando las maniobras sociales destinadas a lubricar el flujo de capital (por ejemplo, las actividades de los comerciantes capitalistas y más aún las de los financieros) se combinan con los problemas físicos de la fijeza en el terreno, se abre un espacio para que la propiedad terrateniente capte una parte del plusvalor. Esa facción específica del capital extrae rentas y configura las inversiones en la tierra incluso cuando especula sin piedad con la misma, los recursos naturales y los valores de los activos inmobiliarios.

Durante la década de 1930 Keynes creyó felizmente atisbar en el futuro lo que denominó «la eutanasia del rentista»[1]. Esa aspiración política, que Keynes aplicaba a todos los propietarios de capital, no se ha realizado, evidentemente. La tierra, por ejemplo, ha cobrado aún más importancia como forma de capital ficticio cuyos títulos de propiedad (o participaciones en futuros ingresos en concepto de rentas) se pueden comercializar internacionalmente. El concepto de «tierra» incluye ahora, por supuesto, todas las infraestructuras y modificaciones humanas acumuladas desde

---

[1] John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Nueva York, Harcourt Brace, 1964, p. 376 [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, cap. 24, Barcelona, RBA, 2004; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 331].

tiempos remotos (por ejemplo, los túneles del metro en Londres y Nueva York abiertos hace más de un siglo), así como inversiones recientes todavía no amortizadas. El férreo control potencial de la actividad económica por los rentistas y los intereses terratenientes es ahora una amenaza aún mayor, en particular porque está respaldado hoy día por el poder de instituciones financieras que disfrutan del rendimiento que pueden extraer de la tierra y los edificios aumentando los arrendamientos y los precios. Las escandalosas subidas y caídas del precio de la vivienda que ya hemos comentado han sido ejemplos típicos de ello. Lo que merece atención es que esas prácticas no han desaparecido, sino que se han transformado ahora en los asombrosos «acaparamientos de tierras» que se están produciendo en todo el mundo (desde las regiones ricas en recursos del nordeste de India hasta África y gran parte de América Latina) a medida que instituciones e individuos tratan de asegurar su futuro financiero mediante la propiedad de tierras y de todos los recursos (tanto «naturales» como humanamente creados) insertos en ellas. Esto sugiere la llegada de un nuevo periodo de escasez de tierra y de recursos (en una profecía en gran medida autocumplida basada en monopolios y poderes especulativos como los que han ejercido durante mucho tiempo las compañías petrolíferas).

El poder de la clase rentista descansa en su control sobre la inmovilidad, si bien utiliza el poder financiero del movimiento para promocionar sus bienes internacionalmente; un caso paradigmático es lo que sucedió recientemente en el mercado de la vivienda. Los derechos de propiedad sobre casas en Nevada fueron comercializados por todo el mundo y vendidos a inversores incautos a los que finalmente se estafaron millones de dólares mientras Wall Street y otros depredadores financieros disfrutaban de sus bonos y sus ganancias tramposamente obtenidas.

Las cuestiones planteadas son entonces: ¿cuándo y por qué esa tensión entre inmovilidad y movimiento y entre proceso y cosa se agudiza hasta convertirse en una contradicción absoluta, en particular en lo que respecta al poder excesivo de la clase rentista, para dar lugar a una crisis? Dicho sencillamente, esa contradicción puede ser foco de tensiones y crisis locales. Si las mercancías dejan de fluir, entonces las cosas que facilitan los flujos se hacen inútiles y tienen que ser abandonadas, mientras colapsa el cobro de las rentas correspondientes. La larga y dolorosa historia de la desindustrialización ha dejado ciudades enteras, como Detroit, privadas de actividad y convertidas en sumideros de valores perdidos, mientras que otras ciudades, como Shenzhen o Dhaka, se convertían en centros de actividad que atraían enormes inversiones en capital fijo junto con colosales extracciones de rentas y *booms* del mercado inmobiliario como condición para consolidarse. La historia del capital está llena de *booms* y cracs locales en los que la contradicción entre el capital fijo y el circulante, entre la inmovilidad y la movimiento,

cobra una importancia decisiva. Es en ese mundo en el que se hace más visible, en el paisaje físico que habitamos, el capital como fuerza de destrucción creativa. A menudo es difícil discernir el equilibrio entre creatividad y destrucción, pero los costes impuestos a poblaciones enteras como consecuencia de la desindustrialización, las grandes oscilaciones en los valores inmobiliarios y la renta de la tierra, la desinversión y la construcción especulativa, emanan todos ellos de la tensión subyacente y perpetua entre inmovilidad y movimiento, la cual periódicamente y en determinados lugares específicos se incrementa hasta convertirse en una contradicción absoluta, dando lugar entonces a graves crisis.

Así, pues, ¿qué tipo de proyecto político se puede derivar de este análisis? Un objetivo inmediato y obvio es la abolición del poder de la propiedad inmobiliaria para extraer rentas de la inmovilidad que controla. Hay que poner freno a la capacidad de los rentistas de negociar títulos legales sobre la tierra y otros bienes inmuebles de un rincón a otro del planeta, como ocurrió recientemente cuando se empaquetaron hipotecas en obligaciones de deuda garantizadas (CDO) vendidas en todo el mundo. La tierra, los recursos y el entorno construido ya amortizado deben ser registrados y gestionados como propiedades comunes de las poblaciones que los usan y dependen de ellos. La gente en general no gana nada del aumento de los precios de la tierra y los bienes inmuebles que ha caracterizado los últimos tiempos. La conexión entre la especulación financiera y la inversión en infraestructuras físicas y otras formas de capital fijo debe igualmente abolirse, de forma que las consideraciones financieras no sigan dictando la producción y uso de las infraestructuras físicas. Finalmente, deben ponerse en primer plano los aspectos del valor de uso de la provisión de infraestructuras. Esto no deja otra opción al orden social que explorar el campo de las prácticas de planificación racional por parte de las colectividades políticas para asegurar que se puedan producir y mantener los valores de uso físicos necesarios. De esta forma, las relaciones siempre por supuesto complejas entre procesos y cosas y entre inmovilidad y movimiento pueden organizarse para el bien común en lugar de movilizarse para la acumulación sin fin de capital.

CONTRADICCIÓN 7

LA CONTRADICTORIA UNIDAD ENTRE PRODUCCIÓN Y REALIZACIÓN

EN SU FLUJO, el capital pasa por dos puntos críticos importantes en los que se registra y verifica su rendimiento para alcanzar el incremento cuantitativo, que constituye el fundamento del beneficio. En el proceso de trabajo o su equivalente, el valor se añade mediante el trabajo, pero ese valor añadido permanece latente hasta que se realiza mediante la venta en el mercado. La continua circulación de capital depende del paso con éxito (expresado como tasa de beneficio) por dos momentos: primero la producción en el proceso de trabajo y, segundo, la realización en el mercado. La unidad que necesariamente prevalece entre esos dos momentos del proceso de circulación del capital es, no obstante, contradictoria. ¿Y cuál es la forma principal que adopta esa contradicción?

En el volumen I de su épico análisis del capital, Marx deja fuera todos los problemas de realización en el mercado a fin de estudiar cómo se produce el plusvalor que subyace al beneficio. Cabría esperar que, *caeteris paribus* (lo que nunca sucede exactamente), el capital tenga un fuerte incentivo para pagar a los trabajadores lo menos posible, para hacerles trabajar el mayor número de horas y tan intensamente como sea posible, para obligarles a asumir la mayor proporción posible de su propia reproducción (mediante las actividades en el hogar) y para mantenerlos tan dóciles y disciplinados como sea posible en el proceso de trabajo (mediante la coerción si es necesario). Con ese fin, es muy conveniente (aunque no esencial) que el capital disponga de una vasta reserva de mano de obra formada pero sin utilizar –lo que Marx llamaba «ejército industrial de reserva»–, a fin de contrarrestar las aspiraciones de los trabajadores empleados. Si no existiera ese excedente de mano de obra, el capital tendría que crearlo (de ahí la importancia de las fuerzas gemelas del desempleo inducido tecnológicamente y del acceso a nuevos yacimientos de mano de obra, como los de China durante los últimos treinta años). También sería importante para el capital evitar en la medida de lo posible cualquier forma de organización colectiva de los trabajadores y controlar por cualquier medio a su alcance todo intento de ejercer una influencia política sobre el aparato del Estado.

Tal como expuso Marx en el volumen I de *El capital*, el resultado en último término de tales prácticas sería la producción de una riqueza cada vez mayor para el capital en un polo de la sociedad y un creciente empobrecimiento, degradación y pérdida de dignidad y poder de las clases obreras que son las que producen la riqueza, en el otro polo.

En el volumen II de *El capital*, –que se lee muy poco, incluso entre estudiosos de izquierdas muy formados– Marx estudia las condiciones de la realización del valor, suponiendo ahora que no hay problemas en el terreno de la producción. Llega a cierto número de conclusiones teóricas incómodas, aunque sólo esbozadas (nunca concluyó la redacción del volumen de forma definitiva). Si el capital hace todo lo que debe hacer según el análisis del volumen I para asegurar la producción y apropiación de plusvalor, entonces la demanda agregada de la mano de obra en el mercado tenderá a restringirse, cuando no a disminuir sistemáticamente. Además, si se descargan sobre las espaldas del trabajador y su familia los costes de su reproducción social, entonces los trabajadores no comprarán bienes y servicios en el mercado. Lo más paradójico es que cuanto más asumen los trabajadores el coste de reproducirse a sí mismos, menos incentivos tendrán para trabajar para el capital. Por otra parte, un gran ejército de reserva de desempleados no es precisamente una fuente pujante de demanda agregada (a menos que disponga de generosos subsidios pagados por el Estado), del mismo modo que unos salarios decrecientes (o una disminución de las contribuciones estatales al salario social) no facilitan la expansión del mercado.

Constatamos ahí una seria contradicción:

> Los obreros son importantes para el mercado como compradores de mercancías. Mas como vendedores de su mercancía –la fuerza de trabajo–, la sociedad capitalista tiende a reducirla a su mínimo precio. Otra contradicción: las épocas en que la producción capitalista pone en tensión todas sus fuerzas se revelan en general como épocas de sobreproducción; porque las potencias de producción no pueden emplearse nunca hasta el punto de que no sólo se produzca más valor, sino que además pueda realizarse; pero la venta de las mercancías, la realización del capital mercantil, y por lo tanto también del plusvalor, está limitada no sólo por las necesidades de consumo de la sociedad en general, sino por las necesidades de consumo de una sociedad cuya inmensa mayoría es siempre pobre y siempre tiene que serlo[1].

[1] Karl Marx, *Capital*, Volumen 2, Harmondsworth, Pelican Books, 1978, p. 391. El texto paralelo del Volumen 1 se encuentra en la p. 799 de la edición de Penguin [ed. alemana: *Das Kapital*, Band II (Karl Marx / Friedrich Engels - Werke, Band 24, Kap. 16, Art. 3), Berlín, Dietz Verlag, 12ª ed., 2010, p. 318, nota; ed. cast.: *El capital*, II-I, cit., pp. 414-415].

La escasez de demanda agregada efectiva en el mercado (a diferencia de la demanda social de valores de uso por parte de una población necesitada) crea un serio obstáculo para la continuidad de la acumulación de capital, que provoca una caída de los beneficios. La capacidad de consumo de la clase obrera es un componente significativo de esa demanda efectiva.

El capitalismo, como formación social, se ve perpetuamente atrapado en esa contradicción. Puede tratar de maximizar las condiciones para la *producción* de plusvalor, pero con ello amenaza la capacidad para *realizar* ese plusvalor en el mercado, o mantener una demanda efectiva alta en el mismo dando poder a los trabajadores, pero con ello amenaza la posibilidad de crear plusvalor en el lugar de producción. Con otras palabras, si a la economía le va bien de acuerdo con las prescripciones del volumen I de *El capital*, es probable que tropiece con problemas y dificultades desde el punto de vista del volumen II, y viceversa. En los países capitalistas avanzados el capital pretendió desde 1945 hasta mediados de la década de 1970 una gestión de la demanda coherente con las prescripciones del volumen II (mejorando las condiciones para la realización del valor), pero aparecieron otro tipo de problemas en la producción de plusvalor (en particular los derivados de la existencia de movimientos obreros bien organizados y políticamente poderosos). Desde mediados de la década de 1970 y tras una feroz batalla con estos últimos, el capital se desplazó hacia una estrategia concebida por el lado de la oferta más coherente con el volumen I, tratando de mejorar las condiciones para la producción de plusvalor (reduciendo los salarios reales, aplastando las organizaciones obreras y restando poder a los trabajadores). La contrarrevolución neoliberal, como la llamamos ahora, resolvió desde mediados de la década de 1970 los problemas de la producción de plusvalor, a expensas empero de crear nuevos problemas de realización en el mercado.

Esta exposición general es, por supuesto, una gran simplificación, pero ofrece una clara ilustración de cómo se ha manifestado históricamente la contradictoria unidad entre producción y realización. En ese ejemplo queda también claro que los procesos de generación y resolución de las crisis están ligados entre sí por la forma en que estas pasan de la producción a la realización y de ésta vuelven a aquélla. En la política y la teoría económica ha habido, lo que resulta interesante, desplazamientos paralelos. Por ejemplo, la gestión keynesiana de la demanda (coherente en general con el análisis del volumen II de *El capital*) dominó el pensamiento económico durante la década de 1960, mientras que las teorías monetaristas por el lado de la oferta (coherentes en general con el análisis del volumen I) comenzaron a dominar a partir de 1980 aproximadamente. Creo que es importante situar esas historias de las ideas y de la acción política en el contexto de la unidad contradictoria entre

la producción y la realización, tal como queda representada por los dos primeros volúmenes de *El capital*.

La contradicción entre producción y realización puede, sin embargo, mitigarse de diversas formas. Para empezar, se puede incrementar la demanda frente a la caída de los salarios mediante la expansión de la magnitud total de la mano de obra (como sucedió cuando China comenzó a movilizar su excedente latente de trabajadores a partir de 1980, por poner una fecha), mediante la expansión del consumo de lujo por parte de la burguesía o por la existencia y expansión de capas de la población que no están dedicadas a la producción pero que tienen una considerable capacidad de compra (funcionarios del Estado, militares, abogados, doctores, educadores, etc.). Existe incluso una forma aún más relevante para contrarrestar esa contradicción: el recurso al crédito. No hay nada en principio que impida que se concedan créditos para mantener tanto la producción como la realización del valor y el plusvalor. El ejemplo más claro de esto acontece cuando los financieros prestan a los promotores inmobiliarios para que construyan especulativamente bloques de apartamentos, al tiempo que conceden financiación a los consumidores para que compren esos apartamentos hipotecándose. El problema, por supuesto, es que esa práctica también genera fácilmente burbujas especulativas del tipo de la que llevó al crac de 2007-2009, principalmente en el mercado de la vivienda en Estados Unidos, pero también en España e Irlanda. La larga historia de expansiones, burbujas y desplomes en la construcción atestigua la importancia de los fenómenos de ese tipo en la historia del capital.

Pero las intervenciones del sistema de crédito también han sido constructivas en ciertos aspectos y han desempeñado un papel positivo en el mantenimiento de la acumulación de capital en tiempos difíciles. Como consecuencia, la contradicción entre producción y realización se ha desplazado hacia atrás, a la contradicción entre el dinero y las formas de valor. La contradicción entre producción y realización se interioriza dentro del sistema de crédito, que por una parte emprende actividades especulativas insanas (del tipo de las que generaron la burbuja inmobiliaria) mientras que por otra parte contribuye a superar muchas de las dificultades para mantener un flujo continuo de capital salvando la unidad contradictoria entre producción y realización. Las restricciones al sistema de crédito exacerban la contradicción latente entre producción y realización, mientras que el desencadenamiento y desregulación del sistema de crédito fomenta actividades especulativas incontroladas, en particular con respecto a los valores de los activos. El problema subyacente nunca desaparecerá del todo mientras permanezcan las contradicciones entre valor de uso y valor de cambio y entre el dinero y el trabajo social que representa. De las interconexiones

entre esas diferentes contradicciones surgen frecuentemente crisis financieras y comerciales.

Ligadas a la contradicción producción-realización existen varias secundarias. Aunque es incuestionable que el valor añadido surge en el acto de la producción y que la cantidad de valor añadido depende decisivamente de la explotación del trabajo humano en el proceso de trabajo, la continuidad del flujo permite que la realización del valor y el plusvalor tenga lugar en distintos puntos del proceso de circulación. El productor capitalista que organiza la producción de valor y plusvalor no es necesariamente el que realiza ese valor. Si introducimos las figuras del capitalista mercantil, de los banqueros y financieros, de los propietarios y promotores inmobiliarios, de los recaudadores de impuestos, etc., vemos que hay distintos puntos donde se pueden realizar el valor y el plusvalor. La realización puede adoptar además dos formas básicas. Ejerciendo una intensa presión sobre los productores capitalistas, los comerciantes y financieros, pongamos por caso, pueden reducir el beneficio de los primeros a un margen muy pequeño mientras ellos se quedan con la mayor parte de los beneficios. Así es como funcionan, por ejemplo, Walmart y Apple en China. En este caso la realización no sólo ocurre en un sector diferente, sino también en otro país al otro lado del océano (creando una transferencia geográfica de riqueza de considerable importancia).

La otra vía para salvar la contradicción producción-realización consiste en sustraer a los trabajadores cualquier participación en el excedente que puedan haber adquirido para sí mismos, exigiendo precios exagerados o imponiendo tasas, rentas o impuestos a las clases trabajadoras para disminuir sus ingresos discrecionales y su nivel de vida. Esta práctica puede tener lugar también mediante la manipulación del salario social, de manera que las ganancias obtenidas en derechos de pensiones, educación, sanidad y servicios básicos puedan ser recuperadas por los capitalistas como parte de un programa político de acumulación por desposesión. Eso es lo que pretende lograr la actual promoción generalizada de una política de austeridad por parte del Estado. El capital puede ceder a las demandas de los trabajadores en el punto de producción, pero volver a recuperar lo cedido o perdido mediante extracciones abusivas en el espacio de vida. Los alquileres elevados y el alto coste de las viviendas, las comisiones excesivas pagadas por el uso de las tarjetas de crédito, el cuantioso coste de los servicios bancarios y telefónicos, la privatización de la sanidad y la enseñanza y la imposición de tasas al usuario y de multas, todo esto inflige cargas financieras a las poblaciones vulnerables, aun cuando esos costes no se vean inflados por un sinfín de prácticas depredadoras, de impuestos regresivos y arbitrarios, de tasas legales excesivas, etc.

Esas prácticas son, además, activas y no pasivas. La expulsión acabada o intentada de las poblaciones vulnerables de bajos ingresos de territorios y zonas muy cotizadas mediante la gentrificación, el desplazamiento y a veces las «limpiezas» violentas es una práctica con una larga historia en el capitalismo, que afecta ahora particularmente a los BRIC pero no sólo a ellos. Cabe mencionar a los residentes de las favelas de Río de Janeiro sometidos a expulsiones, los antiguos ocupantes de las chabolas autoconstruidas en Seúl, los desplazados mediante procedimientos de expropiación en Estados Unidos y los habitantes de chamizos en la periferia urbana en Sudáfrica. Producción significa en este campo producción de espacio y la realización cobra la forma de ganancias del capital en concepto de renta de la tierra y valores inmobiliarios, con lo que los promotores y rentistas aumentan su cuota de poder frente a otras facciones del capital.

La unidad contradictoria entre producción y realización se aplica, entonces, tanto al destino vital de los trabajadores como al capital. La conclusión lógica, que la izquierda ha solido en general dejar de lado, cuando no ignorar supinamente, es que existe necesariamente una unidad contradictoria en el conflicto y la lucha de clases entre las esferas del trabajo y la vida.

El proyecto político que debería derivar de esta contradicción sería el de invertir la relación entre producción y realización. La realización debería ser sustituida por el descubrimiento y reafirmación de los valores de uso que la población en general necesita y la producción debería organizarse para satisfacer esas necesidades sociales. Tal inversión podría ser difícil de alcanzar de la noche a la mañana, pero la gradual desmercantilización de la satisfacción de necesidades básicas es un proyecto realizable a largo plazo, que se adecúa claramente a la idea de que el impulso básico de la actividad económica debería ser el disfrute de los valores de uso, y no la perpetua pretensión de aumentar los valores de cambio. Si esto parece un objetivo demasiado ambicioso, sería útil recordar que los gobiernos socialdemócratas en Europa (en particular en Escandinavia) reorientaron su economía hacia la gestión por el lado de la demanda desde la década de 1960, como forma de estabilizar el capitalismo. Al hacerlo acometieron en parte –aunque quizá a regañadientes– esa inversión de la relación producción-realización imprescindible si se pretende pasar a una economía no capitalista.

SEGUNDA PARTE
LAS CONTRADICCIONES CAMBIANTES

Las contradicciones fundamentales del capital no están aisladas unas de otras, sino que se entrelazan de diversas formas para proporcionar una arquitectura básica a la acumulación de capital. La contradicción entre valor de uso y valor de cambio (1) depende de la existencia del dinero, que mantiene una relación contradictoria con el valor como trabajo social (2). El valor de cambio y su medida, el dinero, presuponen cierta relación jurídico-legal entre los que participan en el intercambio: de ahí la existencia de los derechos de propiedad privada atribuidos a los individuos y de un marco legal o consuetudinario para proteger esos derechos. Esto fundamenta una contradicción entre la propiedad privada individual y la colectividad del Estado capitalista (3). El Estado goza del monopolio sobre el uso legítimo de la violencia así como sobre la emisión del dinero fiduciario, el medio primordial de intercambio. Existe una estrecha relación entre la perpetuidad de la forma dinero y la perpetuidad de los derechos de propiedad privada (una implica a la otra). Los individuos privados pueden apropiarse legal y libremente de los frutos del trabajo social (la riqueza común) mediante el intercambio (4). Esto constituye la base monetaria para la formación del poder de clase capitalista. Pero el capital sólo puede reproducirse sistemáticamente mediante la mercantilización de la fuerza de trabajo, que resuelve el problema de cómo producir la desigualdad del beneficio en un sistema de intercambio de mercado basado en la igualdad. Esta solución implica convertir el trabajo social –el trabajo que hacemos para otros– en trabajo social alienado, esto es, trabajo dedicado únicamente a la producción y reproducción del capital. El resultado es una contradicción fundamental entre capital y trabajo (5). Esas contradicciones, puestas en movimiento, definen un proceso continuo de circulación del capital que pasa por diversas formas materiales, lo que a su vez implica una tensión cada vez más tirante entre inmovilidad y movimiento en el paisaje del capital (6). En el seno de la circulación del capital existe necesariamente una unidad contradictoria entre producción y realización del capital (7).

Esas contradicciones delimitan un campo político en el que se puede definir una alternativa al mundo creado por el capital. La orientación política debe dirigirse hacia los valores de uso y no los valores de cambio, hacia una forma dinero que inhiba la acumulación privada de riqueza y poder y promueva la disolución del nexo Estado-propiedad privada en múltiples regímenes imbricados de derechos

comunes de propiedad colectivamente gestionados. Hay que contrarrestar la capacidad de las personas privadas de apropiarse la riqueza común y hay que socavar la base monetaria del poder de clase. La contradicción entre capital y trabajo debe desplazarse fortaleciendo el poder de los trabajadores asociados para emprender un trabajo no alienado, para determinar su propio proceso de trabajo al tiempo que producen los valores de uso necesarios para otros. La relación entre inmovilidad y movimiento (que no se puede abolir nunca ya que es una condición universal de la existencia humana) debe gestionarse de forma que contrarreste los poderes del rentista y que facilite la satisfacción continua y segura de las necesidades básicas de todos. Finalmente, en lugar de que la producción por la producción lleve al mundo a un consumismo maníaco y alienado, la producción debe organizarse racionalmente a fin de suministrar los valores de uso necesarios para ofrecer un nivel material de vida adecuado para todos. La realización debe convertirse en una demanda basada en carencias y necesidades, a la que responde la producción.

Ésas son orientaciones generales para el pensamiento político a largo plazo y sobre cómo se podría construir una alternativa al capital. Las estrategias y propuestas específicas deben evaluarse sobre el trasfondo de esas orientaciones.

Las contradicciones fundamentales son características permanentes del capital en cualquier momento y lugar, mientras que lo único constante en las contradicciones que consideraremos a continuación es que son inestables y se mantienen en cambio evolutivo permanente. Esto apunta a una comprensión de la economía política que se aparta radicalmente del modelo de las ciencias naturales, donde se puede asumir en general que los principios enunciados son verdaderos para cualquier momento y lugar. Como dice Brian Arthur en su perspicaz e instructivo libro The Nature of Technology, *los medios con los que se expresan las «leyes básicas» (o con mi terminología «las contradicciones fundamentales») «cambian con el tiempo y las pautas que siguen también cambian y se reconfiguran con el tiempo. Cada nueva pauta, cada nuevo conjunto de dispositivos, proporciona entonces una nueva estructura para la economía y la antigua se desvanece, pero los componentes subyacentes que la forman –las leyes básicas– siguen siendo siempre los mismos»*[1].

En el caso de las contradicciones cambiantes hay que describir primero su naturaleza básica, antes de entrar a una evaluación general de la forma que asume en cada momento. Al entender siquiera parcialmente su trayectoria evolutiva, podremos decir algo sobre sus posibilidades y perspectivas de futuro. Su evolución no está predeterminada, ni tampoco es aleatoria o accidental; pero dado que la velocidad del cambio evolutivo suele ser relativamente lenta –cuestión de décadas más que de años, aunque hay pruebas de que se está acelerando– cabe entonces decir algo sobre sus perspectivas de futuro así como sobre los dilemas actuales.

---

[1] W. Brian Arthur, *The Nature of Technology. What It Is and How It Evolves*, Nueva York, Free Press, 2009, p. 202.

Captar el sentido del movimiento es políticamente vital, porque la inestabilidad y el cambio ofrecen oportunidades políticas al mismo tiempo que plantean problemas críticos. Las ideas y estrategias políticas que tienen sentido en un lugar y momento determinados no lo tienen necesariamente en otros. Muchos movimientos políticos han fracasado porque trataban de aplicar ideas y proyectos periclitados cuya fecha de caducidad había pasado hacía mucho. No podemos configurar nuestras estrategias políticas actuales y forjar nuestros proyectos políticos presentes siguiendo ad pedem litterae *las ideas difuntas de algún teórico político muerto hace mucho tiempo. Eso no significa que no haya nada que aprender de un estudio del pasado, ni que no se puede sacar ninguna lección de sus tradiciones y memorias para inspirarse en el presente. Lo que sí implica es la obligación de escribir la poesía de nuestro propio futuro sobre el trasfondo de las contradicciones en rápida evolución del presente del capital.*

CONTRADICCIÓN 8
TECNOLOGÍA, TRABAJO Y DISPONIBILIDAD HUMANA

LA CONTRADICCIÓN PRINCIPAL que la concepción marxista tradicional del socialismo/comunismo pretende resolver es la que existe entre el increíble incremento de las fuerzas productivas (genéricamente entendidas como capacidades y potencialidades tecnológicas) y la incapacidad del capital de aprovechar esa productividad para el bienestar común, debido a su compromiso con las relaciones de clase prevalecientes y sus mecanismos asociados de reproducción, poder y dominación de clase. Abandonado a sí mismo –prosigue el argumento–, el capital está obligado a producir una estructura de clase oligárquica y plutocrática, cada vez más vulnerable, bajo la que la gran mayoría de la población mundial sólo puede degradarse para ganarse la vida o morirse de hambre. De entre las masas, frustradas e indignadas por la desigualdad cada vez mayor en medio de la abundancia, surgirá un movimiento anticapitalista revolucionario, organizado y consciente (dirigido, en términos leninistas, por un partido de vanguardia) capaz de desmantelar la dominación de clase y a continuación reorganizar la economía global para repartir entre todos los habitantes del planeta los beneficios prometidos por la asombrosa productividad del capital.

Aunque en ese esbozo hay algo más que un grano de verdad –en estos tiempos parece clara la tendencia a generar una plutocracia global, por ejemplo–, acompañado de un fervor revolucionario esperanzado con respecto al mecanismo de transición, siempre me ha parecido que su formulación es demasiado simplista e incluso fundamentalmente deficiente; pero lo que está claro es que el espectacular aumento de productividad alcanzado por el capital sólo constituye un polo de una dinámica contradictoria que está siempre a punto de estallar en forma de crisis. Lo que no lo está tanto, sin embargo, es cuál podría ser su antítesis y a esa cuestión vamos a dedicar nuestra atención ahora.

La tecnología se puede definir como el uso de procesos y objetos naturales para obtener productos que satisfagan las necesidades o los proyectos humanos. En su base, la tecnología define una relación determinada con la naturaleza, que es dinámica y contradictoria. Volveremos más tarde en

profundidad a esta importantísima contradicción (véase la contradicción 16); pero lo que importa aquí es reconocer su existencia y su fluidez y dinamismo. El objetivo inmediato y característico del *capital* (a diferencia, digamos, del ejército, el aparato estatal y muchas otras instituciones de la sociedad civil) es el *beneficio*, lo que se traduce socialmente en la perpetua acumulación de capital y la reproducción del poder de clase capitalista. En eso se resume su esencia. Con ese fin primordial, los capitalistas adaptan y reconfiguran el *hardware* de la tecnología (máquinas y ordenadores), el *software* (la programación de los usos de las máquinas) y sus formas organizativas (estructuras de mando y control, en particular sobre el uso de la mano de obra). El propósito inmediato del capital es aumentar la productividad, la eficiencia y la tasa de beneficio, y crear nuevas líneas de producción, si es posible cada vez más rentables.

Cuando se considera la trayectoria del cambio tecnológico, es vital recordar que el *software* y las formas organizativas son tan importantes como el *hardware*. Las formas organizativas, como las estructuras de control de la corporación moderna, el sistema de crédito, los sistemas de entrega justo a tiempo, junto con el *software* incorporado en la robótica, la gestión de datos, la inteligencia artificial y la banca electrónica son tan decisivos para la rentabilidad como el *hardware* encarnado en las máquinas. Por presentar un ejemplo actual, la «computación en la nube» es la forma organizativa, Word es el *software* y este Mac en el que escribo, el *hardware*. Los tres elementos –*hardware*, *software* y forma organizativa– se combinan en la tecnología informática. Con esta definición, el dinero, la banca, el sistema de crédito y el mercado son todos ellos tecnologías. Esta definición puede parecer excesivamente genérica, pero creo que es absolutamente esencial mantenerla así.

La tecnología del capital estaba inicialmente sometida a transformaciones internas derivadas de la competencia entre productores individuales (al menos, ésa era la teoría). Las empresas capitalistas, en competición mutua, trataban de elevar su eficiencia y productividad individuales, así como de obtener beneficios mayores que los de sus competidores. Los que lo conseguían prosperaban, mientras que los demás se quedaban atrás. Pero las ventajas competitivas (mayores beneficios) de mejores formas organizativas, máquinas, o por ejemplo, un control más ajustado de las existencias, solían ser normalmente efímeras. Las empresas competidoras podían adoptar rápidamente los nuevos métodos (a menos, por supuesto, que las tecnologías fueran patentadas o quedaran protegidas por un poder monopolístico). El resultado serían innovaciones a saltos en las tecnologías de distintos sectores.

Digo esto con un deje de escepticismo porque la historia del capital muestra su preferencia por el monopolio más que por la competencia, y

este no es tan partidario de la innovación. Por el contrario, encontramos una fuerte preferencia colectiva –se podría quizá hablar de una cultura– de los capitalistas por aumentar la eficiencia y la productividad en todas las empresas, con o sin la fuerza impulsora de la competencia. Las innovaciones en un punto de la cadena de producción –por ejemplo, telares movidos mediante máquinas de vapor en la producción de tejidos de algodón– requerían innovaciones en otro –por ejemplo, en las desmotadoras de algodón– si se quería mejorar la productividad total de los factores. Pero a veces la reorganización de todo un campo de la actividad económica sobre una nueva base tecnológica llevaba un tiempo, y sigue todavía llevándolo. Por último, pero no menos importante, los capitalistas individuales y las grandes empresas acabaron reconociendo la importancia de la innovación en el producto como forma de obtener, aunque sólo fuera durante un periodo, ganancias monopolísticas, y cuando funcionaba la protección mediante una ley de patentes, una renta del mismo tipo.

El capital ni era ni es el único agente involucrado en la búsqueda de ventajas tecnológicas. Distintas ramas del aparato estatal lo han estado siempre profundamente. El más destacado, por supuesto, ha sido el ejército en busca de mejores armas y formas organizativas. La guerra y las amenazas de ella (carreras de armamentos) han estado estrechamente asociadas con las oleadas de innovación tecnológica. En la historia del capitalismo más temprano, esta fuente de innovación probablemente desempeñaba un papel dominante; pero también lo han estado otras áreas de la Administración estatal relacionadas con la recaudación de impuestos, la definición de los derechos de propiedad inmobiliaria en general y de las formas legales de contrato, junto con la elaboración de las tecnologías de la gobernanza, la gestión del dinero, la cartografía, la vigilancia, la policía y otros procedimientos para el control de poblaciones enteras, implicadas en gran medida, si no más, que las empresas y corporaciones capitalistas, en el desarrollo de nuevas formas tecnológicas. La colaboración en investigación y desarrollo entre el Estado y los sectores privados, con respecto a tecnologías militares, médicas, sanitarias y energéticas han sido muchas y variadas. Los beneficios de la difusión de las innovaciones nacidas en la esfera pública a las prácticas del capital y viceversa han sido innumerables.

Los cambios tecnológicos en el capitalismo, a los que el capital contribuye y de los que el capital se alimenta vorazmente, derivan, en resumen, de las actividades de diversos agentes e instituciones. Para el capital, esas innovaciones crean un vasto dominio de posibilidades siempre cambiantes para mantener o aumentar la rentabilidad.

Los procesos de cambio tecnológico han alterado su carácter con el tiempo. La tecnología se convirtió en un campo especial de actividad empresarial. Esto sucedió por primera vez claramente en el siglo XIX con

el ascenso del sector de la máquina-herramienta. Tecnologías genéricas, como la máquina de vapor y sus derivados, se desarrollaron de forma que pudieran aplicarse en distintas industrias. Lo más notable era la rentabilidad obtenida por los fabricantes de máquinas de vapor y no tanto la de los distintos sectores que las utilizaban (por ejemplo transporte, fábricas de algodón y minería), aunque evidentemente la rentabilidad de los primeros no podía obtenerse sin la de los segundos. La búsqueda de formas siempre nuevas y mejores, no sólo de la máquina de vapor sino también de otro tipo de artilugios motrices cobró así gran impulso.

Se intensificó la búsqueda de tecnologías genéricas que pudieran aplicarse casi en cualquier campo, como sucede durante los últimos años con los ordenadores, los sistemas de entrega justo a tiempo y las teorías organizativas. Ha surgido un vasto territorio empresarial en torno a la invención y la innovación, que suministra por doquier nuevas tecnologías de consumo, producción, circulación, gobernanza, poder militar, vigilancia y administración. La innovación tecnológica se convirtió en una gran área de actividad empresarial, no necesariamente «grande» en el sentido de empresas gigantescas (aunque ahora abundan ejemplos de ese tipo en sectores como el agroindustrial, el energético y el farmacéutico) sino «grande» en el sentido de una amplia variedad de empresas, muchas de ellas recién nacidas y a pequeña escala, que exploran la innovación en sí misma. La cultura capitalista se obsesionó por el poder de la innovación tecnológica, convertida en objeto fetiche de deseo para el capitalista.

Desde mediados del siglo XIX, ese impulso fetichista en busca de nuevas formas tecnológicas a toda costa promovió también la fusión entre ciencia y tecnología, que se desarrollaron desde entonces en un abrazo dialéctico. La comprensión científica había dependido siempre de nuevas tecnologías como el telescopio y el microscopio, pero la incorporación de los conocimientos científicos a las nuevas tecnologías se ha insertado en el núcleo de la actividad empresarial de la innovación tecnológica.

Este gran sector empresarial se mostró cada vez más eficaz para imponer innovaciones tecnológicas a veces muy costosas a clientes reacios, ayudándose a menudo de la regulación estatal que tendía a favorecer a las grandes empresas más que a las pequeñas, ya que los costes de cumplirla suelen disminuir con la escala de operaciones. Por poner un ejemplo, las regulaciones de la Unión Europea han obligado a los pequeños comerciantes y restaurantes a instalar máquinas electrónicas para efectuar sus transacciones, a fin de mantener registros que facilitan la contabilidad y las obligaciones fiscales, lo que los sitúa en desventaja en cuanto a costes frente a las grandes cadenas. La difusión de nuevas tecnologías se produce mediante una combinación de consentimiento y coerción. El desarrollo de tecnologías militares, por otra parte, se ha convertido en poco más que un

fraude escandaloso, en el que un vasto complejo militar-industrial se alimenta indefinidamente en el abrevadero de las finanzas públicas al tiempo que promueve la innovación por la innovación.

La trayectoria seguida por la evolución tecnológica no ha sido aleatoria o accidental. Como señala Brian Arthur en *The Nature of Technology*, las nuevas tecnologías se convirtieron en mampuestos «para la construcción de nuevas tecnologías, algunas de las cuales servían a su vez para la creación de otras tecnologías aún más nuevas. De esta forma, lentamente, se formaron muchas tecnologías a partir de unas pocas, y se tornaron más complejas utilizando las más simples como componentes. La colección general de tecnologías se retroalimenta de pocas a muchas y de lo simple a lo complejo. Podemos decir que la tecnología se crea a partir de ella misma». Arthur califica este proceso de «evolución combinatoria» y creo que es una buena denominación. Ahora bien, las nuevas tecnologías se crean «mentalmente antes de ser elaboradas físicamente» y cuando observamos los procesos mentales y conceptuales implicados en ellas, vemos la evolución tecnológica como resolución mental de problemas puesta en práctica. Surge un problema, se identifica el mismo, se reclama una solución y ésta siempre combina soluciones anteriores a otros problemas en una nueva configuración, que a su vez suele propagarse a otros terrenos al crear lo que Arthur llama «nichos de oportunidad», esto es, la posibilidad de que la innovación aparecida en un lugar pueda ser aplicada significativamente en otro[1].

A veces se produce un desarrollo espontáneo de centros de innovación (regiones o ciudades con una concentración notable de tales sucesos) porque, como observaron hace tiempo analistas como Jane Jacobs, es más probable que la coincidencia fortuita de diferentes habilidades y conocimientos del tipo de los que Arthur considera necesarios para la innovación se dé en una economía aparentemente caótica caracterizada por una multiplicidad de pequeñas empresas y divisiones del trabajo[2]. Históricamente ha sido mucho más probable que las nuevas combinaciones tecnológicas surgieran en tales entornos que en una única ciudad o empresa unidimensional. Más recientemente, no obstante, la organización deliberada de universidades, institutos, grupos de reflexión y debate y unidades militares de investigación y desarrollo en determinada área se ha convertido en un modelo básico mediante el que el Estado y las empresas capitalistas fomentan la innovación en busca de ventajas competitivas.

Pero lo más extraño en la exposición de Arthur, que por otra parte ofrece mucha información sobre la lógica de la evolución tecnológica, es su

---

[1] W. Brian Arthur, *The Nature of Technology: What It Is and How It Evolves*, cit., pp. 22 y ss.

[2] Jane Jacobs, *The Economy of Cities*, Nueva York, Vintage, 1969 [ed. cast.: *La economía de las ciudades*, Barcelona, Edicions 62, 1975].

elusión de cualquier discusión crítica del conjunto de necesidades o deseos humanos que satisfacen supuestamente esas tecnologías. Se entusiasma, por ejemplo, con el sofisticado diseño del avión de combate F-35 Lightning II, sin mencionar para nada su relación con la guerra y el «propósito humano» del dominio geopolítico. Para Arthur ese avión supone simplemente un conjunto particular de difíciles desafíos técnicos que había que resolver.

De forma parecida, tampoco ofrece ninguna crítica de la forma capitalista específica que adopta la economía ni cuestiona en absoluto el resuelto impulso del capital para maximizar los beneficios, facilitar la acumulación sin fin de este y reproducir el poder de clase capitalista. Aun así, la teoría de Arthur de la evolución tecnológica relativamente autónoma contiene interesantes pautas para entender cómo funciona el motor económico del capital y arroja considerable luz sobre las contradicciones que exacerba el cambio tecnológico amenazando la perpetuación y reproducción del capital. Mencionemos algunas importantes transiciones en curso.

El paso de un modelo maquínico de la economía a otro orgánico tiene consecuencias para la teoría económica: «el orden, el aislamiento y el equilibrio como formas de organizar las explicaciones están dando paso a la apertura, indeterminación y surgimiento incesante de novedades»[3]. Arthur se hacía aquí eco de la aguda observación de Alfred North Whitehead de que la propia naturaleza (y la naturaleza humana no es una excepción) está siempre en búsqueda perpetua de novedad[4]. Como consecuencia, prosigue Arthur, «las tecnologías están adquiriendo propiedades que asociamos con los organismos vivos. Cuando sienten y reaccionan a su entorno, cuando se autoensamblan, se autoconfiguran, se restablecen y devienen «cognitivas», se parecen cada vez más a organismos vivos. Cuanto más sofisticadas y de «alta tecnología» se hacen las tecnologías, más biológicas devienen. Estamos comenzando a apreciar que la tecnología es tanto metabolismo como mecanismo».

Este paso de una metáfora mecánica a otra orgánica (o química) es significativo. La «nueva economía» percibida por Arthur parece más natural que la racionalidad mecánica superimpuesta al mundo desde la época de la Ilustración. Cabría hablar de una reversión (quizá «recuperación» sería mejor expresión) a formas más antiguas de entender la relación entre tecnología y naturaleza, pero no es reaccionaria ni nostálgica y elude el sentimentalismo y misticismo del pensamiento cultural llamado *new age*. Los «nuevos principios» que deben penetrar la ciencia económica, deduce Arthur, son formas de pensamiento y teorización orgánicas y basadas en procesos. Paradójicamente (y Arthur se sentiría sin duda sorprendido al oír

[3] W. B. Arthur, *The Nature of Technology*, cit., p. 211.
[4] Alfred North Whitehead, *Process and Reality*, Nueva York, Free Press, 1969, p. 33.

esto), ¡ése era el tipo de economía política que Marx propugnó tiempo atrás en los *Grundrisse*! Sólo de esa forma, sugiere Arthur, podremos captar «las cualidades de la tecnología moderna, su conectividad, su adaptabilidad, su tendencia a evolucionar, su cualidad orgánica, su vitalidad desordenada»[5].

Las consecuencias de esta concepción de la tecnología para nuestra comprensión del carácter evolutivo del capital como motor económico son considerables:

> La aparición de nuevas tecnologías no sólo trastorna el *statu quo* presentando nuevas combinaciones que son mejores versiones de los bienes y métodos que usamos. Pone en marcha una cadena de adaptaciones tecnológicas y de nuevos problemas, y al hacerlo crea nuevos nichos de oportunidad que exigen nuevas combinaciones, que a su vez inducen nuevas tecnologías y nuevos problemas […] La economía se mantiene, por lo tanto, en perpetua apertura al cambio, en perpetua novedad. Se halla perpetuamente en un proceso de autocreación. Está siempre insatisfecha […] La economía se está construyendo a sí misma perpetuamente[6].

Nuevas configuraciones tecnológicas desplazan a las más antiguas, y al hacerlo inician fases de lo que el economista Joseph Schumpeter denominó célebremente «vendavales de destrucción creativa»[7]. Todo un modo de vida, de ser y de pensar, tiene que alterarse drásticamente para interiorizar lo nuevo a expensas de lo antiguo. La reciente historia de la desindustrialización y su asociación con espectaculares reconfiguraciones tecnológicas es un caso obvio. El cambio tecnológico nunca es gratuito ni indoloro y su coste y el dolor que produce no se reparten por igual, por lo que siempre hay que preguntarse quién sale favorecido de la creación y quién carga con el peso de la destrucción.

Así, pues, ¿qué papel desempeñan en ese proceso las necesidades y requerimientos propios del capital? Curiosamente, Arthur ignora las especificidades de esta cuestión en su estudio, por otra parte muy perspicaz. Yo argumentaría que en la historia y la lógica del capital hay cinco imperativos tecnológicos dominantes que se solapan parcialmente. Considerémoslos brevemente:

1. La organización de la cooperación y de las divisiones del trabajo de formas que maximicen la eficiencia, la rentabilidad y la acumulación. Desde los prolegómenos en el ejemplo de la fábrica de alfileres de Adam

---

[5] W. B. Arthur, *The Nature of Technology*, cit., p. 213; Karl Marx, *Grundrisse*, cit. [ed. alemana: *Grundrisse*, cit.; ed cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit.].
[6] *Ibid*., p 191.
[7] Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, Routledge, 1942, pp. 82-83 [ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984].

Smith, ha crecido con el tiempo hasta abarcar gran parte de lo que ahora cubre la teoría de la gestión y la organización, así como la articulación de técnicas de gestión empresarial óptima. La creciente complejidad y fluidez de la que habla Arthur es aquí muy evidente y las tecnologías en cuestión están en perpetua evolución, con creciente énfasis en el *software* y las formas organizativas asumidas en los últimos tiempos por el capital. La combinación de mando y control y coordinaciones de mercado es inestable pero eficaz.

2. La necesidad de facilitar la aceleración de la circulación del capital en todas sus fases, junto con la necesidad de «aniquilar el espacio mediante el tiempo», han generado una asombrosa variedad de revoluciones tecnológicas. Acortar el ciclo de rotación del capital en la producción y en el mercado y acortar el período de vida útil de los productos de consumo (culminando en el paso de la producción de cosas duraderas a la producción de espectáculos efímeros) han sido objetivos clave en la historia del capital, impuestos en gran medida por la competencia. Es ahí donde la relación de la tecnología con la producción de la naturaleza se hace más claramente evidente cuando se sobrealimenta a los corderos o a los cerdos para que se conviertan en animales adultos en un año en lugar de tres. La creciente velocidad en el transporte y las comunicaciones reduce las fricciones y barreras de la distancia geográfica, convirtiendo la espacialidad y temporalidad del capital en un rasgo dinámico más que fijo del orden social. El capital crea literalmente su propio espacio y tiempo así como su propia naturaleza peculiar. La movilidad de las diversas formas de capital (producción, mercancías, dinero) y de la fuerza de trabajo están también perpetuamente sometidas a transformaciones revolucionarias. Volveremos más adelante sobre ese tema (véase la contradicción 12).

En los medios de comunicación se han producido transformaciones revolucionarias similares a las que tenían lugar en los transportes, y en tiempos más recientes se han acelerado increíblemente. La información y el acceso instantáneo a las noticias es ahora una potente fuerza que afecta a las decisiones y a la política. El control sobre los medios de comunicación se ha convertido en un aspecto vital para la reproducción del poder de clase capitalista y las nuevas tecnologías de los medios (en particular las redes sociales) ofrecen grandes posibilidades, aunque también trampas, para la dinámica de la lucha de clases como ha quedado en evidencia en los recientes levantamientos en El Cairo, Estambul y otras ciudades del mundo.

3. Las tecnologías de producción y difusión del conocimiento, de almacenamiento y recuperación de datos e información, son decisivas para la supervivencia y la perpetuación del capital. No sólo proporcionan señales basadas en los precios sobre la oferta y la demanda y otros tipos de información que orientan las decisiones de inversión y la actividad del mercado,

sino que también preservan y promueven las necesarias concepciones mentales del mundo que facilitan la actividad productiva, orientan las opciones del consumidor y estimulan la creación de nuevas tecnologías.

Los bancos de memoria del capital son indispensables. Son ya muy vastos y su crecimiento exponencial se equipara al de las tecnologías más sofisticadas para manejarlos, procesarlos y actuar sobre ellos. La información básica contenida en los catastros, registros de contratos, sentencias legales, expedientes educativos y médicos, etc., ha sido durante mucho tiempo crucial para el funcionamiento del capital. La información de ese tipo ofrece, además, los datos brutos con los que se puede construir un modelo útil (aunque en muchos aspectos ficticio) de la economía nacional de un país. Esos datos (tasa de desempleo, déficit comercial, oscilaciones en el mercado de valores, cifras de crecimiento, actividad industrial, utilización de la capacidad, etc.) permiten evaluar la salud de la economía nacional y ofrecen una base para la toma de decisiones estratégicas (para bien o para mal) por parte de empresas, hombres de negocios o agencias estatales. Organismos como el Banco Mundial y el FMI parecen a veces a punto a ahogarse en la ingente masa de datos que producen. Aparecen enjambres de «expertos» para ayudarnos a entender las tendencias. La introducción de nuevas tecnologías de procesado de la información, tales como las transacciones informatizadas en Wall Street (y la más reciente de las nanotecnologías), tiene enormes consecuencias para el funcionamiento del capital.

4. Finanzas y dinero constituyen un dominio crucial para el funcionamiento del capital (véase la contradicción 2). Las ganancias y pérdidas sólo se pueden calcular exactamente en términos monetarios y es en esos términos en los que se toman la mayoría de las decisiones económicas. Aunque las tecnologías del dinero permanecieron prácticamente constantes durante largos periodos históricos, no cabe duda de que la innovación en este terreno aumentó notablemente desde la década de 1930 en adelante. En los últimos años las innovaciones en las finanzas y la banca han crecido exponencialmente con la llegada de la informatización, el dinero y la banca electrónicos y la proliferación de toda una variedad de vehículos de inversión. La tendencia a crear capitales ficticios que circulan libremente por todo el mundo se ha acelerado notablemente, dando lugar a todo tipo de prácticas predadoras en el sistema de crédito que han contribuido a una oleada de acumulación por desposesión y especulación en torno al valor de los activos. En ningún otro ámbito vemos tan espectacularmente la estrecha interacción entre las nuevas posibilidades del *hardware*, la creación de nuevas formas organizativas (*private equity funds*, *hedge funds* [fondos protegidos de alto riesgo] y una infinidad de complejas agencias reguladoras estatales), y por supuesto, una asombrosa tasa de desarrollo del *software*.

Las tecnologías del sistema monetario y financiero mundial son una fuente de tensión terrible y al mismo tiempo un campo de actividad capitalista insuperable en importancia y en «vitalidad desordenada».

5. Para concluir se plantea la cuestión del control del trabajo y del proceso laboral, que constituye una arena crucial para el capital y que trataré con detalle un poco más adelante.

¿Tenían que evolucionar las tecnologías tal como lo hicieron? Está claro que se tomaron decisiones que liberaron la innovación tecnológica de las constricciones que habían inhibido el desarrollo de nuevas tecnologías en otros lugares o épocas (el retraso de China en la aplicación de descubrimientos tecnológicos es quizá el ejemplo más sobresaliente). También ha habido ciertamente ejemplos de intensa resistencia a las nuevas configuraciones tecnológicas por razones morales y éticas, desde la lucha de los luditas contra la introducción de máquinas hasta la rebelión de los físicos contra la proliferación de armas nucleares. Actualmente existen intensas controversias sobre la ética y los riesgos de la ingeniería genética y los alimentos genéticamente modificados. Pero no parece que tales cuestiones desvíen o detengan la evolución del cambio tecnológico, y por eso es por lo que califico ese tipo de contradicción como «cambiante»: no es estable o permanente, sino que continuamente cambia sus rasgos. Por esta razón resulta decisivo evaluar dónde se sitúa precisamente ahora el proceso de cambio tecnológico y hacia dónde se podría desplazar en el futuro.

Arthur pregunta por ejemplo: «¿podría detenerse alguna vez este proceso de constante evolución de la tecnología y de remodelación de la economía?». Su respuesta es en principio afirmativa, pero las perspectivas actuales de una eventual detención son extremadamente remotas. La dinámica descentralizada de la evolución tecnológica es demasiado fuerte y el campo de posibles descubrimientos de novedades en la naturaleza demasiado amplio como para que en el inmediato futuro se produzca ninguna interrupción de la evolución tecnológica y económica.

> La avalancha inminente de las tecnologías que aparecerán durante la próxima década es razonablemente predecible, y también lo son las vías de mejora en el futuro próximo de las actuales tecnologías; pero en general, del mismo modo que no se puede predecir el conjunto de especies biológicas de un futuro lejano a partir del actual, tampoco es predecible la evolución a largo plazo del acervo tecnológico en el futuro económico, y no sólo porque no podemos predecir qué combinaciones se producirán, sino que tampoco podemos predecir qué nichos de oportunidad se crearán. Y dado que el número de combinaciones potenciales aumenta exponencialmente, esa indeterminación se incrementa a medida que se desarrolla el conjunto. Si hace tres mil años se

> podía prever que las tecnologías utilizadas un siglo después se parecerían a las que se empleaban en aquel momento, ahora apenas podemos predecir el aspecto que tendrá la tecnología dentro de cincuenta años[8].

Así, pues, ¿dónde se sitúa en ese proceso de «evolución combinatoria» *la* contradicción o *las* contradicciones que podrían amenazar la rentabilidad y la acumulación sin fin de capital? En mi opinión hay dos contradicciones de gran importancia para las perspectivas futuras del capital. La primera se refiere a la relación dinámica de la tecnología con la naturaleza, de la que nos ocuparemos en la Contradicción 16. La segunda se refiere a la relación entre el cambio tecnológico, el futuro del trabajo y el papel de los trabajadores en relación con el capital. Ésta es la contradicción que vamos a examinar ahora.

El control sobre el proceso de trabajo y el trabajador ha sido siempre decisivo para la capacidad del capital de mantener la rentabilidad y la acumulación de capital. Durante toda su historia, el capital ha inventado, innovado y adoptado formas tecnológicas cuyo principal propósito era aumentar su control sobre el trabajo, tanto en el proceso de trabajo como en el mercado laboral, no sólo en cuanto a la eficiencia física, sino también en cuanto a la autodisciplina de los trabajadores empleados, las cualidades de la mano de obra disponible en el mercado, las mentalidades y hábitos culturales de los trabajadores en relación con las tareas que se espera que realicen y los salarios que esperan recibir.

Muchos innovadores industriales se han fijado como objetivo primordial el control de los trabajadores. Un prominente industrial del Segundo Imperio francés, famoso por sus innovaciones en la industria de la máquina-herramienta, proclamó abiertamente que sus tres objetivos eran incrementar la precisión en el proceso de trabajo, aumentar la productividad y quitar poder a los trabajadores. Fue por esta razón, sin duda, por la que Marx argumentó que la innovación tecnológica era un arma crucial en la lucha de clases y que el capital había adoptado muchas innovaciones con el único propósito de obstaculizar o impedir las huelgas, interiorizando además la creencia fetichista de que la solución para hacer crecer sin cesar la rentabilidad era la innovación tecnológica permanente dirigida hacia el disciplinamiento y pérdida de poder de los trabajadores. El sistema fabril, el taylorismo (con su intento de reducción del trabajador al estatus de un «gorila entrenado»), la automatización, la robotización y la sustitución en último término del trabajo vivo por trabajo muerto responden todos ellos a ese deseo. Los robots no se quejan, no responden, no se querellan, no sabotean, no se ponen enfermos, no van lentos, no pierden la concentración, no se ponen en huelga, no exigen subidas de salarios, no se preocupan por

[8] W. B. Arthur, *The Nature of Technology*, cit., p. 186.

las condiciones de trabajo, no exigen el descanso del bocadillo ni caen en el absentismo (excepto quizá en los relatos de ciencia-ficción).

La fantasía del capital de un control total sobre los trabajadores tiene sus raíces en circunstancias materiales, y muy particularmente en la dinámica de la lucha de clases en todas sus manifestaciones, tanto dentro como fuera del proceso de producción. El papel del desempleo tecnológicamente inducido en la regulación del nivel salarial, la búsqueda de bienes cada vez más baratos para el sostenimiento de la mano de obra (el fenómeno Walmart), con el fin de hacer más aceptables los bajos salarios, la condena de cualquier propuesta de salario social básico como algo que alentaría la holgazanería de los trabajadores y otras estratagemas parecidas constituyen un dominio de la lucha de clases en el que las intervenciones y mediaciones tecnológicas resultan cruciales. Eso es lo que hace tan extraña la exposición de Arthur, dado que ni una vez entran esos hechos elementales y obviamente históricos (satirizados tan sabiamente en la película *Tiempos modernos* de Charlie Chaplin) en su descripción de la evolución combinatoria, que efectivamente desempeña un papel tan fundamental en los detalles del cambio tecnológico.

Así, pues, ésta es la contradicción principal: si el trabajo social es la fuente última de valor y beneficio, entonces su sustitución por máquinas o trabajo robótico no tiene sentido ni política ni económicamente. Podemos verlo claramente en el mecanismo que intensifica esa contradicción hasta llevarla a la crisis. Cada empresario o corporación considera decisivas las innovaciones que ahorran trabajo para su rentabilidad frente a los competidores, pero eso socava colectivamente la posibilidad de beneficio.

En un libro reciente Martin Ford presenta una argumentación sobre ese mismo problema. A medida que la punta de lanza del dinamismo tecnológico se desplaza de los sistemas mecánicos y biológicos a la inteligencia artificial, se constata un enorme impacto sobre la disponibilidad de empleo, no sólo en la industria y la agricultura, sino también en los servicios e incluso en las profesiones. En consecuencia, la demanda agregada de bienes y servicios disminuirá al ir desapareciendo los empleos y los ingresos. Esto tendrá efectos catastróficos sobre la economía a menos que el Estado encuentre alguna forma de intervenir con pagos de estímulos redistributivos a grandes sectores de la población que desde el punto de vista de la producción son ya desechables y prescindibles.

André Gorz había expuesto hace tiempo ese mismo argumento, aunque desde una perspectiva política diferente:

> La lógica microeconómica querría que esos ahorros en tiempo de trabajo se tradujeran en ahorros en salarios para las empresas que han conseguido tales economías: al producir con costes más bajos, serán más

> «competitivas» y capaces (en ciertas condiciones) de vender más. Pero desde el punto de vista macroeconómico, una economía que, como utiliza cada vez menos trabajo humano, distribuye cada vez menos salarios, cae inexorablemente por la pendiente deslizante del desempleo y la pauperización. Para evitar ese deslizamiento, la capacidad de compra de los hogares tendría que dejar de depender del volumen de trabajo que consume la economía. Aun dedicando mucho menos tiempo al trabajo, la población tendría que ganar lo suficiente para comprar el creciente volumen de bienes producidos: la reducción del tiempo de trabajo no debería traer consigo una reducción de la capacidad de compra[9].

Los detalles que cita Ford para respaldar su afirmación general son impresionantes. Existen claras pruebas empíricas del inexorable crecimiento exponencial de la capacidad y velocidad de los ordenadores, que se ha duplicado aproximadamente cada dos años durante las últimas tres décadas. El aumento de esa capacidad no depende de la construcción de una tecnología en condiciones de pensar tal como lo hacemos los humanos, sino del hecho de que el ordenador es «rápido sin imaginación» y cada vez más rápido. La aceleración ha sido siempre para el capital, como hemos visto, un objetivo crucial de la innovación tecnológica, y el mundo de la informática y los ordenadores no es ninguna excepción. Como consecuencia del aumento exponencial de la capacidad de los ordenadores, «categorías enteras de empleos tradicionales están en peligro de ser automatizadas en un futuro no muy distante». La idea de que las nuevas tecnologías crearán empleo a una velocidad que compense esas pérdidas «es pura fantasía». Además, la idea de que serán sólo los empleos rutinarios con bajos salarios los que serán eliminados y no los trabajos cualificados con altos salarios (radiólogos, doctores, profesores de universidad, pilotos de líneas aéreas y cosas parecidas) es equivocada. «En el futuro, la automatización recaerá en gran medida sobre los trabajadores del conocimiento y en particular sobre los trabajadores mejor pagados». Ford concluye: «Permitir que esos empleos sean eliminados por millones, sin ningún plan concreto para resolver los problemas que aparecerán entonces, sería una condena inapelable al desastre»[10].

¿Pero de qué tipo de desastre hablamos? Sectores cada vez mayores de la población mundial serán considerados por el capital prescindibles como trabajadores productivos y les resultará difícil sobrevivir, tanto material como psicológicamente. Carentes de cualquier perspectiva de existencia significativa en el ámbito del trabajo necesario, tal como lo define el capital, tendrán que buscar en otro lugar cómo construirse una vida dotada

---

[9] André Gorz, *Critique of Economic Reason*, Londres, Verso, 1989, p. 200 [ed. cast.: *Crítica de la razón productivista. Antología*, Madrid, Libros de la Catarata, 2008].

[10] Martin Ford, *The Lights in the Tunnel: Automation, Accelerating Technology and the Economy of the Future*, Estados Unidos, Acculant™ Publishing, 2009, p. 62.

de sentido. Por otro lado, la producción seguirá aumentando, ¿pero de dónde vendrá el correspondiente aumento de la demanda? Eso es lo que más molesta a Ford:

> ¿*Quién* va a dar un paso adelante y comprar todo ese aumento de la producción? [...] La automatización está a punto de invadirlo todo, en casi todos los sectores, en una amplia variedad de ocupaciones, y tanto entre los trabajadores con títulos universitarios como entre los que carecen de ellos. La automatización llegará a las naciones desarrolladas y a los países en vías de desarrollo. Los consumidores que impulsan nuestros mercados son prácticamente todos gente que tiene un empleo o depende de alguien que lo tiene. Cuando una fracción substancial de esa gente pierda su empleo, ¿de dónde vendrá la demanda en el mercado?[11].

Es una pregunta sobre gestión de la demanda de corte típicamente keynesiano frente a la amenaza de una crisis para el capital del tipo de la que sacudió la economía global en la década de 1930. ¿Qué ocurre cuando planteamos las quejas de Ford con el trasfondo de la contradictoria unidad entre producción y realización? Llama la atención que Marx se planteara una dificultad similar, aunque él lo hiciera desde la perspectiva de la producción. Cuantos más dispositivos de ahorro de trabajo se aplican, más tiende a declinar cuantitativamente el agente que produce valor –el trabajo social–, destruyendo en último término el trabajo socialmente necesario y la producción de valor, y con ellos la base del beneficio. El mismo resultado deriva de ambos lados de la contradictoria unidad entre producción y realización. La rentabilidad se erosiona y la acumulación sin fin de capital colapsa en ambos casos. Ford reconoce en un apéndice que puede haber algún tipo de semejanza general entre su argumentación y la de Marx, pero no entiende cuál es, y por supuesto se esfuerza por distanciarse de las perjudiciales consecuencias de tal asociación. Pero el alcance potencial de las fuerzas y soluciones opuestas parece muy diferente desde las dos perspectivas que ofrece esa unidad contradictoria.

Ford, por ejemplo, se muestra desesperadamente preocupado por salvar al capital del desastre potencial que le acecha. De hecho recomienda la difusión del consumismo (por insensato y alienante que sea) para absorber los productos cada vez más baratos que un capital totalmente automatizado puede producir. Trata de cuadrar el círculo de las disparidades entre oferta y demanda imaginando un sistema impositivo estatal capaz de recuperar las ganancias en productividad creadas por las nuevas tecnologías. Esos fondos serían entonces redistribuidos como estímulos de la capacidad de compra entre las masas desposeídas, esperando que a cambio la gente se comprometa en actividades sociales creativas o valiosas y contribuya

---

[11] *Ibid.*, pp. 96-97.

al bien común. Ya existen programas de ese tipo. Las ayudas a la pobreza en Argentina y Brasil distribuyen dinero a las familias pobres con tal que puedan demostrar que sus hijos acuden a la escuela. Estructurar tales redistribuciones incentivadas puede ser difícil en la práctica, pero en opinión de Ford es crucial para evitar la cultura de la dependencia que se asocia a menudo con las ayudas directas al bienestar o una renta mínima garantizada, se tenga empleo o no. En cualquier caso, las redistribuciones y la creación de capacidad de compra son el único medio para crear suficiente demanda para compensar la creciente oferta de bienes y servicios. Esa sería, coincide André Gorz, «la única forma de dar significado a la disminución del volumen del trabajo socialmente necesario»[12].

Marx, en cambio, examinó varios antídotos posibles a la caída tendencial de la tasa de beneficio como consecuencia de las innovaciones que ahorran trabajo: la apertura de líneas de producción totalmente nuevas intensivas en trabajo; una pauta de innovación dedicada tanto al ahorro de capital como al ahorro de trabajo; una tasa de explotación creciente sobre la fuerza de trabajo todavía empleada; la existencia previa o la formación de una clase de consumidores que no producen nada; una tasa fenomenal de crecimiento de la fuerza de trabajo total que aumentara la masa de capital producido aunque la tasa de beneficio individual cayera. Lo que no está claro es si Marx pensaba que esas fuerzas bastarían para contrarrestar indefinidamente la caída del valor de la producción y de la tasa de beneficio.

Sendas de desarrollo de ese tipo han evitado efectivamente a veces la caída de la tasa de beneficio. La incorporación del campesinado chino, indio y de gran parte del sureste de Asia (junto con Turquía y Egipto y algunos países latinoamericanos, siendo África todavía un continente con enormes reservas de mano de obra no aprovechada) a la fuerza de trabajo asalariada global desde la década de 1980, junto con la integración de lo que era el bloque soviético, ha significado un enorme incremento (y no disminución) de la fuerza de trabajo asalariada global muy por encima de la que correspondería al aumento vegetativo de la población. También son palpables las crecientes tasas de explotación asociadas a las horribles condiciones de trabajo en China, Bangladesh, Vietnam y otros países, mientras que el problema de la demanda se ha afrontado en general mediante una vasta expansión del crédito.

Así, pues, no parece haber un motivo inmediato de pánico desde el punto de vista de la producción o de la realización; pero desde el punto de vista del futuro a largo plazo del capital, parece como si existiera una «última frontera» para la absorción de mano de obra asalariada en el capitalismo global. En los países capitalistas avanzados se ha producido una masiva

[12] A. Gorz, *Critique of Economic Reason*, cit., p. 92.

incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo asalariada durante los últimos cincuenta años e internacionalmente quedan pocas áreas (principalmente en África y en Asia meridional y central) donde se puedan encontrar grandes reservas de mano de obra. No parece posible que vaya a producirse de nuevo nada parecido a la enorme expansión reciente de la fuerza de trabajo global. Entretanto, la gran aceleración experimentada durante los últimos años de automatización y aplicación de la inteligencia artificial a servicios rutinarios (como la expedición de billetes en las líneas aéreas y el paso por caja en los supermercados) parece, por otro lado, estar sólo en sus comienzos. Se puede detectar ahora esa tendencia en campos como la enseñanza superior y los diagnósticos médicos, y las líneas aéreas están experimentando con aviones sin piloto. La contradicción entre producción de valor, por un lado, e innovación tecnológica que ahorra trabajo a gran escala, por otro, ha entrado en un territorio cada vez más peligroso, al verse afectada no sólo una creciente proporción de la población prescindible sin previsibles oportunidades de empleo, sino también (como reconoce claramente hasta Ford) la reproducción del propio capital.

Por ejemplo, las tres últimas recesiones registradas en Estados Unidos desde principios de la década de 1990, han sido seguidas por lo que eufemísticamente se han denominado «recuperaciones sin creación de empleo». La recesión profunda más reciente ha dado lugar a la creación de desempleo a largo plazo a una escala que no se había visto en Estados Unidos desde la década de 1930. En Europa se vienen observando fenómenos similares y la capacidad de absorción de mano de obra en China –una orientación clave del Partido Comunista– parece ser limitada. Tanto las pruebas de las tendencias más recientes como la evaluación de las perspectivas para el futuro apuntan en la misma dirección: enormes excedentes de población prescindible potencialmente rebelde.

Esto tiene algunas consecuencias muy serias, tanto teóricas como políticas, que requieren mayor elaboración. El dinero (véase la contradicción 2) es una representación del valor del trabajo social (entendiéndose este último como la cantidad de trabajo realizado para otros a través del sistema de mercado basado en el valor de cambio). Si nos estamos dirigiendo hacia un mundo en el que el trabajo social de ese tipo desaparece, entonces no habrá valor que representar. La representación histórica del valor –la forma dinero– quedará entonces enteramente liberada de su obligación de representar algo más que a sí misma. Los economistas neoclásicos argumentaban (en los raros casos en que se ocuparon de la cuestión) que la teoría expuesta por Marx del valor basado en el trabajo era irrelevante porque el capital responde únicamente a señales monetarias y no a relaciones de valor. No valía la pena pues entretenerse en la idea del valor aunque fuera un concepto plausible (la mayoría de ellos ni siquiera pensaban esto

último). En mi opinión estaban muy equivocados en ese juicio; pero si la evolución esbozada más arriba tiene efectivamente lugar, entonces el argumento neoclásico *contra* la teoría del valor será cada vez más correcto, de modo que hasta los marxistas más ortodoxos tendrán que renunciar a la teoría del valor. Los economistas convencionales cacarearán sin duda entusiasmados con esa posibilidad, pero lo que no perciben es que eso significaría la desaparición de la única restricción que ha impedido la caída del capital en un desorden total. Las recientes pruebas de la difusión de un comportamiento depredador desenfrenado del capitalismo no son sino una señal del debilitamiento del papel regulador del trabajo social, debilitamiento que viene dándose desde hace algún tiempo. Un acontecimiento crucial fue el abandono de una base metálica para el sistema monetario mundial a principios de la década de 1970: a partir de entonces la relación del dinero mundial con el trabajo social se hizo como mucho tangencial y ahí tenemos para demostrarlo la larga cadena de crisis financieras y comerciales acaecidas en todo el mundo desde mediados de la década de 1970.

La forma dinero ha adquirido mucha autonomía durante los últimos cuarenta años. Los valores fiduciarios y ficticios creados por los bancos centrales de todo el mundo han conquistado la primacía. Esto nos devuelve a algunas reflexiones sobre la relación entre la evolución tecnológica que ya hemos descrito en general y la evolución de las tecnologías monetarias. El ascenso de las cibermonedas como el Bitcoin, concebidas al parecer en algunos casos con el fin de lavar dinero obtenido en actividades ilegales, no es más que el principio de una caída inexorable del sistema monetario en el caos.

El problema político planteado por la cuestión de la tecnología a la lucha anticapitalista es quizá el más difícil de afrontar. Por un lado, sabemos muy bien que la evolución de las tecnologías, marcada como está en gran medida por la lógica «combinatoria» autónoma que describe Arthur, es una gran área de actividad empresarial en la que la lucha de clases y la competencia intercapitalista e interestatal han desempeñado papeles determinantes en el «propósito humano» de mantener el dominio militar, el poder de clase y la acumulación sin fin de capital. También vemos que las iniciativas del capital se acercan cada vez más al abismo de la desaparición del trabajo social como principio regulador subyacente que impide la caída del capital en la anarquía. Por otro lado, sabemos también que cualquier combate contra la degradación medioambiental a escala mundial, el empobrecimiento y las desigualdades sociales, las dinámicas de población perversas, los déficits globales en sanidad, educación y nutrición, y las tensiones militares y geopolíticas, conllevarán la utilización de muchas de las tecnologías actualmente disponibles para alcanzar fines sociales, ecológicos y políticos no capitalistas, por saturadas que estén de las mentalidades y prácticas del capital en su aspiración

a la dominación de clase. Se tratará, por lo tanto, de discernir atentamente sus potencialidades emancipatorias rechazando las más alienantes y discriminatorias.

A corto plazo la izquierda está obligada evidentemente a defender los empleos y cualificaciones bajo amenaza; pero como demuestra la miserable historia de las nobles acciones defensivas contra la desindustrialización durante las décadas de 1970 y 1980, será probablemente una batalla perdida desde el principio frente a una configuración tecnológica nueva. En la coyuntura actual, un movimiento anticapitalista tiene que reorganizar su pensamiento en torno a la idea de que el trabajo social se está haciendo cada vez menos significativo como motor económico de las funciones del capitalismo. Muchos de los empleos en el sector servicios, administrativos y profesionales que la izquierda trata actualmente de defender son realmente prescindibles. Gran parte de la población mundial se está convirtiendo en desechable e irrelevante desde el punto de vista del capital, lo que aumentará la dependencia de la circulación de formas ficticias de capital y construcciones fetichistas de valor centradas en la forma dinero y en el sistema de crédito. Como cabía esperar, algunos sectores de la población se considerarán más prescindibles que otros, de modo que las mujeres y la gente de color tendrán que apechugar con la mayor parte de la carga actual y probablemente cada vez más en el futuro previsible[13].

Martín Ford plantea correctamente la pregunta: ¿cómo vivirá (y proporcionará un mercado) en esas condiciones la población prescindible resultante? Los movimientos anticapitalistas deben elaborar una respuesta imaginativa a largo plazo a esta pregunta. Hay que pensar y poner en práctica gradualmente acciones organizadas proporcionadas y planificadas para responder a las nuevas circunstancias y asegurar la provisión de valores de uso suficientes. La izquierda tiene también que organizar, al mismo tiempo, acciones defensivas contra las tecnologías de las prácticas cada vez más depredadoras de acumulación por desposesión, las nuevas oleadas de descualificación, la consolidación del desempleo permanente, la desigualdad social cada vez mayor y una aceleración de la degradación del medio ambiente. La contradicción que afronta el capital se metamorfosea en una contradicción que necesariamente se introyecta en la política anticapitalista.

---

[13] Melissa Wright, *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*, Nueva York, Routledge, 2006.

CONTRADICCIÓN 9
DIVISIONES DEL TRABAJO

LA DIVISIÓN DEL trabajo debería situarse por derecho propio como una de las características fundamentales del capital. Se refiere a la capacidad humana de descomponer actividades productivas y reproductivas complejas en tareas específicas pero más simples que pueden ser realizadas por distintos individuos, ya sea temporal o permanentemente. El trabajo especializado de muchos individuos se reúne en una totalidad mediante la cooperación organizada. A lo largo de la historia, las divisiones del trabajo han ido cambiando y evolucionando dependiendo de condiciones internas y externas que afectaban a una sociedad particular. El problema central que plantea la división del trabajo es la relación entre las partes y el todo y quién (si es que lo hay) asume la responsabilidad de la evolución conjunta.

El capital heredó esa división del trabajo y la reconfiguró espectacularmente a su propia imagen durante toda su historia. Por esa razón incluyo esta contradicción en la categoría de las «cambiantes», ya que se está revolucionando continuamente en el mundo organizado por el capital. La división del trabajo vigente en la actualidad es radicalmente diferente, hasta el punto de ser prácticamente irreconocible, de la que prevalecía, digamos, en 1850. La evolución de la división del trabajo bajo el capital tiene sin embargo un carácter muy especial, ya que, como todo lo demás, se orienta primordialmente hacia al sostén de la ventaja competitiva y la rentabilidad, que no tienen necesariamente nada que ver –excepto accidentalmente– con la mejora de las calidades del trabajo y la vida y ni siquiera con la mejora en general del bienestar humano. Si se producen mejoras fundamentales en el modo de vida y de trabajo, como efectivamente sucede, es más bien como efecto colateral o consecuencia de reivindicaciones y presiones políticas que emanan de poblaciones rebeldes y descontentas. Después de todo, el vasto incremento de producto físico cada vez más barato que producen divisiones del trabajo más eficientes debe consumirse de algún modo y en algún lugar si se quiere realizar el valor producido. Por otro lado, también se verifican muchos daños colaterales (por ejemplo, en el medio ambiente), que hay que tener en cuenta.

Las contradicciones en la división del trabajo son abundantísimas. Hay que hacer sin embargo una distinción general e importante entre la división técnica y la división social del trabajo. Con la primera aludo a las distintas tareas concretas en una serie compleja de operaciones que cualquiera puede hacer en principio, como vigilar una máquina o fregar el suelo, mientras que la segunda se refiere a las tareas especializadas que sólo personas con el adecuado entrenamiento o estatus social pueden realizar, como los médicos, los programadores de *software* o los camareros en un restaurante de cinco estrellas. Menciono este último ejemplo para enfatizar que las divisiones y definiciones existentes a menudo dependen tanto de habilidades sociales, culturales e interpersonales y de la actitud personal como de la experiencia y formación técnica.

Hay muchas otras distinciones a tener en cuenta, como las debidas a la naturaleza (por ejemplo, la maternidad), la cultura (por ejemplo, la situación de las mujeres en la sociedad); entre ciudad (urbano) y campo (rural); intelectual y manual; social (en toda la sociedad en general) y local (dentro de una empresa o corporación); de cuello azul y de cuello blanco; cualificado y no cualificado; productivo y no productivo; doméstico (hogar) o asalariado; simbólico o material, etc. Están también las distinciones sectoriales entre el sector primario (agricultura, silvicultura, pesca y minería), el secundario (industria y manufactura), el terciario (servicios y los subsectores de finanzas, seguros y propiedad inmobiliaria, que han cobrado mayor relevancia en los últimos tiempos) y lo que algunos prefieren considerar como el cuarto sector compuesto por actividades culturales y basadas en el conocimiento, cada vez más importantes. Como si todo esto no fuera bastante, la clasificación de los distintos sectores y ocupaciones en los censos engloba generalmente más de cien categorías.

En la medida en que tales distinciones y oposiciones pueden ser fuente de tensión y antagonismo, pueden entrechocar y convertirse en contradicciones que desempeñan algún papel en la generación y resolución de crisis. Al analizar los movimientos de rebelión, sería muy raro que las causas y los participantes activos no se encontraran en una u otra de esas oposiciones o en los correspondientes sectores. En la teoría socialista ha sido tradicional, por supuesto, privilegiar al proletariado industrial (los trabajadores «productivos» dentro de la división general del trabajo) como vanguardia de la transformación revolucionaria. Los oficinistas, empleados de banca, trabajadoras domésticas y barrenderos nunca han sido considerados como agentes revolucionarios, mientras que los mineros, trabajadores del automóvil o del metal y hasta los profesores y maestros de escuela sí lo han sido.

La mayoría de esos dualismos resultan ser distinciones toscas que nos ayudan muy poco a entender un mundo cada vez más complejo e intrincado sometido permanentemente a transformaciones revolucionarias. Es,

sin embargo, útil e importante registrar desde un principio cómo se solapan las bases técnicas y sociales de esas distinciones, ya que las categorías implicadas en la definición de la división del trabajo han entremezclado siempre consideraciones técnicas y sociales de forma a menudo confusa y equívoca. Durante mucho tiempo, por ejemplo, se definió el trabajo cualificado en términos de género, de modo que cualquier tarea que las mujeres pudieran realizar –por difícil o compleja que fuera– se consideraba no cualificada, simplemente porque las mujeres podían realizarla. Y peor todavía, a las mujeres se les atribuían con frecuencia esas tareas por razones llamadas «naturales» (cualquier cosa, desde los dedos más ágiles hasta un temperamento supuestamente sumiso y paciente dictado por la naturaleza). Por esta razón, en el París del Segundo Imperio los hombres se oponían enérgicamente al empleo de mujeres, ya que sabían que llevaría a la reclasificación de su trabajo como no cualificado y, por lo tanto, con una menor remuneración. Aunque la cuestión era en aquella época muy específica, ha sido seguramente un factor clave en la determinación de los distintos niveles de remuneración en el mercado laboral global contemporáneo. La gran feminización que se ha producido a escala mundial, tanto del trabajo mal pagado como de la pobreza, atestigua claramente la importancia de ese tipo de juicios, para los que no existe ninguna base técnica. Las cuestiones de género han motivado también largos debates sobre el papel que cabe asignar al trabajo doméstico frente al trabajo asalariado. Aunque es una cuestión importante en el capitalismo y sin duda forma parte de muchas crisis personales en los hogares, ha tenido muy poca influencia directa en el desarrollo del capital, excepto en lo que atañe a la tendencia general que desde hace mucho tiempo tiende a ampliar el mercado mercantilizando cada vez más tareas domésticas (cocina, limpieza, lavado del cabello y hasta el corte de uñas y la manicura). La campaña por los salarios devengados por el trabajo doméstico parece, sin embargo, seriamente desviada de una perspectiva anticapitalista, porque no hace más que profundizar la penetración de la monetización y la mercantilización en las intimidades de la vida cotidiana, en lugar de utilizar las labores domésticas como palanca para tratar de desmercantilizar tantas tareas sociales como fuera posible.

Es ahí donde las contradicciones del capital y del capitalismo se solapan parcialmente. Desde hace mucho tiempo se han asociado con frecuencia determinados oficios, por ejemplo, y a veces con exclusividad, a determinados grupos étnicos, religiosos o raciales de una población. No es sólo el género el que motiva distinciones dentro de la división del trabajo. Esas asociaciones, que seguirán evidenciándose, no son meros residuos de un pasado muy complicado. Muchos programadores y desarrolladores de *software* (una categoría ocupacional totalmente nueva) provienen del sur de Asia y Filipinas se especializa en el suministro y exportación

de trabajadoras domésticas a muchos países del mundo (desde Estados Unidos a los países del Golfo Pérsico y Malasia). Las grandes migraciones de mano de obra que han tenido lugar tanto históricamente como en tiempos recientes han establecido con frecuencia vínculos entre ciertos lugares de origen y ocupaciones específicas en el país de acogida. El Servicio Nacional de Salud británico no podría ni siquiera funcionar sin la inmigración de distintos grupos de lo que fue en otro tiempo el Imperio británico. En los últimos años se han registrado corrientes de migrantes (principalmente mujeres) de Europa Oriental (Polonia, Lituania, Estonia, etc.) para realizar diversas tareas en los sectores llamados «del ocio» en gran parte de Europa Occidental, incluida Gran Bretaña (desde la limpieza en los hoteles hasta el servicio en restaurantes y bares). Los migrantes mexicanos y caribeños se especializan en la cosecha de cereales y frutas en la costa tanto oriental como occidental de Estados Unidos.

La asignación de distintas personas a diferentes tareas está asociada con niveles diferentes de remuneración. Prejuicios y discriminaciones étnicas, raciales, religiosas y de género están profundamente arraigadas en la segmentación y fragmentación del mercado laboral en su conjunto y en particular en las diferencias salariales. Los empleos considerados sucios y humillantes, por ejemplo, están típicamente mal pagados y se dejan a los migrantes más desvalidos y vulnerables (a menudo los que carecen de un permiso legal de residencia), mientras que los migrantes expertos en programación informática procedentes del sur de Asia reciben a veces automáticamente el estatus de trabajador cualificado. Lo que es aún más odioso es que el nivel de remuneración también varía según el género, la raza y la etnia entre trabajadores con la misma ocupación y tareas idénticas.

Las luchas por el estatus dentro de la división del trabajo y el reconocimiento de la cualificación pertinente se remiten de hecho a las diferentes oportunidades y nivel de vida para los trabajadores, pero también –y ahí está el núcleo del problema– a la rentabilidad para el capitalista. Desde el punto de vista del capital es útil, si no crucial, disponer de un mercado laboral segmentado, fragmentado y muy competitivo, lo que alza barreras a la organización coherente y unificada de la fuerza de trabajo. Los capitalistas pueden aplicar, y a menudo lo hacen deliberadamente, una política de divide y vencerás fomentando tensiones interétnicas, por ejemplo. La competencia entre grupos sociales que se enfrentan por mejores posiciones dentro de la división del trabajo se convierte en un medio primordial por el que la mano de obra en general pierde poder y el capital puede ejercer un control mayor y más completo, tanto en el mercado laboral como en el lugar de trabajo. Las formas típicas de organización sindical por sectores más que por zonas geográficas también inhiben la acción unificada de los

trabajadores, aunque los sindicatos se esfuercen por ir más allá de los intereses de sus propios miembros.

La dinámica histórica de la lucha de clases en el capitalismo como totalidad con respecto a las cualificaciones, su especificación y su nivel de remuneración es una de las más importantes y todavía está por escribir desde una perspectiva crítica. Las siguientes observaciones no pasan por tanto de ser meros preliminares.

Cuando el capital entró en escena como forma de acumulación primordial y ya no ocasional y juzgó necesario tener el control de los procesos de trabajo en la producción industrial, encontró a mano una división del trabajo y una estructura de cualificaciones profundamente enraizada en los oficios del trabajo artesanal. «Carnicero, panadero o candelero» eran ocupaciones en las que los trabajadores podían cultivar sus habilidades y tratar de asegurar su posición social futura. En las primeras décadas del capitalismo, la mayoría de la población europea se dedicaba a la agricultura (como campesinado con o sin tierras) o a los servicios (sobre todo sirvientes domésticos y lacayos) para los monarcas, la aristocracia terrateniente y los comerciantes capitalistas, tareas que exigían un tipo especial de habilidades interpersonales, domésticas y sociopolíticas. El trabajo artesanal en las ciudades abarcaba toda una variedad de oficios que solían estar regulados por los correspondientes gremios y por el sistema de aprendizaje mediante el que éstos ejercían un poder monopolista sobre el acceso a una destreza, garantizando una experiencia técnica específica. Los carpinteros aprendían a utilizar sus herramientas y lo mismo sucedía con los joyeros, relojeros, herreros, tejedores, zapateros, fabricantes de armas, etc. Mediante la organización corporativa de los gremios, distintos grupos de trabajadores podían asegurarse y mantener cierto estatus en la escala social y un nivel de remuneración más alto por su trabajo.

El capital tuvo que batallar con ese poder monopolístico de la mano de obra sobre sus condiciones de producción y su proceso de trabajo, y lo hizo en dos frentes. En primer lugar, asentó gradualmente su propio poder monopolístico en relación con la propiedad privada sobre los medios de producción, privando así a los trabajadores de los medios para reproducirse fuera de la supervisión y control del capital. El capitalista podía entonces reunir bajo su dirección a muchos artesanos de oficios diferentes en un proceso de trabajo colectivo para producir cualquier cosa, desde clavos a máquinas de vapor y locomotoras. Aunque la estrecha base técnica y la correspondiente cualificación de las tareas individuales no cambiaron mucho, la organización de la producción mediante la cooperación y la división del trabajo ensamblando las diferentes tareas permitió obtener notables aumentos de eficiencia y productividad. La rápida caída de los

precios de mercado de las mercancías así producidas llevó a la ruina a los oficios tradicionales y a las formas artesanales de producción.

Esa división del trabajo fue no sólo extensamente analizada sino también elevada a los altares por Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776. En el famoso caso de la fábrica de alfileres, Smith insistía en que la división organizada del trabajo en el seno del proceso de producción llevaba a inmensas mejoras de eficiencia técnica y productividad del trabajo. Aprovechando las distintas habilidades y talentos de los trabajadores, el aumento conjunto en productividad y rentabilidad mediante lo que Marx llamaría más tarde «la división del trabajo en tareas» [*Teilung der Arbeit in ihre verschiednen Sonderoperationen*] dentro de la empresa quedaba asegurada, de lo que Smith infirió que el recurso general a divisiones sociales del trabajo entre empresas y entre sectores tendría un efecto similar. A este respecto Marx se esforzó en señalar que el mecanismo de coordinación ya no podía ser el capitalista individual distribuyendo la actividad cooperativa común según principios racionales de diseño, sino un conjunto de coordinaciones más caótico y anárquico en el que las señales volátiles de los precios en el mercado serían cruciales para la determinación de divisiones cuantitativamente racionales de la actividad productiva en distintas empresas y sectores. Smith, reconociéndolo, instó al Estado a no intervenir en general en la fijación de los precioss (excepto en el caso de los servicios públicos y monopolios naturales) y a seguir una política de *laissez-faire* para asegurar que la mano oculta del mercado pudiera hacer su trabajo con la mayor eficiencia posible. Hasta el día de hoy, teóricos y gobernantes han seguido poniendo equivocadamente gran fe en una «hipótesis de mercado eficiente» para la coordinación, no sólo de la producción, sino también de las actividades financieras que se descompusieron con tan mala fortuna en septiembre de 2008. Marx concluía que la anarquía caótica del mercado sería una fuente constante de alteraciones en el equilibrio de los precios y que esto desestabilizaría la división social del trabajo, haciéndola proclive a la crisis.

El otro frente de ataque, que yo creo más profundo y de mayor alcance, contra los potenciales poderes de monopolio de los trabajadores, surgió de la senda evolutiva del cambio tecnológico capitalista. Gran parte de esa evolución pretendía directa o indirectamente socavar el poder de los trabajadores, tanto en el lugar de trabajo como en el mercado laboral. El sesgo del cambio tecnológico ha ido siempre en contra de los intereses de los trabajadores y en particular contra el tipo de poder que estos adquirían mediante el dominio de habilidades escasas y monopolizables. Una tendencia importante de las relaciones capital-trabajo es la que apunta a la descualificación, fenómeno que Marx ya había señalado en *El capital* y que volvió a cobrar protagonismo en la influyente y controvertida obra

de Harry Braverman *Labor and Monopoly Capital*, publicada en 1974[1]. Braverman argumentaba que el capital, en particular en su forma monopolista, tenía gran interés en degradar la cualificación de los trabajadores y destruir así cualquier sensación de orgullo que pudieran sentir por su trabajo, al mismo tiempo que les arrebataba poder, en particular en el lugar de producción. A este respecto ha habido una larga historia de luchas. En el siglo XIX los ideólogos del capital –en particular Charles Babbage y Andrew Ure– fueron muy citados por Marx como prueba de la querencia del capital por la descualificación. Braverman insistía parecidamente en los esfuerzos de Frederick Taylor y su gestión científica para descomponer los procesos de producción hasta el punto en que un «gorila entrenado» fuera capaz de realizar esas tareas. La «ciencia» aplicada aquí consistía en combinar los estudios sobre tiempo y movimiento con técnicas de especialización para simplificar todas las tareas, a fin de maximizar la eficiencia y minimizar los costes de producción en todas y cada una de las actividades de una empresa.

Tanto Marx como Braverman reconocían que se requeriría cierta recualificación para poner en práctica los grandes cambios técnicos y organizativos asociados a la descualificación de la gran mayoría de los trabajadores. La introducción de la línea de montaje empoderaba a los ingenieros que la instalaban y gestionaban, del mismo modo que los ingenieros participantes en la robotización o la aplicación de los ordenadores tuvieron que adquirir nuevas habilidades para realizar sus tareas. Los críticos de Marx y Braverman han señalado correctamente que los escritos de Babbage, Ure y Taylor eran esencialmente folletos utópicos que nunca fueron aplicados plenamente, en parte debido a la intensa resistencia de los trabajadores y en parte porque la vía seguida por la evolución del cambio tecnológico no estaba ni está únicamente dirigida a controlar a los trabajadores.

Nuevas tecnologías han exigido a menudo redefiniciones de las habilidades que dotan de ciertas ventajas a determinados grupos de trabajadores. Esto resulta ser mucho más importante de lo que Marx o Braverman suponían. Lo que el capital pretende no es la erradicación de la cualificación per se, sino la abolición de las habilidades *monopolizables*. Cuando cobran importancia nuevas habilidades como la programación informática, el afán del capital no es necesariamente la abolición de esas habilidades (algo que puede en último término lograr mediante la inteligencia artificial) sino socavar su carácter de monopolio potencial abriendo abundantes avenidas para la formación en ellas. Cuando la mano de obra equipada con habilidades de programación pasa de ser relativamente pequeña a superabundante,

[1] Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

eso rompe su poder de monopolio y reduce el coste de ese trabajo a un nivel mucho menor. Cuando los programadores abundan, el capital se siente muy feliz al señalarlo como una forma de trabajo cualificado, hasta el punto de concederles un nivel más alto de remuneración y mayor respeto en el lugar de trabajo que a los demás.

Del mismo modo que la evolución de la tecnología ha tendido por su propia dinámica autónoma hacia una mayor complejidad, las divisiones del trabajo se han multiplicado rápidamente y se han transformado cualitativamente. No se ha tratado de una evolución lineal simple, en parte porque ha influido la dinámica de la lucha de clases, aunque en la mayoría de los casos en beneficio del capital. En la industria siderúrgica estadounidense, por ejemplo, el número de habilidades especializadas (y por lo tanto en cierta medida monopolizables) era enorme en la década de 1920, pero fue disminuyendo, en particular después de que la legislación laboral de la década de 1930 creara la *National Labor Relations Board*, que tenía poderes para resolver disputas jurisdiccionales internas sobre la cualificación requerida para hacer esto o lo otro en un sector particular. En la industria siderúrgica contemporánea el conjunto de habilidades cualificadas es mucho más simple y reducido que hace algún tiempo. Por otro lado, han proliferado los especialistas en medicina, banca o finanzas, mientras que el surgimiento de sectores totalmente nuevos asociados con la electrónica y la informática ha generado una inmensa variedad de nuevas ocupaciones y especificaciones de empleo. El abanico de especialidades reconocidas por el aparato regulador del Estado (la *Food and Drug Administration* y muchas otras instituciones como el *Controller of the Currency* y la *Securities and Exchange Commission*) ha crecido astronómicamente en los últimos años.

La rápida extensión y el explosivo aumento de complejidad de la división técnica y social del trabajo se han convertido en *el* rasgo fundamental de una economía capitalista moderna. Esa evolución no se ha producido como consecuencia de un diseño y decisión consciente y general (no existe un Ministerio de la División del Trabajo que regule o decida nada). Ha evolucionado en paralelo con los cambios tecnológicos y organizativos impelidos por las fuerza sistémicas antes señaladas. Y esto a pesar de las simplificaciones de las especificaciones ocupacionales realizadas en ciertos sectores industriales (como el siderúrgico o el automotriz) y la desaparición de ocupaciones anacrónicas (como la de farolero y en los países avanzados la de acarreador de agua o la de trapero). Por esos medios se han conseguido significativos aumentos de la productividad del trabajo y del volumen y variedad de la producción. Una consecuencia adicional ha sido el aumento de la interdependencia económica en el seno de poblaciones y en áreas geográficas cada vez mayores y el surgimiento de una división del trabajo internacional que también requiere consideración. Esto implica

crecientes problemas de coordinación en la división social del trabajo y la creciente probabilidad de perturbaciones en cascada como respuesta a la volatilidad de las señales de mercado. La coordinación mediante el mando, el control y las relaciones contractuales de suministro en toda una cadena de producción y distribución se ha hecho por consiguiente más común en ciertas líneas productivas: la demanda empresarial de insumos (en la industria automovilística, por ejemplo, de motores, piezas, neumáticos, parabrisas, dispositivos electrónicos, etc.) se especifica y contrata fuera del mercado. Pero con la paulatina simplificación de tareas y la progresiva complejidad de coordinaciones aparecen crecientes riesgos de fallos y de consecuencias no pretendidas. Esto introduce una capa totalmente nueva en la división del trabajo y un vasto ejército de nuevas ocupaciones que incluyen servicios logísticos, legales, financieros, mercadotécnicos, publicitarios y otros. Las cuestiones de seguridad y prevención de riesgos (en todo, desde las líneas aéreas hasta la industria farmacéutica y el suministro de alimentos) también se hacen más acuciantes, así como el aparato de vigilancia, seguimiento y control de calidad en diferentes actividades. La proliferación de divisiones del trabajo en la economía se refleja en la proliferación de secciones burocráticas de la autoridad administrativa y reguladora, no sólo dentro de un aparato de Estado típico, sino también internamente en muchas instituciones, tales como los hospitales, universidades y sistemas escolares.

La división del trabajo en su conjunto ha experimentado una gran transformación durante el último medio siglo, por lo que muchas de las investigaciones realizadas por autores críticos del siglo XIX como Karl Marx, Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim y Max Weber no abordan algunas de las cuestiones contemporáneas decisivas. En el pasado, los estudios sobre la división del trabajo se concentraban en gran medida en la organización industrial y el trabajo de fábrica en contextos nacionales particulares y sus descubrimientos siguen siendo seguramente válidos; pero la creciente complejidad y el ámbito geográfico cada vez mayor de las divisiones del trabajo supone un salto cualitativo en cuestión de coordinación. Suponen además nuevos problemas debido a la proliferación de funciones de la vigilancia estatal y la autoridad burocrática y los grandes cambios en las formas de organización de la sociedad civil. Muchas de esas divisiones del trabajo y de autoridad se entrecruzan y se alimentan mutuamente, mientras que otras se escalonan jerárquicamente. También estamos cada vez más sometidos a lo que Timothy Mitchell llama «el dominio de los expertos»[2]. El conocimiento experto ha desempeñado siempre un papel crucial en la historia del capital y el poder de los expertos es difícil de

[2] Timothy Mitchell, *The Rule of Experts. Egypt, Techno-Politics, Modernity,* Berkeley, University of California Press, 2002.

desafiar. Versiones anteriores –el «hombre de la organización», los «mandarines» y otros parecidos– atrajeron la atención hacia el surgimiento de una capa autocrática y jerárquica dentro de la división del trabajo. Está bastante claro que el papel de los expertos ha crecido exponencialmente durante las últimas décadas y esto plantea un serio problema para la transparencia y legibilidad del mundo en que vivimos. Todos dependemos de expertos para arreglar nuestro ordenador, diagnosticar nuestras enfermedades, diseñar nuestro sistema de transportes o garantizar nuestra seguridad.

Durante la década de 1970 se introdujo una nueva perspectiva en la discusión con el surgimiento de la llamada «nueva división internacional del trabajo». David Ricardo, apelando a la doctrina de las ventajas comparativas, había insistido hace mucho tiempo en los beneficios que se derivarían de la especialización en cada país y del comercio entre ellos. La especialización dependía en parte de factores naturales (no es posible cultivar bananas o café en Canadá, del mismo modo que no es posible extraer cobre o petróleo allí donde no lo hay); pero también derivaba de características sociales como la cualificación en el trabajo, los dispositivos institucionales, los sistemas políticos y las configuraciones de clase, junto con los hechos brutos del saqueo colonial y neocolonial y del poder geopolítico y militar.

Pero es innegable que desde la década de 1970 el mapa global de la división internacional del trabajo ha experimentado una serie espectacular de mutaciones. Los distritos industriales que habían sido el corazón del dominio global del capital desde 1850 fueron desmantelados y abandonados. El capital productivo comenzó a trasladarse lejos y las fábricas de Japón, Corea del Sur, Singapur, Taiwán y luego China, aún más espectacularmente, se unieron a los nuevos centros de trabajo fabril en México, Bangladesh, Turquía y muchos otros países del mundo. Occidente quedó cada vez más desindustrializado, mientras que Oriente y el Sur global se convirtieron en centros de producción industrial de valor junto con su papel más tradicional de productores de materias primas y extractores de recursos para el mundo industrializado. Una curiosa característica de esas mutaciones es que la industrialización, que en el pasado había sido siempre una vía segura para el aumento de la renta per cápita, podía asociarse ahora en algunos casos, como el de Bangladesh, con la perpetuación de la pobreza y no con la prosperidad de la riqueza. Lo mismo podía decirse de los países que cobraban protagonismo debido a sus recursos naturales como el petróleo o algunos minerales. Sufrieron la plaga de la llamada «maldición de los recursos» en la que rentas y *royalties* eran secuestrados por una elite dejando a la mayoría de la población en una abyecta pobreza (Venezuela antes de Chávez era un paradigma al respecto). Occidente se concentró cada vez más en la extracción de rentas mediante el desarrollo del sector de

las finanzas, seguros y propiedad inmobiliaria, junto con la consolidación de un régimen de derechos de propiedad intelectual, patentes, productos culturales y monopolios corporativos (como Apple, Monsanto, las grandes empresas de la energía, las farmacéuticas, etc.). Las actividades basadas en el conocimiento que empleaban una fuerza de trabajo entrenada en lo que Robert Reich llama el «trabajo simbólico» (diferenciándolo del trabajo manual) se hicieron también más decisivas[3]. Mientras ocurrían todos esos cambios parecía haber también un lento desplazamiento tectónico en las relaciones de poder y las configuraciones geopolíticas de la economía global. El flujo de riqueza desde Oriente hacia Occidente que había prevalecido durante dos siglos se invirtió y China se convirtió en centro dinámico del capitalismo global mientras Occidente, tras el crac financiero de 2008, perdía gran parte de su impulso.

¿Dónde radican entonces las contradicciones principales en todo esto? Dicho simplemente, la inversión de los flujos de riqueza y la reconfiguración de los poderes geopolíticos plantean peligros adicionales de conflictos globales que antes no existían. Aunque esos conflictos están enraizados en las condiciones económicas y tienen consecuencias significativas sobre las mismas, no creo que los conflictos económicos y militares surjan de las contradicciones del capital como tal. El grado de autonomía existente en el funcionamiento de la lógica territorial del poder de un Estado en el seno del sistema interestatal global dispone de demasiada holgura para que funcione ningún determinismo económico simple. Una importante conflagración en Oriente Próximo, por ejemplo, estaría indudablemente relacionada con la producción de petróleo y los diferentes intereses geopolíticos y económicos que se aglomeran en torno a la explotación de ese recurso global clave, y ciertamente tendría un enorme impacto económico (como sucedió con el embargo del petróleo en 1973). Pero sería equivocado inferir de esto que las contradicciones del capital son de por sí la causa de un conflicto semejante.

También es evidente que la creciente complejidad en la división del trabajo pone al descubierto nuevas vulnerabilidades. Pequeñas perturbaciones en una cadena de producción pueden tener graves consecuencias. Una huelga en una fábrica de piezas automovilísticas clave en un lugar del mundo puede detener todo el sistema de producción en todas partes. Pero también se puede argumentar, con mayor credibilidad, que la creciente complejidad y proliferación geográfica de lazos dentro de la división global del trabajo proporciona una seguridad mucho mayor contra las calamidades locales. En el pasado precapitalista una mala cosecha de grano en Rusia significaba una hambruna local y la muerte de cientos de miles de

[3] Robert Reich, *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism,* Nueva York, Vintage, 1992 [ed. cast.: *Business class. El trabajo de las naciones*, Madrid, J. Vergara, 1993].

personas, pero ahora existe un mercado mundial del grano al que se puede recurrir para compensar las malas cosechas locales. En nuestra época no hay razones técnicas para hambrunas locales, precisamente debido a la forma en que funciona la división global del trabajo. Cuando se producen hambrunas (como sucede desgraciadamente con demasiada frecuencia), se debe invariablemente a causas sociales y políticas. La última gran hambruna en China, en la que pudieron morir hasta 20 millones de personas en la época del «Gran Salto Adelante», se produjo precisamente porque China estaba entonces aislada del mercado mundial por una decisión política. Tal acontecimiento no podría suceder ahora en China. Esto debería ser una saludable lección para todos aquellos que sitúan su fe anticapitalista en la perspectiva de una soberanía alimentaria local, la autosuficiencia local y el desacoplamiento de la economía global. Liberarse de las cadenas de la división internacional del trabajo organizado en beneficio del capital y las potencias imperialistas es una cosa, y otra muy distinta intentar desacoplarse del mercado mundial en nombre de la antiglobalización; a mi juicio sería una alternativa potencialmente suicida.

La contradicción principal en el uso por el capital de la división del trabajo no es técnica, sino social y política. Se resume en una palabra: *alienación*. Los indudables y asombrosos aumentos de productividad, volumen producido y rentabilidad que consigue el capital en virtud de su organización de la división técnica y social del trabajo se producen a expensas del bienestar mental, emocional y físico de los trabajadores en su empleo. El trabajador, sugiere por ejemplo Marx, se ve típicamente mutilado y reducido a una «persona fragmentaria» [*Teilmensch*] en virtud de su atadura a una posición fija en una división del trabajo cada vez más compleja. Los trabajadores se ven aislados e individualizados, alienados mutuamente por la competencia, alienados de una relación sensual con la naturaleza (con su propia naturaleza como seres humanos apasionados y sensuales y con el mundo externo). Cuanta más inteligencia se incorpora a las máquinas, más se fragmenta la unidad entre los aspectos mentales y manuales del trabajo. Los trabajadores se ven privados de retos mentales o posibilidades creativas. Se convierten en meros operadores de máquinas, en sus apéndices más que dueños de su propio destino y fortuna. La pérdida de cualquier sentido de totalidad o de autoría personal disminuye las satisfacciones emocionales. Cualquier creatividad, espontaneidad o atractivo queda proscrito. La actividad al servicio del capital se convierte en algo vacío y sin sentido. Pero los seres humanos no pueden vivir en un mundo desprovisto de todo sentido.

Las reflexiones de ese tipo sobre la condición humana bajo el dominio del capital no eran privativas de Marx. Se pueden encontrar ideas similares en los escritos de Weber, Durkheim y Tönnies. Incluso Adam Smith, el

gran paladín de la división del trabajo y apologista de su contribución a la eficiencia, productividad y crecimiento humanos, temía que la asignación de los trabajadores a una sola tarea dentro de una división del trabajo compleja equivaliera a condenarlo a la ignorancia y la estupidez. Autores posteriores como Frederick Taylor, menos preocupados que Smith por los «sentimientos morales», se mostraban más indulgentes; a él le parecía perfecto que todos los trabajadores actuaran como gorilas entrenados más que como seres humanos apasionados. También a los capitalistas, como señalaba el novelista Charles Dickens, les gusta pensar en sus trabajadores como «manos», prefiriendo olvidar que también tienen estómago y cerebro.

Pero –decían los críticos más perspicaces del siglo XIX– si es así cómo vive la gente en el trabajo, ¿cómo pueden imaginar algo diferente cuando vuelven a casa por la noche? ¿Cómo se podría establecer un sentido de comunidad moral o de solidaridad social, de formas colectivas y significativas de pertenencia y vida que no estén teñidas por la brutalidad, la ignorancia y la estupidez que envuelve a los obreros en el trabajo? ¿Cómo, sobre todo, se supone que los trabajadores pueden desarrollar conciencia alguna de dominio sobre su propio destino y su fortuna cuando dependen tan profundamente de una multitud de gente distante, desconocida y en muchos aspectos incognoscible, que les pone el desayuno sobre la mesa cada día?

La multiplicación y creciente complejidad de la división del trabajo bajo el capital deja pocas posibilidades para el desarrollo personal o la autorrealización por parte del trabajador. Nuestra capacidad colectiva de explorar libremente nuestro potencial como seres humanos aparece bloqueada. Pero hasta Marx, que llega a su nivel más lúgubre al describir las alienaciones que derivan del uso por el capital de la división del trabajo, ve destellos de nuevas posibilidades en las condiciones que dicta esa misma división del trabajo, e insinúa que no todo está perdido para los trabajadores, en parte por razones que el propio capital se ve obligado a proporcionar. La rápida evolución de la división del trabajo bajo la influencia de fuertes corrientes de cambio tecnológico requeriría, argumentaba, una mano de obra flexible, adaptable y en cierta medida educada.

> La gran industria [...] convierte en cuestión de vida o muerte el reconocimiento del cambio en los trabajos y de la mayor versatilidad posible de los trabajadores como ley social general de la producción, a la que deben adecuarse las relaciones que permitan su normal realización. Convierte en cuestión de vida o muerte la sustitución de la monstruosidad que supone una mísera población obrera disponible, mantenida en reserva para las variables necesidades de explotación del capital, por la disponibilidad absoluta del ser humano para las necesidades variables del trabajo; del individuo parcial, mero portador de una función social parcial, por el individuo totalmente desarrollado, para

> el que las distintas funciones sociales constituyen modos alternativos de actividad[4].

Con ese fin el capital necesitaría un tipo de mano de obra educada y adaptable y no específica, pero si los trabajadores deben ser instruidos, ¿quién sabe lo que ese «individuo totalmente desarrollado» [*total entwickelte Individuum*] podría leer y qué ideas políticas podría llegar a concebir? Para Marx, la inserción de las cláusulas educativas en la *Factory Act* inglesa de 1864 era una clara prueba de la necesidad de que el Estado interviniera y y por cuenta del capital asegurara la realización de ciertos cambios orientados hacia la educación del «individuo totalmente desarrollado». De forma similar, aunque era fácil señalar y denunciar los abusos del empleo de mujeres durante la Revolución Industrial, Marx también veía posibilidades progresivas a largo plazo para la construcción de «una forma nueva y más alta» de vida familiar y de relaciones de género a partir de lo que el capital ofrecía y requería de las mujeres en el lugar de trabajo.

En esa formulación queda por aclarar qué es lo que un «individuo totalmente desarrollado» quiere o necesita saber y quién va a enseñárselo. Ésta es una cuestión central en el campo de la reproducción social, que consideraremos en breve, pero que exige al menos una mención aquí. Desde el punto de vista del capital, los trabajadores sólo necesitan saber lo necesario para seguir las instrucciones y realizar sus tareas dentro de una división del trabajo diseñada por aquel. Pero una vez que los trabajadores pueden leer, existe el peligro de que lean y sueñen e incluso actúen a partir de todo tipo de ideas recogidas de una inmensa variedad de fuentes. Por esta razón se hacen esenciales los controles ideológicos sobre el flujo de conocimiento e información, junto con la instrucción en las ideas correctas de subordinación al capital y sus exigencias para la reproducción. Pero es difícil, si no imposible, para los individuos instruidos y totalmente desarrollados, no preguntarse sobre la naturaleza de la totalidad de una sociedad humana en la que su propia actividad laboral no es sino una parte minúscula y qué podría significar ser humano en un mundo tan fragmentado como para que se haga difícil deducir ninguna apreciación directa del significado de una vida. Sospecho que era por esta razón por la que incluso el capital permitía que una pequeña dosis de educación humanista en literatura y arte así como en conceptos culturales y sentimientos morales y religiosos pudiera proporcionar un antídoto a las ansiedades generadas por la pérdida de significado en el trabajo. Las fragmentaciones y divisiones del trabajo necesarias para la diversidad cada vez mayor de nichos ocupacionales ofrecidos por el capital generan serios problemas psicológicos; pero lo más

[4] Karl Marx, *Capital*, Volume 1, cit., p. 618 [ed. alemana.: *Das Kapital*, Band I, cit., p. 512; ed. cast.: *El capital*, I-II, cit., p. 230].

asombroso de la era neoliberal es que se haya arrumbado despectivamente hasta esa vaporosa concesión a las necesidades humanas en nombre de una austeridad supuestamente necesaria. Los subsidios estatales a las actividades culturales son cínicamente desmantelados, dejando su apoyo financiero en manos de la filantropía interesada de los ricos o del patrocinio igualmente interesado de las empresas. La cultura patrocinada por IBM, BP, Exxon y otras empresas similares se ha convertido en la marca del juego cultural.

También resulta que los propios trabajadores, como seres humanos intrínsecamente apasionados y sociables, tienen algo que decir, no sólo sobre su situación objetiva, sino también sobre su propio estado de ánimo subjetivo. Las condiciones objetivas de la alienación pueden, incluso sin la ayuda del capital, ser invertidas por los propios trabajadores cuando aprovechan las oportunidades que tienen a su alcance para luchar por humanizar los procesos de trabajo y sus condiciones generales de empleo. Pueden reivindicar y en algunos casos hasta lograr el respeto de sus patronos aunque sigan siendo objetivamente explotados. Subjetivamente, el vínculo social y la solidaridad necesarios para sobrevivir en los pozos de las minas o junto a los hornos de una acería se transmutan en orgullo por un trabajo peligroso y difícil bien hecho. Las solidaridades comunales reflejan tales sentimientos y ayudan a contrarrestar el aislamiento individualista que los procesos de libre mercado tienden a acentuar. Incluso bajo la ley de hierro del capital cabe que los trabajadores se enorgullezcan de su trabajo y su papel y asuman una identidad como trabajadores de cierto tipo. Se preguntan, como cualquier otro, cuál puede ser el significado del tipo de vida al que están condenados y quién es el responsable de un proceso evolutivo que o bien los deja de lado en las filas de los desempleados como seres prescindibles o les ofrece un empleo con un título que no puede sino sonarles extraño, incomprensible, patentemente carente de significado. Los trabajadores empleados por el capital no tienen por qué sentirse totalmente alienados; pero cuando los empleos dotados de sentido desaparecen, a la clara sensación de ser explotado se añade peligrosamente una creciente sensación de alienación total en cuanto a su posición insignificante en un mundo que les hace trabajar en algo que ni les va ni les viene.

Pero esto no significa que el balance entre la alienación, por un lado, y la supervivencia y el compromiso, por otro, sea inmutable. En los países capitalistas avanzados, como Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Canadá, Japón y Singapur, las tendencias en la división del trabajo han favorecido la producción de una fuerza de trabajo instruida capaz de participar flexiblemente en una amplia variedad de procesos de trabajo. Esto, junto a la larga historia de lucha por los derechos de los trabajadores y una multitud de combates contra las alienaciones que deja caer sobre ellos el capital, ha dado lugar a una situación en la que una proporción significativa

de la fuerza de trabajo en esos países está relativamente formada, al menos en tareas elementales, y es remunerada, si no con largueza, al menos holgadamente. Como contraste, las condiciones laborales en las fábricas textiles de Bangladesh, las de aparatos electrónicos en el sur de China, las *maquilas* a lo largo de la frontera mexicana o los complejos químicos en Indonesia se parecen mucho más a las que conocía Marx. Los informes contemporáneos sobre las condiciones de trabajo en y en esas fábricas no parecerían fuera de lugar en *El capital*.

Las mutaciones en el trabajo y la vida social causadas por la contrarrevolución neoliberal, que se ha ido afianzando en todo el mundo capitalista avanzado desde finales de la década de 1970, han tenido efectos devastadores sobre grandes sectores de la población, que han sido arrumbados y convertidos en prescindibles y desechables por una combinación de cambios tecnológicos y deslocalizaciones. Grandes sectores de la población, perdidos en un mundo de desempleo a largo plazo, deterioro de las infraestructuras sociales y pérdida de la solidaridad comunal, están profundamente alienados, entregados en gran medida a resentimientos pasivos salpicados por erupciones ocasionales de protestas violentas y aparentemente irracionales. Basta que las protestas volcánicas desde los suburbios suecos hasta Estambul y São Paulo confluyan para revelar el vasto magma de alienación que burbujea por debajo. El capital tendrá que afrontar entonces una crisis política que será casi imposible de gestionar sin represiones autocráticas draconianas que a su vez exacerbarán más que aliviarán el descontento. Los desarrollos geográficos desiguales en la división del trabajo y el incremento paralelo de la desigualdad social en las oportunidades de vida intensifican esa sensación de alienación, que si se hace activa en lugar de pasiva, planteará con seguridad una amenaza importante para la reproducción del capital tal como está actualmente constituido. La sociedad tendrá que afrontar entonces la dura alternativa entre una reforma imposible y una revolución improbable.

CONTRADICCIÓN 10

MONOPOLIO Y COMPETENCIA: CENTRALIZACIÓN Y DESCENTRALIZACIÓN

EN CUALQUIER TEXTO básico de economía o de defensa apologética del capitalismo aparece una y otra vez la palabra «competencia». Tanto en las apologías populares como en obras teóricas más serias, uno de los argumentos más persuasivos del gran éxito del capitalismo es que supuestamente parte de la inclinación natural de los seres humanos a competir entre sí, la libera de las restricciones sociales y la embrida mediante el mercado para generar un sistema social dinámico y progresivo que puede funcionar en beneficio de todos. El poder monopolista (del tipo que Google, Microsoft o Amazon ejercen hoy día) y sus afines oligopolistas (como el que ejercen las principales compañías petroleras conocidas como las «Siete Hermanas») y monopsónicos (el que ejercen Walmart y Apple sobre sus proveedores) tienden a presentarse (si es que se mencionan en absoluto) como aberraciones, desvíos desgraciados del estado de feliz equilibrio que debería alcanzarse en un mercado puramente competitivo.

Esa presentación sesgada –porque yo mantengo que lo es– aduce como apoyo la existencia de leyes y comisiones antitrust y antimonopolio que proclaman lo malos que son los monopolios y que de vez en cuando los sancionan para proteger al público de sus efectos negativos. A comienzos del siglo XX, por ejemplo, en Estados Unidos se produjo una campaña prolongada contra los trusts encabezada por la indomable figura de Teddy Roosevelt. En la década de 1980 se quebró, también en Estados Unidos, el monopolio de AT&T en las telecomunicaciones; y ahora en Europa y Norteamérica se plantean críticas con respecto al excesivo poder de mercado de Google, Microsoft y Amazon. En el caso de los llamados «monopolios naturales» (principalmente instalaciones públicas y vías de transporte como los canales y ferrocarriles, que no se pueden organizar competitivamente), Adam Smith aconsejó la regulación gubernamental para evitar el sobreprecio. El objetivo declarado de la política gubernamental es evitar los precios de monopolio y asegurar los beneficios de la innovación, el aumento de la productividad y la caída de los precios que supuestamente derivan de la competencia entre capitalistas. El mantenimiento de un entorno competitivo mediante la acción estatal

se proclama en general como una actitud política esencial para cualquier economía capitalista saneada. En particular, se cita frecuentemente como objetivo importante de los gobiernos mantener una posición competitiva en el comercio internacional. Si existiera un mercado puro y perfectamente competitivo, libre de las distorsiones del poder monopolístico, entonces todo, se dice, funcionaría maravillosamente.

Este relato asombrosamente arraigado ha prevalecido durante más de dos siglos desde que Adam Smith lo presentó tan persuasiva y brillantemente en *La riqueza de las naciones*. Constituye *el* mito fundacional de la teoría económica liberal. Los economistas políticos liberales organizaron desde finales del siglo XVIII una cruzada contra las intervenciones del Estado en la fijación de precios en los mercados y contra el poder de los monopolios, de la que no se apartó mucho Keynes. Aún más sorprendentemente, es aceptada reverencialmente en *El capital* de Marx, aunque en su caso el razonamiento lleva a una conclusión distinta: si el relato utópico de Adam Smith fuera correcto, las cosas no irían en beneficio de todos; el resultado sería una profundización de la diferencia de riqueza y poder en términos de clase que haría que el capital fuera aún más propenso a las crisis aunque también más poderoso.

A raíz de la crisis de 2007-2009, a los economistas les resultó muy difícil defender su guión acostumbrado. Los banqueros, tratando de proteger sus intereses individuales, simplemente dejaron de contribuir al bienestar general, y en Estados Unidos la Reserva Federal rescató a los bancos, pero no a la gente corriente. Esto ha llevado ahora a admitir que el poder de los monopolios no es una aberración, sino un problema sistémico que surge de lo que los economistas denominan «búsqueda de rentas». Tal como explica el economista Joseph Stiglitz:

> Para decirlo sin ambages, hay dos formas de hacerse rico: crear riqueza o arrebatársela a otros. La primera de esas formas enriquece a la sociedad, mientras que la segunda sustrae riqueza, ya que en el proceso de depredación parte de ella se destruye[1].

La búsqueda de rentas no es más que una forma cortés y bastante neutral de referirse a lo que yo llamo «acumulación por desposesión».

La virtud de la exposición un tanto truncada de Stiglitz sobre la búsqueda de rentas o la acumulación por desposesión es que reconoce el paralelismo entre el poder de los monopolios en las transacciones económicas y el poder monopolístico en el proceso político. Tomemos el caso de Estados Unidos. Impuestos regresivos y perdón de las deudas; captura de los

---

[1] Joseph Stiglitz, *The Price of Inequality*, Nueva York, Norton, 2013, p. 44 [ed. cast.: *El precio de la desigualdad*, Madrid, Taurus, 2012].

reguladores por los grupos dominantes (poniendo a los zorros a cuidar el gallinero); adquisición o alquiler de activos estatales o privados a precios rebajados; contratos con costes inflados con las agencias estatales; aprobación de leyes para proteger o subsidiar intereses particulares (energía y agroindustria); compra de influencia política mediante contribuciones a las campañas electorales: todas esas prácticas políticas dan manos libres a los grandes intereses monopolísticos al tiempo que les permiten saquear el tesoro público a expensas de los contribuyentes y complementan la búsqueda convencional de rentas en los mercados del suelo y la propiedad inmobiliaria, con las rentas derivadas de recursos y patentes, las licencias y derechos de la propiedad intelectual y las de mayores rendimientos derivadas de los precios de monopolio. Además están todas las formas cuasi legales de obtener beneficios adicionales como la creación de mercados financieros sin ninguna transparencia o en los que falta una información adecuada que crea una niebla de equívocos en los que es imposible frenar las prácticas abusivas y la obtención de dinero real mediante prácticas contables fraudulentas (contabilidad ficticia como mostró tan espectacularmente el caso Enron). Cuando añadimos la proliferación de prácticas abusivas como los préstamos depredadores en el mercado de la vivienda, que transfirieron millardos de dólares en activos del publico a los financieros, comisiones desmedidas en las tarjetas de crédito, cobros ocultos en las facturas telefónicas y médicas, así como prácticas que bordean si no infringen la ley, entendemos por fin cómo las grandes empresas y fortunas incrementan rápidamente su riqueza aunque la economía en su conjunto colapse y se estanque. Como observa Stiglitz, «algunas de las innovaciones más importantes en los negocios durante las tres últimas décadas se han concentrado, no en hacer más eficiente la economía, sino en fortalecer el poder de los monopolios y eludir las regulaciones gubernamentales que pretendían compatibilizar los retornos sociales y las recompensas privadas»[2].

Lo que falta en el análisis de Stiglitz sobre la búsqueda de rentas como estrategia (aunque no en su exposición sobre los resultados sociales) es la demolición de una amplia variedad de derechos democráticos, incluidos los derechos económicos a las pensiones y cuidados sanitarios y el libre acceso a servicios vitales como la educación, la policía y los medios antiincendios, así como a los programas financiados por el Estado (como los suplementos nutricionales y los cupones de alimentos en el caso de Estados Unidos) que habían ayudado hasta ahora a sobrevivir con un nivel de vida adecuado a las poblaciones de bajos ingresos. El asalto neoliberal contra esos derechos y servicios es una forma de desposesión que pasa los ahorros en gasto público a la clase de directores de empresa y milmillonarios «no menesterosos sino codiciosos». Y todo esto se ha llevado a cabo recurriendo

---

[2] *Ibid.*

a un poder de clase consolidado que monopoliza tanto la economía como el proceso político al tiempo que monopoliza la mayoría de los medios de comunicación, reduciendo el supuesto «libre mercado de las ideas» a una serie de pendencias banderizas sobre trivialidades. Y sin embargo la ortodoxia económica sigue insistiendo en que el libre mercado es el dios en el que tenemos necesariamente que creer y que los monopolios son una desgraciada aberración que podríamos evitar si nos pusiéramos a ello.

La idea que yo pretendo defender aquí, por el contrario, es que *el poder de los monopolios es básico y no una aberración en el funcionamiento del capital, y que existe en unidad contradictoria con la competencia*. Se trata de una concepción bastante inusual que va bastante más allá de las de Stiglitz, pero hay buenas razones para creer que es una formulación correcta. No sólo es acorde con el hecho singular de que la mayoría de los capitalistas, si se les ofrece la posibilidad, prefieren ser monopolistas a ser competidores y de que mantienen persistentemente su intento de procurarse tanto poder de monopolio como pueden, sino que va al meollo de la unidad contradictoria entre competencia y monopolio en la historia del capital.

¿Cómo debemos entonces entender esa unidad contradictoria? El punto más obvio para empezar es afirmar que ambos aspectos son indistinguibles, o para ser más exactos, que ambos se fusionan dejando la contradicción en estado latente más que antagónico. Ese punto es la naturaleza de la propiedad privada que confiere a su dueño el monopolio sobre el uso de una mercancía. El poder monopolístico inherente a la propiedad privada constituye la base para el intercambio, y por extensión para la competencia. Esto puede parecer elemental, e incluso trivial, pero no lo es tanto cuando se reconoce que el poder de clase del capital descansa enteramente sobre el ensamblaje de todos esos derechos monopolísticos de propiedad individual en un orden social en el que la clase capitalista se puede definir frente al trabajo por su *monopolio colectivo sobre los medios de producción (o en una versión más reciente, sobre los medios de financiación)*. Lo que está ausente en las acostumbradas discusiones sobre el monopolio es el concepto y la realidad del poder monopolístico de *clase* (el poder colectivo del capital), incluidas las rentas monopolísticas de clase, cuando se aplica a los procesos económicos y políticos.

El papel del relato habitual, en el que la competencia ocupa un lugar predominante y el monopolio apenas aparece, se hace entonces más claro. Oscurece la base monopolística del poder de clase constituida por la propiedad privada y evade convenientemente las cuestiones del poder de clase y la lucha de clases (así sucede en casi todos los textos generales de economía). El capital se presenta idealmente como una serie asombrosa de colisiones moleculares y competitivas entre capitalistas individuales que se desplazan libremente y buscan oportunidades rentables en el seno de un mar caótico de actividad económica. ¡La realidad de la competencia

internacional que se proclama tan beneficiosa para todos es que ejerce una presión a la baja sobre los salarios en beneficio del capital!

A diferencia del caso del cambio tecnológico en general, que se puede caracterizar plausiblemente como progresivo e irreversible, el balance entre monopolio y competencia oscila erráticamente a un lado y otro. A veces parece que se reproduce cíclicamente, más que desplazarse en una dirección, y que está sometido a los caprichos y preferencias políticas de la gestión e intervención del Estado. Marx pensaba que la competencia debía dar lugar inevitablemente al poder de los monopolios y que podría haber leyes particulares que explicaran la centralización del capital, pero no desarrolló esta idea. Lenin, como es bien sabido, veía a principios del siglo XX que el capital se movía en una nueva fase de poder monopolístico asociado con el imperialismo, cuando los grandes cárteles industriales se combinaban con el capital financiero para dominar las principales economías nacionales (esos eran los trusts que Teddy Roosevelt se esforzó por desmantelar). Ese juicio resurgió en la década de 1960 en Estados Unidos con el libro *Monopoly Capitalism* de Paul Baran y Paul Sweezy, y en Europa en la obra de varios teóricos de los partidos comunistas[3]. El creciente poder de los monopolios se asociaba de nuevo con fuertes corrientes de imperialismo centralizado. En la década de 1960 eran las grandes corporaciones (como los tres grandes fabricantes de automóviles de Detroit o las empresas públicas en Europa) las que dominaban los mercados nacionales, y se creía que ejercían un poder monopolístico excesivo. Las grandes corporaciones, como United Fruit en Centroamérica o ITT en Chile, ejercían internacionalmente el poder monopolístico y estaban detrás de los golpes y regímenes militares como el de Chile, que servían evidentemente a los intereses de las potencias imperialistas.

El capital oscila, como explicó Giovanni Arrighi, entre los efectos supuestamente ruinosos de la competencia desregulada y los poderes centralizadores excesivos de los monopolios y oligopolios[4]. La crisis de la década de 1970 (que mostraba una peculiar combinación de estancamiento e inflación) fue interpretada por muchos como una crisis típica del capital monopolístico, mientras que la crisis deflacionaria de la década de 1930 se debió en cambio a una competencia ruinosa. Las características de la unidad contradictoria entre monopolio y competencia en cada fase histórica deben ser analizadas y deducidas, no supuestas. Mientras que el giro neoliberal iniciado en la década de 1970 abrió nuevas formas de competencia internacional mediante la globalización, la situación actual en

[3] Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capitalism,* Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capitalismo monopolista*, Barcelona, Anagrama, 1969].
[4] Giovanni Arrighi, «Towards a Theory of Capitalist Crisis», *New Left Review* I/111, septiembre - octubre de 1978.

muchos sectores de la economía (farmacéutico, petrolífero, líneas aéreas, agroindustria, banca, *software*, medios de comunicación y en particular las redes sociales, e incluso los supermercados) sugiere fuertes tendencias al oligopolio, cuando no al monopolio. Quizá atestigua el carácter cambiante de esa contradicción el que cierto grado de poder monopolístico (como el que ejerce Google) sea ahora considerado en ciertos círculos como un desvío valioso de una situación de pura competencia: permite cálculos racionales, estandarización y planificación por adelantado en lugar del caos resultante de las inestables coordinaciones de mercado en un mundo incierto. Por otra parte, el abuso por Google de su posición de monopolio (permitiendo por ejemplo a la *National Security Administration* el acceso a sus datos sobre individuos privados) ilustra las potencialidades negativas que acompañan a tal concentración de poder.

El ejemplo de la propiedad privada como poder monopolístico es particularmente instructivo en el caso de la tierra y los activos inmobiliarios, donde se monopoliza además una ubicación espacial única. Ningún otro puede poner su fábrica allí donde está la mía. Una ubicación ventajosa (con acceso privilegiado a nudos de transporte, recursos o mercados) me ofrece cierto poder de monopolio en competencia con otros. El resultado, que los economistas convencionales han tenido que reconocer a la postre cuando se han visto obligados a estudiar la cuestión, es un tipo particular de competencia denominado «competencia monopolística», expresión adecuada porque describe una situación en la que toda la actividad económica se asienta competitivamente en espacios particulares con cualidades únicas. Naturalmente, ese tipo de competencia se trata únicamente como una nota a pie de página en la teoría económica y no como algo básico, pese a que cualquier actividad económica productiva se asienta en último término en algún lugar en el espacio. El pensamiento económico estándar prefiere un modelo en el que todas las actividades económicas tienen lugar en la cabeza de un alfiler y no existe ningún monopolio debido a la ubicación espacial. Al parecer no importan las cualidades espaciales diferenciales –tierra más fértil, recursos de mejor calidad, ventajas particulares del lugar–, ni tampoco la estructura perpetuamente cambiante de las relaciones espaciales aportadas primordialmente por las inversiones infraestructurales en cosas como los sistemas de transporte

Esas ausencias tienen serias consecuencias a la hora de entender cómo funciona la unidad contradictoria entre competencia y monopolio. A menudo se supone, por ejemplo, que la existencia de muchas empresas pequeñas que producen un artículo similar indica un estado de intensa competencia, pero ése no es el caso en ciertas condiciones espaciales. La existencia de dos panaderías a doscientos metros una de otra puede sugerir una intensa competencia, pero si entre ellas fluye un caudaloso río,

entonces cada uno de los panaderos tendrá un poder de monopolio en su orilla respectiva, el cual desaparecerá si el rey construye un puente, pero se restaurará si un señor local impone un considerable arancel de paso o si el río se convierte en una frontera política y se aplican rigurosas tasas al comercio de pan entre las dos orillas. Por esa razón, los economistas políticos del siglo XVIII emprendieron una campaña contra los aranceles aduaneros, entendiendo que constituían un obstáculo a la competencia. El régimen global de libre comercio pretendido por Estados Unidos después de 1945 y que culminó en los acuerdos de la OMC es una prolongación de esa política.

Pero el papel de los costes de transporte como forma de «protección» de los monopolios locales ha venido disminuyendo desde hace tiempo. La reducción de esos costes ha sido crucial en la historia del capital. La utilización de los grandes contenedores desde la década de 1960 desempeñó un papel vital en el cambio del alcance geográfico de la competencia, como lo hicieron las suavizaciones de las barreras políticas al comercio. La industria automovilística estadounidense, con sus tres grandes compañías localizadas en Detroit, parecía constituir un oligopolio omnipotente en la década de 1960, pero en la de 1980 su poder se había visto socavado por la competencia de Alemania Occidental y Japón al cambiar espectacularmente las condiciones espaciales de las relaciones comerciales, tanto física como políticamente. En la década de 1980 apareció el automóvil global cuyas piezas se podían producir en todo el planeta siendo luego ensambladas en algún lugar como Detroit, que la irrupción de una feroz competencia internacional y la automatización convirtieron en un erial. La historia del comercio de la cerveza es otro de mis ejemplos favoritos. Muy localizado en el siglo XVIII, se regionalizó gracias a los ferrocarriles a mediados del siglo XIX, antes de expandirse a escala nacional en la década de 1960 para hacerse luego planetario, gracias a los grandes contenedores, en la de 1980.

El terreno de la competencia monopolística ha ido claramente cambiando y, como en el caso del desarrollo geográfico desigual, la organización espacial y geográfica de la producción, la distribución y el consumo es en sí una forma de articular la relación contradictoria entre monopolio y competencia. Ahora compro hortalizas de California en París y bebo cerveza importada de todos los rincones del mundo en Pittsburgh. Al mitigarse gradualmente las barreras espaciales debido a la tendencia capitalista a «la aniquilación del espacio mediante el tiempo», muchas industrias y servicios locales perdieron su protección local y sus privilegios de monopolio. Se vieron obligados a competir con productores de otros lugares, al principio relativamente cercanos, pero luego mucho más lejanos.

Los capitalistas deberían supuestamente dar la bienvenida a esa restauración de la competencia; pero como ya se ha señalado, resulta que la

mayoría de ellos, si se les ofrece la posibilidad, prefieren ser monopolistas. Por eso han tenido que encontrar otras formas de construir y preservar una posición de monopolio muy anhelada.

La respuesta obvia consiste en centralizar el capital en megacorporaciones o establecer alianzas más flexibles (como en las líneas aéreas o en la fabricación de automóviles) que dominan los mercados, fenómenos todos ellos bien conocidos. La segunda vía consiste en asegurar aún más firmemente los derechos de monopolio de la propiedad privada mediante leyes comerciales internacionales que regulan todo el comercio global. Las patentes y los llamados «derechos de propiedad intelectual» se han convertido así en un importante campo de batalla en el que se defienden los poderes de monopolio. La industria farmacéutica, por poner un ejemplo paradigmático, ha adquirido poderes monopolísticos extraordinarios, en parte mediante grandes centralizaciones del capital y en parte mediante la protección de patentes y los acuerdos sobre licencias; y pretende ansiosamente acaparar más poderes monopolísticos cuando trata de establecer derechos de propiedad sobre materiales genéticos de todo tipo (incluido el genoma de plantas raras en los bosques tropicales, tradicionalmente aprovechadas por los habitantes indígenas). La tercera vía opera mediante las «marcas comerciales» que permiten aplicar un precio de monopolio a unos zapatos con un emblema determinado o a un vino con el nombre de cierto *château* en la etiqueta.

A medida que disminuyen los privilegios de monopolio de una fuente, vemos diversos intentos de preservarlos y reunirlos por otros medios. Sigue habiendo, no obstante, algunos mercados espacialmente circunscritos que facilitan los precios de monopolio para determinadas actividades: una operación de cadera en Bélgica cuesta 13.360 dólares (incluido el billete de avión desde Estados Unidos), ¡mientras que una intervención idéntica cuesta en Estados Unidos más de 78.000 dólares! Ello se debe obviamente a la aplicación de un precio de monopolio que no se da en el caso belga, debido casi con toda seguridad a la distinta regulación pública. Los servicios personales de ese tipo han permanecido parcialmente inmunes a la competencia espacial pese al aumento del turismo médico y la deslocalización de muchos servicios a centros de llamadas como los de India. Esos mercados protegidos pueden no obstante derrumbarse al aplicarse procedimientos de inteligencia artificial.

Podemos concluir pues que el capital está enamorado del monopolio. Prefiere las certezas, la vida tranquila y la posibilidad de cambios prudentes que acompañan al estilo monopolístico de trabajo y de vida lejos de la agitación de la competencia. También por esa razón el capital prefiere los artículos únicos, tan particulares que se les puede aplicar un precio de monopolio. El capital se esfuerza por apropiarse de tales mercancías y

fomentar su producción, frecuentemente ataviándolas con los atuendos del puro placer estético. La clase capitalista construye un mercado del arte como esfera de inversión en la que reinan sin competencia los precios de monopolio, del mismo modo que lo hace con las inversiones en deportes profesionales como el fútbol, el hockey o el béisbol. Mercantiliza incluso, si puede, las cualidades únicas de la naturaleza y les asigna un valor monetario sometido al régimen de propiedad privada. Como se quejaba el geógrafo anarquista Élisée Reclus ya en 1866:

> En la costa, muchos de los acantilados más pintorescos y las playas más encantadoras son presa de codiciosos propietarios o de especuladores que aprecian las bellezas de la naturaleza del mismo modo que un cambista aprecia un lingote de oro [...]. Cada curiosidad natural, sea una roca, una gruta, una cascada o la fisura de un glaciar –todo, incluso el sonido de un eco– se convierte en propiedad individual. Los empresarios arriendan las cascadas y las cercan con vallas de madera para impedir que los viajeros que no pagan disfruten de la vista de las turbulentas aguas. Después, mediante una avalancha de publicidad, la luz que juega con las diminutas gotas en dispersion y las ráfagas de viento que rasgan las cortinas de llovizna se transforman en el tintineo resonante de la plata[5].

Lo mismo se puede decir de objetos culturales únicos o de tradiciones culturales e históricas. La mercantilización de la historia, la cultura o la tradición puede parecer repulsiva, pero sostiene un vasto comercio turístico en el que se valora mucho la autenticidad y la unicidad, aunque estén sometidas a la hegemonía de la valoración del mercado. Más significativa aún es la sistemática calificación de muchos artículos de consumo como algo único y especial (aunque tales pretensiones sean como poco dudosas) para aplicarles un precio de monopolio. Los artículos o efectos producidos no pueden ser de todos modos tan únicos o especiales que queden totalmente fuera del cálculo monetario, y hasta los cuadros de Picasso, los restos arqueológicos y los objetos de arte aborigen deben tener un precio. Para artículos más comunes, el propósito es destacar la marca, como si la pasta dentífrica, el champú o el automóvil que la llevan fueran superiores. Se trata de utilizar la diferenciación del producto como forma de asegurar un precio de monopolio. La reputación y la imagen pública de una mercancía se convierte en algo tan importante, si no más, que su valor de uso material. De ahí la inmensa importancia de la publicidad, que no es más que un sector que trata de extraer precios de monopolio de una situación de otra forma competitiva. Casi una sexta parte de los empleos en Estados Unidos corresponden ahora a la publicidad o la venta, sector que está dedicado a la producción de rentas de monopolio mediante la elaboración de la imagen y reputación de artículos particulares.

[5] Elisée Reclus, *Anarchy, Geography, Modernity*, John P. Clark y Camille Martin (eds.), Oxford, Lexington Books, 2004, p. 124.

Existe una interesante versión geográfica de ese mismo fenómeno. Ciudades como Barcelona, Estambul, Nueva York o Melbourne, por ejemplo, han quedado marcadas como destinos turísticos o como centros idóneos para reuniones de negocios en virtud de sus características únicas y sus especiales cualidades culturales. Si no existe ningún rasgo único a mano, se puede contratar a algún arquitecto famoso, como Frank Gehry, para construir un edificio especial (como el museo Guggenheim en Bilbao) para cumplir ese papel[6]. Historia, cultura, unicidad y autenticidad son mercantilizadas en todas partes y vendidas a los turistas, posibles empresarios y directores de empresa, proporcionando rentas de monopolio a propietarios, promotores y especuladores inmobiliarios. El papel de clase de la renta monopolista que se obtiene entonces del creciente valor del suelo y de los edificios construidos en ciudades como Nueva York, Hong Kong, Shanghai, Londres o Barcelona es enormemente importante para el capital en general. El proceso de gentrificación desencadenado entonces forma parte decisiva, a escala mundial, de una economía basada tanto en la acumulación por desposesión como en la creación de riqueza mediante nuevas inversiones urbanas.

Al fomentar el poder de monopolio, el capital obtiene un control de gran alcance sobre la producción y la comercialización. Puede estabilizar el entorno de los negocios facilitando un cálculo racional y una planificación a largo plazo así como la reducción del riesgo y la incertidumbre. La «mano visible» de la empresa, como la denomina Alfred Chandler, ha sido y sigue siendo tan importante en la historia del capitalismo como la «mano invisible» de Adam Smith[7]. Pero también desempeña un papel importante la «mano dura» del poder estatal ejercido en general en apoyo del capital.

El poder monopolístico está estrechamente asociado con la centralización del capital, mientras que la competencia implica en general descentralización. A este respecto es útil considerar la relación entre la centralización y la descentralización de las actividades político-económicas como un subconjunto de la unidad contradictoria entre monopolio y competencia, y entender también esa relación como una unidad contradictoria. A menudo ha sucedido, por ejemplo, que la descentralización sea uno de los mejores medios para preservar un poder altamente centralizado, porque enmascara la naturaleza de ese poder centralizado bajo una capa de libertad individual. En cierta forma era eso lo que defendía Adam Smith: un Estado centralizado puede acumular mucha más riqueza y poder económico liberando fuerzas de mercado individuales descentralizadas.

---

[6] David Harvey, «The Art of Rent», in *Spaces of Capital*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2002 [ed. cast.: *Espacios del capital*, Madrid, Akal, 2014].
[7] Alfred Chandler, *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1993 [ed. cast.: *La mano visible. La revolución de la gestión en la empresa norteamericana*, Barcelona, Belloch, 2008].

Algo así es lo que ha venido haciendo el Estado chino durante las últimas décadas: en este caso la descentralización ha sido política (descentralización de los poderes hacia las regiones, ciudades, distritos y pueblos) además de económica (la liberación de las empresas estatales y locales y del sistema bancario en cuanto a la creación de riqueza y la búsqueda de rentas). El libro de Giovanni Arrighi *Adam Smith en Pekín* trata detalladamente esta cuestión[8]; pero en este caso la suposición ingenua de que la descentralización es intrínsecamente más democrática debe cuestionarse seriamente, ya que no existe ninguna señal de que el Partido Comunista centralizado esté cediendo ninguno de sus poderes.

La unidad contradictoria entre descentralización y centralización en la vida político-económica se puede analizar desde dos puntos de vista: el primero es sectorial, concentrado primordialmente en el poder de los capitales asociados –la mano visible de la corporación capitalista– y la acumulación de capital-dinero como «el capital común de la clase» (en palabras de Marx, subrayadas por él mismo: *gemeinsames Kapital der Klasse)*, en particular en el sistema de crédito y financiero[9]. Pero este último no puede funcionar sin el respaldo singular del poder estatal. El «nexo Estado-finanzas» (la unidad entre la Reserva Federal y el Departamento del Tesoro en el caso estadounidense) se sitúa en la cumbre de esa estructura, dotado del poder monopolístico supremo destinado a sostener el sector bancario y el sistema financiero a expensas, si es necesario, de todo lo demás, incluida la población. Lo respaldan ideológicamente los innumerables *think tanks* (la Heritage Foundation, el Manhattan Institute, el Cato Institute, la Ohlin Foundation) que promueven las opiniones procapitalistas y de derechas. Tanto en la izquierda como en la extrema derecha del espectro político abundan los críticos de esa enorme centralización del poder monopolístico de clase. Resulta innegable que la Reserva Federal y el FMI están plenamente dedicados a la protección del poder monopolístico de clase de la oligarquía financiera; pero por abrumadoras que sean las pruebas, la máscara que tales *think tanks* y los medios tejen en torno a esas instituciones presentándolas como grandes protectoras de la libertad de mercado individual consigue en gran medida ocultar su carácter de clase ante la población en general. La organización del «capital común de la clase» mediante la centralización del sistema financiero nos retrotrae a las contradicciones centrales de la forma dinero.

El segundo plano en el que colisionan las poderosas fuerzas de la centralización y la descentralización es el geográfico, dando lugar a un desarrollo geográfico desigual y a la proyección del poder económico, político y en

[8] Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, Londres, Verso, 2010 [ed. cast.: *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2007].

[9] Karl Marx, *Capital*, Volumen 3, cit., p. 490 [ed. alemana: *Das Kapital*, Band III, cit., p. 381].

último término militar de las alianzas de clase en determinado espacio sobre las de otro. De ahí la relación interna entre monopolios, centralización, imperialismo y neocolonialismo. Profundizaremos más en este asunto cuando consideremos explícitamente el desarrollo geográfico desigual.

Las dos formas en que se desarrollan las tendencias descentralizadoras y centralizadoras del capital no son independientes entre sí. La acumulación de poderes financieros centralizados en los principales centros de las finanzas globales (Nueva York, Londres, Tokio, Shanghai, Frankfurt, São Paulo etc.) tiene mucha importancia, como la tiene la larga historia de florecimiento de innovaciones en nuevos territorios como Silicon Valley, Baviera, la llamada «tercera Italia» en la década de 1980, etcétera, donde la aparente libertad de maniobra y ausencia de control regulador permite que sucedan cosas que de otro modo podrían verse constreñidas por los poderes rígidos y dominantes del Estado y el capital corporativo desmesurados. Esa tensión ha sido tan ubicua y palpable que los gobernantes pretenden ahora captar las posibilidades de las economías culturales y creativas basadas en el conocimiento mediante iniciativas centralizadas que apoyan la descentralización y desregulación del poder económico y político. Ése era el propósito de la creación desde el Estado central de «zonas económicas especiales» en China e India. En otros lugares, el desarrollo se deja a iniciativas locales por parte de aparatos administrativos municipales o metropolitano-regionales muy entrelazados con los grupos empresariales. Se espera reproducir así las condiciones que impulsaron las innovaciones de la revolución digital y el despegue de la llamada «nueva economía» de la década de 1990, que a pesar de su derrumbe al concluir el siglo, dejó tras de sí una reordenación radical de las tecnologías capitalistas. Eso es lo que se supone que debe promover la concentración geográfica de capital riesgo en regiones como Silicon Valley. Aunque el éxito limitado de tales iniciativas debería dar lugar a una reflexión más sosegada, se trata sin embargo de una buena ilustración de cómo el capital aprovecha ciertas contradicciones, como la que se da entre centralización y descentralización, o entre monopolios y competencia, y las encauza en su propio beneficio.

¿Cuales serían entonces las consecuencias políticas de esos análisis para la elaboración y puesta en práctica de una política anticapitalista? En primer lugar, debemos reconocer el enorme éxito que ha tenido en general el capital en la gestión de las contradicciones entre monopolio y competencia, así como entre centralización y descentralización, en su propio beneficio, utilizando las propias crisis para conseguirlo. A mi entender, está muy claro que ningún orden social futuro podrá abolir del todo esas contradicciones, por lo que lo verdaderamente interesante es cómo aprovecharlas. Pero deberíamos evitar la trampa de concebir esas oposiciones como cuestiones independientes, más que como unidades contradictorias.

Es falso suponer, por ejemplo, que la descentralización es democrática y la centralización no lo es. Al perseguir la quimera de la pura descentralización (como querrían hacer estos días algunos ideólogos de la izquierda), existe una gran posibilidad de abrir la vía a un control monopolístico centralizado oculto, mientras que al perseguir la otra quimera de un control centralizado totalmente racional otros apuntan, también desde la izquierda, en dirección a un estancamiento inaceptable y totalitario. El capital ha llegado orgánicamente a cierto equilibrio entre las tendencias a una centralización monopolística y a una competencia descentralizada, a través de las crisis que surgen de sus desequilibrios.

Pero también ha aprendido algo de considerable importancia. El capital cambia la escala a la que opera de tal forma que sitúa los poderes y la influencia a la escala que le resulta más ventajosa para la reproducción de su propio poder. Durante la primera mitad del siglo XX, cuando en Estados Unidos, las ciudades y los estados eran demasiado fuertes, el capital buscaba sobre todo protección a escala federal; pero a finales de la década de 1960, cuando el gobierno federal se estaba mostrando demasiado intervencionista y proclive a la regulación, el capital se inclinó gradualmente en favor de los derechos de los estados, y es en ellos donde el Partido Republicano ha desarrollado más enérgicamente su agenda populista procapitalista. A este respecto, la izquierda anticapitalista tiene mucho que aprender del capital al tiempo que lo combate. Resulta curioso que gran parte de la izquierda anticapitalista, a diferencia de la socialdemócrata, prefiera ahora combatir a escala micro, donde las formulaciones y soluciones anarquistas y autónomas son más eficaces, dejando la escala macro casi sin oposición. Predomina un temor desmesurado a la centralización y la monopolización, hasta el punto de paralizar a la oposición anticapitalista, impidiéndole movilizar eficazmente la relación dialéctica pero contradictoria entre monopolio y competencia para la lucha anticapitalista.

CONTRADICCIÓN 11
DESARROLLOS GEOGRÁFICOS DESIGUALES Y PRODUCCIÓN DE ESPACIO

EL CAPITAL SE esfuerza por producir un paisaje geográfico favorable a su propia reproducción y subsiguiente evolución, cosa en la que no hay nada extraño o antinatural: después de todo, también lo hacen las hormigas, los castores y, por lo tanto, ¿por qué no debería hacerlo el capital? Sin embargo, el paisaje geográfico del capitalismo resulta perpetuamente inestable, debido a diversas presiones técnicas, económicas, sociales y políticas que operan en un mundo de enormes cambios naturales continuos, por lo que el capital debe adaptarse a ese mundo en perpetua evolución, en el que también desempeña un papel clave su propia actividad.

Las contradicciones entre capital y trabajo, competencia y monopolio, propiedad privada y Estado, centralización y descentralización, inmovilidad y movimiento, dinamismo e inercia, pobreza y riqueza, así como entre las distintas escalas de actividad, han ejercido su influencia y cobrado forma material en el paisaje geográfico. Entre todas esas fuerzas diversas, empero, hay que conceder prioridad a la combinación de los procesos moleculares de acumulación sin fin del capital en el espacio y el tiempo (el flujo y reflujo cotidiano de la actividad empresarial competitiva dedicada a la circulación y acumulación de capital) con el intento de organizar el espacio de ese paisaje de alguna forma sistemática mediante el ejercicio de los poderes estatales.

El paisaje geográfico que el capital construye no es un mero producto pasivo. Evoluciona de acuerdo con ciertas reglas genéricas que tienen –como las que gobiernan la evolución combinatoria de las tecnologías– su propia lógica autónoma pero contradictoria. La forma independiente en que evoluciona el paisaje afecta a la acumulación de capital y a la manifestación de sus contradicciones y las del capitalismo en el espacio y en el tiempo, desempeñando un papel clave en la gestación de crisis. Sin el desarrollo geográfico desigual y sus contradicciones, el capital se habría osificado hace tiempo y habría caído en el caos. Es un medio clave para la reinvención periódica del capital por sí mismo.

El capital y el Estado capitalista desempeñan un papel protagonista en la producción de espacios y lugares en los que se desarrolla la actividad capitalista. Por poner un ejemplo, se necesita mucho capital para construir una vía férrea. Si ésta es rentable, entonces otros capitales la aprovecharán normalmente durante el período de vida de la inversión fija en ella. Si eso no ocurre, la compañía constructora de la línea férrea irá a la bancarrota y el capital invertido se perderá o resultará al menos devaluado. De forma que el capital necesita utilizar la vía férrea una vez que se ha construido. ¿Pero por qué necesita el capital una vía férrea?

Para el capital, el tiempo es dinero. Atravesar el espacio cuesta tiempo y dinero. La economía de tiempo y dinero es clave para la rentabilidad, por lo que se asigna una prima a las innovaciones –técnicas, organizativas y logísticas– que reducen el coste y el tiempo empleado en el movimiento espacial. Los productores de nuevas tecnologías son muy conscientes de esto. Concentran buena parte de su esfuerzo autónomo en el desarrollo de nuevas formas de reducir costes o tiempo en la circulación de capital. Las tecnologías que facilitan esos objetivos se pondrán al mando de un mercado bien dispuesto. Lo que Marx llamaba «la aniquilación del espacio mediante el tiempo» es uno de los santos griales del capital.

Las reducciones de coste y tiempo se pueden lograr de dos maneras. La primera supone continuas innovaciones en las tecnologías de los transportes y comunicaciones. La historia de tales innovaciones bajo el capitalismo (desde los canales hasta los aviones a reacción) ha sido asombrosa. Sin embargo, su efecto ha dependido del tipo de capital que se movía en su entorno. El dinero, en su forma de crédito, se desplaza ahora de un extremo a otro del mundo instantáneamente, pero no siempre fue así. Nuestra propia era está marcada por la movilidad muy superior del capital-dinero debida a las tecnologías de la información. Las mercancías son en general menos móviles. Existe una enorme diferencia entre, digamos, la transmisión instantánea en vivo de un partido de fútbol del Campeonato mundial y el transporte de agua embotellada, vigas de acero, muebles o artículos perecederos como frutas, pasteles de cerdo calientes, leche o pan. Las mercancías son más o menos móviles según sus cualidades y su transportabilidad. La producción, con algunas excepciones como el propio transporte, es la forma de capital menos móvil; está habitualmente encerrada en un lugar durante cierto tiempo (en algunos casos, como la construcción de barcos, ese tiempo puede ser muy considerable). Pero las máquinas de coser utilizadas en la producción de camisas en talleres de trabajo esclavo se mueven más fácilmente que una planta de fabricación de acero o de automóviles. Las restricciones derivadas de la ubicación en los sectores primarios como la agricultura, la silvicultura, la minería y la pesca son muy especiales por razones obvias.

La reducción de costes del transporte y las comunicaciones puede facilitar la dispersión y la descentralización de la actividad en espacios geográficos cada vez mayores. La casi eliminación de los costes y tiempos de transporte como factor de las decisiones de localización permite al capital explorar distintas oportunidades de beneficio en lugares muy distantes entre sí. La división del trabajo dentro de una empresa se puede descentralizar a distintos lugares. Resulta posible su traslado, incluso a otro país, y se reduce el factor monopolístico en la competencia. Las especializaciones y divisiones del trabajo regionales se hacen aún más marcadas, ya que pequeñas diferencias en los costes (como los impuestos locales) se traducen en mayores beneficios para el capital.

De la intensificación de la competencia espacial facilitada por medios de transporte y comunicación más baratos y más eficientes suelen surgir nuevas pautas geográficas de producción. Las empresas de reciente formación, digamos por ejemplo, en Corea del Sur –donde la producción de acero es mucho más barata debido al coste más bajo de la mano de obra, a un acceso más fácil a las materias primas y a los mercados, etc.– expulsan a las firmas más costosas y menos eficientes de regiones antiguas como Pittsburgh y Sheffield. En la industria del automóvil lo que socavó Detroit fue no sólo la introducción de la competencia extranjera, sino también el establecimiento de nuevas plantas de producción en Tennessee y Alabama, donde el coste de la mano de obra era más bajo y el poder sindical más débil. Desde mediados del siglo XIX el grano más barato producido en Norteamérica infligió severos daños a los intereses agrícolas británicos y europeos, ya que las nuevas vías férreas y los buques de vapor reducían mucho el coste y el tiempo de transporte de los productos agrícolas; lo mismo sucedió con la containerización del comercio mundial desde 1970, poco más o menos. La desindustrialización, que es un fenómeno con una larga tradición histórica, es quizá el aspecto más sombrío de la expansión geográfica.

La segunda forma que tienen los capitalistas de reducir el tiempo y el coste de los desplazamientos consiste en ubicar sus actividades allí donde sean mínimos los costes de obtención de los medios de producción (incluidas las materias primas), así como la mano de obra y el acceso al mercado. Cuando muchos capitales diferentes concentran sus centros de producción (por ejemplo, situando las fábricas de piezas y complementos, o las de neumáticos, cerca de las plantas de fabricación de automóviles), surgen las denominadas «economías de aglomeración». Distintas empresas y sectores pueden compartir instalaciones, acceso a mano de obra especializada, información e infraestructuras, y todas ellas pueden beneficiarse conjuntamente (por ejemplo, una empresa entrena a los trabajadores que otras pueden contratar a continuación sin tener que formarlos previamente).

La mano de obra es parecidamente atraída hacia las oportunidades de los centros más dinámicos, incluso en ausencia de fuerzas que los expulsen de la tierra. Las aglomeraciones urbanas son de hecho entornos espaciales construidos que favorecen el mantenimiento colectivo de conjuntos particulares de actividades productivas.

La aglomeración induce centralización geográfica. Los procesos moleculares de acumulación de capital convergen, por decirlo así, en la generación de regiones económicas. Las fronteras son siempre borrosas y porosas, pero los flujos entrecruzados en determinado territorio dan lugar a una coherencia lo suficientemente estructurada como para marcar un área geográfica y distinguirla de su entorno. En el siglo XIX algodón significaba Lancashire (Manchester), lana significaba Yorkshire (Leeds), acero inoxidable significaba Sheffield y metalurgia significaba Birmingham. La coherencia estructurada suele extenderse bastante más allá de los intercambios económicos hasta abarcar actitudes, valores culturales, creencias y hasta credos religiosos y afiliaciones políticas. La necesidad de producir y mantener bienes colectivos requiere la instauración de algún sistema de gobierno, preferiblemente formalizado, hasta constituir un sistema de administración en la región. Si no existía previamente un Estado, el capital tendrá que crear algo parecido para facilitar y gestionar sus propias condiciones colectivas de producción y consumo. Las clases dominantes y las alianzas hegemónicas de clase pueden conferir un carácter específico a la actividad tanto política como económica en la región.

Las economías regionales constituyen un mosaico laxamente interconectado de desarrollos geográficos desiguales en el que algunas regiones tienden a enriquecerse mientras que las regiones pobres se empobrecen aún más. Esto sucede debido a lo que Gunnar Myrdal denominaba causalidad circular y acumulativa[1]. Las regiones avanzadas atraen nuevas actividades debido a la vitalidad de sus mercados, la mayor solidez de sus infraestructuras físicas y sociales y la facilidad con que pueden obtener los medios de producción y mano de obra necesarios. Disponen de recursos (en forma de una base impositiva creciente) para realizar nuevas inversiones en infraestructuras físicas y sociales (como la enseñanza pública) y éstas atraen aún más capital y mano de obra a la región. Se crean vías de transporte centradas en la misma, porque allí es donde se da el mayor tráfico. Como consecuencia, se atraen nuevos capitales. Otras regiones, en cambio, son deficitarias, cuando no cada vez más desprovistas de actividades. Quedan atrapadas en una espiral descendente de depresión y decadencia. El resultado son concentraciones regionales desiguales de riqueza, poder e influencia.

---

[1] Gunnar Myrdal, *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, Londres, Duckworth, 1957.

Hay, sin embargo, límites a una centralización indefinida mediante la aglomeración. El exceso de población y la contaminación creciente, los costes administrativos y de mantenimiento (aumento de los tipos impositivos y de las tasas a los usuarios), etc., se cobran un peaje. El aumento local del coste de la vida induce demandas salariales que pueden acabar haciendo poco competitiva determinada región. Los trabajadores pueden organizarse mejor en sus luchas contra la explotación gracias a su concentración regional. Los precios del suelo y de los inmuebles aumentan a medida que la clase rentista aumenta su control sobre recursos cada vez más escasos. Las ciudades de Nueva York y San Francisco son lugares dinámicos pero de alto coste, mientras que Detroit y Pittsburgh no lo son ahora. Los trabajadores están mejor organizados ahora en Los Angeles que en Detroit, mientras que en la década de 1960 sucedía lo contrario.

Cuando los costes locales aumentan rápidamente, los capitalistas buscan otros lugares en la economía global donde realizar sus actividades. Esto sucede particularmente cuando surgen nuevas combinaciones tecnológicas y productivas y se agudizan las luchas de los trabajadores. Desde finales de la década de 1960, por ejemplo, Silicon Valley fue desplazando poco a poco a Detroit como centro de la economía capitalista estadounidense, y de forma parecida Baviera desplazó al Ruhr en Alemania y Toscana a Turín en Italia, mientras que aparecían con gran pujanza nuevos competidores globales como Singapur, Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur y finalmente China, en la competencia global por la preeminencia en ciertas líneas de producción. Esos cambios generaron crisis de devaluación que reverberaron en otras regiones de la economía global. El «cinturón de óxido» del Medio Oeste, que en otro tiempo fue núcleo del capital industrial estadounidense, contrasta con el «cinturón soleado» en ascenso del sur y suroeste del país. Las crisis regionales de empleo y producción acostumbran a señalar momentos cruciales en los que el poder se desplaza en el seno de las fuerzas que generan el paisaje geográfico del capital; esto, a su vez, suele indicar un cambio radical en la evolución del propio capital.

El capital debe ser capaz de resistir el choque de la destrucción de lo viejo y estar dispuesto a construir un nuevo paisaje geográfico sobre sus cenizas. Para ese propósito deben existir, a su alcance, excedentes de capital y de mano de obra. Afortunadamente para él, el capital crea continuamente, por su propia naturaleza, tales excedentes, a menudo en forma de desempleo masivo entre los trabajadores y una sobreacumulación de capital. La absorción de tales excedentes mediante la expansión geográfica y la reorganización espacial contribuye a resolver el problema de los excedentes que carecen de oportunidades rentables. La urbanización y el desarrollo regional se convierten en esferas autónomas de actividad capitalista, que

requieren grandes inversiones (habitualmente financiadas mediante deuda) que tardan varios años en madurar.

El capital suele recurrir a esos medios para la absorción de excedentes de capital y de mano de obra en tiempos de crisis, durante los cuales se ponen en marcha proyectos infraestructurales financiados por el Estado para recuperar el crecimiento económico. En la década de 1930 el gobierno estadounidense trató de absorber el capital excedente y la mano de obra desempleada creando grandes proyectos de obras públicas orientadas hacia el futuro en zonas hasta entonces subdesarrolladas. Los programas de la *Works Progress Administration* dieron trabajo a unos ocho millones de personas. En Alemania los nazis emprendieron en aquella misma época, por razones similares, la construcción de grandes autopistas. El gobierno chino, tras el crac financiero de 2008, gastó millardos de dólares en proyectos urbanos e infraestructurales para absorber los excedentes de capital y mano de obra a fin de compensar la crisis de los mercados exportadores. Se diseñaron y construyeron ciudades enteras. Como consecuencia, el paisaje chino se ha transformado radical y espectacularmente en los últimos años.

De esta forma, el capital desarrolla lo que yo llamo «fijaciones/soluciones provisionales espacio-temporales» [*fix*] para el problema de la absorción de capital y mano de obra excedente[2]. *Fix* tiene aquí un doble significado: cierta proporción del capital total queda literal y físicamente fija en cierto lugar durante un período de tiempo relativamente largo; pero *fix* se refiere también metafóricamente al arreglo o solución coyuntural de las crisis de sobreacumulación del capital proporcionado por inversiones a largo plazo en expansiones geográficas. ¿Cuándo y cómo chocan esos dos significados?

La organización de nuevas divisiones del trabajo territoriales, de nuevos complejos de recursos y de nuevas regiones como espacios dinámicos de acumulación de capital, proporciona nuevas oportunidades para generar beneficios y absorber excedentes de capital y mano de obra. Sin embargo, tales expansiones geográficas suelen amenazar los valores ya fijados en otros lugares. Esta contradicción es inevitable: o bien el capital se traslada y deja tras de sí un rastro de devastación y devaluación (por ejemplo, en Detroit), o permanece ahogándose en los excedentes que inevitablemente produce, sin encontrar oportunidades de inversión rentable para ellos.

El recurso a la financiación crediticia intensifica esta contradicción aun cuando pretende resolverla. El crédito hace vulnerables los territorios a flujos de capital especulativo que pueden tanto estimular como socavar el desarrollo capitalista. El endeudamiento territorial se convirtió en un problema global

---

[2] David Harvey, *Spaces of Capital*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2002 [ed. cast.: *Espacios del capital*, Madrid, Akal, 2007].

desde prácticamente 1980 y muchos de los países más pobres (e incluso algunas grandes potencias, como Rusia en 1998 y Argentina después de 2001) se vieron imposibilitados para pagar sus deudas. Muchos países pobres, como Ecuador o incluso Polonia (al otro lado del telón de acero) fueron seducidos para convertirse en «sumideros» para capitales excedentes que entonces se creía que podrían reembolsar. Un país endeudado tiene que cargar con el coste de cualquier devaluación subsiguiente de capital, mientras que en el país acreedor queda protegido. Se pueden entonces saquear los recursos de los países endeudados bajo las reglas draconianas del pago de la deuda. El caso actual de Grecia es un ejemplo horrible de este proceso llevado hasta el extremo. Los bonistas están dispuestos a despedazar y alimentarse de países enteros que han sido lo bastante ingenuos como para caer en sus garras.

La exportación de capital suele tener efectos a largo plazo más duraderos que los movimientos de dinero-crédito «caliente». Los excedentes de capital y mano de obra son enviados a otros lugares para poner en marcha la acumulación de capital en el nuevo espacio regional. Los excedentes británicos de capital y mano de obra generados durante el siglo XIX se desplazaron a Estados Unidos y las colonias de asentamiento como Sudáfrica, Australia y Canadá, creando en ellas nuevos centros dinámicos de acumulación que generaban una considerable demanda de los artículos fabricados en Gran Bretaña.

Dado que pueden pasar muchos años hasta que el capital madure en esos nuevos territorios (si es que lo hace) y comience a producir a su vez excedentes de capital, el país de origen puede tener que esperar durante un periodo de tiempo considerable para beneficiarse de ese proceso. Así sucede particularmente con las inversiones en vías férreas, carreteras, puertos, presas y otras infraestructuras que maduran lentamente. Pero el rendimiento de esas inversiones depende en definitiva de la evolución de una intensa dinámica de acumulación en la región receptora. Gran Bretaña prestó así a Estados Unidos durante el siglo XIX, y mucho después Estados Unidos entendió claramente, con el plan Marshall para Europa (en particular Alemania Occidental) y Japón, que su propia seguridad económica (dejando a un lado el aspecto militar de la Guerra Fría) dependía de la enérgica revitalización de la actividad capitalista en esos otros espacios.

Pero surgen contradicciones, porque esos nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital acaban generando excedentes y tienen que encontrar formas de absorberlos mediante nuevas expansiones geográficas. Esto puede inducir tensiones y conflictos geopolíticos. En los últimos años hemos sido testigos de una proliferación de fijaciones/soluciones provisionales espacio-temporales, principalmente en el este y el sureste de Asia. El capital excedente japonés comenzó a recorrer el mundo durante la década de 1970 en busca de oportunidades de inversión rentables,

seguido poco después por el capital excedente de Corea del Sur y a continuación por el de Taiwán a mediados de la década de 1980. Aunque algunas de esas fijaciones/soluciones provisionales espacio-temporales en cascada quedan registradas como relaciones entre distintos territorios, de hecho se trata de relaciones materiales y sociales entre determinadas regiones de un mismo territorio. Las dificultades territoriales formales entre Taiwán y la China continental parecen anacrónicas frente a la creciente integración de las regiones industriales de Taipei y Shanghai.

Los flujos de capital se reorientan de cuando en cuando de un espacio a otro. El sistema capitalista permanece relativamente estable en su conjunto, aunque partes de él experimenten dificultades periódicas (como la desindustrialización aquí o devaluaciones parciales allá). El efecto general de tal volatilidad interregional es la reducción temporal de los peligros conjuntos de sobreacumulación y devaluación, aunque pueda agudizarse el malestar en determinados lugares. La volatilidad regional experimentada desde aproximadamente 1980 parece haber sido en gran medida de ese tipo. En cada etapa se plantea, por supuesto, la pregunta de cuál será la siguiente región hacia la que afluirá el capital en busca de beneficio y cuál y por qué será el siguiente lugar en ser abandonado y devaluado. El efecto general puede ser engañoso: dado que al capital siempre le va bien en algún lugar, surge la ilusión de que todo irá bien en todas partes si reajustamos la forma del capital a la que predominaba en Japón y Alemania Occidental en la década de 1980, en Estados Unidos en la de 1990 o China desde 2000. El capital nunca tiene que resolver sus fracasos sistémicos, dado que los desplaza geográficamente.

Un segundo resultado posible, no obstante, es una intensificación de la competencia internacional dentro de la división internacional del trabajo, en la que varios centros dinámicos de acumulación de capital compiten en la escena mundial entre fuertes corrientes de sobreacumulación (falta de mercados para la realización) o en condiciones de escasez de materias primas y otros medios sustanciales de producción. Dado que no pueden triunfar todos a la vez, o bien los más débiles sucumben y caen en serias crisis de devaluación localizada, o surgen contiendas geopolíticas entre regiones y Estados, que pueden cobrar la forma de guerras comerciales, monetarias o de recursos, con el peligro siempre presente de confrontaciones militares (del tipo de las que se convirtieron en dos guerras mundiales entre las grandes potencias capitalistas en el siglo XX). En este caso, la fijación/solución espacio-temporal provisional cobra un significado mucho más siniestro, al transmutarse en la exportación de devaluaciones y destrucciones de capital localizadas y regionales como las que tuvieron lugar en el este y sureste de Asia y en Rusia en 1997-1998. La forma y el momento en que esto ocurra dependerá no obstante, tanto de las formas explícitas de acción política por

parte de los poderes estatales, como de los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y el tiempo. Así se desarrolla plenamente la dialéctica entre la lógica territorial y la lógica capitalista.

¿Cómo se concilia pues la inmovilidad espacial relativa y la lógica propia del poder territorial (tal como se manifiesta en el Estado) con la fluida dinámica de la acumulación de capital en el espacio y el tiempo? ¿No es ésta una contradicción aguda y permanente para el capital, quizá el apogeo de la contradicción entre inmovilidad (el Estado) y movimiento (capital)? Recordemos: «Para que el capital circule libremente en el espacio y en el tiempo hay que crear infraestructuras físicas y entornos construidos que quedan inmovilizados en un espacio». El volumen de todo ese capital fijo aumenta con el tiempo en relación con el capital que fluye continuamente. El capital tiene que liberarse periódicamente de las restricciones impuestas por el mundo que ha construido, frente al peligro mortal de la esclerosis. La construcción de un paisaje geográfico favorable a la acumulación de capital en determinada época se convierte en una traba para la acumulación en la siguiente. El capital tiene, por lo tanto, que devaluar gran parte del capital fijo en el paisaje geográfico existente, a fin de construir un paisaje totalmente nuevo con un aspecto diferente. Esto induce crisis localizadas intensas y destructivas. El ejemplo reciente más obvio de tal devaluación en Estados Unidos es Detroit; pero muchos de los viejos centros industriales en los países capitalistas avanzados y más allá (como en el norte de China o Mumbai) han tenido que reconstruirse para escapar de la erosión de su base económica en virtud de la competencia exterior. El principio que rige al respecto es: el capital crea un paisaje geográfico que satisface sus necesidades en un lugar y momento determinados, sólo para tener que destruirlo en un momento posterior a fin de facilitar su nueva expansión y transformación cualitativa. El capital desencadena los poderes de la «destrucción creativa» sobre la tierra. Algunos sectores o grupos se benefician de la creatividad, mientras que otros sufren el embate de la destrucción. Pero esto siempre encierra una disparidad de clase.

¿Dónde se sitúa pues el poder estatal en todo esto y cuál es la lógica propia con la que interviene en los procesos de formación del paisaje? El Estado es una entidad territorial limitada, formada en condiciones que tienen poco que ver con el capital, pero que es un rasgo fundamental del paisaje geográfico. Dentro de su territorio tiene el monopolio del uso legítimo de la violencia, soberanía sobre las leyes y la moneda y autoridad para regular las instituciones (incluida la propiedad privada), y disfruta del poder de recaudar impuestos y redistribuir los ingresos y los activos. Organiza las estructuras de administración y gobernanza que como mínimo satisfacen las necesidades colectivas del capital, y más difusamente de los ciudadanos del Estado. Entre sus poderes soberanos, el más importante es quizá el de

definir y conferir derechos legales de ciudadanía a sus habitantes, introduciendo así en la ecuación la categoría de extranjero ilegal o «sin-papeles». Esto genera un sector de la población vulnerable a una explotación inimaginable y sin límites por el capital. Como entidad circunscrita, cobra la máxima relevancia cómo se establecieron las fronteras del Estado y cómo se vigilan en relación con los movimientos de las personas, las mercancías y el dinero. Las dos espacialidades del Estado y el capital se solapan incómodamente y con frecuencia se contradicen. Eso queda muy claro, por ejemplo, en el caso de las políticas migratorias.

Los intereses del Estado capitalista no son los mismos que los del capital. El Estado no es un simple objeto, y sus diversas ramas no siempre concuerdan, aunque ciertas instituciones clave del Estado suelan servir como apoyo directo en la gestión de la economía del capital (con Ministerios de Finanzas que habitualmente colaboran con los Bancos Centrales para constituir el nexo Estado-finanzas). La gobernanza del Estado depende de la naturaleza de su sistema político, que a veces pretende ser democrático y está a menudo influida por las dinámicas de clase y otros conflictos sociales. Las prácticas que constituyen el ejercicio de los poderes estatales están lejos de ser monolíticas o incluso coherentes, lo que significa que no cabe imaginar al Estado como un «objeto» sólido que ejerce poderes peculiares. Es como un haz de prácticas y procesos reunidos de diversas formas, ya que la distinción entre Estado y sociedad civil (por ejemplo, en un terreno como la enseñanza, la sanidad o la vivienda) es muy porosa. El capital no es el único interés al que debe responder el Estado, y sobre él recaen presiones de distintos intereses. Además, la ideología que domina sus intervenciones (habitualmente expresada como una ortodoxia económica y política) puede variar considerablemente. Existe además, por otra parte, un sistema interestatal. Las relaciones entre Estados pueden ser de hostilidad o de colaboración, pero siempre hay situaciones de conflicto, geoeconómicas y geopolíticas, que reflejan los intereses propios del Estado y conducen a prácticas estatales y formas de acción que pueden ser coherentes o no con los intereses del capital.

La lógica que corresponde a la territorialidad del poder estatal es muy diferente de la lógica del capital. El Estado está interesado, entre otras cosas, en la acumulación de riqueza y poder sobre una base territorial y Adam Smith exhortó inspiradamente a los hombres de Estado persuadiéndoles de que la mejor forma de hacerlo era liberar y racionalizar las fuerzas del capital y el libre mercado dentro de su territorio y abrir sus puertas al libre comercio con otros. El Estado capitalista aplica en general políticas favorables a las empresas, aunque templadas por las ideologías dominantes y las innumerables y divergentes presiones sociales ejercidas por sus ciudadanos organizados; pero también trata de racionalizar y usar las fuerzas del capital para reforzar sus

propios poderes de gubernamentalidad sobre poblaciones potencialmente reacias, al mismo tiempo que aumenta su propia riqueza, poder y estatus en un sistema interestatal muy competitivo. Esta racionalidad contrasta con la del capital, principalmente preocupado por la apropiación y acumulación privada de riqueza social. La lealtad orgánica de los ciudadanos a sus Estados se opone en principio a la lealtad singular del capital a la obtención de beneficios y a nada más.

El tipo de racionalidad típicamente impuesto por el Estado queda ilustrado por sus prácticas de planificación urbana y regional. Esas intervenciones e inversiones estatales intentan contener las consecuencias acaso caóticas del desarrollo de un mercado desregulado. El Estado impone estructuras administrativas, legislativas, impositivas y de identificación individual que obedecen a criterios cartesianos. La producción tecnocrática y burocrática de espacio en nombre de una supuesta modernidad capitalista ha sido, no obstante, objeto de virulentas críticas (muy en particular las de Henri Lefebvre[3]), dado que lo producido suele ser un paisaje geográfico racionalizado pero inanimado, contra el que las poblaciones se rebelan periódicamente. En cualquier caso, la aplicación de los poderes estatales a ese fin nunca es fácil, y se ve fácilmente subvertida, sobornada y corrompida por intereses monetarios. Recíprocamente, los intereses fundamentales del Estado, por ejemplo en el caso de la seguridad nacional, pueden ser subvertidos por el capital y convertidos en un pesebre permanente para el lucro capitalista; de ahí el papel histórico del infame «complejo militar-industrial» en el desarrollo del capital.

Los Estados pueden hacer uso de sus poderes para organizar la vida económica, no sólo mediante su capacidad para realizar inversiones infraestructurales, sino también mediante su poder para crear o reformar instituciones básicas. Cuando, por ejemplo, los bancos locales fueron absorbidos por bancos nacionales en Gran Bretaña y Francia durante el siglo XIX, el flujo libre del capital-dinero en todo el espacio nacional alteró las dinámicas regionales. Más recientemente, la abolición en Estados Unidos de leyes restrictivas que afectaban a los bancos locales, seguida por una oleada de absorciones y fusiones de bancos regionales, alteró todos los hábitos de inversión en el país, alejándolos de lo local y llevándolos a una estructura más abierta y fluida de configuraciones regionales. Las reformas en la organización de la banca internacional, acopladas con las tecnologías de la información, han revolucionado durante los últimos cuarenta años la movilidad global del capital financiero.

[3] Henri Lefebvre, *La production de l'espace, París*, Anthropos, 1974 [ed. ingls.: *The Production of Space*, Oxford, Basil Blackwell, 1989; ed. cast.: *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013].

Desde hace tiempo se mantiene un gran impulso hacia la ampliación de la escala geográfica respecto a la que se define la actividad capitalista. Del mismo modo que la introducción de las vías férreas y el telégrafo en el siglo XIX reorganizó totalmente la escala y diversidad de las especializaciones regionales, la ronda más reciente de innovaciones (desde el transporte en aviones a reacción y los grandes contenedores a Internet) ha cambiado la escala a la que se articula la actividad económica. Durante la década de 1980 se habló mucho del «automóvil global», cuyas piezas se producirían en casi cualquier parte del mundo para ser ensambladas luego, aunque no producidas, en la fábrica final. Ésta es ahora la práctica normal en muchas líneas de producción, de forma que las etiquetas que dicen «made in the USA» han dejado de tener mucho sentido. El desplazamiento empresarial hacia la escala global es mucho más significativo ahora que lo fue en el pasado.

Los poderes soberanos del Estado sobre los flujos de capital y dinero se han visto definitivamente erosionados durante las últimas décadas. Esto no significa que el Estado sea ahora impotente, sino más bien que su poder depende mucho más del capital financiero y los bonistas. Los poderes y prácticas del Estado han estado cada vez más dirigidos a satisfacer las demandas de las empresas y los accionistas, a menudo a expensas de los ciudadanos. Esto implica un fuerte apoyo del Estado a la creación de un buen clima de negocios, favorable al capital. El resultado es, en muchos casos, que a los Estados les puede estar yendo muy bien, mientras que a sus poblaciones les va muy mal. Esto se aplica incluso, quizá sorprendentemente, a países como Alemania, donde la contención de los salarios reduce el consumo de los trabajadores y sus familias, mientras que el capital basado en el país y la situación financiera nacional parecen gozar de buena salud.

Los cambios en el movimiento molecular del capital están ejerciendo también fuertes presiones sobre la escala a la que puede construirse el poder estatal. Reterritorializaciones políticas como las de la Unión Europea resultan no sólo más practicables, sino también más acordes con las necesidades económicas. Esos cambios políticos no derivan únicamente de transformaciones materiales en las relaciones espaciales: son cuestiones mucho más complicadas. Pero los cambios en las relaciones espaciales de la circulación y acumulación del capital tienen consecuencias transformadoras para las nuevas configuraciones políticas (por ejemplo, la formación del ALCA, Mercosur, la Unión Europea, así como la expansión de lo que antes era el G7 hasta el G20 como organismo de toma de decisiones).

El paisaje geográfico del capitalismo (que no es el del capital) es evidentemente configurado por una multitud de intereses de individuos y grupos que tratan de definir espacios y lugares para sí mismos en el entorno de los procesos macroeconómicos de desarrollo geográfico desigual, gobernados conjuntamente por las reglas de acumulación del capital y el poder estatal.

El capital tiene que mostrarse de algún modo sensible a las carencias y necesidades de las poblaciones que explota, por supuesto, e incluso si no lo fuera, los conflictos sociales y de clase le obligarían seguramente a llegar a ciertos compromisos con los críticos y a refrenar algunas de sus ambiciones más desmedidas. Resulta, sin embargo, demasiado fácil culpar a las víctimas de lo que sucede cuando el capital levanta el campamento y se larga. La explicación dominante es que fueron los sindicatos codiciosos, los políticos derrochadores, los malos gestores y demás ralea los que lo ahuyentaron; pero fue el capital, y no la gente, el que abandonó y desindustrializó Detroit, Pittsburgh, Sheffield, Manchester, Mumbai y otras tantas ciudades. Aunque haya ejemplos obvios de mala gestión e intensificación de la lucha de clases en esta o aquella región o ciudad, es absurdo atribuirles toda la responsabilidad de la terrible devastación de regiones industriales que habían sido durante generaciones la espina dorsal de la acumulación de capital en tantos países del mundo. Es algo que, por el contrario, debemos agradecer a la contrarrevolución neoliberal iniciada en la década de 1970 y que se ha venido intensificando hasta hoy.

Los desarrollos geográficos desiguales enmascaran convenientemente la auténtica naturaleza del capital. La esperanza puede mantenerse eternamente, porque siempre hay alguna localidad, región o zona afortunada, en la que las cosas van bien mientras que a su alrededor todo son calamidades. Las macrocrisis se descomponen así en acontecimientos localizados que afectan a otros «ahí fuera» o de los que incluso se sabe poco. Las profundas crisis en Indonesia o Argentina son juzgadas por el resto del mundo como casos de «mala suerte», ante los que sólo cabe encogerse de hombros. El pensamiento está dominado por explicaciones particulares y no sistémicas de las crisis. Argentina, Grecia o Detroit deberían reformarse a su modo, se dice, pero el capital huye prácticamente indemne y siempre sale beneficiado.

Existe otro aspecto notable en el paisaje del capital que desempeña un papel ideológico vital en la vida y la política contemporáneas. La ciudad capitalista es construida como una obra de arte de por sí, repleta de edificios de arquitectura fabulosa y de significados icónicos rivales. Pero las mansiones y áticos de los «amos del universo» que trabajan ahora en oficinas palaciegas de brillantes rascacielos en los centros financieros globales contrastan con la vieja arquitectura industrial de las fábricas tradicionales. Los hipercentros de consumo fastuosos y la perpetua creación de un espectáculo urbano posmoderno contrastan con la proliferación de las periferias urbanas y las urbanizaciones cerradas, y éstas a su vez con las gigantescas colmenas de apartamentos en barrios construidas para la clase obrera y la población inmigrante y, en muchas ciudades del mundo, con las grandes zonas de infravivienda construidas artesanalmente por sus propios habitantes. La ciudad capitalista constituye el punto álgido del

intento del capital de mostrarse civilizado y de representar las más sublimes aspiraciones humanas.

Pero en cierto sentido la pretensión del capital es eficaz. Si podemos maravillarnos y admirar las vistas urbanas de París, Barcelona, Hong Kong y Shanghai, es en parte porque ese paisaje espectacular oculta los procesos y el trabajo humano insertos en su producción. Aparentemente, el capital no quiere tener una imagen distintiva propia. ¡A juzgar por los fanzines anticapitalistas, estaría muy lejos de ser halagadora! El paisaje urbano del capitalismo existe como imagen artificiosa de otro mundo más cercano a cierto sentido transcendental de las aspiraciones y deseos humanos. Contemplar Venecia, Roma, Estambul, San Francisco, Brasilia, El Cairo o Lagos es como observar las esperanzas, logros y fracasos crónicos de ese empeño humano. Y no hablo aquí únicamente de las grandes ciudades. Los diversos paisajes rurales que se han ido forjando en todo el mundo pueden inspirar tanto afecto, lealtad y admiración como cualquier ciudad. La campiña inglesa, el *paysage* francés, los pueblecitos toscanos, la pampa argentina, las onduladas llanuras del valle del Tigris en Anatolia, los infinitos campos de maíz en Iowa, las plantaciones de soja en Brasil, todos ellos constituyen palimpsestos del empeño humano cada vez más movilizado por y para el capital, aunque no únicamente por y para él.

¿Qué fuerza ha tenido el desarrollo geográfico desigual para obligar al capital a reinventarse a sí mismo? Sin ese desarrollo geográfico desigual, el capital se habría probablemente estancado, sucumbiendo frente a sus tendencias esclerotizantes, monopolísticas y autocráticas, y perdiendo su legitimidad como motor dinámico de una sociedad que pretende ser civilizada aunque se halle al borde de caer en la barbarie. Azuzar la competencia interurbana, interregional e internacional no es tan sólo un medio primordial por el que lo nuevo sustituye a lo antiguo, sino un contexto en el que la búsqueda de lo nuevo, presentada como búsqueda de ventajas competitivas, resulta decisiva para la capacidad de reproducción del capital. El desarrollo geográfico desigual sirve, por encima de todo, para desplazar los fallos sistémicos del capital de un lugar a otro; esos fallos constituyen un blanco perpetuamente móvil.

La homogeneidad que un orden internacional dominado por los bancos centrales y unas pocas instituciones internacionales como el FMI trata de imponer, es, desde esta perspectiva, potencialmente devastadora para las posibilidades futuras de supervivencia del capital. El capital no podría sobrevivir a la instauración de un gobierno global fuertemente centralizado a menos que, como ha sucedido en China, ese gobierno no sólo organizara sino liberara la competencia interregional e interurbana. Dadas las restricciones ahora impuestas sobre ellos por el aparato disciplinario internacional, no existe ninguna posibilidad de que Grecia,

Portugal, España o Italia puedan resurgir de sus cenizas para revigorizar la dinámica capitalista como lo hicieron Alemania Occidental y Japón tras la Segunda Guerra Mundial. Pueden recuperarse un tanto, pero sólo será una recuperación anémica. Es dudoso que un desarrollo geográfico desigual desbocado pueda servir por sí solo como panacea para las dolencias del capital, dada la fuerza que van cobrando las nubes de tormenta del estancamiento sistémico que oscurecen el futuro. Y lo que vemos surgir en cambio es una alianza funesta entre poderes estatales y afán predador del capital financiero para crear una especie de «capitalismo buitre» que, por un lado, impulsa prácticas caníbales (economías de desposesión) y devaluaciones forzadas mientras que, por otro, pretende alcanzar un desarrollo global armonioso. Buitres como los *hedge funds* y los *private equity funds* propiciarán la destrucción de la forma de vida tradicional en regiones enteras si lo consideran rentable o ventajoso.

El capital sobrevive no sólo mediante una serie de fijaciones/soluciones provisionales espacio-temporales que absorben los excedentes del capital de forma productiva y constructiva, sino también mediante la devaluación y destrucción administradas como correctivo a quienes no consiguen mantener el ritmo y dejan de pagar sus deudas. La mera idea de que quienes prestan irresponsablemente deberían compartir el riesgo es por supuesto descartada por las buenas sin mayor consideración. Eso requeriría obligar a las ricas clases propietarias de todo el mundo a rendir cuentas e insistir en que atendieran a sus responsabilidades y no sólo a sus derechos inalienables de propiedad privada y a la acumulación sin límites. El aspecto siniestro y destructivo de las fijaciones/soluciones provisionales espacio-temporales (basta echar una ojeada al saqueo y devastación de Grecia) se hace tan crucial para el capital como su contrapartida creativa en la construcción de un nuevo paisaje que facilite la acumulación sin fin de capital y de poder político.

Así, pues, ¿cómo deberían afrontar todo esto los movimientos anticapitalistas? Es vital, en primer lugar, reconocer que el capital es siempre un blanco móvil para la oposición debido a su desarrollo geográfico desigual. Los movimientos anticapitalistas tiene que aprender a prever y superar los eventuales desplazamientos del capital, con los que a menudo se ha derrotado al movimiento de oposición en una región u otra. Deben pues abandonar toda pretensión de igualdad y convergencia regional alentada por teorías utópicas de armonía socialista, que no son más que recetas para una monotonía global inaceptable e imposible de conseguir. Los movimientos anticapitalistas tienen que liberar y coordinar su propia dinámica de desarrollo geográfico desigual, la construcción de espacios de diferencia emancipadores, a fin de reinventar y explorar alternativas regionales creadoras al capital. En el marco del desarrollo geográfico

desigual están surgiendo diversos movimientos de resistencia sociales, ya sea en Estocolmo, en El Cairo, en São Paulo, en Shanghai, en París o en Londres. Constituyen un mosaico de semilleros distintos pero laxamente interconectados en los que cultivar múltiples transformaciones diversas del capitalismo hacia un futuro anticapitalista. La cuestión es cómo promoverlas y vincularlas. Vivimos en tiempos caóticos y volátiles, en particular con respecto a los desarrollos geográficos desiguales. No es seguramente descaminado esperar que las resistencias y oposiciones sean igualmente caóticas, volátiles y dependientes del entorno geográfico.

CONTRADICCIÓN 12
DISPARIDADES DE RENTA Y RIQUEZA

SEGÚN UN ANÁLISIS del *Internal Revenue Service*, la recaudación del impuesto sobre la renta en la ciudad de Nueva York en 2012 mostraba que los ingresos medios del 1 por 100 más favorecido de la población durante aquel año fueron de 3,57 millones de dólares, mientras que la mitad de la población de esa ciudad, caracterizada por unos precios de alquiler y un nivel de vida extremadamente altos, trataba de salir adelante con 30.000 dólares al año o menos. Los ultrarricos ganaban más en tres días que la mayoría de los neoyorquinos en un año. Se mire como se mire, ese nivel de disparidad de renta resulta escandaloso, haciendo seguramente de la ciudad de Nueva York una de las más desiguales del mundo. Por otra parte, esas cifras no deberían sorprender a nadie, dadas las enormes ganancias de los directores del principal *hedge fund* (cinco de los cuales ganaron, inmediatamente después de la crisis, más de tres millardos de dólares cada uno en 2009) y las enormes primas que acostumbran a repartir los principales bancos de la ciudad. A escala nacional, como cabía esperar, las disparidades de renta no son en ningún otro lugar tan dramáticas, aunque se hayan acrecentado notablemente desde la década de 1970.

No vale la pena intentar presentar aquí nada más que un resumen muy simplificado de las tendencias globales en las desigualdades de riqueza y renta. Las luchas por la distribución de la riqueza social han sido incesantes durante toda la historia del capitalismo, si bien los resultados han variado mucho de un país, región o ciudad a otra, cuando distintos grupos se esforzaban por aventajar a otros o por arrancar a los grupos y clases dominantes la proporción que a su juicio merecían del producto del trabajo social. Dados los poderes del Estado para recaudar impuestos y redistribuir riqueza y renta, esos resultados han dependido en gran medida de la facción o alianza política que ejercía el poder del Estado y de cómo lo hacía.

Las luchas por la distribución de riqueza y renta han sido a menudo feroces, y su resultado difícil de predecir. Después de un golpe de Estado como el que se produjo en Chile en 1973, cabía esperar que esa distribución

se alterara dramáticamente aumentando la desigualdad, en la medida en que las elites que respaldaron el golpe sacaban provecho de él. En Rusia una pequeña banda de oligarcas se apropió, en un espectacular acto de pillaje, de la mayor parte de las riquezas y recursos naturales del país, tras el colapso de 1989. La ex Unión Soviética muestra ahora la mayor concentración de milmillonarios del mundo, una auténtica oligarquía. En Gran Bretaña en cambio, después de 1945, un gobierno laborista puso en pie un Estado del bienestar que amparó a los menos favorecidos durante toda una generación, de forma muy parecida a como se había hecho poco antes en Escandinavia. La gran influencia del comunismo sobre las políticas sociales en el mundo capitalista durante la Guerra Fría, acompañada de fuertes impulsos socialdemócratas dentro de ese mundo (derivados de una larga historia de organización de la clase obrera y un aumento de la conciencia de clase), dio lugar a que los Estados capitalistas en general tuvieran que ocuparse de proteger las condiciones de vida del conjunto de la población. El Estado del bienestar que resultó de aquello estaba lejos de ser socialista; tenía fuertes elementos de discriminación de género y era paternalista e incluso procapitalista, actuando de forma humillante, punitiva y burocrática en su trato a su propia clientela. Ser tutelado por el Estado del bienestar era muy a menudo desagradable e inhumano, por más que algunas ayudas del Estado (como la seguridad social y las pensiones para los ancianos) aportaran mayor seguridad a todo el mundo. Aquel tipo de Estado, criticado por la izquierda progresista, fue más tarde abolido por la contrarrevolución neoliberal de Thatcher y Reagan durante la década de 1980. El colapso del comunismo en 1989 alivió la presión externa sobre los Estados en cuanto a la atención al bienestar de su población al no tener que afrontar una fuerte oposición política.

Pero incluso en ausencia de realineamientos tan sobresalientes, el ir y venir de las luchas sociales entre clases y grupos étnicos/raciales, junto con la fluctuación inevitable entre expansiones y recesiones en la economía, tienen efectos sobre los dispositivos distributivos, que varían mucho de un lugar a otro. La distribución de renta y riqueza en los países nórdicos, por ejemplo, ha sido hasta muy recientemente mucho más igualitaria que en Estados Unidos, incluso antes de que la contrarrevolución de Reagan comenzara a alterar el equilibrio en perjuicio de los trabajadores y los pobres, subsidiando y recompensando por el contrario al capital; pero tanto Estados Unidos como Suecia eran firmemente capitalistas. El capital parece funcionar bastante bien aun con parámetros de distribución muy distintos.

La variabilidad del capital y su adaptabilidad a configuraciones complejas de distribución sirve a un doble propósito cuando queda inserto en la increíble complejidad y diversidad de agrupamientos sociales que

pueden existir en el capitalismo en general. En todas partes se evidencian las distinciones de género, sexuales, raciales, étnicas, religiosas, culturales, nacionales y locales, y las cuestiones de estatus, habilidades, talentos, respeto y admiración por los logros y valores confieren distintas oportunidades a los individuos y grupos étnicos, raciales, sexuales o religiosos dentro de las formaciones sociales capitalistas. En la medida en que esas características están asociadas con distintas oportunidades y remuneraciones, por ejemplo en el mercado laboral, de ellas resultan grandes diferencias de poder político y económico.

No todas las distinciones económicas dentro del capitalismo se pueden atribuir al capital, pero éste tampoco es inocente en lo que se refiere al fomento de conflictos en el interior de grupos sociales o entre ellos. Ésa es una de las palancas cruciales de que dispone para consolidar su control sobre los trabajadores. Por otra parte, el capital parece con frecuencia indiferente con respecto a qué diferenciaciones sociales particulares debe apoyar y cuáles discriminar. Tiende a apoyar cualquier forma de emancipación social que gana respaldo (como los derechos de los gays y el multiculturalismo durante los últimos años), con tal que no ponga en cuestión las estrategias generales de control de la mano de obra y que constituya un nicho de mercado susceptible de ser explotado. Pero el hecho de que esas distinciones sociales adopten formas económicas y materiales conduce inevitablemente a una feroz competencia por las cuotas de distribución entre los distintos grupos sociales dentro de la población. Se trata de uno de esos nudos de interacción clave, a veces confusos y desconcertantes, en los que no se puede distinguir claramente entre el capital y el capitalismo. Así sucede particularmente con respecto a las cuestiones de raza. En muchos lugares del mundo (como en Estados Unidos), las distinciones raciales han estado durante tanto tiempo tan entrelazadas con distinciones de clase que las dos categorías se refuerzan mutuamente y a veces resultan indistinguibles.

Buena parte depende también de las ideas dominantes sobre cuáles podrían ser las disparidades de riqueza y renta «justas» o «éticamente aceptables» y con qué medios se podrían rectificar las injusticias. Las preocupaciones de ese tipo no se limitan únicamente a los trabajadores; ha habido una larga tradición de reformismo burgués, dado que la miseria y la pobreza extrema, aunque no llegue a amenazar la salud pública (como sucedía en las epidemias de cólera que no respetaban las fronteras de clase), son juzgadas inaceptables en cualquier sociedad civilizada. Las encuestas muestran repetidamente, por ejemplo, que la mayoría de los estadounidenses tienen opiniones fuertemente igualitarias y que son partidarios, no sólo de la igualdad de oportunidades (como mantiene ritualmente la derecha), sino también de la nivelación de ingresos. En un estudio realizado en 2005 sobre una muestra de más de 5.000 personas en Estados Unidos, los

encuestados, fuera cual fuera su partido político preferido o sus ingresos, creían en promedio, según decían, que el 20 por 100 más rico no debía poseer más del 32 por 100 de la riqueza total. Cuando se les mostraba (sin explicitarla) la distribución de riqueza en Suecia (donde el 38 por 100 de la riqueza pertenece al 20 por 100 más rico de la población), confrontando los datos con los de Estados Unidos (donde el 20 por 100 más rico posee el 84 por 100 de la riqueza), el 92 por 100 de los encuestados preferían la distribución sueca; por otra parte, decían no tener idea hasta entonces de cuál era la distribución de la riqueza en Estados Unidos. Creían que el 20 por 100 más rico controlaba el 58 por 100 de la riqueza, y no el 84 por 100 como sucedía realmente. En cualquier caso, el porcentaje estaba muy lejos del 32 por 100 que entendían que podría ser el adecuado[1].

¿Pero por qué son tan débiles entonces los movimientos políticos que en Estados Unidos pretenderían rectificar esa distribución tan desigual, comparada con la que creen que debería darse? La respuesta radica principalmente en la intensa hostilidad popular hacia las intervenciones del Estado, que impide que la única institución capaz de rectificar las disparidades de renta y riqueza pueda hacer prácticamente nada en ese sentido. En el debate sobre la ley de cuidados sanitarios de Obama, por ejemplo, los republicanos no se oponían al principio del acceso universal a una atención sanitaria decente, pero denunciaban violentamente el derecho del Estado «niñera» a regularla o a regular los comportamientos individuales. Y lo mismo sucede con cualquier propuesta fiscal para redistribuir la riqueza de los ricos entre los más pobres. En los últimos tiempos la redistribución ha ido de hecho en la dirección opuesta, en nombre de la austeridad, la reducción del déficit presupuestario, la reducción de impuestos y el deseo de mantener un Estado más reducido y menos invasivo. No es difícil concluir que el intenso interés del capital en ejercer una presión a la baja sobre los salarios está por detrás de esas maniobras presupuestarias y fiscales.

Las luchas por la distribución de la riqueza y la renta no son las únicas importantes a este respecto. Las luchas por el reconocimiento, el respeto, la auténtica igualdad ante la ley, los derechos ciudadanos, las libertades culturales y religiosas, las representaciones políticas adecuadas, las oportunidades educativas y el acceso al empleo, o incluso sobre el derecho a la pereza. Muchas de esas luchas son colectivamente emprendidas por sectores particulares de la población que tratan de enderezar las cosas u obtener ventajas según el caso (por ejemplo mujeres, grupos LGBT, minorías raciales, étnicas o religiosas, ciudadanos de la tercera edad, sindicatos, cámaras de comercio, por no hablar de las instituciones sociales y políticas

[1] Michael Norton y Dan Ariely, «Building a Better America – One Wealth Quintile at a Time», *Perspectives on Psychological Science*, vol. 6, 2011, p. 9.

que tratan de defender los intereses de los trabajadores). El flujo y reflujo de esas luchas sociales da lugar a diversos resultados, muchos de los cuales tienen consecuencias colaterales en cuanto a la distribución de la riqueza y la renta. La igualdad de oportunidades en la educación, por ejemplo, tiene claros efectos sobre la futura distribución de la renta.

El capitalismo, en su conjunto, está plagado de tales conflictos y enfrentamientos; pero la cuestión que pretendo plantear aquí es mucho más limitada. ¿En qué medida descansa el capital, entendido como organización del motor económico de su circulación y acumulación, sobre ciertos principios básicos para la distribución de la riqueza y la renta? ¿Se pueden atribuir los grandes cambios constatables en la distribución de la renta que han tenido lugar durante los últimos cuarenta años a la reconfiguración de las contradicciones internas del capital? Y por último: ¿supone la contradicción intensificada entre pobres y ricos una amenaza para la reproducción de este?

Las pruebas estadísticas confirman la adaptabilidad del capital a distribuciones de la renta y la riqueza muy diversas; pero aunque evidentemente no exista una única distribución posible que pueda ser considerada óptima desde el punto de vista de su reproducción y crecimiento, nadie cree que sea posible una distribución totalmente equitativa. Se ha sugerido, no obstante, que distribuciones muy desequilibradas podrían suscitar conflictos, no sólo debido a la inestabilidad y agitación social que pueden provocar (un temor que el FMI y las conferencias de Davos de las élites capitalistas globales acostumbran a evocar), sino debido a que las pruebas históricas sugieren que las grandes desigualdades podrían anunciar grandes crisis macroeconómicas, porque la contradictoria unidad entre producción y realización se hace mucho más difícil de mantener en equilibrio cuando la realización depende de los caprichos y hábitos discrecionales de la gente rica más que de las sólidas y fiables demandas no discrecionales de los trabajadores pobres. La última vez que Estados Unidos experimentó niveles de desigualdad parecidos a los que prevalecen ahora fue durante la década de 1920 y ello desempeñó evidentemente un importante papel en el fomento, si no el desencadenamiento, de la depresión de la década siguiente. La situación parece hoy comparable a grandes rasgos. ¿Podemos esperar salir del actual estancamiento sin reordenar radicalmente los dispositivos de distribución de la renta y la riqueza?

Consideremos algunas tendencias recientes en ese terreno. Un informe de Oxfam ofrece la siguiente descripción:

> Durante los últimos treinta años la desigualdad ha aumentado espectacularmente en muchos países. En Estados Unidos la proporción de la renta nacional correspondiente al 1 por 100 más favorecido de la

> población se ha duplicado desde 1980, pasando de 10 al 20 por 100. Para el 0,01 por 100 de los más ricos se ha cuadruplicado hasta niveles nunca vistos. A escala global, para el 1 por 100 más favorecido (60 millones de personas) y en particular para el 0,01 por 100 más selecto (600.000 individuos; hay alrededor de 1.200 milmillonarios en el mundo) los últimos treinta años han supuesto un increíble frenesí de enriquecimiento. Esto no se limita a Estados Unidos, ni siquiera a los países ricos. En el Reino Unido la desigualdad está volviendo rápidamente a niveles no conocidos desde la época de Charles Dickens. En China, el 10 por 100 más rico se queda ahora con alrededor del 60 por 100 de la renta nacional. Los niveles de desigualdad en China son similares ahora a los de Sudáfrica [el país más desigual del mundo donde los ingresos son] significativamente más desiguales que en el momento final del *apartheid*. En muchos de los países más pobres la desigualdad también ha aumentado rápidamente. Globalmente, la renta del 1 por 100 más favorecido ha aumentado un 60 por 100 en veinte años. El porcentaje de aumento de la renta del 0,01 por 100 más rico ha sido aún mayor.

La crisis iniciada en 2007-2009 empeoró aún más las cosas: «Los cien milmillonarios más ricos añadieron 240 millardos de dólares a su riqueza en 2012, esto es, lo suficiente para acabar con la pobreza en el mundo cuatro veces»[2]. Ahora hay milmillonarios por todo el mundo, muchos de ellos en Rusia, India, China, Brasil y México, sumándose a las elites de los países tradicionalmente más ricos de Norteamérica, Europa y Japón. Uno de los cambios más significativos es que el ambicioso ya no tiene que emigrar a los países ricos para hacerse milmillonario, sino que puede permanecer en su casa en India (donde el número de milmillonarios se ha más que duplicado en los últimos años), Indonesia u otro país. Como concluye Branko Milanovic, estamos asistiendo al auge de una plutocracia global en la que el poder «pertenece a un número relativamente pequeño de gente muy rica»[3]. La amenaza en la economía global para la unidad contradictoria entre producción y realización es palpable.

Pero según otros criterios, el mundo es ahora mucho más igualitario que en otras épocas. Millones de personas han escapado de la pobreza, debido en gran medida al fenomenal crecimiento de China, junto con sustanciales brotes de crecimiento en los demás países BRIC (Brasil, Rusia e India). Las disparidades *entre* países en la distribución global de la riqueza y la renta se han reducido mucho con el aumento de la renta per cápita

[2] Oxfam, «The Cost of Inequality: How Wealth and Income Extremes Hurt Us All», Oxfam Media Briefing, 18 de enero de 2013 [ed. cast.: «El coste de la desigualdad: cómo la riqueza y los ingresos extremos nos dañan a todos», Oxfamblogs.org/lac].

[3] Branko Milanovic, *Worlds Apart. Measuring International and Global Inequality*, Princeton, Princeton University Press, 2005, p. 149 [ed. cast.: *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid, Sistema, 2006].

en muchos países en vías de desarrollo. La transferencia neta de riqueza de Oriente a Occidente que había prevalecido durante dos siglos se ha invertido y Asia oriental en particular ocupa ahora un lugar destacado como motor de la economía global. La recuperación de esta (por anémica que sea) desde los traumas de 2007-2009 se ha basado en gran medida, visto desde 2013, en la rápida expansión de los llamados mercados «emergentes» (principalmente los países BRIC). Este desplazamiento se ha extendido incluso a África, que era la parte del mundo que parecía haber escapado casi enteramente a los efectos de la crisis. El impacto desigual de la crisis en Europa, no obstante, significó una rápida ampliación de las disparidades en el bienestar económico entre los países del sur y los del norte. Pero ninguna de esas tendencias parece demasiado estable. Bastó insinuar un cambio en la política monetaria de la Reserva Federal a mediados de 2013, por ejemplo, para observar una inmediata fuga de capitales de los mercados emergentes, que cayeron en un desmayo, aunque resucitaron en cuanto la Reserva Federal anunció que estaba repensándose sus planes.

Durante los últimos cuarenta años se han producido cambios en dos sentidos opuestos: por un lado, una tendencia general hacia una nivelación de la renta per cápita y los ingresos en distintos países (dejando a un lado los que, como Grecia, se han visto más duramente golpeados por la reciente crisis) y, por otro, espectaculares aumentos en las diferencias de renta y riqueza entre los individuos y grupos sociales de casi cualquier país del mundo. Muy pocos países o regiones han contradicho esta tendencia, estando situados además en los márgenes de la economía global (como Bután o durante un tiempo el estado de Kerala en India). Sólo en América Latina hemos visto cierta reducción de las desigualdades sociales como consecuencia de la acción del gobierno. Las diferencias en riqueza monetaria son mucho más difíciles de estimar que en la renta, pero en ciertos aspectos la riqueza monetaria es más importante, ya que su relación con el poder político viene de más atrás y es, por lo tanto, más sólida. La medición de la riqueza monetaria es complicada, porque la valoración de ciertos activos –desde las colecciones de arte a las joyas u otros artículos de lujo– carece de criterios universales y además fluctúa enormemente, como sucede con el valor de mercado de las acciones y participaciones en empresas. Aun así, en la mayoría de los países la distribución de la riqueza monetaria parece aún más desequilibrada que la de la renta.

¿A qué se deben esas tendencias genéricas a escala planetaria? ¿Hay alguna razón en la evolución contradictoria del capital que las haga inevitables o cuando menos necesarias para la supervivencia y reproducción del mismo? ¿Indican las distribuciones de riqueza y renta cada vez más desequilibradas en tantos países la existencia de una contradicción en desarrollo, y en tal caso, qué tipo de trayectoria sigue (por ejemplo, cíclica o

lineal)? ¿Explica esa evolución los crecientes niveles de agitación e inestabilidad social como se constataron en 2013 desde Estocolmo hasta Estambul y en un centenar de ciudades en Brasil? ¿Anuncia una crisis macroeconómica hosca y todavía incipiente?

La respuesta a esas preguntas requiere que estudiemos antes hasta qué punto la desigualdad es fundamental para el capital. La desigualdad deriva del simple hecho de que el capital se constituye social e históricamente como un dominio de clase sobre el trabajo. La distribución de la renta y riqueza entre capital y trabajo tiene que ser sesgada para que el capital se pueda reproducir. La igualdad en la distribución y el capital son cosas incompatibles. Ciertas disparidades en la distribución preceden de hecho al ascenso del capital. Los trabajadores deben ser desposeídos de la propiedad y el control sobre sus propios medios de producción si se quiere que se vean obligados al trabajo asalariado para sobrevivir. Esa condición referida a la distribución precede a la producción de plusvalor y debe mantenerse con el tiempo. Una vez que la circulación y acumulación de capital se generalizan, el nivel salarial debe mantenerse dentro de unos límites que permitan la obtención de beneficios. Cualquier intento de maximizar éstos significa reducir los niveles salariales o incrementar la productividad del trabajo. La intensificación de la competencia entre capitales conduce a una reducción general de salarios, quiéranlo o no los capitalistas individuales. La proporción en que se reparte el excedente entre salarios y beneficios es consecuencia de cierta combinación de la escasez de mano de obra y el curso de la lucha de clases. La configuración resultante es geográficamente desigual.

La clase capitalista debe recibir una proporción suficiente del valor social producido que (a) la incentive proporcionándole condiciones de consumo privilegiadas como clase ociosa, y (b) entregue un excedente suficiente para mantener en marcha el motor económico del capital y su expansión acelerada y sin trabas. El «dilema fáustico» que acecha en el pecho de cada capitalista entre el disfrute personal y la reinversión sólo se puede resolver con una considerable generación y apropiación de excedente. Siempre tiene que fluir una cantidad desproporcionada de excedente hacia el capital, a expensas del trabajo; ésa es la única posibilidad para que el capital se reproduzca.

Los mayores recursos económicos que afluyen al capital le permiten, y sólo a él, invertir y crear empleos en una economía puramente capitalista. Esto proporciona la razón esgrimida por la derecha en pro de las políticas públicas (en particular, los dispositivos fiscales) que favorecen al capital frente al trabajo. Aunque la distribución desigual de la renta pueda parecer injusta, se dice, de hecho favorece al trabajo porque el capital puede así crear empleos, y cuanto mas posea la clase capitalista mayor será la creación de puestos de trabajo. Desgraciadamente esa historia no es del todo cierta; el capital solo reinvierte en creación de empleos cuando esa

actividad es rentable. Las últimas tres recesiones en Estados Unidos han sido seguidas por recuperaciones sin creación de empleo porque faltaban oportunidades rentables, aunque los niveles salariales estuvieran cayendo y hubiera en todas partes excedentes obvios de mano de obra. El capital o bien «almacenaba» su dinero o utilizaba sus rentas excedentes para especular en bolsa, en el mercado inmobiliario, en compra de activos (en particular recursos y tierra) o jugando como en un casino con instrumentos financieros nuevos e inestables. Si invertía algo en la producción, era en tecnologías de ahorro de trabajo que aumentaban el desempleo, más que en la creación de puestos de trabajo.

Entretanto, la creciente concentración y centralización de renta y riqueza en la clase capitalista le permitió ejercer una influencia y control desproporcionado sobre los medios de comunicación (opinión pública) y sobre el aparato del Estado capitalista. El capital se procuró un acceso privilegiado a la protección de un Estado que proclama su monopolio sobre el uso legítimo de la violencia y sobre los medios de creación de dinero. Aprovecha esos privilegios para proteger sus intereses y perpetuar su poder. Los bancos centrales siempre rescatan a los bancos, pero nunca al pueblo, mostrando la deriva hacia la formación de una plutocracia global y el increíble aumento en la disparidad de riqueza y renta en la mayoría de los países del mundo

Las necesidades y estrecheces de los trabajadores, al otro lado de la frontera entre clases, no significan apenas nada para el capital, excepto cuando su demanda agregada total es insuficiente para la realización de la acumulación de capital en el mercado. Al capital le interesa, en lo inmediato, mantener tan bajos como sea posible los niveles salariales. Esto define una contradicción intrínseca, como vimos, entre realización y producción. La capacidad de los capitalistas para gestionar el nivel de los salarios descansa en la disponibilidad de un «ejército de reserva industrial» de trabajadores excedentes. La función de esa reserva es proporcionar la mano de obra requerida para la futura expansión del capital al mismo tiempo que actúa como un peso muerto sobre las aspiraciones de los ya empleados cuando intentan mejorar sus remuneraciones y las condiciones de trabajo. El ejército industrial de reserva es de dos tipos: en primer lugar están los trabajadores desempleados; en segundo lugar, las innovaciones tecnológicas que mejoran la productividad laboral dan lugar a despidos y desempleo. El capital adquiere así un considerable poder sobre la oferta de trabajo excedente al mismo tiempo que gestiona su propio nivel de demanda. Con otras palabras, el capital participa tanto en la producción de desempleo como en la creación de puestos de trabajo. Los incentivos fiscales para inducir a los capitalistas a reinvertir pueden llevar tan fácilmente a la eliminación de puestos de trabajo como a su creación (hecho que se menciona

rara vez en las discusiones políticas sobre el tema, aunque sea algo obvio para cualquier trabajador despedido por razones tecnológicas).

En segundo lugar, hoy día todavía hay reservas latentes en forma de grandes poblaciones campesinas, autoempleados, mujeres y niños que no han sido todavía sometidos al trabajo asalariado. El reciente y enorme incremento del trabajo asalariado en China ha supuesto una transformación de ese tipo. África conserva una vasta reserva potencial de mano de obra todavía por movilizar. Gran parte del crecimiento que se ha producido en los países BRIC y en otros lugares ha supuesto una movilización de esa reserva latente. En los países capitalistas avanzados la inserción de mujeres en la mano de obra asalariada desempeñó en otro tiempo una función análoga aunque el depósito de mano de obra rural excedente sólo estaba empezando a agotarse. Esa reserva latente no tiene por qué estar disponible *in situ*. Desde la década de 1960 los capitalistas alemanes recurrieron a la mano de obra turca, los franceses a la magrebí, los suecos a los antiguos yugoslavos, los británicos a su antiguo imperio y los estadounidenses a los mexicanos como mano de obra inmigrante. Cuando se despertó una creciente inquina contra los inmigrantes en la clase obrera tradicional, el capital emigró a las maquilas mexicanas y las fábricas chinas y bangladeshíes, en un desplazamiento masivo hacia donde se podía disponer de mano de obra excedente. Y aunque el capital no llegue a emigrar, la sola amenaza de que pudiera hacerlo sirve a menudo para mantener apaciguados a los trabajadores en sus reivindicaciones.

No nos entretendremos en los detalles intrincados de esa dinámica. Lo único que nos importa es registrar claramente con qué medios generales puede mantener controlada el capital la participación del trabajo en la renta nacional y cómo puede gestionarla, incluso frente a fuertes corrientes de oposición organizada y al peligro de desencadenar una crisis de realización estrangulando la demanda efectiva de los trabajadores. Es obvio que así lo ha hecho durante los últimos cuarenta años, combinando los cambios tecnológicos que ahorran trabajo con una globalización aleatoria, incluso cuando la intensificación de la competencia internacional ejercía presiones a la baja sobre la tasa de beneficio no compensadas por al aumento de la tasa de explotación de la mano de obra. El efecto neto ha sido una tendencia global a la reducción de la cuota percibida por los trabajadores del producto social, que es lo que subyace a las crecientes diferencias en la distribución individual de riqueza y renta prácticamente en cualquier rincón del planeta.

Hay que poner en su lugar sin embargo otra pieza del rompecabezas. La ventaja obvia que obtiene el capital de una vasta reserva de mano de obra excedente plantea el problema de la supervivencia de esos trabajadores excedentes mientras están desempleados. En el caso de las reservas latentes, el problema se resuelve a menudo mediante lo que se llama «proletarización

parcial». Allí donde esa reserva de mano de obra es extraída de regiones rurales, los trabajadores pueden regresar a su aldea cuando pierden el empleo y ganarse allí la vida como venían haciendo tradicionalmente. Gran parte de los costes de reproducción y del cuidado de los niños corre también a cargo de las áreas rurales a cuenta de las remesas enviadas a casa por los trabajadores urbanos, como ha venido sucediendo en China, por ejemplo. También se aplica a los trabajadores inmigrantes en Estados Unidos (en particular a los indocumentados), que vuelven a México, donde nacieron, cuando son despedidos o caen enfermos (debido por ejemplo a una exposición excesiva a los pesticidas). Pero esto evidentemente no sirve cuando familias enteras emigran a la ciudad y abandonan sus lazos rurales. Surgen entonces economías informales (incluidas las que suponen actividades criminales) para sobrevivir marginalmente en alojamientos de bajo coste en chabolas, villas-miseria y favelas. Los desempleados se ganan la vida como pueden en esas áreas urbanas hiperdegradadas, lo que define, por supuesto, una forma y un nivel de vida, y lo que es aún más importante para el capital, un coste de la vida que sirve como límite inferior para los niveles salariales en el sector formal. Aproximándose a ese límite inferior los capitalistas pueden reclutar fácilmente trabajadores entre el excedente que sobrevive en el sector informal.

En los países capitalistas avanzados ese límite inferior para los niveles salariales queda fijado por el nivel de ayudas sociales y el seguro de desempleo logrado mediante un larga historia de lucha de clases. Esto ha llevado a los teóricos de derechas a argumentar que el desempleo surge porque el nivel de vida del que «disfrutan» los desempleados es demasiado alto. ¡La mejor forma de combatir el desempleo sería pues reducir los subsidios de desempleo! Los patronos que no pueden producir rentablemente porque el nivel salarial es demasiado alto, contarían entonces con oportunidades de empleo más barato. Existen ciertas pruebas de que efectivamente puede suceder algo así. El problema es, por supuesto, que los niveles salariales pueden caer para el conjunto de la fuerza de trabajo sin generar necesariamente nuevos empleos, contribuyendo así a una mayor tasa de explotación de los trabajadores, y *caeteris paribus*, a mayores beneficios para el capital y diferencias de renta más altas. Éste fue uno de los efectos de la reforma del sistema de bienestar impulsada por el presidente Clinton en Estados Unidos y la introducción de requisitos obligatorios de formación profesional, de adquisición de experiencia laboral y de realización de trabajos gratuitos para la comunidad [*Workfare*] para los perceptores de subsidios en 1995. Las condiciones mucho más estrictas de los subsidios de desempleo para los parados acaban incrementando por supuesto el vasto depósito de desempleados golpeados por la pobreza que no pueden encontrar un empleo porque no se genera ninguno en un ambiente gobernado por las fuerzas gemelas de la globalización

(y la competencia con enormes reservas latentes de mano de obra) y los cambios tecnológicos que ahorran trabajo. Clinton ha sido generosamente recompensado desde entonces por las organizaciones patronales, ganando unos 17 millones de dólares en 2012 por sus conferencias, principalmente ante grupos empresariales.

El planteamiento neoliberal de la gestión de la fuerza de trabajo parte de ese principio e incluye una amplia ofensiva contra todas aquellas instituciones –como los sindicatos y los partidos políticos socialistas– que han luchado durante mucho tiempo para proteger a los trabajadores frente a los peores efectos de las oleadas periódicas de desempleo masivo. La situación que prevalece en la reserva de mano de obra se ha deteriorado por ello marcadamente desde la década de 1980 por razones políticas y estratégicas. El capital ha venido de hecho profundizando las desigualdades de renta y la pobreza a fin de incrementar sus beneficios.

Este resumen está evidentemente supersimplificado, pero proporciona una clara ilustración de cómo se ha manifestado históricamente la unidad contradictoria entre producción y realización durante los movimientos cíclicos en las disparidades de renta, que han oscilado enormemente, pasando de ser relativamente reducidas a explosivamente expansivas. También han influido notablemente los cambios en la ortodoxia económica. Como ya se ha señalado, durante las décadas de 1950 y 1960 la gestión keynesiana de la demanda dominó el pensamiento económico, pero desde 1980, poco más o menos, dominan las teorías monetaristas por el lado de la oferta.

Esto nos retrotrae a la cuestión de qué nivel de desigualdad social es aceptable o deseable en el capitalismo. Un igualitarismo económico completo es evidentemente imposible, a diferencia de lo que afirma la teoría política liberal, que defiende (en teoría) la igualdad absoluta de los derechos políticos, legales y de ciudadanía. La distancia entre derechos económicos y políticos es palpable, ¿pero en qué momento se agudiza la contradicción entre la producción de riqueza y pobreza aquí señalada como fundamental para el capital, convirtiéndose en origen de una nueva crisis? A este respecto cabe distinguir al menos dos formas.

Las desigualdades crónicas producen desequilibrios entre producción y realización. La escasez de demanda efectiva entre las masas frena o bloquea una circulación fácil del capital. Las políticas de austeridad, ampliamente aplicadas en gran parte del mundo capitalista en los últimos tiempos, reducen la demanda efectiva y obstaculizan la creación de oportunidades de beneficio. Esto explica la situación actual en Estados Unidos, donde los beneficios de las empresas se han mantenido en un máximo histórico, mientras que la reinversión ha sido muy escasa. La segunda vía de generación de una crisis viene dada por niveles inaceptables de desigualdad que

alimentan el descontento social y los movimientos revolucionarios. Esta amenaza no se limita a situaciones de privación absoluta, sino que puede surgir también de una privación relativa, en particular cuando está vinculada a la situación económica inferior de determinados grupos religiosos, étnicos, de género o raciales. La agitación obrera y los levantamientos urbanos en la década de 1960 en Estados Unidos fueron de este tipo. La agitación social en Brasil en 2013 surgió en un momento de modestas reducciones de la desigualdad y podría atribuirse en parte a las crecientes expectativas entre las poblaciones hasta ahora marginadas y al fracaso de los servicios y provisiones públicas en satisfacer sus demandas.

Nada de esto explica la increíble concentración de riqueza de una plutocracia global emergente en lo más alto de la distribución de la renta, pero sí existe una explicación estructural, que pivota en torno al creciente papel del capital comercial, financiero y mediático. Las tecnologías de la información en rápida evolución y las revoluciones espacio-temporales en las comunicaciones han incrementado sustancialmente las posibilidades de movilidad geográfica del capital-dinero, lo que ha motivado un desplazamiento en la jerarquía del capital hacia la financiarización global. Los cambios dinámicos que ocurren en varias de las contradicciones del capital han interactuado de hecho de tal forma que esa financiarización ha ampliado las disparidades de renta y riqueza. Permítaseme detallarlo.

A lo largo de la historia del capital ha habido varias oleadas de financiarización (en la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo). Lo que singulariza la fase actual es la tremenda aceleración en la velocidad de circulación del capital-dinero y la reducción de los costes de las transacciones financieras. La movilidad del capital-dinero con respecto a la de otras formas de capital (en particular, mercancías y producción) se ha incrementado espectacularmente. La tendencia del capital a la aniquilación del espacio mediante el tiempo desempeña en esto un gran papel. Como explica Craig Calhoun en un reciente ensayo, «facilita la "destrucción creativa" de las estructuras existentes del capital (esto es, modos específicos de producción industrial) e incita al desarrollo de nuevas tecnologías», lo que a su vez promueve «el desarrollo de nuevos productos, procesos y lugares de producción». Los desarrollos geográficos desiguales se hacen aún más pronunciados a medida que el capital busca y se desplaza a nuevas localizaciones de costes bajos. La presión ejercida por las finanzas «impulsa a la inversión a la busca de beneficios a un plazo cada vez más corto y recorta el crecimiento a largo plazo y más profundo. También produce burbujas y pinchazos especulativos. Incrementa la presión del mercado sobre las empresas cuyo rendimiento es inferior a la media, provocando la desinversión en negocios todavía rentables, ejerciendo una presión a la baja sobre los salarios y reduciendo la tendencia del capitalismo industrial a compartir los beneficios mediante

el aumento de salarios. *Intensifica la desigualdad*» (la cursiva es mía). Pero la financiarización a todo tren también «produce rendimientos sobre la riqueza invertida que sobrepasan con mucho los beneficios derivados del empleo. Recompensa a los comerciantes más que a los productores materiales […] Hace que todos los demás tipos de negocio paguen más por los servicios financieros. El fondo de primas en 2010 para los empleados del sector de activos financieros en la ciudad de Nueva York fue, por sí solo, de 20,8 millardos de dólares; los veinticinco directores mejor retribuidos del sector de los *hedge funds* ganaron 22,7 millardos de dólares. Y esto sucedió *después* de que la licuefacción del mercado revelara el daño que la financiarización estaba haciendo a la economía en general»[4]. Pero se benefician los intermediarios de todo tipo, y no sólo los que comercian con dinero. Los que comercian con información y todos los accesorios de la economía del espectáculo y la fabricación de imágenes y deseos fetiche forman parte también del trato, así como todos los que comercian con futuros, por ficticios que éstos puedan resultar. Los intermediarios y rentistas, así como los financieros, aparecen así como los árbitros de la acumulación de capital respecto al capital industrial. Por eso es por lo que la distribución de riqueza y renta viene siendo tan distorsionada desde la década de 1970.

Pero esto ha privado de seguridad al capital, haciéndolo más volátil y más proclive a las crisis, debido a las tensiones resultantes entre producción y realización del valor social cuando los principales árbitros de la acumulación de capital no tienen apenas nada que ver con la producción real. El motor del capitalismo viene rechinando bajo esa tensión y podría fácilmente estallar (China sería casi con seguridad el centro de esa explosión) o encallarse (como parece el resultado más probable en Europa y Japón en este momento).

En todo esto existe, a mi parecer, una profunda paradoja. Históricamente, el capital industrial desarrolló una poderosa lucha para liberarse de las cadenas de los terratenientes que extraían rentas, los financieros usureros y los comerciantes que pretendían robar o comprar barato y vender caro en mercados desparejamente construidos. El capitalismo del siglo XXI parece estar tejiendo ahora una red de restricciones en las que los rentistas, los comerciantes, los magnates de los medios y las comunicaciones y sobre todo los grandes financieros exprimen despiadadamente el fluido vital del capital industrial productivo, por no hablar de los trabajadores empleados. No es que el capital industrial desaparezca, sino que simplemente se ha convertido en vasallo del capital que adopta esas otras formas más fantásticas y virulentas.

---

[4] Craig Calhoun, «What Threatens Capitalism Now?», en Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian y Craig Calhoun, *Does Capitalism Have a Future?*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

Ha surgido una forma de capital implacablemente dinámica en el terreno de los cambios tecnológicos y en la globalización de las relaciones sociales, pero que no presta ninguna atención a las condiciones en las que el trabajo social produce, y a la que incluso parece no preocuparle demasiado si se lleva a cabo efectivamente la producción. Sin embargo, si todos los capitalistas tratan de vivir de las rentas, el interés, el beneficio del capital comercial y mediático, o incluso peor, especulando en la bolsa o gastando alegremente las ganancias del capital (como sucede con el 1 por 100 más beneficiado por sus ingresos en Estados Unidos), sin producir valor social, el único resultado posible es una crisis calamitosa. Una economía política de ese tipo también responde a la concentración y centralización de un inmenso poder, privilegio y riqueza económica en manos de los capitalistas comerciales, mediáticos y financieros y de los rentistas. El surgimiento de tal plutocracia es tristemente muy evidente. El hecho de que le vaya tan bien mientras que a la gran mayoría de la gente le va tan mal es difícil de disfrazar. La gran pregunta es si puede surgir y cuándo un movimiento político de masas de los desposeídos para retomar lo que se les ha arrebatado.

Esto nos deja ante una cuestión residual decisiva: si las inmensas disparidades actuales de riqueza y renta son un reflejo del auge de esta nueva forma del capital, ¿cuáles fueron las contradicciones que permitieron el ascenso de la misma? Ésta es una cuestión crucial que trataremos más adelante en el contexto de las contradicciones peligrosas, y no fue, según pretendo mostrar, un mero accidente histórico.

Las consecuencias políticas de todo esto para una estrategia anticapitalista son bastante simples pero de gran alcance. Si, por ejemplo, los datos de las encuestas en Estados Unidos son creíbles, cabe deducir la existencia de un enorme apoyo público a un movimiento de reforma que produzca resultados más igualitarios que los actuales, si bien demanda que no sea el Estado el instrumento que lo lleve a cabo. Habría un apoyo muy amplio para iniciativas de control por parte de los trabajadores, economías solidarias y estructuras comunitarias y cooperativas autónomas. Cabe mencionar el ejemplo de Arrasate-Mondragón, la cooperativa de trabajadores de mayor envergadura y duración en toda Europa, que se ufanaba de su gestión colectiva y en la que hasta muy recientemente la disparidad de renta no llegaba al tres a uno (frente a la relación de 350 a 1 en una típica empresa estadounidense).

También en este caso vemos el valor potencial de una categoría muy importante de acción política. Se trata de la idea de «reforma revolucionaria». Dicho simplemente, la reducción de las disparidades de riqueza y renta desde sus niveles actuales no desafiaría un ápice la reproducción del capital. De hecho, para que el capital sobreviva en la coyuntura actual, se puede argumentar plausiblemente que tal reducción es absolutamente necesaria,

porque las disparidades actuales amenazan convertirse en una contradicción absoluta debido a los crecientes desequilibrios y a la incapacidad para gestionar la unidad contradictoria entre producción y realización. Pero si la teoría de las desigualdades necesarias del capital es correcta, entonces llegará un momento en que un programa para reducir las desigualdades de riqueza y renta amenazará la reproducción del capital. Una vez que se pone en marcha un movimiento hacia la contracción de los beneficios, puede amenazar en último término el fluido vital del capital como compensación por la forma en que absorbe sistemáticamente el fluido vital del trabajo. Nadie sabe exactamente dónde podría estar el punto de ruptura, pero seguramente se producirá mucho antes de que se alcancen los niveles de igualdad preferidos por la opinión pública estadounidense. Un movimiento de reforma para reducir la desigualdad social puede convertirse en la punta de lanza para una transformación revolucionaria.

CONTRADICCIÓN 13
REPRODUCCIÓN SOCIAL

EN UN TIEMPO ya pasado se podía decir razonablemente que al capital no le importaban un comino las necesidades y carencias de los trabajadores, dejando a la iniciativa e ingenio de éstos su reproducción biológica, psicológica y cultural a partir del salario mísero que les proporcionaba. Los trabajadores se sometían en su mayor parte, porque no tenían otra opción. Ésta era la situación con la que se encontró Marx, y probablemente fue por eso por lo que dejó a un lado la cuestión de la reproducción social de la fuerza de trabajo en su teorización de la economía política del capital. Pero dicho con mucha sencillez y sin entrar en honduras, si los trabajadores no se reproducen o están condenados a una muerte prematura en las minas y en las fábricas (o se suicidan debido al agobio que sufren, como viene sucediendo regularmente en las fábricas chinas) y si el fácil acceso del capital al excedente de mano de obra se ve bloqueado de algún modo, entonces tampoco se puede reproducir el capital. Marx reconoció este peligro cuando explicó claramente por qué había que poner límites a la exorbitante duración de la jornada laboral y las asesinas tasas de explotación, y que la legislación estatal sobre esta cuestión era tan importante para proteger la reproducción del capital como para proteger la vida de los trabajadores. La contradicción entre las condiciones requeridas para asegurar la reproducción social de la mano de obra y las necesarias para reproducir el capital han estado siempre presentes, aunque fuera en forma latente; pero durante los dos últimos siglos ha evolucionado hasta convertirse en una contradicción mucho más destacada y compleja, cargada de posibilidades peligrosas y llena de manifestaciones y consecuencias de gran alcance, aunque su desarrollo geográfico sea muy desigual.

Esta contradicción cobró mayor importancia con el auge del sistema fabril y la creciente complejidad de los sistemas de producción capitalistas. Mientras que las habilidades tradicionales de los artesanos perdían importancia, el capital se interesó mucho más por la disponibilidad de una mano de obra modestamente educada, alfabetizada, flexible, disciplinada y lo bastante aquiescente como para cumplir la variedad de tareas que se le encomendaban en la era de las máquinas. La inserción de cláusulas

relativas a la educación en la *Factory Act* [Ley de Fábricas] inglesa en 1864 señalaba ese creciente interés del capital por las capacidades y habilidades de los trabajadores, que suponía intervenciones limitadas en la vida de éstos fuera de la fábrica. En el conjunto del capitalismo, esa preocupación por la reproducción de una fuerza de trabajo de determinada calidad coincidía en muchos lugares del mundo con un proyecto político asumido por la burguesía reformista para crear una clase obrera «respetable» que se abstuviera de los disturbios y revoluciones y sucumbiera ante las zalamerías que el capital les podía ofrecer. El desarrollo de la enseñanza pública, junto con el socialismo de «gas y agua corriente» que prevalecía políticamente en muchos países del mundo capitalista, mejoró ciertamente la suerte de los obreros con un empleo regular y lo hizo de tal modo que permitió la ampliación de la representación política (el derecho de voto y con él cierta influencia en la política pública) hasta llegar al sufragio universal.

El creciente interés por la instrucción de la mano de obra y la movilización de recursos financieros para llevar a cabo esa tarea ha sido un rasgo importante de la historia del capital, aunque tampoco era desinteresado ni se ha desarrollado sin complicaciones derivadas de la dinámica de la lucha de clases entre el capital y el trabajo, ya que lo que estaba en cuestión, como se señaló anteriormente, es qué le interesa realmente al capital que los trabajadores aprendan y qué es lo que la clase obrera realmente necesita y desea conocer. En Inglaterra y Francia, por ejemplo, el trabajador autodidacta era una espina permanente en el costado del capital, dado a ideas socialistas utópicas a menudo tremendamente subversivas en torno a posibles alternativas al modo de vida que el capital ofrecía y que se disponía a emprender acciones políticas, cuando no revolucionarias, para dar vida a alguna de ellas. La increíble proliferación de folletos y sectas sediciosas y utópicas en Francia durante las décadas de 1830 y 1840 (asociadas con nombres como los de Fourier, Saint-Simon, Proudhon, Cabet, etc.), tenía como homóloga al otro lado del canal una literatura más sobria pero también persistente sobre los derechos de los trabajadores, la necesidad de poner en pie instituciones y organismos de solidaridad como los sindicatos, y diversos modos de agitación y organización política (cartismo), que contaban con un apoyo al menos parcial de pensadores y practicantes utópicos como Robert Owen. Si eso era lo que iba a aportar la educación de la clase obrera, entonces el capital no la quería en absoluto. Pero frente a la persistente búsqueda de autoemancipación por parte de al menos un sector influyente de la clase obrera, el capital tuvo que inventar algo para sustituirla. Como decía Mr. Dombey en *Dombey and Son*, de Charles Dickens, él no tenía nada que objetar a la educación pública con tal que enseñara al trabajador su lugar en la sociedad. En cuanto a Marx, aunque criticó gran parte de la literatura socialista utópica, la estudió a fondo y trató por

su parte de crear un campo de conocimientos anticapitalistas que sirviera como fuente de ideas para la agitación de ese tipo. ¡No permitiera Dios que los trabajadores leyeran aquellos materiales!

Aunque la educación pública ha hecho mucho por satisfacer la demanda del capital de conformismo ideológico combinado con el ejercicio de habilidades adecuadas al estado de la división del trabajo, no ha erradicado el conflicto subyacente, lo que se debe en parte a la intromisión del Estado para intentar forjar una identidad y una solidaridad nacionales por encima de las clases, enfrentada a la querencia del capital por cierto tipo de individualismo cosmopolita desenraizado que deberían asumir tanto los capitalistas como los trabajadores. Ninguna de esas contradicciones del contenido de la educación pública puede resolverse fácilmente, pero eso no resta valor al hecho simple de que la inversión en educación y formación es una condición *sine qua non* para mejorar la competitividad del capital. Una gigantesca inversión en educación ha sido, por ejemplo, un rasgo distintivo del reciente desarrollo de China, como lo fue antes en Singapur y otros Estados de Asia oriental; y fue así porque la rentabilidad del capital se basa cada vez más en la creciente productividad de una mano de obra muy cualificada.

Pero como sucede tan a menudo en la historia del capital, la educación acabó convirtiéndose también en un «gran negocio». Las asombrosas incursiones de la privatización y el pago de tasas en lo que había sido tradicionalmente una enseñanza pública y gratuita han impuesto cargas financieras a la población al hacer que los deseosos de dar educación a sus hijos tengan que pagar por ese aspecto clave de la producción social. Las consecuencias de crear una fuerza de trabajo instruida pero fuertemente endeudada pueden tardar mucho en revelarse, pero a tenor de las batallas callejeras entre estudiantes y policías en Santiago de Chile desde 2006 hasta el día de hoy, provocadas por la cara privatización de la enseñanza superior, esto también será probablemente una fuente de descontento y conflicto allí donde se intente poner en práctica.

La creación de una fuerza de trabajo altamente productiva dio lugar a la teoría del llamado «capital humano», que es una de las ideas económicas vigentes más disparatadas que cupiera imaginar. Encontró su primera expresión en los escritos de Adam Smith. Tal como él argumentaba, la adquisición de talentos productivos por parte de los trabajadores «mediante la educación, el estudio o el aprendizaje, supone siempre un gasto real, destinado a la preparación del sujeto que los adquiere, y viene a ser como un capital fijo y realizado, por decirlo así, en su persona. Así como esos talentos forman parte del patrimonio del individuo, de igual suerte integran el de la sociedad a la cual aquél pertenece. La destreza perfeccionada de un operario se puede considerar bajo el mismo aspecto que una máquina

o instrumento productivo, que facilita y abrevia el trabajo y que, aunque ocasiona algunos gastos, los retorna acompañados de un beneficio»[1]. La cuestión, por supuesto, es quién paga la factura por la creación de tales talentos –los trabajadores, el Estado, los capitalistas o alguna institución de la sociedad civil (como la Iglesia)– y quién obtiene los beneficios (o el «lucro» en palabras de Adam Smith).

Evidentemente, una mano de obra cualificada y bien entrenada podría esperar razonablemente un mayor nivel de remuneración que la que no lo está, pero eso no es más que un lejano eco de la idea de que un salario más alto es una especie de ganancia por la inversión que los trabajadores han hecho en su propia educación y habilidades. El problema, como señaló Karl Marx en su acerba crítica de Adam Smith, es que el trabajador sólo puede realizar el mayor valor de esas habilidades trabajando para el capital en condiciones de explotación, de forma que en definitiva es el capital y no el trabajador el que cosecha el beneficio de la mayor productividad del trabajo[2]. En tiempos recientes, por ejemplo, la productividad de los trabajadores ha aumentado pero la proporción que se les cede de lo producido ha disminuido. En cualquier caso, si lo que el trabajador posee auténticamente en forma corpórea fuera capital –señalaba Marx–, podría tumbarse y vivir de los intereses de su capital sin trabajar un solo día (el capital, como relación de propiedad, siempre tiene a su alcance esa opción). Por lo que yo sé, la principal consecuencia de la resurrección de la teoría del capital humano, realizada por Gary Becker en la década de 1960, fue enterrar la importancia de la relación de clase entre capital y trabajo y hacerla parecer como si todos fuéramos capitalistas que obtenemos distintas tasas de beneficio de nuestro capital (humano o de otro tipo)[3]. Si los trabajadores reciben salarios muy bajos, se podría entonces argumentar que eso sólo refleja el hecho de que no han invertido suficiente esfuerzo en construir su capital humano, ¡y sólo sería culpa suya que se les pague tan poco!. No cabe pues sorprenderse de que las principales instituciones del capital, desde los departamentos de economía de las universidades hasta el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, abrazaran calurosamente esa ficción teórica, por razones ideológicas y no por sólidas razones intelectuales. Esas mismas instituciones han acogido más recientemente de modo parecido la

[1] Adam Smit, *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, citado en Samuel Bowles y Herbert Gintis, 'The Problem with Human Capital Theory: A Marxian Critique', *American Economic Review*, vol. 65, núm. 2, 1975, pp. 74-82 [ed. cast.: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1958, Libro II, cap. 1, p. 255].

[2] Karl Marx, *Capital*, Volumen 3, cit., pp. 503–505 [ed. alemana: *Das Kapital*, Band III, cit., pp. 483-484].

[3] Gary Becker, *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*, Chicago, University of Chicago Press, 1994 [ed. cast.: *El capital humano*, Madrid, Alianza, 1983].

maravillosa ficción de que el sector informal de la reproducción social que prevalece en muchas ciudades del mundo en vías de desarrollo es de hecho una bullente masa de microempresas que sólo necesitan cierta dosis de microfinanciación (con tasas de interés usurarias que se embolsan al final las principales instituciones financieras) para convertirse en miembros de pleno derecho de la clase capitalista.

Por esas mismas razones estoy muy en desacuerdo con la caracterización de Bourdieu de los talentos personales (que son sin duda de gran importancia en la vida social) como una forma de capital llamada «capital cultural»[4]. Aunque no se puede objetar el papel de tales talentos como confirmación del estatus alcanzado en nuestra sociedad, con lo que contribuyen a la reproducción de las distinciones de clase en el curso de la reproducción social, tratarlos como una forma de capital en el sentido en que estamos utilizando aquí ese término es confuso, por no decir perverso. Supondría algo equivalente a decir que existe cierta forma de acumular riqueza y renta monetarios aprendiendo a apreciar a Scarlatti (si uno es francés) o Snoop Dogg si uno es estadounidense. Donde sí entra la idea de capital cultural (pero no es eso lo que preocupa a Bourdieu) es en la creciente importancia de las marcas y la mercadotecnia en la comercialización de artículos y lugares a fin de asegurar una renta de monopolio (como en el caso de grandes vinos o destinos turísticos). Pero ahí se trata de la elaboración de símbolos de distinción que cuando tienen éxito pueden constituir una fuente permanente de rentas de monopolio y ganancias monetarias. La diferenciación del producto para señalar que mi pasta dentífrica es única y especial ha sido siempre una forma de evitar el efecto nivelador del intercambio en el mercado. Quien inventa el mundo simbólico que hay tras la marca comercial de artículos y lugares –algo vital para la publicidad actual y el sector del turismo– convierte en un gran negocio la manipulación de los deseos humanos para obtener ganancias monetarias que van a parar por supuesto a los bolsillos de los capitalistas que encargan esa ideación de marcas para sus productos, a cuyas cualidades se asignan ciertamente signos de clase e incluso imágenes seductoras de género. El capital utiliza sin duda tales signos de distinción en sus lanzamientos y campañas de venta, pero eso no significa que la distinción sea una forma de capital, como propone Bourdieu, aunque a menudo dé lugar a rentas de monopolio si la distinción es única y original (como una pintura de Picasso).

El capital y el Estado capitalista (aunque sobre todo este último) han mostrado últimamente un profundo interés por aspectos de la reproducción social que afectan a las cualidades competitivas de la fuerza de trabajo. Si cierto país desea hacerse más rico desplazando la cadena de valor añadido

[4] Pierre Bourdieu, «The Forms of Capital», en J. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York, Greenwood, 1986.

de la producción al terreno de la investigación y el desarrollo, recabando así la riqueza que proviene del control de derechos de propiedad intelectual, debe disponer de una mano de obra instruida y científicamente cualificada que habrá que formar en el propio país (de ahí la inmensa importancia de los departamentos de investigación en países como Estados Unidos) o importar del extranjero. La formación de esa fuerza de trabajo tiene que comenzar a edad muy temprana, lo que pone todo el sistema educativo en el punto de mira de las preocupaciones del capital, aunque, como es su costumbre, prefiera no pagar por él si puede evitarlo. En países como Singapur y ahora en China, grandes inversiones estatales en educación a todos los niveles han sido decisivas para su éxito económico.

El contexto tecnológico, rápidamente cambiante, y en particular el progreso de la robotización y la inteligencia artificial, ya señalado anteriormente, ha alterado radicalmente el tipo de cualificación ventajosa para el trabajo, y los sistemas educativos han tardado a veces en responder a las nuevas demandas. Hace más de veinte años, por ejemplo, Robert Reich señaló una incipiente división entre los servicios «simbólico-analíticos» basados en el conocimiento, la producción rutinaria y los servicios «en persona». Entre los «analistas simbólicos» incluía ingenieros, expertos legales, investigadores, científicos, profesores, ejecutivos, periodistas, asesores consultores y otros «trabajadores intelectuales» dedicados primordialmente a reunir, procesar, analizar y manipular información y símbolos como modo de vida. Ese grupo de trabajadores, que Reich estimaba que constituía alrededor del 20 por 100 de la fuerza de trabajo en Estados Unidos, gozaban de una posición privilegiada, en parte porque podían practicar sus actividades en casi cualquier país del mundo. Sin embargo, debían estar bien formados en habilidades analíticas y simbólicas y buena parte de esto comienza en el hogar, donde gracias a sus juguetes electrónicos los niños aprenden desde muy pequeños a usar y manipular datos e información adecuados para una economía incipiente «basada en el conocimiento»[5]. Este grupo constituye el núcleo de un una clase media alta relativamente rica pero muy móvil dentro del capitalismo, que tiende cada vez más a apartarse (y a encerrar su proceso de reproducción social) en enclaves privilegiados separados del resto de la sociedad. Por el contrario, los obreros de la producción tradicional (por ejemplo en el acero y la fabricación de automóviles) y los trabajadores de servicios ordinarios tienen muy poco futuro, en parte porque ésos son los empleos que desaparecerán con mayor probabilidad, y en parte porque es probable que los empleados que sigan existiendo tengan bajos salarios y muy

---

[5] Robert Reich, *The Work of Nations. Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism*, Nueva York, Vintage, 1992 [ed. cast.: *Business class. El trabajo de las naciones*, Madrid, J. Vergara, 1993].

escasos beneficios sociales, debido simplemente a los enormes excedentes de mano de obra ahora disponibles.

El tradicional interés por aumentar la productividad del trabajo de cierto segmento al menos de la mano de obra no abarcaba al principio toda la vida cultural y afectiva del trabajador. Aspectos de la reproducción social como la crianza de los niños o el cuidado de los enfermos y ancianos seguían siendo en muchos casos y lugares tareas del trabajador individual y quedaban fuera de consideraciones del mercado, como sucedía con muchos de los detalles particulares de la vida cultural, pero con las complejidades de la urbanización e industrialización capitalista, el Estado capitalista creyó cada vez más necesario implicarse en la regulación y suministro de servicios sanitarios, educativos, de control social e incluso en el cultivo de ciertos hábitos de comportamiento favorables a la autodisciplina y la ciudadanía en la población en general.

Aunque todo el campo de la reproducción social sea, como dice Cindi Katz, «el material carnoso, desordenado e indeterminado de la vida cotidiana», también es «un conjunto de prácticas estructuradas que se despliegan en relación dialéctica con la producción, con la que mantiene una tensión y un sustento mutuos». La unidad contradictoria entre la reproducción social y la reproducción del capital cristaliza como una contradicción cambiante de singular interés a lo largo de toda la historia del capital. Sus características actuales están a años luz de distancia de las de 1850. «La reproducción social –prosigue Katz– abarca la reproducción cotidiana y a largo plazo, tanto de los medios de producción como de la fuerza de trabajo, para hacerlas funcionar. A su nivel más básico, depende de la reproducción biológica de la mano de obra, tanto de generación en generación como cotidianamente». También abarca la producción y reproducción de habilidades manuales, mentales y conceptuales[6]. Todo esto se alcanza sobre la base del salario individual más el salario social proporcionado por diversas agencias estatales (por ejemplo, educación y sanidad) e instituciones clave de la sociedad civil (por ejemplo, las iglesias y una amplia variedad de ONG filantrópicas).

Desde el punto de vista de los trabajadores, la reproducción social tiene un significado muy particular. Reciben un salario en dinero y deciden cómo gastarlo, algo que en sus primeros tiempos no interesaba al capital; pero ahora ya no es así, como veremos. Lo que los trabajadores necesitan para sobrevivir y reproducirse depende en parte de lo que ellos y sus familias y comunidades pueden hacer por sí mismos. En la reproducción social se absorbe una gran cantidad de trabajo no pagado, la mayor parte

---

[6] Cindi Katz, «Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction», Antipode, Vol. 33, No. 4, 2001, pp. 709–728.

del cual, como han repetido y señalado muy correctamente las feministas, ha corrido a cargo tradicionalmente de mujeres y sigue siendo así hoy. La reproducción social es para el capital un campo amplio y conveniente en el que los costes reales se externalizan a los hogares y otras entidades comunales, distribuyéndose además muy desigualmente entre distintas capas o grupos de la población. En el caso de una proletarización parcial, como señalé anteriormente, casi todos los costes del cuidado de los niños, enfermos y ancianos corresponden a las labores en el hogar de las sociedades campesinas o rurales. En condiciones de democracia social, en cambio, los movimientos políticos han obligado al capital a internalizar parte de esos costes, bien directamente (mediante las pensiones, seguros y asistencia sanitaria prevista en los contratos salariales) o indirectamente (mediante impuestos sobre el capital para mantener el suministro estatal de servicios propio de un Estado del bienestar).

Parte del programa y comportamiento político neoliberal más reciente ha consistido en externalizar en la medida de lo posible los costes de reproducción social, haciendo que los asumiera la población en general, a fin de elevar la tasa de beneficio para el capital reduciendo su carga impositiva. Se argumentaba que el Estado del bienestar resultaba demasiado costoso y que el alivio de los impuestos al capital estimularía un crecimiento económico más profundo y más rápido, lo que a su vez, cuando se difundieran sus ventajas, beneficiaría a todo el mundo. Evidentemente nunca funcionó de esa manera, porque los ricos se apoderaron de prácticamente todos los ahorros sin compartir ninguno de los beneficios (excepto en la forma de cierta filantropía terapéutica moralmente cuestionable).

Los hogares no son, empero, entidades aisladas. Están inmersos en una matriz de interacciones y relaciones sociales, presentes en determinados lugares. Sus tareas son a menudo compartidas: en los barrios estadounidenses de clase media, por ejemplo, el uso compartido de los automóviles, el cuidado de niños, los acontecimientos colectivos como los picnics campestres, las ferias callejeras y las fiestas de bloque forman parte habitual de la vida cotidiana y existe incluso un electorado de «mamás futboleras», que se ha ganado la atención de los políticos. Existen muchos intercambios no monetarios de ayuda mutua dispersos por todas partes, desde ayudar a reparar el automóvil del vecino hasta pintar el patio o contribuir a mantener espacios comunes para su disfrute común. Es evidentemente un conjunto muy variado de prácticas, pero es innegable que en muchos lugares del mundo los hogares colaboran en todo un conjunto de actividades de ayuda mutua que crean cierta apariencia de vida en común. Tales prácticas quedan formalizadas en el establecimiento de asociaciones comunales, asambleas étnicas, organizaciones religiosas, etc., que dedican considerable atención a definir y mantener (a veces represivamente) las condiciones de

vecindad adecuadas para la reproducción social. Tales asociaciones pueden constituir la base de movimientos sociales más amplios, y de ellas proviene mucha de la inspiración para la idea de que es posible otro tipo de vida, distinto del derivado de las puras transacciones mercantiles monetizadas. Eso no significa, sin embargo, que el asalto neoliberal contra el suministro por el Estado de servicios sociales pueda verse contrarrestado por una multiplicación de las prácticas de ayuda mutua, y las pruebas parecen apuntar en sentido contrario, esto es, que la ética individualista y egoísta de maximización de los beneficios mediante la cual funciona el neoliberalismo (junto con otras características como la creciente movilidad geográfica) ha reducido la ayuda mutua como rasgo de la vida social en común, excepto en comunidades que definen sus lazos en términos religiosos o étnicos. Tampoco ayuda en nada la creciente predilección de los consumidores por tratar su hogar como una inversión especulativa a corto plazo más que como un lugar donde establecer una vida coherente y asentada. También es cierto que los modos de vida urbana que produce típicamente el capital (en particular con respecto a la dependencia del automóvil) no favorecen mucho la creación de redes sociales de ayuda mutua que puedan alentar formas de reproducción social más adecuadas y satisfactorias.

Por detrás de todo esto acecha una contradicción incipiente y potencialmente muy dañina que hemos encontrado antes en diversos contextos bajo distintas apariencias. Trabajadores y hogares constituyen una fuente significativa de demanda efectiva y desempeñan un papel importante en la realización de los valores en el mercado. Si producen por su cuenta y para sí mismos fuera de este, se surten menos del mismo y suponen una menor demanda efectiva. Éste es el problema de la proletarización parcial y explica por qué, en determinado momento, suele dar paso (habitualmente bajo la presión del capital) a una proletarización plena. Si se desmantela el Estado del bienestar, con él desaparece buena parte de la demanda efectiva y el terreno para la realización de los valores se contrae. Éste es el problema de la política de austeridad. La contradicción entre la creciente rentabilidad potencial del capital en la producción y su menor rentabilidad potencial en la realización debido a una demanda efectiva insuficiente se intensifica cuando los intentos de gestionar la contradicción entre reproducción social y producción oscilan de un extremo al otro.

Como respuesta parcial a este dilema, en la historia del capital ha habido una larga tendencia a suplantar el trabajo en el hogar por transacciones basadas en el mercado (desde el corte de pelo hasta los platos congelados o la comida rápida, el lavado en seco, el entretenimiento y el cuidado de los niños y los ancianos). La privatización y mercantilización de las tareas personales en el hogar, junto con la creciente intensidad del capital en las tecnologías domésticas (desde las lavadoras y aspiradoras hasta los

hornos de microondas, y por supuesto las propias viviendas y los automóviles), cuya compra supone un considerable gasto (a menudo financiado mediante deudas), no sólo ha transformado radicalmente la naturaleza de las economías de los hogares, sino que también ha revolucionado los procesos de realización del valor del capital en el mercado. La mercantilización de la vivienda en todo el mundo ha abierto un vasto campo de acumulación de capital mediante el consumo de espacio para la reproducción social. El capital se ha ocupado durante mucho tiempo, como hemos visto, en la promoción de un «consumo racional», entendiendo como tal el tipo de consumo de los hogares que nutren la acumulación de capital, sin tener en cuenta si satisfacía o no carencias y necesidades humanas reales (sean éstas cuales sean). La reproducción social se ha visto cada vez más infectada y en algunos casos totalmente transformada por tales consideraciones.

Este hecho elemental ha suscitado muchas reflexiones sobre el papel creciente del capital en el dominio de lo que Jürgen Habermas llama (siguiendo al filósofo alemán Edmund Husserl) nuestro «mundo de vida» o lo que se Lefebvre denominaba «vida cotidiana»[7]. La penetración sistemática de casi todos los aspectos de nuestra vida cotidiana por el capital y sus productos en una forma u otra ha provocado evidentemente resistencias, pero para la mayor parte de la población mundial ha sido una batalla perdida, aunque no se recibiera con gran entusiasmo. Entre la izquierda progresista (en particular algunas feministas socialistas) se ha argumentado que habría que pagar un salario por el trabajo en el hogar. Dado que una parte abrumadoramente grande de ese trabajo es realizado por mujeres, el razonamiento político está claro, pero desgraciadamente sólo consigue promover la monetización total de todo, lo que en último término favorece al capital. Aparte de la pura dificultad de la monetización de las tareas del hogar, es improbable que tal medida beneficiara a la gente, y menos aún a las mujeres, que muy probablemente seguirán siendo desmesuradamente explotadas aunque se les pague su trabajo en el hogar.

Así, pues, aunque el eminente historiador francés Fernand Braudel estaba muy acertado cuando afirmaba que la esfera de la vida material y la reproducción material de la gente corriente a finales del período medieval tenía muy poco o nada que ver con el capital o siquiera con un mercado, esa formulación carece de relevancia para nuestra época, excepto en las cada vez más escasas y remotas zonas del mundo (por ejemplo, sociedades indígenas o poblaciones campesinas muy apartadas) donde el capital no

---

[7] Jürgen Habermas, *The Theory of Communicative Action. Volume 2: Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason*, Boston, Beacon Press, 1985 [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Trotta, 2010]; Henri Lefebvre, *Critique of Everyday Life*, Londres, Verso, 1991 [ed. cast.: *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza, 1984].

ejerce todavía su influencia dominante[8]. La mercantilización de la vida cotidiana y de la reproducción social han creado a gran velocidad un espacio muy complejo para la lucha anticapitalista.

La esfera de la reproducción social se ha convertido casi en todas partes en foco de actividades capitalistas muy intrusivas. Los tentáculos del Estado y la influencia y el poder del capital proliferan ahora de mil formas diferentes en el seno de la esfera de la reproducción social en casi todo el mundo. Cierto es que no todas esas intervenciones son perniciosas. En muchos lugares del mundo es en la reproducción social donde se manifiesta más descarnadamente la opresión y violencia contra las mujeres, donde se les niega la igualdad de oportunidades en la educación, donde abunda la violencia y el abuso de los niños, donde la intolerancia alimenta el desprecio hacia los demás, donde los trabajadores descargan su propia experiencia amarga de violencia y opresión en el proceso de trabajo contra los demás miembros del hogar, donde el alcohol y las drogas se cobran su peaje. Por eso se hace tan necesario un mínimo de regulación social, e incluso de intervencionismo del Estado, en el mundo de la reproducción social, aunque eso pueda dar lugar a un encuadramiento burocrático de la vida cotidiana y de la reproducción social que deje muy poco espacio para un desarrollo autónomo. Además, la profunda inserción material de todos los procesos de producción, intercambio, distribución y consumo en la red de la vida social y biológica ha dado lugar a un mundo en el que se hace cada vez más evidente tanto la contradicción entre un excesivo consumismo de los hogares potencialmente alienante y el consumo necesario para una reproducción social adecuada, como la contradicción existente entre la reproducción social de la fuerza de trabajo y la reproducción del capital. ¿Qué proporción de la reproducción social contemporánea, en Estados Unidos por ejemplo, se dedica a acostumbrar a tanta gente como sea posible al insano arte del consumo desenfrenado y de las finanzas especulativas en lugar de formarla para ser buenos y cualificados trabajadores?

Lo que Randy Martin llama «financiarización de la vida cotidiana» se ha convertido durante la última generación en una intromisión descarada en la reproducción social[9]. Si preguntamos algo elemental como ¿en qué proporción está la reproducción social financiada mediante la deuda y cuáles son las consecuencias de este hecho?, las respuestas son asombrosas: en muchos países del mundo los prestamistas usureros han sido siempre una figura destacada, y siguen siéndolo a día de hoy. En gran parte de India la reproducción social se efectúa a la sombra del poder acechante del usurero. Esa situación no se ha visto aliviada por la irrupción de las instituciones de

[8] Fernand Braudel, *Capitalism and Material Life, 1400–1800*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1973 [ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo*, s. XV-XVIII, Madrid, Alianza, 1984].
[9] Randy Martin, *Financialization of Daily Life*, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

microcrédito o microfinanzas, que en algunos casos han llevado a algunas personas –en su mayoría mujeres– al suicidio, como única salida posible de su endeudamiento colectivo. Por el contrario, el endeudamiento personal asociado con la reproducción social se ha convertido en un problema calamitoso de una u otra forma en casi todas partes. El enorme endeudamiento de los estudiantes en Estados Unidos se ve ahora reproducido en Gran Bretaña, Chile o China, mientras que el endeudamiento para financiar la prosecución de la vida cotidiana ha ido aumentando a un ritmo asombroso. En tan sólo unos pocos años la deuda personal en China ha crecido por encima de los ingresos, cuando hacia 1980 era prácticamente nula.

Esta generalización se interseca, no obstante, con el desarrollo geográfico desigual de las contradicciones. En algunos países (como en Estados Unidos, donde el consumo supone más del 70 por 100 del PIB) parece tratarse sobre todo de promocionar la demanda efectiva mediante un consumismo alienado que corrompe las formas razonables de reproducción social, mientras que en otros se centran más en la reproducción social de una mano de obra capaz de proporcionar valor incesantemente (por ejemplo China, donde el consumo supone alrededor del 35 por 100 del PIB). En ciudades divididas como Lagos, São Paulo e incluso Nueva York, una parte de la ciudad se entrega al consumo de lujo mientras que la otra se dedica a la reproducción de una mano de obra fácilmente explotada pero en gran medida sobrante. El estudio de la reproducción social en esos distintos ámbitos revela un enorme abismo tanto en las cualidades como en el significado de las actividades en el hogar, sin que haya apenas características comunes. Esas divisiones dan lugar a algunas manifestaciones curiosas en el campo de la moralidad burguesa: al tiempo que se condena el hecho, primero en Pakistán y más tarde en India, de que los niños trabajen por unos céntimos diez o doce horas al día en la fabricación de balones con los que juegan muy lejos futbolistas que ganan millones, esos mismos moralistas permanecen totalmente ciegos a la explotación por el capital de sus propios hijos como consumidores en el mercado, aunque a esos niños se les estén inculcando igualmente las oscuras artes del comercio así como las manipulaciones bursátiles (dinero por nada) sin más que pulsar las teclas de sus terminales. Búsquese en Google el caso de Jonathan Lebed para entender lo que quiero decir. Con sólo 15 años había ganado varios millones de dólares comerciando con participaciones en pequeñas compañías, creando redes de chateo para promocionar las acciones que acababa de comprar y venderlas al elevado precio al que sus valoraciones favorables en la misma red daban pábulo. Al ser denunciado por la *Securities and Exchange Commission*, respondió simplemente que eso era lo que se hacía día tras día en Wall Street. La SEC le puso una pequeña multa y abandonó todo el proyecto de querella como una patata caliente, porque el caso es que Lebed llevaba razón.

Las contradicciones de la reproducción social no se pueden entender fuera de esas circunstancias geográficamente diferenciadas, aunque también ellas hayan cambiado espectacularmente su carácter general con el tiempo. Las contingencias de la actividad material, de las formas culturales y de los modos de vida locales son de gran importancia en casi todo el mundo. Como señala Katz, la reproducción social «permanece necesariamente ligada al lugar» en un contexto en el que el capital es enormemente móvil. El resultado es que «se producen todo tipo de descoyuntamientos en el espacio, en las fronteras y al pasar de una escala a otra, con tanta probabilidad de recurrir a desigualdades sedimentadas en las relaciones sociales como de provocar otras nuevas». Trabajadores agrícolas criados en México acaban trabajando en los campos de California, mujeres criadas en Filipinas desempeñan un gran papel en el trabajo doméstico en la ciudad de Nueva York, ingenieros o matemáticos formados bajo el comunismo en lo que era en otro tiempo la Unión Soviética acaban en Cabo Cañaveral, mientras que ingenieros informáticos formados en India acaban trabajando en Seattle.

La reproducción social no tiene que ver únicamente con la cualificación en el trabajo y la organización de los hábitos de consumo. Como dice Katz, «la reproducción de la fuerza de trabajo exige toda una variedad de formas y prácticas culturales que son también geográfica e históricamente específicas», y esto incluye todas aquellas asociadas con el conocimiento y el aprendizaje, las concepciones mentales del mundo, los juicios éticos y estéticos, las relaciones con la naturaleza, los hábitos y valores culturales, así como el sentido de pertenencia que subyace a las lealtades a la localidad, la región y la nación. La reproducción social también inculca «las prácticas que mantienen y refuerzan la conciencia de clase y otras categorías de diferencia» así como «un conjunto de formas y prácticas culturales que contribuyen a fortalecer y naturalizar las relaciones sociales de producción y reproducción dominantes». Mediante esas prácticas sociales «los agentes sociales se convierten en miembros de la cultura que al mismo tiempo contribuyen a crear y construyen su identidad en su seno y contra ella».

Tal como concluye Katz, «las cuestiones de la reproducción social son polémicas y resbaladizas, pero es en esa arena donde se pueden observar mejor los estragos de la producción capitalista globalizada»[10]. Es el ámbito donde es más patente la destrucción creativa del capital en su aspecto más insidioso, al promover, como lo hace, un consumismo alienante y modos de vida individualistas que conducen a lo que equivale a poco más que codicia egoísta, grosera y competitiva, al tiempo que atribuye la responsabilidad a sus víctimas cuando fracasan (como no puede sino suceder)

[10] C. Katz, «Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction», cit., pp. 709-728.

en el desarrollo de su supuesto propio capital humano. Es la esfera donde comienza la reproducción de la desigualdad, y al carecer de toda contratendencia poderosa, también acaba. En Estados Unidos, por ejemplo, la movilidad social está prácticamente paralizada, de manera que todo descansa sobre un proceso de reproducción social que es muy desigual y estrechamente canalizado, si no directamente discriminatorio. Si en otro tiempo el pueblo en general se las apañaba por sí mismo para reproducirse sin un adarme de ayuda del capital o del Estado, ahora tiene que reproducirse en medio de enormes corrupciones e intervenciones del Estado y el capital para construirse una vida cotidiana orientada no sólo a cubrir los puestos altamente diferenciados (incluido el de zángano u holgazán) en un tipo particular de mano de obra, sino también a convertirse en sumidero para una enorme variedad de productos innecesarios y no deseados que el capital produce y comercializa con tanto talento.

También están, por supuesto, quienes ven la contradicción y buscan formas de eludirla. Algunos anhelan un regreso a modos autóctonos de pensamiento y de vida, o al menos ven con cierta esperanza la posibilidad de organizar un desafío a las formas groseras de reproducción social contemporánea bajo el capitalismo consumista plenamente organizado construyendo comunidades alternativas sobre la base de asociaciones de trabajadores y hogares en red. Pero la estrategia del capital para infectar con el consumismo la reproducción social viene siendo persistente desde hace mucho tiempo, y está generosamente financiada por un sector de la publicidad y la promoción que no se detiene ante nada para conseguir vender sus productos. El eslogan de los propietarios de los nuevos grandes almacenes en el París del Segundo Imperio, cuando trataban de obtener mayor cuota de mercado, era «conseguir ganarse a las mujeres». Más recientemente ha sido «ganarse a los niños, cuanto más pequeños mejor» lo que ha dominado gran parte de la publicidad consumista. Si los niños son educados frente a un televisor, con juegos de ordenador o con un iPad, esto tiene consecuencias de gran alcance para sus actitudes psicológicas y culturales, sus concepciones mentales del mundo y sus posibles subjetividades políticas futuras. La reproducción es un problema controvertido, dice Katz, en parte porque se centra en la reproducción de «las propias relaciones sociales y formas materiales, que son tan problemáticas». Por esta razón, es improbable que la reproducción social sea una fuente de sentimientos revolucionarios. Sin embargo, es mucho lo que depende de ella, incluida la política de oposición.

La ubicuidad de la reproducción social la convierte en un observatorio central desde el que elaborar una crítica del capital en una de sus formas más insidiosas. Éste era precisamente el proyecto de Henri Lefebvre en su

Critique de la vie quotidienne[11], en la que pretendía ofrecer una crítica de la individualidad (la conciencia «privada» y el individualismo); una crítica del dinero (que entendía en términos de fetichismo y de alienación económica); una crítica de las necesidades (alienación psicológica y moral desde el consumismo, aunque no, por supuesto, desde el consumo necesario); una crítica del trabajo (alienación del trabajador); y para concluir, sin que fuera menos importante, una crítica del concepto e ideología de la libertad (el poder sobre la naturaleza, en particular sobre la naturaleza humana).

Esto nos lleva a la forma política de las respuestas anticapitalistas a lo que ha sucedido con la vida cotidiana bajo el capitalismo, que ha transformado tanto la reproducción social. La negación de múltiples alienaciones debe ser la punta de lanza de cualquier respuesta política a las degradaciones de la vida cotidiana y a la pérdida de autonomía en la reproducción social a manos del capital y del Estado capitalista. Eso no significa que la única respuesta a esta situación sea que el hogar individual aislado pueda hacer lo que quiera. La alternativa es la inserción de los hogares en una red social con el objetivo de gestionar y hacer avanzar una vida en común llena de valores «civilizados». Retomaremos esta alternativa en la conclusión. Entretanto, el último apartado de Lefebvre –la crítica de la libertad– también exige una atención cuidadosa, ya que se sitúa en la encrucijada de otra de las principales contradicciones del capital, como veremos en el estudio de la Decimocuarta Contradicción.

Pero hay algo difícilmente discutible. Cualquier estrategia supuestamente «radical» que trate de empoderar a los desempoderados en el campo de la reproducción social abriendo ese ámbito a la monetización y a las fuerzas de mercado va exactamente en la dirección equivocada. Ofrecer cursos de formación financiera a la población en general significaría exponerla a prácticas depredadoras mientras tratan de gestionar sus propias carteras de inversión como pececitos nadando en un mar plagado de tiburones. Ofrecer servicios de concesión de microcréditos y microfinanzas anima seguramente a la gente a participar en la economía de mercado, pero de tal forma que tendría que maximizar la energía que tiene que emplear mientras se minimizan sus ganancias. Ofrecer títulos legales por la propiedad de la tierra y de las viviendas con la esperanza de que eso aporte estabilidad económica y social a las vidas de los marginados no evitará que a largo plazo sean desposeídos y expulsados de ese espacio y lugar del que ahora disponen en virtud del derecho consuetudinario de usufructo.

[11] H. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, cit.

CONTRADICCIÓN 14
LIBERTAD Y SOMETIMIENTO

Los muros de piedra no hacen una prisión,
Ni los barrotes de hierro una jaula;
Mentes inocentes y mudas la toman por asilo;
Si tengo libertad en mi amor
Y soy libre dentro de mi alma,
Sólo los ángeles que revolotean sobre mi
Disfrutan de mayor libertad.

ASÍ ESCRIBÍA RICHARD Lovelace su conocido y tantas veces citado poema a su amada Althea desde la prisión, en la que había sido encarcelado en 1642 por pedir al parlamento una ley que regulara al clero relapso. Fue encarcelado por ejercer su libertad de presentar una petición al Parlamento. El momento es importante: fue durante la primera fase de la Guerra Civil inglesa que doblegó el poder de la Iglesia establecida y que culminó con la ejecución del rey Carlos I. Era una época en la que al mundo, como decía el historiador Christopher Hill, «lo estaban poniendo patas arriba» los movimientos políticos, religiosos y sociales que buscaban la forma de relacionar poderosas ideas e ideologías sobre los derechos individuales y la libertad con la gestión de los intereses colectivos y comunes en beneficio del bien común (sobre el que había muchos desacuerdos)[1]. Pero por encima de esas disputas, el derecho divino de los reyes y de la Iglesia establecida (aunque no el de las disidentes) se veía sometido a un enérgico ataque. ¿Pero qué tipo de política podría sustituirlo y con qué libertades?

Los sentimientos expresados en el poema de Lovelace siguen vivos, quizá más que nunca. La mayoría de nosotros, socializados en las hormas del capital, creemos estar dotados de una capacidad para la libertad de pensamiento, sean cuales sean los muros y barreras que nos rodean. Podemos imaginar fácilmente una situación, o incluso un mundo, diferente del

[1] Christopher Hill, *The World Turned Upside Down. Radical Ideas During the English Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1984 [ed. cast.: *Mundo transtornado. Ideario popular extremista en la revolución inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1983].

que habitamos actualmente. Podemos incluso imaginar iniciativas con las que transformar nuestro mundo según una imagen diferente. Y si somos libres para imaginar alternativas, ¿por qué no podemos luchar libremente por convertir en realidad nuestras imágenes, aunque reconozcamos que las circunstancias históricas y geográficas puedan no ser particularmente propicias para promover y propugnar esas alternativas? No son únicamente los seguidores de la novelista libertaria de derechas Ayn Rand los que mantienen esa opinión. Radicales de todos los colores, incluyendo a Marx, los suscribirían de buen grado. Después de todo, dice Terry Eagleton en su libro *Why Marx Was Right*, «el libre florecimiento de los individuos constituye el gran objetivo de su política, siempre que recordemos que esos individuos deben encontrar alguna forma de florecer en común»[2]. Lo que aleja a Rand de Marx es que este último entendía que el auténtico florecimiento de la creatividad individual (un ideal que se remonta a la concepción aristotélica de la vida buena) sólo se alcanzará mediante la colaboración y asociación con otros en un impulso colectivo por abolir las barreras de la escasez y la necesidad material, más allá de la cual, mantenía Marx, podría empezar el auténtico reino de la libertad individual.

Pero por detrás de todo esto acecha una cuestión complicada: ¿hay algo en el significado y la definición contemporánea de la libertad que impida o dificulte optar por alternativas anticapitalistas? ¿Acabaré yo en prisión, como Lovelace, por propugnar tales alternativas? ¿Operamos, casi sin saberlo, con un concepto parcial, devaluado y en definitiva restrictivo de la libertad que meramente apoya el *statu quo* y que más en profundidad encarna la distorsionada visión que propone el capital de los derechos humanos y la justicia social? ¿Está tan poderosamente comprometido el motor económico del capital con ciertos conceptos fundamentales pero parciales de la libertad como para excluir todo lo que no sea un enfoque empresarial y como mucho liberal humanista de la cuestión política crucial de la libertad frente al sometimiento?

Prácticamente en la totalidad de los discursos inaugurales de los presidentes estadounidenses que conozco, un tema recurrente ha sido que Estados Unidos defiende la libertad y que no solamente hará cualquier sacrificio que considere necesario para contrarrestar las amenazas a las libertades que la conforman, sino también que utilizará su poder e influencia para promover su extensión al mundo entero. George Bush Jr, quien repetidamente usaba la palabra libertad en todos sus discursos, describía con vibrantes términos retóricos la tradición estadounidense de esta forma (mientras el ejército estadounidense se disponía a arrasar Iraq): «El avance de la libertad

---

[2] Terry Eagleton, *Why Marx Was Right*, New Haven, Yale University Press, 2011, p. 87 [ed. cast.: *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Península, 2011].

es la exigencia de nuestra época. Es la exigencia de nuestro país. Desde los Catorce Puntos [Woodrow Wilson] hasta las Cuatro Libertades [Theodore Roosevelt] y el Discurso de Westminster [Ronald Reagan], Estados Unidos ha puesto su poder al servicio de ese principio. Creemos que la libertad es el designio de la naturaleza. Creemos que la libertad es la dirección de la historia. Creemos que la culminación y la excelencia humanas provienen del ejercicio responsable de la libertad. Y creemos que la libertad que anhelamos es no sólo para nosotros. Es el derecho y capacidad de toda la humanidad». En un discurso a los parlamentarios británicos en la Mansion House en Londres, describía así las raíces de su pensamiento: «A veces se nos culpa de mantener una fe ingenua en que la libertad puede cambiar el mundo: si eso es un error, vendrá de haber leído demasiado a John Locke y Adam Smith»[3]. Aunque la idea de que Bush hubiera leído realmente a esos autores es alucinante, las eventuales raíces de su argumentación en los textos de los primeros padres de la economía política son, como veremos, de importancia decisiva.

Esa preocupación de Estados Unidos por proteger la libertad ha sido usada por desgracia sistemáticamente para justificar el sometimiento imperial y neocolonial de buena parte del mundo. No ha habido ninguna renuencia por parte de Estados Unidos a recurrir a la coerción y la violencia en defensa de los valores absolutos de la libertad. Existe una larga historia de operaciones encubiertas organizadas por Estados Unidos en apoyo de golpes contra dirigentes democráticamente elegidos (Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, Salvador Allende en Chile en 1973 y más recientemente el fracasado intento contra Hugo Chávez en Venezuela). En los propios Estados Unidos vivimos ahora sometidos a la vigilancia por parte del gobierno de las comunicaciones privadas de los ciudadanos, la desencriptación de todos los códigos por autoridades del gobierno (con lo que tienen acceso a nuestra cuenta bancaria, nuestros registros médicos y nuestras tarjetas de crédito), todo ello invocando la necesidad de mantenernos libres y seguros frente a la amenaza del terror. El anhelo de libertad ofrece al parecer una licencia para emprender toda una serie de prácticas represivas. La población estadounidense está en general totalmente aturdida o tan familiarizada con esa contradicción que apenas percibe que la retórica inspirada sobre la libertad que de tan buen grado escucha se ve muy a menudo acompañada por mezquinas operaciones de dominación, a menudo por rastreras ventajas venales, por no hablar de los crónicos abusos de los derechos humanos, desde Abu Ghraib en Iraq hasta la bahía de Guantánamo en Cuba, así como sobre el terreno en Afganistán. Hasta Amnistía Internacional ha condenado abiertamente a Estados Unidos por

[3] Ofrezco un resumen de todos los discursos de George W. Bush en David Harvey, *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*, Nueva York, Columbia University Press, 2009, pp. 1-14.

«atroces violaciones de los derechos humanos» en Guantánamo, critica que el gobierno estadounidense ignora descaradamente. No hay por desgracia nada nuevo en revelaciones de ese tipo. «La guerra es paz, la libertad es esclavitud, la ignorancia es fuerza», escribió George Orwell en *1984*, aunque él pensaba entonces en la Unión Soviética y no en Estados Unidos.

Frente a todo esto se siente la tentación de concluir que toda la retórica política con respecto al anhelo de libertad es pura hipocresía, una máscara con la que desvergonzados como Bush pretenden los objetivos más ruines de beneficio, desposesión y sometimiento; pero esto equivaldría a negar la fuerza de esa otra historia que, desde las rebeliones campesinas hasta los movimientos revolucionarios (en América, Francia, Rusia, China, etc.), pasando por la lucha por abolir la esclavitud o por liberar a poblaciones enteras de sus cadenas coloniales, ha logrado en el nombre de la libertad una transformación sísmica de los perfiles de funcionamiento de nuestra sociedad mundial. Todo eso se ha producido mientras las fuerzas sociales extendían el campo de la libertad en batallas contra el *apartheid*, por los derechos civiles, laborales, de las mujeres o de distintas minorías (LGBT, poblaciones indígenas o discapacitadas, etc.). Todos esos combates han surcado la historia del capitalismo en mil formas distintas hasta transformar nuestro mundo social. Cuando los alzados contra el tiránico gobierno colonial plantaban árboles de la libertad, no se trataba de un gesto vacío. Cuando resuena en las calles la exigencia de «libertad ahora», el orden social dominante se ve obligado a realizar temblando algunas concesiones, aunque lo que ofrece acabe teniendo poco más que un valor simbólico.

El anhelo popular de libertad ha sido una poderosa fuerza motivadora durante toda la historia del capital, y ese anhelo no desaparecerá por mucho que se banalice y se degrade en la retórica de las clases dominantes y sus representantes políticos. Pero esa moneda tiene un reverso oscuro. En algún punto de su trayectoria (en particular cuando más se acercan a conseguir sus objetivos) todos los movimientos progresistas tienen que decidir quién o qué tiene que ser sometido para asegurar la libertad que pretenden. En situaciones revolucionarias se sacrifica el chivo de alguien y hay que preguntarse el de quién y por qué. El pobre Lovelace acaba en prisión y eso parece injusto. La Revolución Francesa recurrió al Terror para consolidar la «libertad, igualdad, fraternidad». Las esperanzas y sueños de generaciones de insurgentes comunistas han chocado contra las rocas de esa contradicción mientras la promesa de emancipación humana se derrumbaba y ahogaba en el polvo de Estados burocratizados y esclerotizados respaldados por un cruel aparato de represión policial. De forma parecida, los habitantes de las sociedades poscoloniales que creían de corazón que la lucha por la liberación nacional y la libertad en general los llevaría a un gran florecimiento en ese terreno, viven ahora desilusionados si no temerosos por el futuro de sus libertades. Sudáfrica,

tras décadas de feroces combates contra el *apartheid*, no está ahora mejor que entonces en cuanto a las libertades básicas con respecto a las carencias y necesidades. En algunos países del mundo, como Singapur, las libertades individuales se ven estrictamente limitadas, trapicheadas, por decirlo así, a cambio del rápido incremento del bienestar material.

Ahí tenemos pues una contradicción enorme: libertad y sometimiento van de la mano. No existe ninguna libertad que no tenga que ver en algún sentido con las oscuras artes del sometimiento. El dominio de los propios temores frente a eventualidades abrumadoras, sobre los cínicos y escépticos, por no hablar de los enemigos externos, puede ser necesario para abrir la vía a mayores libertades. La unidad entre libertad y dominio es, como siempre, una unidad contradictoria. Puede hacerse necesaria la utilización de medios injustos para defender una causa justa.

Los dos términos polares de la libertad y el sometimiento se sitúan en los extremos de una contradicción que adopta muchas formas sutiles y matizadas por no decir disfrazadas (el sometimiento se puede enmascarar como consentimiento o ser establecido mediante la persuasión y la manipulación ideológica); pero prefiero quedarme con el sentido más flagrante y perturbador, precisamente porque ignorar sus posibles consecuencias ha sido causa de la desilusión de millones de personas que han luchado fielmente por la libertad, a veces entregando su propia vida, sólo para encontrar que sus herederos se sumergen en las oscuras aguas de otra forma de sometimiento. Cualquier lucha por la libertad debe estar dispuesta a afrontar desde el principio a quien se prepara para someter. También tiene que reconocer que el precio de mantener sus libertades es la continua vigilancia contra el regreso de formas nuevas o antiguas de sometimiento.

Ahí es donde cobran mayor relevancia las referencias a John Locke y Adam Smith, porque lo que la economía política liberal clásica proponía no era sólo una especie de modelo utópico para un capitalismo universalizado, sino cierta visión de la libertad individual que en último término llegó a servir de base, como señala con perspicacia el filósofo francés Michel Foucault, a una estructura autorregulada de gobierno que ponía límites a la arbitrariedad del poder estatal al mismo tiempo que llevaba y permitía a los individuos regular su propia conducta obedeciendo a las reglas de una sociedad de mercado[4]. Cada individuo interiorizaba el dominio y disciplina de sí mismo. Esto significaba que las concepciones dominantes de libertad estaban (y siguen estando todavía) profundamente insertas en las relaciones y códigos sociales característicos del intercambio de mercado

---

[4] Michel Foucault, *Naissance de la biopolitique: Cours au Collège de France (1978-1979)*, París, Seuil, 2004 [ed. ingls.: *The Birth of Biopolitics. Lectures at the College de France, 1978-1979*, Nueva York, Picador, 2008; ed. cast.: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal, 2012].

basado en la propiedad privada y los derechos individuales. Éstos definían con exclusividad el ámbito de la libertad y cualquier cosa que los desafiara debía ser abatida sin piedad. El orden social se constituía mediante lo que Herbert Marcuse llamaba «tolerancia represiva»: había límites estrictos más allá de los cuales nadie debía aventurarse, por acuciante que fuera el anhelo de ampliar la libertad, al mismo tiempo que se desplegaba toda una retórica de tolerancia para hacernos tolerar lo intolerable[5].

Lo único sorprendente de todo esto es que nos sorprendamos cuando lo percibimos y pensamos en ello. Después de todo, ¿no es obvio que la violencia y la dominación del Estado tienen que sostener necesariamente las libertades del mercado? En la teoría y las prácticas del Estado liberal que fue emergiendo gradualmente desde el siglo XVIII, la idea guía era que el Estado debía autolimitarse en sus intervenciones, que debía practicar el *laissez-faire* con respecto a los individuos y en particular con respecto a las prácticas empresariales en el mercado, no por benevolencia paternalista, sino por el interés propio en maximizar la acumulación de poder y riqueza monetaria dentro de su jurisdicción soberana. Que el Estado se extralimite con frecuencia en esas actividades reguladoras e intervencionistas es una queja habitual de los ciudadanos, y por supuesto una queja muy frecuente del capital; y de vez en cuando surgen en Estados Unidos movimientos políticos como el Tea Party con la clara intención de hacer retroceder el intervencionismo estatal, ya sea benevolente o no. Ya es hora, dicen los críticos libertarios de derechas, de que desaparezca el Estado niñera y comience el auténtico reino de la libertad individual.

Karl Polanyi entendía muy bien esas relaciones, aunque desde el otro lado de la argumentación política, cuando decía:

> La desaparición de la economía de mercado puede suponer el comienzo de una era de libertad sin precedentes. La libertad jurídica y la libertad efectiva pueden ser mayores y más amplias de lo que nunca han sido. La regulación y el control pueden lograr la libertad, no sólo para algunos sino para todos. No la libertad como algo asociado al privilegio y viciada de raíz, sino la libertad en tanto que derecho prescriptivo que se extiende más allá de los estrechos límites de la esfera política, a la organización íntima de la sociedad misma. De este modo, a las antiguas libertades y los antiguos derechos cívicos se añadirán nuevas libertades para todos engendradas por el ocio y la seguridad. La sociedad industrial puede permitirse ser a la vez libre y justa[6].

---

[5] Robert Wolff, Barrington Moore y Herbert Marcuse, *A Critique of Pure Tolerance. Beyond Tolerance, Tolerance and the Scientific Outlook*, Repressive Tolerance, Boston, Beacon Press, 1969 [ed. cast.: *Crítica de la tolerancia pura*, Barcelona, Edicions 62, 1970.

[6] Karl Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 1957, pp. 256–257[ed. cast.: La gran transformación, Madrid, La Piqueta, 1989].

La dificultad para lograr esa extensión del reino de la libertad reside en los intereses de clase y los privilegios atrincherados que se adhieren a la gran concentración de riqueza. Las clases acomodadas, seguras en sus propias libertades, se resisten a cualquier restricción de sus acciones, proclaman que se están viendo reducidas al estatus de esclavas del totalitarismo socialista y agitan sin cesar en favor de la ampliación de sus propias libertades particulares a expensas de los demás:

> La libre empresa y la propiedad privada se declaran esenciales para la libertad. Ninguna sociedad construida sobre otros fundamentos merece ser llamada libre. La libertad creada por la regulación se denuncia como falta de libertad; la justicia, la libertad y el bienestar que ofrece son denunciados como un camuflaje de la esclavitud […] Esto significa libertad plena para aquéllos cuyos ingresos, ocio y seguridad no necesitan mejora, y un camelo de libertad para el pueblo, que en vano intenta hacer uso de sus derechos democráticos para protegerse frente al poder de los ricos[7].

Así presenta Polanyi una convincente refutación de las tesis centrales de *The Road to Serfdom* de Friedrich Hayek, escrita en 1942-1943 y que sigue siendo hasta hoy la Biblia para la derecha libertaria y un texto muy influyente del que se han vendido más de dos millones de copias.

En la raíz del dilema está evidentemente el significado de la propia libertad. El utopismo de la economía política liberal «orientó nuestros ideales en una falsa dirección», señala Polanyi. Había que reconocer que «ninguna sociedad es posible sin que se den en ella el poder y la coacción, ni tampoco un mundo en el que la fuerza no cumpla ninguna función». Aferrándose a una pura visión de mercado libre de la sociedad «establecía una equivalencia entre la economía y las relaciones contractuales, y entre las relaciones contractuales y la libertad»[8]. Ése es el mundo que los republicanos libertarios pretenden construir; pero es también la opinión que tienen sobre la libertad individual muchos anarquistas y autónomos de izquierdas, por más que condenen rotundamente la versión capitalista del libre mercado. Es imposible escapar a la unidad contradictoria entre libertad y sometimiento, se defienda la política que se defienda.

La consecuencia política era, según argumentaba Polanyi, que «ni los votantes ni los propietarios, ni los productores, ni los consumidores podían considerarse responsables de restricciones tan brutales de la libertad como las que se dieron asociadas al paro y la miseria». Tal situación era el resultado de causas naturales que estaban fuera del control de todos y de las que nadie en particular era responsable. La obligación de hacer frente

---

[7] *Ibid.,* p. 257 [pp. 400-401 en cast.].
[8] *Ibid.,* p. 258 [pp. 401-402 en cast.].

a esa situación podía «negarse en nombre de la libertad»[9]. La Cámara de Representantes estadounidense puede votar felizmente con su mayoría republicana la eliminación de las ayudas alimentarias a una población cada vez más empobrecida (al mismo tiempo que reafirma los subsidios pagados a la agroindustria), proclamando que lo hace en nombre de la libertad y de la ampliación de su ámbito. Tal como concluía Polanyi, no podemos tratar la cuestión de la libertad sin descartar primero la visión utópica de la economía política clásica y gran parte de la política libertaria conservadora con ella relacionada. Sólo entonces podremos «afrontar la realidad de la sociedad» y sus contradicciones. De otro modo, como sucede hoy escandalosamente, nuestras libertades dependen de la negación de la realidad social. Esa negación de la realidad es una característica sobresaliente de la mayoría de los discursos de derechas, como los del presidente Bush.

La conexión interna entre las concepciones de la libertad y el capital, mediadas a través de los escritos utópicos de los economistas políticos, no debería sorprendernos. Después de todo, la extracción de excedentes creados por el trabajo presupone el sometimiento y la relativa falta de libertad de los trabajadores bajo el dominio del capital. Como observaba irónicamente Marx, los trabajadores son libres en un doble sentido: son libres para vender su fuerza de trabajo a quien les parezca, al mismo tiempo que han sido liberados del control sobre los medios de producción (por ejemplo, la tierra) que les permitiría ganarse la vida de otra forma que la definida por el trabajo asalariado. La desposesión histórica de los trabajadores del acceso a los medios de producción supuso una prolongada historia de violencia y coerción en nombre de la libertad de acceso del capital al trabajo asalariado. El capital también necesitaba libertad para recorrer el mundo en busca de posibilidades rentables, lo que requería, como vimos anteriormente, la erradicación o reducción de barreras físicas, sociales y políticas a su movilidad. «*Laissez-faire*» y «*laissez-passer*» se convirtieron en lemas del orden capitalista. Esto se aplica no sólo a la movilidad, sino también a la libertad con respecto a interferencias reguladoras, excepto en el caso en que daños externos a otros capitalistas o al conjunto de la economía se hagan tan inaceptables o tan peligrosos como para exigir la intervención del Estado. La libertad para el pillaje de recursos de las poblaciones indígenas y locales, para desplazar y saquear pueblos enteros donde lo considerara necesario, de sobrecargar el uso de los ecosistemas, en algunos casos mucho más allá de su capacidad para reproducirse, se convirtió en una parte clave de las libertades exigidas por el capital. Exige al Estado que proteja la propiedad privada y haga valer los contratos y los derechos de propiedad intelectual frente a la amenaza de expropiación, excepto en casos en que lo demanda el interés público (a menudo un disfraz del propio capital).

[9] *Ibid.,* p. 258 [p. 402 en cast.].

Ninguna de las libertades que el capital necesita y exige ha dejado de tener respuesta. De hecho, a veces esa respuesta ha sido muy enérgica. Las libertades del capital descansaban claramente, como reconocía mucha gente, sobre la falta de libertad de otros. Ambos bandos, señalaba Marx, tenían sus propias razones, cuando el capital trataba de extraer tanto tiempo de trabajo como le fuera posible de los trabajadores, mientras que éstos trataban de proteger su libertad para vivir sin verse explotados hasta la muerte. Entre esos dos derechos, como dijo Marx, lo que decide es la fuerza. Los economistas políticos justificaban el mundo explotador en nombre del programa utópico del progreso universal, que supuestamente redundaría en último término en beneficio de todos. Pero si, como decía Marx, el auténtico reino de la libertad comienza cuando se deja atrás el reino de la necesidad, entonces un sistema económico político basado en el cultivo activo de la escasez, el empobrecimiento, el excedente de mano de obra y las necesidades no satisfechas no puede permitirnos la entrada en dicho reino, donde el florecimiento humano individual se convierte en una posibilidad real para todos. Lo más paradójico es que la automatización y la inteligencia artificial nos ofrecen ahora medios suficientes para alcanzar el sueño marxiano de la libertad más allá del reino de la necesidad, mientras que las leyes de la economía política capitalista sitúan esa libertad cada vez más lejos y fuera de alcance.

La fuerza corrosiva del razonamiento económico del capital se abre tristemente camino hasta el corazón de los esfuerzos profundamente sentidos de los humanistas por extender el reino de la libertad más allá de las urbanizaciones amuralladas en las que los ricos de este mundo se enclaustran cada vez más. Consideremos por ejemplo la obra ejemplar de Amartya Sen, que en su libro *Development as Freedom* se esfuerza poderosamente por llevar la razón económica hasta sus límites humanitarios «en nombre de la libertad». Sen entiende la libertad como proceso y como lo que llama «oportunidades sustantivas». La distinción es importante porque alberga una crítica del estatismo tradicional del bienestar que trataba a los trabajadores y a la población en general como meros objetos de las políticas públicas más que como sujetos de la historia. Para Sen es tan importante movilizar a la población y desarrollar sus capacidades como agentes activos del desarrollo económico, como llevarla a una situación en que disponga de las necesarias oportunidades sustantivas (acceso a los servicios y bienes materiales) para vivir una vida que valga la pena. Señala, correctamente a mi juicio, los muchos casos en que los sujetos negocian voluntariamente libertades sustantivas a fin de participar libremente en la búsqueda activa y no alienada de su propio destino y fortuna. Esclavos y siervos podían ser tratados sustancialmente mejor que los trabajadores asalariados, pero estos últimos difícilmente renunciarían a su libertad relativa como trabajadores

asalariados sólo por esa razón. La libertad para participar y desarrollar las propias capacidades es crucial como medio para lograr cierto desarrollo, lo que es muy preferible a los cambios sustantivos, por impresionantes que éstos sean, impuestos y dispuestos por poderes estatales ajenos y a menudo paternalistas. Sen usa esa perspectiva de la libertad «en un análisis valorativo para estimar los cambios y en el análisis descriptivo y predictivo para entender la libertad como un factor causal efectivo del cambio rápido». Ésos procesos de desarrollo funcionan a través de «una variedad de instituciones sociales, relacionadas con el funcionamiento de los mercados, la Administración, los cuerpos legislativos, los partidos políticos, las instituciones no gubernamentales, los tribunales, los medios de comunicación y la comunidad en general». Todos ellos, argumenta Sen, pueden «contribuir al proceso de desarrollo precisamente mediante sus efectos en la mejora y el fortalecimiento de las libertades individuales». Sen busca una «comprensión integrada de los papeles de esas distintas instituciones y sus interacciones», junto con una apreciación de «la formación de valores y el surgimiento o evolución de una ética social». El resultado es un campo diversificado de libertades adheridas a una variedad de instituciones y actividades que no se puede reducir a una fórmula simple «de acumulación de capital, o de apertura de mercados, o de una planificación económica eficiente». El factor unificador es ahí «el proceso de ampliar las libertades individuales y el compromiso social de desarrollarlo [...] El desarrollo es de hecho un compromiso trascendental con las posibilidades de la libertad»[10].

El problema es, obviamente, que la visión de Sen, por atractiva que parezca, no es en definitiva más que otra versión del utopismo de la economía política liberal. La libertad se convierte, no en un fin sino en un medio de lo que Michel Foucault llama «gubermentabilidad». Es *mediante* la libertad como el poder estatal gestiona la autodisciplina de poblaciones enteras y es esa autodisciplina la que asegura el conformismo y la obediencia a las instituciones y modos de vida burgueses, incluido por supuesto el sometimiento a la clase capitalista en términos de su poder y riqueza acumulativa. Con otras palabras, el fin no está en cuestión y no tiene que ser desafiado en nombre de la libertad, porque la libertad queda incorporada al proceso. Eso es lo que significa el «desarrollo de la libertad».

Sen describe un mundo carente de contradicciones. No reconoce la fuerza abrumadora de los antagonismos de clase (del tipo de los que observa claramente Polanyi), la tensa relación dialéctica entre libertad y sometimiento, el poder de las personas privadas para apropiarse la riqueza social, la contradicción entre valor de uso y valor de cambio, entre la propiedad

[10] Amartya Sen, *Development as Freedom*, Nueva York, Anchor Books, 2000, pp. 297–298 [ed. cast.: *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000].

privada y el Estado. Evidentemente, esas oposiciones son mencionadas, pero en el universo de Sen todas ellas son manejables. Que alguna pudiera convertirse en una contradicción absoluta y foco de una crisis queda descartado desde el principio por hipótesis o atribuido simplemente a una mala gestión. El intento loable y profundamente atractivo de Sen de fundamentar un planteamiento no alienado de la libertad mediante el proceso presupone una versión no contradictoria del universo del capital. Ése es el universo utópico que Polanyi indica claramente que tenemos que abandonar si queremos llevar la sociedad a un mundo en el que se puedan alcanzar las libertades sustantivas reales y no una idea de libertad que niega la realidad social.

No estoy analizando a Sen por razones arbitrarias. Entre todos los economistas es el que más lejos ha ido, a mi juicio, en la exploración de las posibilidades de extensión de la libertad mediante un tipo regulado y socialmente responsable de desarrollo capitalista de mercado evaluado desde nobles ideales humanistas, frente a las medidas más groseras de desarrollo. Pero su creencia central, para la que no ofrece ninguna prueba definitiva, reside en la idea de que el sistema de mercado, adecuadamente regulado y gestionado, es una forma justa y eficiente de satisfacer las carencias y necesidades humanas y de que puede promover la liberación de las mismas de una forma libre. Las contradicciones inherentes a la forma dinero no aparecen por ninguna parte, a pesar de que los prestamistas usureros estén destruyendo diariamente el nivel de vida de poblaciones empobrecidas en su amada India. Ese es el tipo de humanismo liberal que domina en el mundo de las ONG y las organizaciones filantrópicas seriamente comprometidas, de cabeza y corazón, con la erradicación de la pobreza y la enfermedad, pero sin una idea real de cómo hacerlo.

En un asombroso y revelador *mea culpa* publicado en *The New York Times*, Peter Buffett, compositor e hijo del legendario milmillonario Warren Buffett, cuenta su encuentro con el mundo de la filantropía capitalista tras recibir una donación de su padre para establecer una fundación de caridad hace algunos años. Pronto, cuenta, «cobré conciencia de algo que comencé a llamar colonialismo filantrópico [...] La gente (incluyéndome a mí) que conocía muy poco de un lugar particular pensaba que podía resolver un problema local [...] sin atender apenas a su cultura, su geografía o sus normas sociales». Gestores de inversión, dirigentes empresariales y jefes de Estado «buscaban respuestas con su mano derecha a problemas que otros, presentes en la misma sala, habían creado con su mano izquierda». Aunque la filantropía se haya convertido en un negocio enorme (con 9,4 millones de personas empleadas y un gasto anual de 316 millardos de dólares, tan solo en Estados Unidos), las desigualdades globales siguen creciendo fuera de control «a medida que más vidas y comunidades son

destruidas por el sistema que crea grandes cantidades de riqueza para unos pocos». La filantropía se convierte en una forma de «lavado de conciencia» que simplemente «permite a los ricos dormir mejor por la noche, mientras que otros obtienen apenas lo suficiente para sobrevivir a duras penas. Casi cada vez que alguien se siente mejor por hacer el bien, en el otro extremo del mundo (o de la calle), algún otro se ve atrapado en un sistema que no le permitirá que prospere su naturaleza ni la dará la oportunidad de vivir una vida gozosa y plena»[11]. La concordancia de los propósitos de Buffett con los de Sen y Marx es llamativa, como lo es la triste historia de un reformismo burgués que nunca resuelve los problemas sociales, sino que sólo los desplaza de un punto a otro.

El efecto de ese «complejo caritativo-industrial», ya muy poderoso y en pleno auge, se ha visto corroído por la aplicación de principios cada vez más estrictos de racionalidad económica capitalista. El valor de la filantropía es juzgado, señala Buffett, «como si el rendimiento de una inversión fuera la única medida de éxito». La aplicación de los principios de la microfinanza a un sector informal reconceptualizado como microempresas dotadas de derechos de propiedad privada puede sonar económicamente racional, pero, pregunta Buffett, «¿de qué se trata realmente? La gente aprenderá ciertamente a integrarse en nuestro sistema de deuda y reembolso con intereses. La gente se elevará por encima del nivel de los dos dólares al día, para entrar en nuestro mundo de bienes y servicios y poder comprar más en él. ¿Pero no sirve todo eso para engordar a la bestia?». Así es, efectivamente, y además en un momento muy oportuno, cuando la realización del capital se ve amenazada por la caída de la demanda efectiva en otros lugares y allí donde las prácticas de acumulación por desposesión mediante la servidumbre por deudas y prácticas depredadoras aún menos legales ofrecen un lucrativo suplemento para apuntalar la tasa de beneficio general del capital. Tristemente, Buffett topa ahí con el muro de su propia interiorización de la tolerancia represiva y concluye sin fuerza: «No estoy pidiendo que se ponga fin al capitalismo; sólo estoy pidiendo humanismo». Pero las prácticas que critica son exactamente las del humanismo capitalista. La única respuesta, que se sitúa más allá de los límites de la versión contemporánea de la tolerancia represiva, es un humanismo revolucionario que haga frente a la bestia (capitalista) ahíta gracias a la libertad de que dispone para someter a otros con su mano izquierda mientras trata de apaciguarlos con la derecha.

Marx no sólo criticó la parcialidad con que se aplicaban las concepciones burguesas de libertad contra los intereses de la gente corriente, sino que investigó a fondo lo que podría significar una auténtica riqueza en una sociedad genuinamente libre. Tal como dejó escrito en los *Grundrisse*:

[11] Peter Buffett, «The Charitable-Industrial Complex», New York Times, 26 de Julio de 2013.

> Si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., de los individuos, creada en el intercambio universal? ¿[Qué, sino] el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la así llamada naturaleza como sobre su propia naturaleza? ¿[Qué, sino] la elaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que convierte en objetivo a esa plenitud total del desarrollo, es decir al desarrollo de todas las fuerzas humanas, en cuanto tales, no medidas con un patrón *preestablecido*? ¿Donde el hombre no se reproduce en su especificidad sino que produce su plenitud total? ¿[Como resultado de la cual] no busca permanecer como algo devenido sino que está en el movimiento absoluto del devenir? En la economía burguesa –y en la época de producción que a ella corresponde– esta elaboración plena del interior humano aparece como vaciamiento pleno, esta objetivación universal, como enajenación total[12].

Marx no eludía en esa formulación la cuestión del sometimiento («dominio»), sino que reconocía la fuerza de la contradicción entre libertad y sometimiento en situaciones revolucionarias. ¿Por qué, se preguntaba en *Sobre la cuestión judía*, «el derecho del hombre a la libertad deja de ser un derecho cuando entra en conflicto con la vida *política*, mientras que, con arreglo a la teoría, la vida política sólo es la garantía de los derechos humanos, de los derechos de la persona individual, debiendo por lo tanto abandonarse tan pronto como contradice a su *fin*, a estos derechos humanos?». El ejemplo que Marx tenía en mente era el de las restricciones a la libertad de prensa en la Revolución Francesa, que planteaba el «enigma», que «todavía está por resolver de por qué, en la mente de los emancipadores políticos, la relación se da la vuelta y el fin aparece con medio y los medios como el fin»[13]. Marx fue al núcleo del enigma de que la libertad pudiera convertirse en sometimiento mucho antes que George Orwell, y creyó haber encontrado la respuesta en Rousseau:

> Aquél que osa instituir a un pueblo debe sentirse en condiciones de *cambiar*, por decirlo así, la *naturaleza humana*, de *transformar* a cada individuo, que de por sí es un todo perfecto y solitario, en parte de un todo más grande del que ese individuo recibe de algún modo su vida y su ser; de sustituir por una *existencia parcial y moral* la existencia física independiente. Es necesario que quite *al hombre sus fuerzas propias*

---

[12] Karl Marx, *Grundrisse*, cit., 1973, p. 488 [ed. alem.: *Grundrisse – Das Kapitel vom Kapital – Heft V*, (Karl Marx / Friedrich Engels - Werke, Band 42) cit., p. 396].

[13] Karl Marx, «On the Jewish Question», en Karl Marx: Early Texts, editado por David McLellan, Oxford, Basil Blackwell, 1972 [ed. alem.: «Zur Judenfrage», en Karl Marx / Friedrich Engels - Werke, Band 1) Berlín, Dietz Verlag, 1976, p. 367] [ed. cast.: *La cuestión judía*, Barcelona, Anthropos, 2009].

> para darle otras que le son ajenas y de las que no puede hacer uso sin la ayuda de otros[14].

Con otras palabras, un individuo plenamente socializado adquiere una subjetividad política y una concepción de lo que significa la libertad, diferentes de la del individuo aislado.

Aunque esa respuesta sea en sí misma demasiado simple para soportar el peso histórico que le correspondería, apunta en una dirección fértil para la investigación. ¿Está mejor defendida la libertad humana para todos por un régimen de derechos de propiedad privada individuales y excluyentes o por derechos comunes colectivamente gestionados por los individuos asociados? ¿No nos enfrentamos aquí a una opción difícil entre libertades individuales movilizadas por la causa de la dominación de clase capitalista o la lucha de clases puesta en marcha por los desposeídos en pro de mayores libertades sociales y colectivas?

Obsérvese también algo importante en la formulación de Rousseau que cumple un doble papel en el pensamiento de Marx. Las transformaciones revolucionarias suponen cierta destrucción creativa. Se pierde algo, pero también se gana algo. Lo que se perdía para Rousseau era el individualismo aislado (que derivaba de un estado de naturaleza en su teoría, pero que para Marx era un producto político de la revolución burguesa). El individualismo aislado tenía que ceder el paso a recursos nuevos pero «ajenos». La burguesía tenía que verse alienada de su pasado individualizado para que los desposeídos obtuvieran sus futuras libertades desalienadas. Esto pone patas arriba la teoría marxista de la alienación: el momento de alienación está cargado de potencial positivo y negativo en los momentos claves de transición revolucionaria. No hay ninguna contradicción que no genere respuestas potencialmente contradictorias.

Marx no ahorró palabras con respecto a la necesidad de derribar (o «someter») las concepciones burguesas individualistas de riqueza y de valor a fin de liberar el potencial para una prosperidad humana creativa pero colectiva que nos rodea de forma latente en cada ocasión. Curiosamente, hasta Margaret Thatcher pensaba que había una diferencia al respecto que vale la pena mencionar aquí, ya que demuestra que hasta la empedernida conservadora hija de un tendero, licenciada en Química y luego abogada, era capaz de pensamientos trascendentales: «No es la creación de riqueza lo que está mal (aunque dudo de que conociera realmente la concepción marxista de la riqueza como plena realización de las capacidades humanas individuales), sino el amor al dinero por sí mismo».

---

[14] Jean-Jacques Rousseau, Contrat Social, livre II, Londres, 1782, p. 67 [ed. ingls.: *The Social Contract*, Oxford, Oxford University Press, 2008; ed. cast.: *El contrato social*, Madrid, Taurus, 2012].

El mundo de la verdadera libertad es totalmente impredecible. «Una vez que se hayan eliminado los grilletes que aherrojan el florecimiento humano –observa Eagleton– es mucho más difícil predecir qué sucederá, ya que hombres y mujeres serán entonces mucho más libres para comportarse como lo deseen dentro de los límites de su responsabilidad mutua. Si son capaces de dedicar más tiempo a lo que ahora llamamos actividades de ocio, y no tanto al trabajo, su comportamiento se hará aún más difícil de predecir. Y digo "lo que ahora llamamos ocio" porque si realmente utilizáramos los recursos acumulados por el capitalismo para liberar a gran número de personas del trabajo, dejaríamos de llamar ocio a lo que hicieran entonces». Se podrían obtener enormes ventajas de la automatización y la inteligencia artificial para liberar en lugar de encerrar a la gente en tareas sin sentido. «Para Marx –dice Eagleton–, el socialismo se inicia en el momento en que comenzamos a determinar colectivamente nuestro propio destino. Es la democracia tomada en serio más que la democracia como charada política (como lo es ahora para muchos). Y el hecho de que la gente sea más libre quiere decir que será más difícil predecir que estarán haciendo a las cinco de la tarde del miércoles»[15]. Pero eso no implica que ya no haya entonces necesidad de autodisciplina, compromiso y dedicación a las tareas complejas que podríamos elegir libremente para nuestra propia satisfacción, así como por el bienestar de otros. La libertad está vinculada, como lo entendió hace tanto tiempo Aristóteles, a la vida buena, y una vida es buena cuando es una vida activa dedicada, como todo en la naturaleza, a la búsqueda perpetua de novedad. Una versión no alienada de la dialéctica entre libertad y sometimiento es posible en el esfuerzo de los individuos, siempre asociados con otros, para alcanzar la cumbre de sus potencialidades y poderes; pero la búsqueda de relaciones no alienadas no puede iniciarse sin la experiencia previa de la alienación y sus posibilidades contradictorias.

[15] T. Eagleton, *Why Marx Was Right*, cit., pp. 75-76.

TERCERA PARTE
LAS CONTRADICCIONES PELIGROSAS

Las contradicciones cambiantes evolucionan de forma diferente y proporcionan gran parte de la fuerza dinámica que subyace a la evolución histórica y geográfica del capital. En algunos casos su movimiento tiende a ser progresivo (aunque vaya acompañado de reveses y retrocesos aquí y allá). El cambio tecnológico ha sido en general acumulativo, como lo ha sido la producción geográfica de espacio, aunque en ambos casos hay fuertes contracorrientes y regresiones. Tecnologías viables son abandonadas y se desvanecen, espacios y lugares que una vez fueron vigorosos centros de actividad capitalista se convierten en pueblos fantasmas o ciudades en declive. En otros ámbitos el movimiento se parece más a un péndulo, como sucede en las oscilaciones entre el monopolio y la competencia o en el equilibrio entre la pobreza y la riqueza. En otros casos, como sucede con la libertad y el sometimiento, el movimiento es más caótico y aleatorio, dependiendo del flujo y reflujo de fuerzas políticas enfrentadas en lucha, mientras que en otras instancias, como en el complejo campo de la reproducción social, en el que las intersecciones entre la evolución histórica del capitalismo y los requerimientos específicos del capital son tan indeterminados y están tan entremezclados, la dirección y la fuerza del movimiento es irregular y casi nunca consistente. Los avances (puesto que lo son) de los derechos de la mujer, de los discapacitados, de las minorías sexuales (los grupos sociales de LGTB), así como de los grupos religiosos que tienen estrictos códigos sobre diversas facetas de la reproducción social (como el matrimonio, la familia, las prácticas de crianza de los hijos y temas similares), hacen difícil calcular exactamente en qué grado el capital y el capitalismo cooperan entre sí o se enfrentan en lo que atañe a las contradicciones fundamentales. Y si esto es cierto respecto a las contradicciones de la reproducción social, lo es todavía más en el complejo caso del sometimiento y la libertad.

La conformación dinámica de las contradicciones cambiantes proporciona gran parte de la energía y del vigor innovador de la evolución conjunta del capital y del capitalismo, y abre una riqueza (utilizo deliberadamente esa palabra para referirme a un potencial florecimiento de las capacidades humanas más que a las simples posesiones) de posibilidades para nuevas iniciativas. Estas son las contradicciones y los espacios en los que está latente la esperanza

de una sociedad mejor y de los que pueden surgir nuevas arquitecturas y construcciones alternativas.

Dentro de la totalidad que es el capital, y como sucede con las contradicciones fundamentales, las contradicciones cambiantes se cruzan, interactúan y crean interferencias entre sí de maneras fascinantes. La producción de espacio y las dinámicas del desarrollo geográfico desigual se han visto enérgicamente impactadas por los cambios tecnológicos, tanto en las formas organizativas (por ejemplo en los aparatos del Estado y en las formas territoriales de organización) como en las tecnologías del transporte y de producción de aquel. Las diferenciaciones en la reproducción social y en el equilibrio entre la libertad y el sometimiento florecen en las coordenadas del desarrollo geográfico desigual, hasta el punto de que ellas mismas se convierten en parte de la producción de espacio y del desarrollo desigual. La creación de espacios heterotópicos, donde por un tiempo pueden florecer formas radicalmente diferentes de producción, de organización social y de poder político, implica un terreno de posibilidad anticapitalista que está perpetuamente abriéndose y cerrándose. También es aquí donde actúan las dinámicas del monopolio y la centralización del poder frente a las de la descentralización y la competencia para influir sobre el dinamismo tecnológico y organizativo y para estimular la competencia geopolítica por el beneficio económico. Y no hace falta decir que el equilibrio entre la pobreza y la riqueza se ve constantemente modificado por la competencia interterritorial, las corrientes migratorias y las innovaciones competitivas respecto a las productividades del trabajo y la creación de nuevas gamas de productos.

En el marco de estas contradicciones dinámicas e interactivas es dónde podemos encontrar múltiples proyectos políticos alternativos. Muchos de ellos se forman como respuestas específicas del capital a sus propias contradicciones y por ello están principalmente dirigidos a facilitar su reproducción en condiciones de perpetuo riesgo e incertidumbre, si es que no de crisis en toda regla. Pero incluso en estos casos existen innumerables posibilidades para la inserción de iniciativas que tanto modifiquen el funcionamiento del capital como abran perspectivas respecto a lo que podría ser una alternativa anticapitalista. Por mi parte creo, de acuerdo con Marx, que el futuro ya está en gran medida presente en el mundo que nos rodea y que la innovación política, como la innovación tecnológica, es una cuestión de reunir de una forma diferente posibilidades políticas ya existentes pero aisladas y separadas hasta ese momento. Los desarrollos geográficos desiguales no pueden hacer otra cosa que generar «espacios de esperanza» y situaciones heterotópicas en las que pueden florecer nuevos modos de cooperación, al menos durante un tiempo, antes de que sean reabsorbidos por las prácticas dominantes del capital. Las nuevas tecnologías (como Internet) abren nuevos espacios de libertad potencial que pueden hacer avanzar la causa de la gobernanza democrática. Las iniciativas en el campo de la reproducción social pueden producir nuevos sujetos políticos deseosos de

revolucionar y humanizar las relaciones sociales en general y de cultivar un planteamiento más estéticamente satisfactorio y sensible de nuestra relación metabólica con la naturaleza. Señalar todas estas posibilidades no es afirmar que todas ellas darán frutos, sino sugerir que cualquier política anticapitalista tiene que ser diligente a la hora de rastrear entre las contradicciones para lograr encontrar su propio camino hacia la construcción de un universo alternativo utilizando los recursos y las ideas disponibles.

Esto nos lleva de modo inmediato a las contradicciones peligrosas si no potencialmente fatales. Supuestamente Marx dijo que el capital se derrumbaría a la postre bajo el peso de sus propias contradicciones internas, pero de hecho yo no he sido capaz de encontrar en qué lugar Marx afirmó tal cosa y de mi propia lectura de su obra creo que es extremadamente improbable que alguna vez dijera algo semejante. Esa afirmación presupone una ruptura mecanicista de la máquina económica del capitalismo que se produce sin que ningún agente humano eche arena en el motor o militantemente se lance a la tarea de detener su marcha y de reemplazarlo. La posición de Marx, que yo comparto en líneas generales en contra de ciertas corrientes de la tradición marxista/comunista y en contra de las opiniones que típicamente le atribuyen sus muchos críticos, es que probablemente el capital pueda funcionar indefinidamente, pero de una forma tal que provocará la degradación progresiva del planeta y un empobrecimiento de masas, que acarreará un espectacular aumento de las desigualdades sociales y de la deshumanización de la mayoría de la humanidad, la cual se verá sometida a una negación cada vez más represiva y autocrática del potencial para el florecimiento humano individual mediante la intensificación de una vigilancia policial totalitaria por parte del Estado, un sistema de control militarizado y una democracia totalitaria, aspectos todos ellos que en gran medida ya experimentamos en el momento presente.

La intolerable negación del libre desarrollo de las capacidades y potencialidades creativas del ser humano que ello supone equivale a desperdiciar la cornucopia de posibilidades que el capital nos ha legado y a despilfarrar la riqueza real de las posibilidades humanas en nombre del perpetuo aumento de la riqueza monetaria y de la satisfacción de estrechos intereses económicos de clase. Enfrentados a semejante perspectiva, la única política inteligente es intentar trascender el capital y las limitaciones de una estructura de poder capitalista cada vez más autocrática y oligárquica y reconstruir las posibilidades imaginativas de la economía en una nueva configuración mucho más igualitaria y democrática.

El Marx por el que yo opto, en resumen, es un humanista revolucionario y no un determinista teleológico. En su obra pueden encontrarse declaraciones que apoyan esta última posición, pero considero que el grueso de sus escritos, tanto históricos como político-económicos, sustentan la primera interpretación. Por esta razón rechazo la idea de las contradicciones «fatales» y prefiero referirme a ellas como contradicciones «peligrosas», porque denominarlas de la

primera manera trasmitiría una falsa sensación de inevitabilidad y de decadencia cancerosa, si es que no de apocalípticos desenlaces mecanicistas. Sin embargo, ciertas contradicciones son más peligrosas que otras tanto para el capital como para la humanidad y varían de lugar en lugar y de un momento a otro. Si hubiéramos escrito hace cincuenta o cien años sobre el futuro del capital y de la humanidad, muy posiblemente nos habríamos centrado en unas contradicciones diferentes a las que estoy hoy considerando aquí. La cuestión medioambiental y el desafío de mantener el crecimiento exponencial no hubieran exigido tanta atención en 1945, cuando la resolución de las rivalidades geopolíticas y la racionalización de los procesos del desarrollo geográfico desigual así como el reequilibrio de la unidad contradictoria entre producción y realización mediante la intervención del Estado, eran cuestiones entonces más sobresalientes. Las tres contradicciones en las que me centraré a continuación son las más peligrosas para el presente inmediato, no solo para la capacidad del motor económico del capitalismo de continuar funcionando, sino también para la reproducción de la vida humana en unas condiciones mínimamente razonables. Una de ellas, pero solo una, es potencialmente fatal y únicamente será conjurada si surge un movimiento revolucionario capaz de cambiar la senda evolutiva que dicta la interminable acumulación de capital. Que semejante espíritu revolucionario cristalice o no para imponer cambios radicales en la manera en que vivimos no es algo que esté escrito en las estrellas. Depende por completo de la voluntad humana. Un primer paso para ejercer esa voluntad es asumir la plena conciencia de la naturaleza de los peligros actuales y de las opciones a las que nos enfrentamos.

CONTRADICCIÓN 15

EL CRECIMIENTO EXPONENCIAL Y ACUMULATIVO SIN FIN

EL CAPITAL SIEMPRE gira en torno al crecimiento y en su caso este es necesariamente exponencial y acumulativo, característica de su reproducción que, como intentaré demostrar, constituye ahora una contradicción extremadamente peligrosa, que en gran medida se ignora y cuyo análisis brilla por su ausencia.

La mayoría de la gente no entiende bien las matemáticas del interés compuesto ni el fenómeno del crecimiento acumulativo (o exponencial), ni los potenciales peligros que representa. La deprimente ciencia de la economía convencional, como señala Michael Hudson en un incisivo artículo reciente, no reconoce ni siquiera la importancia del interés compuesto en el aumento del endeudamiento[1]. El resultado ha sido ocultar un aspecto clave de los trastornos financieros que sacudieron al mundo en 2008. ¿Pero es realmente posible un crecimiento perpetuo de tipo exponencial?

En los últimos tiempos se ha producido un enorme revuelo entre algunos economistas que se han cuestionado si la fe en la arraigada hipótesis del crecimiento perpetuo pudiera carecer de justificación. Robert Gordon, por ejemplo, ha sugerido en un artículo reciente que el crecimiento económico experimentado en los últimos doscientos cincuenta años «podría ser un episodio único en la historia de la humanidad y no una garantía de un interminable avance futuro al mismo ritmo». Su argumentación descansa en gran parte sobre la visión de conjunto de la trayectoria y las consecuencias de las innovaciones en la productividad del trabajo que han sustentado el crecimiento de los ingresos per cápita. Gordon se une a otros varios economistas que piensan que las olas de innovación del pasado han sido mucho más intensas que la más reciente, basada en la electrónica y

---

[1] Michael Hudson, *The Bubble and Beyond*, Dresden, Islet, 2012. Este es uno de los pocos textos de economía que yo conozco que aborda el tema del crecimiento compuesto con seriedad. He utilizado algunos de sus materiales en lo que sigue. Cuando planteé la cuestión del crecimiento exponencial en 2011 ante dos redactores jefes de la sección de economía de un importante periódico global, uno de ellos hizo caso omiso de la pregunta por considerarla trivial o incluso irrisoria, mientras que el otro dijo que todavía quedaban muchas fronteras tecnológicas que explorar, así que por qué preocuparse.

la informatización e iniciada alrededor de la década de 1960, y sostiene que esta última ha sido más débil en sus efectos de lo que generalmente se supone y que, en cualquier caso, ahora está básicamente agotada tras alcanzar su apogeo con la burbuja punto com de la década de 1990. A partir de esta constatación, Gordon predice que el «crecimiento futuro del PIB real per cápita será más lento que el registrado en cualquier otro período prolongado desde finales del siglo XIX y que el crecimiento del consumo real per cápita será incluso todavía más lento para el 99 por 100 menos favorecido de la escala de distribución de la renta». En el caso de Estados Unidos, la inherente debilidad de la última oleada de innovaciones se ve agravada por una serie de «vientos en contra», que incluyen el aumento de la desigualdad social, los problemas derivados del creciente coste y decreciente calidad de la educación, los impactos de la globalización, la regulación medioambiental, las condiciones demográficas (el envejecimiento de la población), el crecimiento de las cargas fiscales y el exceso de endeudamiento público y privado[2]. Pero Gordon sostiene que aun sin esos «vientos en contra», el futuro sería de relativo estancamiento en comparación con los últimos doscientos años.

En el momento en que escribo estas líneas uno de esos «vientos en contra», la deuda pública, se ha convertido en Estados Unidos en una arma política arrojadiza (con enormes reverberaciones en otros países). Ha sido el centro de argumentos y afirmaciones estridentes y exageradas en los medios de comunicación y en el Congreso. Se aduce una y otra vez la carga supuestamente enorme y monstruosa que supondrá la deuda para las generaciones futuras para promover recortes draconianos del gasto público y del salario social (como siempre, en beneficio de la oligarquía). En Europa se utiliza el mismo argumento para justificar la imposición de una ruinosa austeridad a países enteros (como Grecia), aunque no hace falta demasiada imaginación para ver que en líneas generales esa política también puede beneficiar a países ricos como Alemania y a los prósperos bonistas. En Europa, los gobiernos democráticamente elegidos de Grecia e Italia fueron pacíficamente derrocados y reemplazados coyunturalmente por «tecnócratas» que contaban con la confianza de los mercados de bonos.

---

[2] Robert Gordon, «Is U.S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», *Working Paper 18315*, Cambridge (MA), National Bureau of Economic Research, 2012. La reacción pública generalizada a los razonamientos de Gordon, descrita en Thomas Edsall, «No More Industrial Revolutions», *The New York Times*, 15 de octubre de 2012, fue que probablemente Gordon tenía algo de razón, pero que era demasiado pesimista sobre el impacto futuro de las innovaciones. Sin embargo, Martin Wolf, influyente economista jefe del *Financial Times*, aceptó gran parte de lo que Gordon decía y llegó a la conclusión de que las elites económicas de renta alta darían la bienvenida al futuro descrito por él, pero que al resto de la gente le gustaría «[…] muchísimo menos. Vayan acostumbrándose, esto no va a cambiar». Otra contribución al respecto sería la de Tyler Cowen, *The Great Stagnation. How America Ate all the Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick and Will (Eventually) Feel Better*, E-special from Dutton, 2011. Sin embargo, todos estos planteamientos están centrados en Estados Unidos.

Todo esto ha hecho especialmente difícil obtener una visión clara de la relación existente entre la creciente acumulación de obligaciones de deuda y el crecimiento exponencial de la acumulación de capital y de los peligros que ambos plantean. Hay que señalar que a Gordon le preocupaba principalmente el PIB per cápita, que se diferencia bastante del PIB agregado. Ambos índices son sensibles a las condiciones demográficas pero en muy distinta medida. Un análisis superficial de los datos históricos disponibles sobre el PIB total sugiere que aunque a lo largo de la historia del capital siempre ha habido una vaga relación entre la riqueza y la acumulación de deuda, la acumulación de riqueza desde la década de 1970 ha estado mucho más íntimamente asociada con la acumulación de deuda pública, empresarial y privada. Ahora asoma la sospecha de que la acumulación de esta última sea una condición necesaria para que prosiga la acumulación de capital. De ser esto cierto, nos topamos con el curioso resultado de que los tenaces intentos de la derecha republicana estadounidense y de grupos similares en Europa (como el gobierno alemán) para reducir el endeudamiento, cuando no eliminarlo, están generando una amenaza mucho más grave para el futuro del capital que la que nunca ha supuesto el movimiento de la clase obrera.

El crecimiento acumulativo (exponencial) es, en esencia, muy simple. Yo pongo 100 dólares en una cuenta de ahorro que produce un 5 por 100 de interés anual. A finales de año tengo 105 dólares que, a un tipo de interés constante, se convierten en 110,25 al año siguiente (las cifras son mayores si la acumulación se produce mensual o diariamente). La diferencia entre esta suma al final del segundo año y la derivada de un tipo de interés aritmético, que no es compuesto, es tan pequeña (solamente 25 céntimos), que no merece la pena preocuparse por ella y por esa razón pasa fácilmente inadvertida. Pero al cabo de treinta años de aplicar ese interés compuesto del 5 por 100 tengo 432,19 dólares a diferencia de los 250 que tendría si aplicara el mismo tipo de interés simple. Al cabo de sesenta años tengo 1.867 dólares y no sólo 400 y al cabo de 100 años tengo 13.150 y no sólo 600. Hay que observar en detalle esas cifras: la curva del interés compuesto sube muy lentamente al principio (véanse los gráficos 1 y 2), pero después se acelera hasta convertirse en lo que los matemáticos llaman una singularidad: se dispara hacia el infinito. Quienquiera que tenga una hipoteca experimenta esto a la inversa. Durante los primeros veinte años de una hipoteca a treinta años, el capital adeudado disminuye muy lentamente. Después la disminución se acelera y en los dos o tres últimos años disminuye muy rápidamente.

Gráfico 1

Interés compuesto vs. interés simple

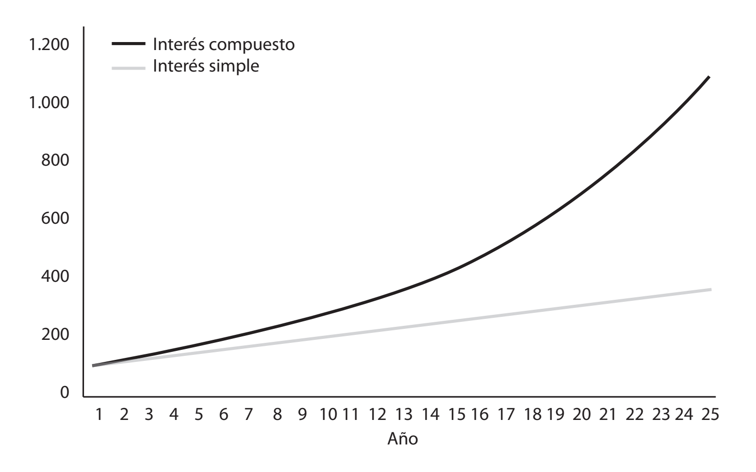
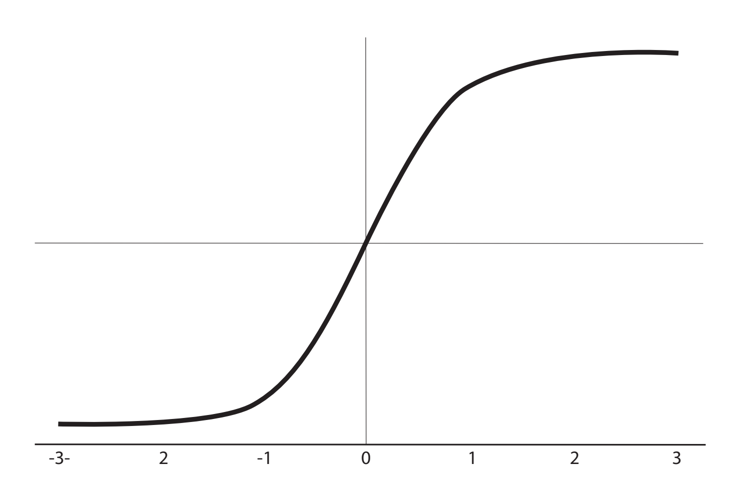


Gráfico 2

Una típica curva en «S»



Son innumerables las anécdotas clásicas que ilustran esta cualidad del interés compuesto y del crecimiento exponencial. Una de ellas es la de un rey indio que quería recompensar al inventor del juego del ajedrez. El inventor pidió un grano de arroz por el primer cuadrado del tablero y que la cantidad se fuera doblando de cuadrado en cuadrado hasta llegar al último. El rey aceptó fácilmente ya que parecía un precio muy pequeño. El problema

fue que cuando llegaron al cuadrado número veintiuno hacía falta más de un millón de granos y después del cuadrado numero cuarenta y uno (que requería más de un billón de granos) simplemente no había suficiente arroz en el mundo para cubrir los cuadrados que faltaban. Una de las versiones de la historia dice que el rey se enfadó tanto con el engaño que mandó decapitar al inventor. Esta versión de la historia es valiosa, porque pone de manifiesto el carácter engañoso del interés compuesto y muestra lo fácil que es subestimar su poder oculto. En las últimas etapas del crecimiento exponencial, la aceleración te coge por sorpresa.

Otro ejemplo de los peligros del interés compuesto se pone de manifiesto en el caso de Peter Thelluson, un adinerado banquero suizo que vivía en Londres y que dejó un fondo fiduciario de 600.000 libras que no se podía tocar hasta cien años después de su muerte, acaecida en 1797. A un tipo de interés compuesto del 7,5 por 100, el fondo hubiera ascendido en 1897, momento en que finalmente podría haberse repartido entre sus afortunados descendientes, a 19 millones de libras, cantidad mayor que la deuda nacional británica en ese momento. Incluso a un tipo de interés compuesto del 4 por 100, el gobierno de la época calculó que el monto del legado equivaldría a toda la deuda pública de 1897, y que la acumulación de intereses daría un inmenso poder financiero a los herederos. Para evitarlo, en 1800 se aprobó un decreto que limitaba los depósitos a veintiún años. El testamento de Thelluson fue impugnado por sus herederos inmediatos y cuando finalmente se falló el caso en 1859, después de muchos años de pleitos, resultó que todo el legado se había ido en costes legales. Esta historia fue la base para el célebre caso de Jarndyce contra Jarndyce recogido en la novela de Charles Dickens *Bleak House*[3].

En las postrimerías del siglo XVIII se vivió un frenesí de excitados comentarios sobre el poder del interés compuesto. En 1772 el matemático Richard Price, en un tratado que más tarde provocó la divertida atención de Marx, escribió: «El dinero que produce un interés compuesto aumenta al principio lentamente, pero el ritmo de crecimiento se acelera continuamente y con el paso del tiempo es tan rápido que se burla de todos los poderes de la imaginación. Un penique, puesto en la fecha de nacimiento de nuestro Salvador al 5 por 100 de interés compuesto, habría aumentado hasta alcanzar en la actualidad un valor mayor que el de ciento cincuenta millones de planetas como la tierra, todos ellos de oro. Pero si se coloca a un interés simple, en el mismo periodo no habría aumentado nada más que hasta siete chelines y cuatro peniques y medio»[4]. Vemos ahí una vez más los resultados sorprendentes que produce el crecimiento

---

[3] El caso de Thelluson se describe en M. Hudson, *The Bubble and Beyond*, cit.

[4] Citado en K. Marx, *Capital,* Volumen 3,cit.*, p. 519* [ed. alemana: *Das Kapital*, Band III, cit., p. 408; ed. cast.: *El capital*, III-II, cit., p. 82].

exponencial, que «se burlan de todos los poderes de la imaginación». ¿Nos sorprenderán también a nosotros los derroteros por los que puede llevarnos el crecimiento exponencial? Curiosamente, la principal conclusión de Price (a diferencia del actual plantel de alarmistas) era lo fácil que sería saldar la deuda nacional existente (como mostraba también el ejemplo de Thelluson) ¡recurriendo a los poderes del interés compuesto!

Angus Maddison ha intentado calcular minuciosamente la tasa de crecimiento de la producción económica total del planeta a lo largo de varios siglos. Evidentemente, cuanto más atrás se remonta, más precarios son los datos. Significativamente, los datos anteriores a 1700 se apoyan cada vez más en las estimaciones de la población como sustituto de la producción económica total. Pero incluso en nuestra época hay buenas razones para cuestionar los datos en crudo porque incluyen cierto número de «males nacionales brutos» (como las consecuencias económicas de los accidentes de tráfico y los huracanes). Algunos economistas han insistido en la necesidad de cambiar los principios de la contabilidad nacional argumentando que muchas de las medidas son engañosas. Pero si nos atenemos a las conclusiones de Maddison, resultaría que desde 1820 aproximadamente el capital ha venido creciendo con una tasa compuesta del 2,25 por 100. Esta es la cifra media mundial[5]. Evidentemente ha habido momentos (por ejemplo, la Gran Depresión) y lugares (por ejemplo, el Japón contemporáneo) en los que la tasa de crecimiento ha sido despreciable o negativa, mientras que en otros momentos (como las décadas de 1950 y 1960) y lugares (como China durante los últimos veinte años) el crecimiento ha sido mucho más elevado. Esta tasa media es ligeramente inferior a la aceptada por lo general en la prensa financiera y en los estudios especializados, que establecen el 3 por 100 como la tasa mínima aceptable de crecimiento. Cuando el crecimiento cae por debajo se habla de una economía debilitada y cuando desciende por debajo de cero de recesión o, si se prolonga, de depresión. En el otro extremo, un crecimiento por encima del 5 por 100 se suele considerar en las «economías maduras» (pero no en la China contemporánea) como una señal de «sobrecalentamiento» que siempre viene acompañada de la amenaza de una inflación desbocada. En los últimos tiempos, incluso en los años del «crac» de 2007-2009, el crecimiento global se mantuvo prácticamente constante, en torno al 3 por 100 aproximadamente, aunque la mayor parte correspondió a mercados emergentes como Brasil, Rusia, India y China, es decir, a los BRIC. La tasa de crecimiento de las «economías capitalistas avanzadas» cayó al 1 por 100 o menos entre 2008 y 2012.

[5] Angus Maddison, *Phases of Capitalist Development*, Oxford, Oxford University Press, 1982; *Contours of the World Economy, 1-2030 AD*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

Maddison calcula que en 1820 la producción mundial alcanzaba los 694 millardos de dólares constantes de 1990. En 1913 había crecido hasta los 2,7 billones de dólares, en 1973 ascendió a 16 billones y en 2003 se acercaba a los 41 billones. Bradford DeLong ofrece cálculos diferentes, empezando con 359 millardos en 1850 (en dólares constantes de 1990) creciendo hasta 1,7 billones en 1920, 3 billones en 1940, 12 billones en 1970, 41 billones en 2000 y 45 billones en 2012. Las cifras de DeLong sugieren un suelo inicial más bajo y una tasa de crecimiento acumulado algo más elevada. Aunque las cifras son bastante diferentes (poniendo de manifiesto lo difícil y a menudo arbitrarias que son estas estimaciones), en ambos casos se puede ver claramente el resultado del crecimiento exponencial (con una considerable variación temporal y geográfica)[6].

Tomemos pues como norma un 3 por 100 como tasa de crecimiento compuesto. Esta es la tasa de crecimiento que permite que la mayoría de los capitalistas, si no todos, obtenga una tasa de rendimiento positivo sobre su capital. Actualmente, mantener una tasa de crecimiento satisfactoria significaría encontrar oportunidades rentables de inversión para casi 2 billones de dólares adicionales, mientras que en 1970 el incremento de capital en busca de inversión rentable era «sólo» de 6 millardos de dólares. En el año 2030, cuando las estimaciones sugieren que el total de la economía global superaría los 96 billones de dólares, se necesitarán oportunidades rentables de inversión para cerca de 3 billones adicionales. A partir de ahí las cifras se vuelven mareantes. Es como si estuviéramos en el cuadrado número veintiuno del tablero de ajedrez y no pudiéramos seguir. No parece una trayectoria de crecimiento factible, por lo menos desde nuestra posición actual. Si lo imaginamos físicamente, resultaría que la enorme expansión de las infraestructuras físicas, de la urbanización, de las fuerzas de trabajo y de la capacidad de consumo y producción experimentada desde la década de 1970 hasta ahora sería insignificante para la próxima generación si quiere mantener la tasa mencionada de acumulación exponencial de capital. Observemos un mapa de cualquier ciudad en 1970 y comparémoslo con su fisonomía actual; tratemos después de imaginar a qué se parecería multiplicando por cuatro su tamaño y su densidad durante los próximos veinte años.

En cualquier caso, sería un grave error creer que la evolución social humana se rige por alguna fórmula matemática, como suponía equivocadamente Thomas Malthus cuando en 1798 presentó por primera vez su principio sobre el crecimiento de la población (aproximadamente en el mismo momento en que Richard Price y otros celebraban –suponiendo que esa sea la palabra adecuada– el poder del crecimiento exponencial de los asuntos humanos). Los argumentos de Malthus tienen un reflejo

[6] Bradford DeLong, «Estimating World GDP, One Million B.C.-Present». Las estimaciones se encuentran en la entrada de la Wikipedia sobre el *Gross World Product*.

directo en el tema que nos ocupa, y también nos ofrecen una moraleja. En su opinión las poblaciones humanas, como todas las demás especies, tenían la tendencia a crecer en progresión geométrica (con un ritmo exponencial), mientras que la producción de alimentos solo podía aumentar como mucho aritméticamente habida cuenta de las condiciones prevalecientes en la productividad agrícola. Los rendimientos decrecientes del trabajo agrícola generarían probablemente en el futuro un abismo cada vez mayor entre la tasa de aumento de población y la de la oferta de alimentos. La divergencia creciente entre las dos curvas se entendía como indicador de la creciente presión de la población sobre los recursos que daría lugar inevitablemente al hambre, la pobreza, las epidemias, la guerra y el aumento de toda clase de patologías para la gran mayoría de la humanidad, que actuarían como brutales frenos del crecimiento de la población manteniéndola dentro de los límites dictados por la capacidad de sustento supuestamente natural. Las distópicas predicciones de Malthus no se cumplieron, por lo que más tarde amplió sus principios para incluir en ellos los cambios en el comportamiento demográfico humano, las así llamadas «restricciones morales», como el retraso en la edad de emparejamiento, la abstinencia sexual y otras técnicas tácitas de limitación de la población, que amortiguarían, si no revertirían, la tendencia de crecimiento exponencial de la misma[7]. Malthus tampoco supo prever en absoluto la industrialización de la agricultura y la rápida expansión de la producción mundial de alimentos mediante la colonización de tierras hasta entonces improductivas (especialmente en las Américas).

Al invocar la tendencia al crecimiento exponencial de la acumulación de capital, ¿corremos el peligro de repetir el error de Malthus al asumir que la evolución humana se ajusta a fórmulas matemáticas, en vez de reflejar unos comportamientos humanos fluidos y adaptables? Si es así, ¿cómo se ha adaptado y sigue adaptándose el capital para conciliar la disparidad entre un proceso de acumulación necesariamente exponencial (si es que efectivamente es así) y las condiciones capaces de contrarrestar un crecimiento del mismo tipo?

Antes de nada es preciso analizar, sin embargo, una consideración previa. Si la población crece exponencialmente (como suponía Malthus), entonces la economía tiene que crecer con un ritmo similar para que se mantengan los niveles de vida. ¿Pero cuál es en realidad la relación entre la evolución demográfica y las dinámicas de acumulación de capital?

Actualmente los únicos países cuya población aumenta con una tasa de crecimiento compuesto del 3 por 100 o más están en África, el sur de Asia y Oriente Próximo. En Europa del Este se dan tasas de crecimiento

[7] Thomas Malthus, *An Essay on the Principle of Population*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 [ed. cast.: *Ensayo sobre el principio de la población*, Madrid, Akal, 1990].

negativas, mientras que en Japón y gran parte de Europa Occidental son tan bajas que apenas se mantiene la población. En estos últimos casos surgen problemas económicos debido a la escasez de la oferta doméstica de mano de obra y a las crecientes cargas derivadas del envejecimiento de la población. Una fuerza de trabajo menor y a menudo decreciente tiene que producir suficiente valor para pagar las pensiones de una población jubilada en aumento. Esta relación continúa siendo importante en determinadas partes del mundo. En los primeros momentos de la historia del capital, el rápido aumento de la población o una vasta reserva de mano de obra asalariada sin explotar y todavía no urbana ayudaron incuestionablemente a mantener una rápida acumulación de capital. De hecho, cabe argumentar creíblemente que el crecimiento de la población desde principios del siglo XVII fue una condición previa para la acumulación de capital. El papel de lo que Gordon llama «el dividendo demográfico» a la hora de promover el crecimiento económico fue claramente importante en el pasado y sigue siéndolo en la actualidad. La masiva incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo en América del Norte y Europa a partir de 1945 es un ejemplo de ello, pero es algo que no puede repetirse. La fuerza de trabajo mundial creció en 1.200 millones de personas entre 1980 y 2009 y cerca de la mitad de ese crecimiento se produjo en India y China, lo cual también será difícil de repetir. Sin embargo, en muchas partes del mundo esta relación entre el rápido crecimiento de la población y una rápida acumulación de capital está empezando a venirse abajo a medida que el primero sigue una curva «en forma de S» (distribución logística sigmoide), con un lento crecimiento inicial, un rápido aumento posterior hasta que éste alcanza un máximo, y una ralentización posterior hasta hacerse prácticamente plana, lo que indica un crecimiento demográfico nulo o incluso negativo (por ejemplo en Italia y Europa Oriental). Este vacío demográfico atrae en algunas partes del mundo fuertes corrientes migratorias, aunque no sin perturbaciones sociales, resistencias políticas y un gran conflicto cultural.

Aunque las proyecciones demográficas incluso a medio plazo son particularmente resbaladizas (y además cambian rápidamente de año en año), se espera que la población mundial se estabilice durante este siglo sin llegar a superar a finales del mismo los 12.000 millones de seres humanos (quizá incluso menos, en torno a los 10.000 millones), situándose a partir de ahí en un estado estacionario de crecimiento cero. Esta cuestión es evidentemente importante en relación con las dinámicas de acumulación de capital. En Estados Unidos, por ejemplo, la creación de empleo desde 2008 no ha mantenido el ritmo de la expansión de la fuerza de trabajo; el descenso de la tasa de desempleo refleja una contracción de la población en edad de trabajar que busca activamente empleo. Pero pase lo que pase, está bastante claro que la acumulación de capital a largo plazo se apoyará

cada vez menos en el crecimiento demográfico para sostener o impulsar su crecimiento exponencial; y que las dinámicas de producción, consumo y realización de capital tendrán que ajustarse a esas nuevas condiciones demográficas. Es difícil decir cuándo va a suceder esto, pero la mayoría de las estimaciones sugieren que el gran incremento de la fuerza de trabajo global que se produjo aproximadamente desde 1980 será difícil de repetir una vez que se agote a partir de 2030. En cierta medida esto es una suerte, ya que, como hemos visto, los cambios tecnológicos tienden a producir poblaciones excedentes e incluso desechables cada vez mayores entre los menos cualificados[8]. La brecha entre el escaso número de trabajadores muy cualificados y la enorme reserva de trabajadores con un grado medio y bajo de cualificación, desempleados y cada vez menos aptos para el empleo, parece ir ampliándose, mientras que la definición de las cualificaciones evoluciona rápidamente.

¿Sería entonces posible que la acumulación de capital abandonara el tipo de crecimiento exponencial que ha mostrado durante los dos últimos siglos, siguiendo una curva «en forma de S» parecida a la que exhibe la demografía de muchos países, estabilizándose en una economía capitalista con un crecimiento prácticamente nulo? La respuesta a esta perspectiva es un rotundo no, y es de vital importancia entender el porqué. La razón más simple es que el capital consiste en la búsqueda de beneficios. Para la totalidad de los capitalistas obtener un beneficio requiere la existencia de más valor al final del día del que había al principio, lo que significa una expansión de la producción total del trabajo social. Sin esa expansión no puede haber capital. Una economía capitalista con crecimiento cero es una contradicción lógica y excluyente. Simplemente no puede existir. Por eso el crecimiento nulo define un estado de crisis para el capital. Si se prolongase un crecimiento cero similar al que prevaleció en gran parte del mundo durante la década de 1930, ello supondría la sentencia de muerte para el capitalismo.

Entonces, ¿cómo puede el capital continuar acumulándose y expandiéndose exponencialmente de modo perdurable? ¿Cómo puede hacerlo cuando ello parece implicar la duplicación o triplicación de las asombrosas transformaciones físicas que se han producido en el planeta durante los últimos cuarenta años? La espectacular industrialización y urbanización de China no es más que un anticipo de lo que habría que hacer en el futuro para mantener en marcha la acumulación de capital. Durante buena parte del siglo XX grandes zonas del mundo intentaron imitar la senda de crecimiento estadounidense. En el XXI la mayor parte del mundo tendría que imitar la senda de crecimiento china, con todas sus horribles consecuencias medioambientales, algo imposible para Estados Unidos y Europa e

[8] McKinsey Global Institute, «The World at Work: Jobs, Pay and Skills for 3.5 Billion People», *Report of the McKinsey Global Institute*, 2012.

impensable para prácticamente todos los demás países a excepción tal vez de Turquía, Irán y algunas zonas de África. También merece la pena recordar que a lo largo de estos últimos cuarenta años ha habido múltiples crisis traumáticas, normalmente localizadas, dispersas por todo el mundo, entre las que cabe destacar la que asoló el sureste asiático y Rusia en 1998, la que golpeó a Argentina en 2001 y la colosal crisis financiera de 2008 que hizo tambalearse hasta la raíz el mundo del capital.

Pero es ahí donde la moraleja de la equivocada visión distópica de Malthus nos debería hacer reflexionar. Debemos preguntarnos, ¿de qué modo puede cambiar su naturaleza la acumulación de capital para adaptarse a lo que parece una situación crítica para su propia reproducción? De hecho, se están produciendo ya cierto número de adaptaciones clave. ¿Pueden prevenirse las dificultades e incluso evitarse indefinidamente? ¿Qué adaptaciones del comportamiento, equivalentes a las «restricciones morales» de Malthus (aunque el término «moral» difícilmente resultará apropiado), pueden remodelar la dinámica de la acumulación y permitirle conservar su necesario crecimiento exponencial?

Hay una forma asumida por el capital que permite la acumulación sin límite y es la forma dinero, que en la actualidad se halla liberada de cualquier limitación física como las impuestas por las mercancías-dinero, esto es, los metales como el oro y la plata que originalmente dieron representación física a la inmaterialidad del trabajo social y cuya oferta global es en gran medida invariable. El dinero fiduciario emitido por el Estado puede en cambio ser creado ilimitadamente. La expansión de la oferta de dinero se realiza ahora mediante una combinación de actividad privada y de acción estatal por medio del nexo Estado-finanzas constituido por los Ministerios de Finanzas y los Bancos Centrales. Cuando la Reserva Federal estadounidense asume la flexibilización cuantitativa [*quantitative easing*], simplemente crea en un santiamén tanta liquidez y dinero como desea. Añadir unos cuantos ceros a la cantidad de dinero en circulación no es ningún problema. El peligro, evidentemente, es el de generar una crisis inflacionista, la cual no se produce porque la Reserva Federal se dedica a rellenar continuamente el agujero producido en el sistema bancario desde que en 2008 se desmoronó la confianza entre los bancos privados y se congeló el préstamo interbancario, cuya función era la masiva creación de dinero mediante el endeudamiento cruzado entre las entidades bancarias. La segunda razón por la que no se dispara la inflación es que en la actualidad el movimiento obrero carece prácticamente de ningún poder (habida cuenta del excedente de mano de obra disponible) para elevar los salarios e influir sobre el nivel de precios (aunque en China la lucha de clases haya elevado marginalmente los costes laborales).

Pero, obviamente, la perpetua acumulación de capital a un ritmo exponencial mediante la creación exponencial de dinero no puede sino acabar en un desastre a no ser que vaya acompañada de otras adaptaciones. Consideremos unas cuantas de ellas antes de evaluar si se podrían combinar para dar lugar a un futuro sostenible para la reproducción del capital en condiciones de perpetuo crecimiento exponencial.

El capital no consiste únicamente en la producción y circulación de valor, sino también en su destrucción o devaluación. En el transcurso normal de su circulación se destruye una determinada proporción del mismo a medida que se dispone de maquinaria y capital fijo nuevos y más baratos. Las grandes crisis suelen caracterizarse por una destrucción creativa que implica masivas devaluaciones de mercancías, instalaciones, equipo, dinero y trabajo que eran productivos hasta entonces. Siempre se está produciendo cierta devaluación a medida que nuevas instalaciones sustituyen a las antiguas antes de que su ciclo de vida esté acabado y a medida que elementos más caros son reemplazados por otros más baratos producto de los cambios tecnológicos. La rápida desindustrialización de antiguos distritos industriales durante las décadas de 1970 y 1980 en América del Norte y Europa es un ejemplo obvio, mientras que en tiempos de crisis, de guerras o de desastres naturales, la devaluación puede ser masiva. En la década de 1930 y durante la Segunda Guerra Mundial las pérdidas fueron considerables. Los cálculos del FMI sugieren que las pérdidas globales netas como consecuencia de la crisis financiera de 2008 sumaron cerca del valor de todo un año de producción mundial de bienes y servicios. Pero por cuantiosas que hayan sido esas pérdidas no provocaron más que una breve pausa en la trayectoria del crecimiento exponencial. En cualquier caso, la recuperación del valor de la propiedad inmobiliaria, especialmente en Estados Unidos y Gran Bretaña, donde había sido severamente golpeada durante la crisis, implicó el restablecimiento del valor de una enorme cantidad de activos, aunque, como siempre sucede, ahora se encontraban en manos de los ricos, contribuyendo así a la enorme redistribución regresiva de la riqueza que, en ausencia de intervenciones revolucionarias, se produce habitualmente en el transcurso de una crisis. Las devaluaciones tendrían que haber sido mucho mayores y duraderas que las experimentadas en 2008, quizá cercanas a las de las décadas de 1930 y 1940, para tener realmente cierto efecto corrector.

El problema del desarrollo desigual de la devaluación y de las luchas geopolíticas sobre quién va a soportar su coste tiene gran importancia, en parte porque suele estar relacionado con la propagación del descontento social y de la inestabilidad política. Así, pues, aunque la devaluación no funciona muy bien como antídoto contra el crecimiento exponencial mundial, su concentración geográfica condiciona la dinámica de la lucha y del

sentimiento anticapitalistas. Las dos «décadas perdidas» sin desarrollo en la mayor parte de América Latina generaron un clima político de oposición al neoliberalismo, aunque no necesariamente al capital, que han sido cruciales para proteger a la región de los peores impactos de la crisis global de devaluación iniciada en 2008. La imposición diferencial de las pérdidas, por ejemplo sobre Grecia y el sur de Europa, equivale a una versión geográfica de las redistribuciones de riqueza que se producen entre ricos y pobres.

A la inversa, la privatización de los activos públicos, la creación de nuevos mercados y los nuevos cercamientos de los bienes comunes (desde la tierra y el agua a los derechos de propiedad intelectual) han ampliado el terreno sobre el que puede operar libremente el capital. La privatización del suministro de agua, de la vivienda social, de la educación y la sanidad e incluso de las actividades bélicas, la comercialización de los derechos de emisión de dióxido de carbono y las patentes sobre el material genético han otorgado al capital el poder de entrar en muchas áreas de la vida económica, social y política que hasta ahora le estaban vedadas. Esas oportunidades adicionales de mercado han sido importantes para mantener el crecimiento exponencial, pero al igual que sucede con la devaluación, no creo que tengan suficiente potencial para mantenerlo en el futuro, por más que desempeñaran un importante papel en las décadas de 1980 y 1990. Además, cuando absolutamente todo está mercantilizado y monetizado, hay un límite más allá del cual no puede proseguir ese proceso de expansión. Es difícil apreciar lo cerca que podamos estar ya de ese límite, pero casi cuatro décadas de estrategias neoliberales de privatización se han anexionado ya mucho y en gran parte del mundo no queda apenas nada que cercar o privatizar. Además hay muchas señales de resistencia política a la imposición de nuevos cercamientos y a la mercantilización de las formas de vida más allá del límite alcanzado, y algunas de esas luchas, por ejemplo contra la privatización del agua en Italia y contra las patentes genéticas, han tenido cierto éxito.

En tercer lugar, cabe considerar los límites que se podrían encontrar con respecto al consumo final y la realización del capital. Uno de los modos mediante los que el capital ha mantenido el crecimiento exponencial han sido las transformaciones radicales en la naturaleza, la forma, el estilo y el volumen del consumo final (ayudado desde luego por el aumento de población). Los límites económicos al respecto corresponden a la demanda efectiva agregada (*grosso modo*, sueldos y salarios más los ingresos disponibles de la burguesía). En los últimos cuarenta años la demanda se ha visto considerablemente complementada por la creación de deuda pública y privada. Sin embargo, aquí me concentro en un importante límite físico impuesto por el ciclo de vida útil y el tiempo de duración de los bienes de consumo: ¿cuánto duran y con qué rapidez hay que sustituirlos?

El capital ha reducido sistemáticamente el tiempo de duración de los bienes de consumo mediante la producción de mercancías perecederas, la presión en pro de la obsolescencia programada y a veces instantánea, la creación inmediata de nuevas líneas de productos (como sucede últimamente, por ejemplo, en la electrónica) y la aceleración del ciclo de vida útil gracias al concurso de la moda y de los poderes de la publicidad para destacar los valores de la novedad y la falta de elegancia de lo viejo. Este comportamiento se remonta a los últimos doscientos años y ha generado enormes cantidades de despilfarro. Pero la tendencia se ha acelerado, capturando e infectando visiblemente los hábitos del consumo de masas durante los últimos cuarenta años, especialmente en las economías capitalistas avanzadas. La transformación de las pautas de consumo de la clase media en países como China e India también ha sido notable. El sector de la publicidad y las ventas es ahora uno de los mayores en Estados Unidos y gran parte de su trabajo se dedica a la reducción del ciclo de vida útil del consumo.

Pero todavía existen límites físicos a la fugacidad del tiempo de duración, por ejemplo, de los teléfonos móviles y las modas. Por eso ha sido aún más significativa la pauta adoptada por la producción y consumo de espectáculos, un tipo de mercancía que es efímera y se consume instantáneamente. En 1967 Guy Debord escribió un texto profético, *La société du spectacle*, y casi parece que los representantes del capital lo hubieran leído cuidadosamente y hubieran adoptado sus tesis como los fundamentos de sus estrategias consumistas[9]. Ahí se incluyen desde los programas de televisión y otros productos de los medios de comunicación, como películas, conciertos, exposiciones y acontecimientos deportivos y megaculturales, hasta el turismo. Estas actividades dominan ahora el campo del consumo. Todavía más interesante es ver cómo el capital moviliza a los consumidores para que produzcan sus propios espectáculos a través de YouTube, Facebook, Twitter y otras redes sociales. Todos ellos pueden ser consumidos instantáneamente aunque absorben grandes cantidades de lo que de otra manera sería tiempo libre. Además, los consumidores producen una información que es absorbida por los propietarios de los medios para sus propios propósitos. El público funciona a la vez como productor y como consumidor, o en palabras de Alvin Toffler como «prosumidor»[10]. Aquí topamos con un importante corolario que aferra un tema que encontraremos en otros ámbitos: la obtención por el capital de beneficios procedentes no de la inversión en la producción, sino de la apropiación de rentas y *royalties* por el uso de la información, el *software* y las redes que construye.

[9] Guy Debord, *La société du spectacle*, París, Buchet/Chastel, 1967 [ed. inglesa.: *The Society of the Spectacle*, Kalamazoo (IL), Black & Red, 2000; ed. cast.: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2012].

[10] Alvin Toffler, *The Third Wave: The Classic Study of Tomorrow*, Nueva York, Bantam, 1980 [ed. cast.: *La tercera ola*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992].

Esta no es sino una de las varias indicaciones contemporáneas de que el futuro del capital se encuentra más en manos de los rentistas y su clase que en las de los capitalistas industriales.

Son estas transformaciones en el campo del consumo las que parecen vislumbrar Hardt y Negri cuando plantean un gran cambio de las operaciones del capital desde el campo del trabajo material al del trabajo inmaterial[11]. Sostienen que la relación entre el capital y los consumidores ya no está mediada por las cosas sino por la información, las imágenes, los mensajes y la proliferación y la mercadotecnia de las formas simbólicas que se relacionan y trabajan sobre la subjetividad política de poblaciones enteras, lo que equivale al intento del capital y del Estado de involucrarse en la manipulación biopolítica de las poblaciones y en la producción de nuevos sujetos políticos. Desde luego, siempre ha sucedido que el tipo de gente que somos ha venido modelado por el mundo de las mercancías en el que habitamos. Los habitantes de las zonas residenciales suburbanas son un grupo especial de gente, cuya subjetividad política está modelada por sus experiencias cotidianas de vida, del mismo modo que el dirigente comunista italiano encarcelado Antonio Gramsci concebía que lo que él denominaba americanismo y fordismo producía una nueva clase de sujeto humano por mor del trabajo en la fábrica[12]. La producción contemporánea de «nuevos» sujetos políticos a través de todo lo que media entre la publicidad subliminal y la propaganda directa constituye sin duda un enorme campo de inversión para el capital. Llamar a esto «trabajo inmaterial» es un tanto desafortunado, habida cuenta de la gran cantidad de trabajo material y de la decisiva importancia de las infraestructuras materiales que sustentan esta clase de actividades, incluso cuando se realizan en el ciberespacio y producen su efecto principalmente sobre las mentes y creencias de las personas. En la producción de espectáculos está involucrada una enorme cantidad de trabajo social material (como sucede en las ceremonias inaugurales de los Juegos Olímpicos, que todo el mundo puede constatar que se han vuelto cada vez más grandiosas de un modo bastante coherente con el razonamiento que estoy haciendo aquí).

Estas ideas ahora muy comunes sobre una revolución interna en la forma dominante de la acumulación de capital se hacen eco de innumerables análisis contemporáneos sobre el ascenso de la «sociedad de la información» y el desarrollo de un capitalismo «basado en el conocimiento». Muchos estudiosos parecen tener una urgente necesidad de demostrar el grado en

---

[11] Michael Hardt y Antonio Negri, *Commonwealth*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009 [ed. cast.: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011].
[12] Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, 4 vols. Turín, Einaudi, 1975 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, 6 vols., México DF, Ediciones Era, 1981-1999; ed. inglesa: *The Prison Notebooks*, Londres, NLR Books, 1971].

que el capital ha cambiado sus atributos en los últimos tiempos, complaciéndose quizá en explicar las recientes tensiones experimentadas por el capital como si se trataran de los dolores de parto de un orden capitalista totalmente nuevo, cuyos principales productos serían el conocimiento y la cultura (y la biopolítica, con independencia de lo que signifique) y ya no las cosas. Aunque sea en parte cierto, sería un error descubrir ahí una ruptura radical con el pasado y un doble error suponer que las nuevas formas escapan a las contradicciones del crecimiento exponencial. El espectáculo, por ejemplo, ha sido siempre un importante vehículo para la acumulación de capital y nunca ha habido una forma de capital en la que una mayor información y un conocimiento superior no fueran una fuente extraordinaria de beneficios. Además, ¿cuándo han sido irrelevantes la deuda y las finanzas y por qué esta fase de financiarización es tan diferente de la que se produjo, por ejemplo, a finales del siglo XIX? Así, pues, aunque sea verdad que el consumo de espectáculos, imágenes, información y conocimiento es cualitativamente diferente del consumo de mercancías materiales como casas, coches, pan y ropa de moda, nos equivocaríamos si no reconociéramos que la rápida expansión de la actividad en esas esferas tiene su origen en el fútil (y en breve explicaré por qué utilizo esta palabra) deseo de escapar de las limitaciones materiales del crecimiento exponencial. Todas estas formas alternativas permanecen cautivas de la lucha del capital por acomodarse a su irrenunciable crecimiento exponencial.

No me parece casual que los límites impuestos a la creación de dinero, dada su vinculación a mercancías-dinero como el oro y la plata, se desmoronaran a principios de la década de 1970. La presión de la expansión exponencial sobre una oferta global de metal prácticamente invariable era simplemente irresistible en aquel momento del desarrollo histórico del capital. Desde entonces hemos vivido en un mundo donde prevalece la potencial ausencia de límites para la creación de dinero. Antes de la década de 1970, la ruta principal para el capital era la inversión en la producción de valor y de plusvalor en la industria, la minería, la agricultura y la urbanización. Aunque gran parte de esa actividad se financiaba mediante el endeudamiento, la hipótesis general –que no estaba equivocada– era que la deuda se acabaría pagando mediante la aplicación de trabajo social a la producción de mercancías como casas, coches, neveras, etc. Incluso en el caso de la financiación a largo plazo de infraestructuras (como carreteras, obras públicas, urbanización) existía una razonable presunción de que la deuda sería finalmente saldada gracias a la creciente productividad del trabajo social comprometido en la producción. También cabía suponer razonablemente que todo esto generaría crecientes ingresos per cápita. El sistema de autopistas interestatales construido en Estados Unidos durante las tres décadas posteriores a 1960 tuvo un enorme impacto sobre la

productividad laboral agregada y fue muy rentable. En el relato de Robert Gordon fue la ola de innovación más potente en la historia del capital[13].

Siempre ha habido importantes circuitos de lo que se puede denominar «capital ficticio»: inversiones en hipotecas, deuda pública, infraestructuras urbanas y nacionales, etc. De tiempo en tiempo esos flujos de capital ficticio se descontrolan y forman burbujas especulativas que finalmente estallan produciendo graves crisis financieras y comerciales. Las legendarias expansiones y contracciones económicas ligadas al ferrocarril en el siglo XIX, así como el *boom* del mercado inmobiliario en Estados Unidos en la década de 1920, fueron ejemplos en el pasado. Al promover estas actividades especulativas, los financieros frecuentemente elaboraron maneras retorcidas, innovadoras y a menudo turbias de ensamblar y canalizar el capital ficticio para obtener ganancias a corto plazo (los *hedge funds*, por ejemplo, han existido desde hace mucho tiempo), aunque las inversiones a largo plazo marcharan mal. Igualmente florecieron toda clase de enloquecidos planes financieros, lo que llevó a Marx a hablar del sistema de crédito como «la madre de todas las formas demenciales» al mismo tiempo que atribuía a Émile Pereire, un destacado banquero de la Francia del Segundo Imperio, «el encantador carácter del embaucador y del profeta»[14]. Esta no es una mala descripción de los amos del universo de Wall Street, hombres como Lloyd Blankfein, director ejecutivo de Goldman Sachs, quien al ser criticado por un comité del Congreso por no gestionar adecuadamente los negocios de la gente, afirmó que él sólo hacía «el trabajo de Dios».

La liberación a principios de la década de 1970 de la creación de dinero de sus constricciones como dinero-mercancía se produjo en un momento en que las perspectivas de rentabilidad de los activos productivos eran especialmente bajas y cuando el capital parecía experimentar un punto de inflexión en la trayectoria exponencial del crecimiento. ¿Adónde iba a ir todo el dinero excedente? La respuesta fue en parte prestarlo como deuda pública a los países en vías de desarrollo, una forma muy particular de circulación del capital ficticio porque, como decía el director ejecutivo de Citigroup, Walter Wriston, «los países no desaparecen, siempre sabes dónde encontrarlos». Pero los Estados no están diseñados para funcionar como empresas productivas, y el resultado fue pocos años más tarde el estallido de la crisis de la deuda en el Tercer Mundo, que se extendió desde 1982 hasta principios de la década de 1990. Es importante señalar que esta crisis se resolvió finalmente intercambiando obligaciones de deuda reales que jamás podrían saldarse por los llamados «bonos Brady» respaldados por

---

[13] R. Gordon, «Is U.S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», cit.

[14] K. Marx, *Capital*, vol. 3, cit., p. 574 [ed. alemana: *Das Kapital*, Band III, cit., p. 457; ed. cast.: *El capital*, III-II, cit., p. 149].

el FMI y el Departamento del Tesoro estadounidense, que sí serían reembolsados. Las instituciones crediticias, con pocas excepciones, decidieron embolsarse el dinero a su alcance en ese momento en lugar de esperar una imposible recuperación paulatina de la deuda total. En este caso, los bonistas aceptaron un recorte que osciló entre el 30 y el 50 por 100 del capital ficticio que habían puesto en circulación[15].

La otra senda era invertir el capital excedente no en la producción, sino en la compra de activos (incluidos títulos de deuda). Un activo es simplemente un título de propiedad capitalizado y su valor se establece anticipando una cierta corriente futura de ingresos o un determinado estado futuro de escasez (por ejemplo, de oro o de cuadros de Picasso). El resultado de los flujos de inversión en esos campos fue una subida general de los valores de los activos, desde la tierra, los inmuebles y los recursos naturales (en especial el petróleo) hasta la deuda urbana y el mercado del arte. Simultáneamente se produjo la creación, en el propio sistema financiero, de mercados de activos totalmente nuevos: contratos de futuros sobre las divisas, *credit default swaps* [permutas de cobertura por incumplimiento crediticio], *collateralized debt obligations* (CDO) [obligaciones de deuda garantizadas] y toda una serie de instrumentos financieros que se suponía que iban a dispersar el riesgo pero que en realidad lo intensificaron al convertir la volatilidad de las operaciones a corto plazo en un terreno propicio para rápidas ganancias especulativas. El capital ficticio se alimentaba así a sí mismo y generaba todavía más capital ficticio sin atender en modo alguno al fundamento del valor social de las transacciones. Esta desconexión podía prosperar precisamente porque la representación del valor (el dinero) se distanciaba cada vez más del valor del trabajo social que se suponía que representaba. El problema no era la circulación de capital ficticio, que siempre había sido importante en la historia de la acumulación de capital, sino que los nuevos canales donde aquél se movía constituían un laberinto de demandas compensatorias prácticamente imposibles de valorar excepto por medio de una combinación de expectativas de futuro, creencias infundadas y una apuesta completamente insensata a corto plazo en mercados no regulados, sin ninguna posibilidad de cancelación a largo plazo (como sucedió con la famosa historia de Enron, repetida en el colapso de Lehman Brothers y del sistema financiero global en 2008).

Gran parte del crecimiento exponencial que se produjo hasta la debacle financiera de 2008 se logró por medio de ganancias especulativas a partir de sucesivas burbujas de activos (el auge y caída de las punto com en la década de 1990, seguida en 2000 por el auge y caída del mercado

[15] Proporcioné una sinopsis de esta cuestión en D. Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007].

inmobiliario en Estados Unidos). Esta espuma especulativa ocultaba, sin embargo, determinadas transiciones reales muy importantes en el comportamiento de la inversión desde la década de 1970. Algunos de los activos que se compraban (terrenos y propiedad inmobiliaria, recursos naturales) eran seguros, tenían un buen fundamento y podían conservarse para obtener ganancias a largo plazo, lo cual hacía especialmente útiles las burbujas y sus implosiones para los inversores a largo, que podían comprar activos a precios de saldo a raíz de un crac con perspectivas de hacer un gran negocio en ese horizonte temporal. Esto es lo que hicieron muchos bancos e inversores extranjeros durante la crisis del sureste asiático en 1997-1998 y es lo que están haciendo ahora los inversores que compran viviendas desahuciadas baratas, por ejemplo en California, para alquilarlas hasta que el mercado inmobiliario vuelva a reactivarse, y es también lo que hacen los *hedge funds*, aunque en condiciones muy diferentes, cuando venden al descubierto en mercados de capital ficticio.

Pero esto significa que cada vez se está invirtiendo más capital en la búsqueda de rentas, intereses y *royalties* y menos en la actividad productiva. Esta tendencia hacia una forma rentista del capital se robustece por el inmenso poder extractivo que cobran cada vez más las rentas derivadas de los derechos de propiedad intelectual sobre el material genético, las semillas, las prácticas bajo licencia, etc. No es pues de extrañar que el gobierno estadounidense se haya esforzado tan fieramente en las instituciones internacionales para proteger e imponer por la fuerza a sus socios un régimen consolidado mediante el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC) en el marco de la Organización Mundial del Comercio.

¿Pero es todo esto realmente suficiente para absorber el crecimiento exponencial? Las teorías que postulan un cambio general en torno a la producción inmaterial venden la peligrosa ilusión de que éste puede hacer posible que aquel perdure indefinidamente sin dificultades graves dignas de mención. Ahora circulan cantidades cada vez mayores de capital ficticio y la creación de dinero electrónico es en principio ilimitada (son números en una pantalla), por lo que no hay ninguna barrera al crecimiento ilimitado. La economía de la producción de espectáculos y conocimiento, como una forma de realización de capital, reduce claramente la tasa de expansión de la demanda de bienes y recursos materiales, pero las amplias infraestructuras físicas requeridas, junto a la necesidad de generar cada vez más energía en forma utilizable, se contraponen a la idea de que la producción pueda volverse totalmente inmaterial. Si el consumo se limita a esa forma inmaterial, entonces el poder dinerario no puede ponerse a disposición de las poblaciones de bajos ingresos, que requieren bienes materiales básicos para vivir, y debe concentrarse en una fracción relativamente pequeña de

la población capaz de consumir de esa forma ficticia, en cuyo caso la única forma política que podría asumir el capital sería probablemente la de una oligarquía represiva. Ahí es donde los mercados emergentes, como los que han prosperado tras la crisis financiera de 2008, tienen una ventaja específica: en los países de rentas medias, los mercados que se constituyen y se derivan del crecimiento de la producción y de los ingresos se centran mucho más en los deseos y las necesidades tangibles de una población en aumento. Como hace mucho tiempo señaló André Gorz, el giro hacia la producción inmaterial y el espectáculo es más un último estertor del capital que la apertura de un nuevo horizonte para su acumulación sin fin.

Así, pues, ¿en qué situación nos deja todo esto ante la necesidad de un perpetuo crecimiento económico exponencial y acumulativo que carece de toda base material clara en la que apoyarse? Como hemos visto, hay varios ajustes en marcha, pero cuanto más detalladamente se examinan más parecen síntomas del problema subyacente que señales o sendas para encontrar soluciones a largo plazo. Desde luego, el capital puede construir una economía (y en cierta medida ya lo ha hecho) basada en un mundo fetichista de fantasía e imaginación construido sobre ficciones piramidales que no pueden durar. Uno de los escenarios posibles es una pirámide de Ponzi tan gigantesca que eclipse a todas las demás. Paradójicamente, las innovaciones disponibles en estos tiempos se aplican más fácilmente a aumentar y no a amortiguar la actividad especulativa, como ponen de manifiesto las nanotransacciones en el mercado de valores. Semejante economía, antes de estallar en un catastrófico desenlace final, estará sometida a erupciones volcánicas y crisis periódicas. En ese escenario, el capital no acabará con una sola explosión o con un gemido, sino con la traca del estallido de innumerables burbujas de activos que irán explotando a lo largo del desigual paisaje geográfico de una anémica acumulación de capital. Tales perturbaciones se combinarán sin duda con estallidos del descontento popular que se encrespa bajo la superficie aparentemente mansa de la sociedad capitalista. Las episódicas erupciones de ira popular (como las que se vieron en Londres en 2011 y en Estocolmo, Estambul y un centenar de ciudades brasileñas en 2013) se multiplican aceleradamente. Conviene apreciar que el descontento no se centra simplemente en los fracasos técnicos del capital en el cumplimiento de sus promesas de un paraíso de consumo y empleo para todos, sino que se enfrenta cada vez más estruendosamente a las degradantes consecuencias para todos y cada uno de los sometidos a las deshumanizadas reglas y códigos sociales que dictan el capital y un Estado capitalista cada vez más autocrático.

Hay, sin embargo, un aspecto particularmente tenebroso en este análisis que se refiere al efecto contagioso que el crecimiento exponencial tendrá muy probablemente sobre muchas, si no todas, las demás contradicciones

que analizo en este libro. Como veremos a continuación, el efecto sobre las contradicciones medioambientales será seguramente enorme. La capacidad del capital para reequilibrar las relaciones entre la producción y la realización de beneficios, así como entre la pobreza y la riqueza, es cada vez menor, al mismo tiempo que crece el abismo entre el dinero y el trabajo social que supuestamente representa a medida que hay que crear cada vez más capital ficticio, con una prima de riesgo mucho más elevada, para sustentar el crecimiento exponencial. También será extremadamente difícil, si no imposible, revertir la mercantilización, monetización y comercialización de todo valor de uso sin limitar considerablemente el terreno para la acumulación de capital. El temerario impulso hacia la aceleración y las consiguientes devaluaciones por mor de la creciente volatilidad de los desarrollos geográficos desiguales será más difícil de contener. ¡Y así van las cosas! Lejos de limitar los excesos de las restantes, como algunas veces ha sucedido en el pasado, es mucho más probable que las contradicciones estallen contagiosamente bajo la creciente presión de un necesario y acuciante crecimiento exponencial. Los valores de uso están condenados a banalizarse cada vez más en un entorno en el que las consideraciones sobre el valor de cambio hierven azuzadas por la fiebre especulativa. Y de esto se pueden derivar algunos resultados bastante sorprendentes.

Por ejemplo, se perfila una amenaza que puede constituir un complemento menor para mi argumentación, pero que tiene una curiosa resonancia con los temores sobre el futuro del capital que expresaron economistas políticos hace ya mucho tiempo. Ricardo dijo que el capital finalizaría cuando la tierra y los recursos naturales se hicieran tan escasos que todos los ingresos serían absorbidos bien por los salarios necesarios para cubrir el elevado precio de los alimentos, o bien (lo que en última instancia equivale a lo mismo) como rentas por parte de una clase de rentistas todopoderosa pero improductiva, la cual exprimiría de tal forma al capital industrial que llegaría un momento en que imposibilitaría sus operaciones productivas. Una clase parasitaria de rentistas succionará el capital industrial dejándolo seco hasta el punto de que no se podrá movilizar ningún trabajo social ni producir ningún valor. Sin la producción de valor social, el capital llegará a su fin. Al hacer esta predicción, Ricardo se apoyaba demasiado en las erróneas premisas de Malthus sobre el rendimiento decreciente del trabajo en la agricultura, por lo que los economistas posteriores despreciaron por lo general la idea de una caída de la tasa de beneficio, idea que Marx trató de mantener apelando a un mecanismo totalmente diferente. Keynes, por ejemplo, en circunstancias muy distintas, confiaba con gran optimismo en la eutanasia del rentista y en la construcción de un régimen de crecimiento perpetuo apoyado por el Estado, posibilidad realizada parcialmente en el periodo posterior a 1945.

Lo que ahora resulta tan sorprendente es el creciente poder de los rentistas improductivos y parasitarios, no simplemente de los propietarios de tierra y de los recursos que residen en ella, sino de los propietarios de títulos, de los todopoderosos bonistas, de los propietarios de un poder monetario independiente, que se ha convertido en un medio de producción esencial en sí mismo, y de los propietarios de patentes y derechos de propiedad que son simples títulos sobre trabajo social liberados de cualquier obligación de movilizarlo con fines productivos. Las formas parasitarias del capital están en pleno auge. Vemos a sus representantes deslizarse por las calles en grandes limusinas y abarrotar los restaurantes y los áticos de alta categoría de las principales ciudades globales del mundo, Nueva York, Londres, Frankfurt, Tokio, São Paulo, Sídney… Estas son las llamadas ciudades creativas, donde la creatividad se mide por el éxito con que los «amos del universo» pueden succionar la vida misma a partir de la economía global para sostener a una clase cuyo único objetivo es acrecentar su ya inmensa riqueza y poder. La ciudad de Nueva York posee una enorme concentración de talento creativo: contables y abogados tributarios creativos, financieros creativos armados con deslumbrantes instrumentos financieros de reciente creación, creativos manipuladores de la información, creativos defraudadores y vendedores de milagros, asesores de comunicación creativos que convierten la ciudad en un maravilloso lugar donde cobra vida cada uno de los fetiches que el capital puede imaginar. El hecho de que la única clase en el mundo que se ha beneficiado de la llamada recuperación económica posterior a 2009 (una evidente exageración) sea el 1 por 100 más rico, sin que ello haya provocado ninguna protesta visible por parte del resto de la población abandonada en el estancamiento económico da testimonio del éxito de su proyecto. Los parásitos han ganado la batalla. Los bonistas y los directores de los bancos centrales gobiernan el mundo. El hecho de que su éxito sea sin duda ilusorio y de que tengan perdida a medio plazo la guerra por la supervivencia del capital apenas les crea incertidumbre. Tras unos pocos días dedicados al «lavado de conciencia» con sus filantrópicos colegas intentando corregir con la mano izquierda, como dice Peter Buffet, el daño que antes han hecho con la derecha, los oligarcas duermen sosegadamente por la noche. Su incapacidad para ver lo cerca que navegan del desastre recuerda al rey Louis XV de Francia diciendo proféticamente, según cuentan: «*Après moi, le déluge*». Puede que el capital no acabe con un diluvio. Al Banco Mundial le gusta asegurarnos que una enorme marea de desarrollo económico está a punto de salvar todos los barcos. Pero acaso sea más verosímil la metáfora de que el nivel del mar exponencialmente creciente y la intensificación de las tormentas están a punto de hacerlos naufragar a todos.

CONTRADICCIÓN 16
LA RELACIÓN DEL CAPITAL CON LA NATURALEZA

EN CIERTOS CÍRCULOS está muy extendida la idea de que el capitalismo se ha topado con una contradicción fatal: una crisis medioambiental que se avecina de manera inminente. Me parece una tesis plausible aunque controvertida. Su plausibilidad deriva en buena medida de las presiones medioambientales acumuladas que surgen del crecimiento exponencial del capitalismo, pero existen cuatro razones fundamentales para poner en duda este planteamiento.

En primer lugar, el capital cuenta con una prolongada trayectoria de resolución de sus dificultades medioambientales, sin importar si están relacionadas con su utilización de los recursos «naturales», con la capacidad de absorber sustancias contaminantes o de lidiar con la degradación de los hábitats, la pérdida de biodiversidad, el empeoramiento de la calidad del aire, la tierra y el agua, y otras cuestiones similares. Retrospectivamente, los viejos pronósticos que auguraban un final apocalíptico de la civilización y del capitalismo como resultado de los desastres naturales y de la escasez de recursos parecen absurdos. A lo largo de la historia del capital, demasiados agoreros han gritado «que viene el lobo» con excesiva precipitación y frecuencia. En 1798, Thomas Malthus, como ya hemos visto, predijo erróneamente una catástrofe social (hambrunas generalizadas, enfermedad, guerra) a medida que el crecimiento exponencial de la población superase la capacidad de incrementar la provisión de alimentos. En la década de 1970, Paul Ehrlich, un destacado ecologista, sostenía que la mortandad masiva por inanición sería inminente a fines de la década, pero ésta no se produjo. Asimismo, apostó con el economista Julian Simon que el precio de los recursos naturales se incrementaría de forma espectacular como consecuencia de la escasez de los mismos y perdió la apuesta[1]. Naturalmente, el hecho de que tales predicciones, y ha habido muchas, no se cumplieran en el pasado no garantiza que esta vez no se esté gestando una catástrofe, pero sí da motivos para mostrarse escéptico.

[1] Paul Sabin, *The Bet. Paul Ehrlich, Julian Simon, and Our Gamble over Earth's Future*, New Haven, Yale University Press, 2013.

En segundo lugar, la «naturaleza» que supuestamente estamos explotando y agotando y que supuestamente también nos limita o «se venga» de nosotros está en realidad internalizada en la circulación y acumulación de capital. La capacidad de crecer de una planta forma parte, por ejemplo, de la agroindustria en su búsqueda de beneficio y es la reinversión de este beneficio lo que hace que la planta crezca de nuevo al año siguiente. Las características y los elementos naturales son agentes activos en todas las etapas del proceso de acumulación de capital. El flujo de dinero es una variable ecológica y la transferencia de nutrientes a través de un ecosistema puede también constituir un flujo de valor.

Si bien la materia no puede ni crearse ni destruirse, su configuración puede ser alterada radicalmente. La ingeniería genética, la creación de nuevos compuestos químicos, por no hablar de las enormes modificaciones medioambientales (la creación de ecosistemas totalmente nuevos mediante la urbanización y la fijación en la tierra de capital en forma de granjas, fincas y fábricas), trascienden la larga historia de alteraciones medioambientales de origen humano que han convertido a la tierra en su conjunto en un lugar mucho más acogedor para la vida humana y, a lo largo de los últimos tres siglos, para la realización de actividades rentables. Muchos organismos producen de forma activa una naturaleza que favorece su propia reproducción y los seres humanos no constituyen una excepción. El capital, como forma específica de actividad humana, hace lo mismo, pero cada vez más en su nombre y no de la humanidad.

La tesis de la «dominación de la naturaleza» que ha predominado mayoritariamente tanto en los textos científicos como en la imaginación popular a partir de la Ilustración (desde los escritos de Descartes en adelante) no tiene cabida en este esquema conceptual. Ello plantea algunos problemas a la hora de reflexionar sobre la relación existente entre capital y naturaleza. El pensamiento cartesiano construye erróneamente capital y naturaleza como dos entidades separadas en interacción causal para después agravar este error imaginando que el primero domina a la segunda o que esta «se venga» de aquel. Otras versiones más sofisticadas incorporan ciclos de retroalimentación. La forma alternativa de pensamiento que proponemos aquí no es fácil de aprehender en un principio. El capital *es* un sistema ecológico en constante funcionamiento y evolución dentro del cual tanto la naturaleza como el capital se producen y reproducen continuamente. Esta es la forma correcta de verlo[2]. Las únicas preguntas interesantes son entonces: ¿qué tipo de sistema ecológico es el capital?, ¿cómo está evolucionando? y ¿por qué podría ser propenso a la crisis?

---

[2] Defiendo esta opción en profundidad en David Harvey, *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford, Basil Blackwell, 1996 [de próxima publicación en esta colección].

El ecosistema está construido a partir de la unidad contradictoria de capital y naturaleza, de la misma manera que la mercancía es una unidad contradictoria de valor de uso (su forma material y «natural») y valor de cambio (su valoración social). Es importante también recordar la definición de la tecnología como una apropiación humana de objetos y procesos naturales para facilitar la producción. La naturaleza resultante no sólo evoluciona de manera imprevisible *motu proprio* (como consecuencia de las mutaciones aleatorias y las interacciones dinámicas autónomas incorporadas al proceso evolutivo en general), sino que también está siendo activa y constantemente reformada y reconfigurada por las acciones del capital. Esto es lo que Neil Smith ha dado en llamar la «producción de naturaleza» y que hoy en día llega hasta la biología molecular y la secuenciación del ADN[3]. La dirección que toma esta producción de naturaleza es una cuestión abierta y no cerrada, siendo evidente asimismo desde hace mucho tiempo que se trata de un asunto plagado de consecuencias no deseadas. Así, los frigoríficos, que facilitaron el reparto de alimentos no contaminados a una pujante población urbana, fueron identificados, muchos años después, como el origen de los clorofluorocarburos (CFC) que estaban nada menos que ¡destruyendo la capa de ozono estratosférica que nos protege de las radiaciones solares!

El tercer argumento fundamental es que el capital ha convertido los asuntos medioambientales en una gran área de actividad empresarial. Las tecnologías ambientales cotizan actualmente al alza en las bolsas mundiales. Una vez que esto ocurre, como en el caso de la tecnología en general, la configuración de la relación metabólica con la naturaleza se convierte en una actividad autónoma frente a las auténticas necesidades reales. La naturaleza se convierte, de nuevo según Neil Smith, en «una estrategia de acumulación». Cuando, por ejemplo, se inventa una nueva medicina o se idea una nueva forma de reducir las emisiones de carbono, es preciso darles un uso, lo cual puede conllevar la creación y no la satisfacción de necesidades. Un fármaco como el Prozac no tenía al principio ninguna enfermedad que curar, así que hubo que inventarse una, lo cual dio lugar a la denominada «generación Prozac». Entra en juego la misma «evolución combinatoria» que se impone en el caso del cambio tecnológico. Los nuevos fármacos crean efectos secundarios que precisan que otros fármacos los controlen y las nuevas tecnologías ambientales crean problemas medioambientales que demandan tecnologías diferentes.

El capital trata de capturar para su propio beneficio la dialéctica de cómo sólo podemos cambiarnos a nosotros mismos al cambiar el mundo (y viceversa). Todos los proyectos ecológicos y medioambientales son proyectos socioeconómicos (y viceversa). Todo, entonces, depende del

[3] Neil Smith, «Nature as Accumulation Strategy», *Socialist Register*, 2007, pp. 19-41.

objetivo que tengan los proyectos socioeconómicos y ecológicos: ¿el bienestar de las personas o la tasa de beneficio? En ámbitos como la salud pública y el suministro de agua potable, esta dialéctica ha funcionado en beneficio de las personas, a veces a costa de los beneficios, y así el apoyo popular prestado al ecologismo de las grandes empresas ha tenido efectos positivos tanto para el capital como para la política medioambiental. Parte de esta política es, lamentablemente, simbólica y no sustantiva. Esto se conoce como *greenwashing*, esto es, hacer pasar un proyecto con fines lucrativos por uno destinado a promover el bienestar humano. El gran regalo que hizo Al Gore al movimiento ecologista que trataba de tomar medidas respecto al calentamiento global fue crear un nuevo mercado de emisiones de carbono que ha representado una fuente importante de beneficios especulativos para los *hedge funds*, pero no ha contribuido a poner coto a las emisiones globales. Cabe sospechar que en realidad para esto es para lo que fue concebido desde un principio. Por otra parte, las nuevas formas organizativas desarrolladas para conservar los recursos pesqueros conllevan un modo de privatización que da prioridad al capitalismo financiero y empresarial a gran escala a costa de la pesca artesanal.

En cuarto lugar, y esta es probablemente la reflexión más incómoda de todas, es perfectamente posible que el capital continúe circulando y acumulándose en medio de catástrofes medioambientales. Los desastres medioambientales generan abundantes oportunidades para que un «capitalismo del desastre» obtenga excelentes beneficios. Las muertes por hambre de las poblaciones más expuestas y vulnerables y la destrucción masiva de los hábitats no perturbarán necesariamente al capital (a menos que provoquen rebeliones y revoluciones), precisamente porque buena parte de la población mundial es ahora superflua y desechable en cualquier caso y el capital nunca se ha arredrado a la hora de destruir a las personas en su afán de lucro. Así sucedió en las recientes y atroces tragedias que tuvieron lugar en las fábricas textiles de Bangladés, donde los incendios y los derrumbamientos se cobraron las vidas de más de mil trabajadores y trabajadoras. Asimismo, los desechos tóxicos se concentran fundamentalmente en las comunidades pobres y vulnerables (algunos de los peores emplazamientos de Estados Unidos están en las reservas indias) o en los lugares del mundo más empobrecidos (las baterías tóxicas son tratadas en China en condiciones insalubres y los viejos buques se desguazan en las costas de India y Bangladés con un coste humano considerable). El deterioro de la calidad del aire en el norte de China ha reducido la esperanza de vida de la población más de cinco años desde 1980. Este tipo de distribución injusta de los perjuicios medioambientales podría robustecer un movimiento de justicia medioambiental, pero las protestas sociales correspondientes no representan hasta ahora una amenaza grave para la supervivencia del capital.

La gran cuestión subyacente es: ¿bajo qué circunstancias podrían estas dificultades internas resultar peligrosas, si no fatales, para la reproducción del capital? Para contestar a esta pregunta es preciso que entendamos mejor cómo funciona la unidad contradictoria entre el capital y la naturaleza. En este sentido, resulta útil considerar de qué forma las siete contradicciones fundamentales del capital afectan a estas cuestiones. La naturaleza es necesariamente considerada por el capital –y debo hacer hincapié en que podría ser y es considerada de formas muy diferentes dentro del capitalismo en su conjunto– sólo como una gran reserva de valores de uso potenciales –de procesos y objetos–, que pueden ser utilizados directa o indirectamente mediante la tecnología para la producción y realización de los valores de las mercancías. La naturaleza es «una enorme gasolinera» (citando a Heidegger) y los valores de uso naturales son monetarizados, capitalizados, comercializados e intercambiados como mercancías. Sólo entonces puede la racionalidad económica del capital imponerse en el mundo. La naturaleza es dividida y repartida en forma de derechos de propiedad garantizados por el Estado. La propiedad privada implica el cercamiento de los bienes comunes naturales. Aunque resulta difícil aislar algunos elementos de la naturaleza (como el aire que respiramos y los océanos en los que pescamos), es posible concebir diversas alternativas (generalmente con la ayuda del Estado) para monetarizar y mercantilizar todos los aspectos ligados a los bienes comunes del mundo natural. Asimismo, a menudo las intervenciones del Estado median para corregir los fallos del mercado. Si bien estas intervenciones pueden parecer progresistas, sólo consiguen promover la penetración de procesos y valoraciones mercantiles en todos los aspectos de nuestro mundo de vida. Así sucede con el comercio de los derechos de emisión y con el creciente mercado que se ha generado en torno a los derechos de contaminación y las compensaciones ecológicas. Cuando se privatizan los bienes comunes naturales, se asigna un valor a la totalidad de las cosas, objetos y procesos que forman parte de los mismos (a veces arbitrariamente, a través de una orden burocrática) sin importar si se ha invertido en ellos trabajo social. Así es como el capital crea su propio y característico ecosistema.

De este modo, los individuos privados son libres de extraer riqueza social de su propiedad de una naturaleza mercantilizada. Pueden incluso capitalizarla como riqueza monetaria. Esto sienta las bases de una clase rentista (y terrateniente) potencialmente poderosa que regula el acceso a la reserva de valores de uso en virtud de su poder monopolístico de clase y de las rentas que extrae de la tierra. Esta clase «es propietaria» de la naturaleza que necesitamos para vivir y puede amenazar la perpetuación del capital monopolizando toda la riqueza para sí misma. Ricardo (siguiendo a Malthus) pensaba que el capital estaba condenado, como ya hemos visto,

porque las tasas de beneficio se desplomarían inevitablemente cuando la extracción de renta y el precio de los alimentos aumentaran. El poder de los rentistas se incrementa porque muchos recursos se encuentran en localizaciones geográficas específicas, están sometidos a una competencia monopolística y, por lo tanto, abiertos a la extracción de rentas del mismo tipo. El suelo urbano y los mercados inmobiliarios, así como el mundo de los denominados recursos «naturales», constituyen escenarios propicios para que una próspera clase rentista amase más y más riqueza y poder, el cual se hace extensivo a la tecnología, que es un aspecto de la naturaleza internalizado en la circulación del capital. Así, las patentes y los derechos de propiedad han sido establecidos a instancia de los que producen naturaleza en forma de nuevas tecnologías. A cambio de una renta monopolística se conceden licencias privadas sobre materiales genéticos (por ejemplo, semillas), sobre nuevos métodos e incluso sobre nuevos sistemas organizativos de propiedad privada. Asimismo, los derechos sobre la propiedad intelectual se han convertido en un ámbito fundamental de acumulación a lo largo de las últimas décadas.

El dominio que ejerce la clase rentista (por ejemplo, los terratenientes y los titulares de los derechos de propiedad minera, agrícola e intelectual) sobre los denominados activos y recursos «naturales» le permite crear y manipular la escasez, así como especular con el valor de los activos que controla. Hace tiempo que este poder se puso de manifiesto; hoy en día se acepta de manera general, por ejemplo, que prácticamente todas las hambrunas que han tenido lugar durante los últimos doscientos años se han producido socialmente y no han sido determinadas por la naturaleza. Cada vez que la subida de los precios del petróleo provoca un coro de comentarios sobre los límites naturales del «pico petrolero», se entra a continuación en un periodo de remordimientos atribulados al comprender que han sido los especuladores y los cárteles del petróleo los que conjuntamente han empujado los precios al alza. El «acaparamiento de tierras» que se está llevando a cabo actualmente en todo el mundo (especialmente en África) tiene que ver más con la creciente competencia por monopolizar los recursos y la cadena alimentaria con vistas a la extracción de rentas que con el temor a unos inminentes límites naturales impuestos a la producción de alimentos y la extracción de minerales. El precio en aumento de los alimentos, que ha suscitado tanta inquietud últimamente, incluidas las revoluciones del norte de África, puede atribuirse mayoritariamente a la manera en que se está manipulando el sistema del valor de cambio por motivos de rentabilidad.

La concepción de mera mercancía cosificada que tiene el capital sobre la naturaleza ha encontrado resistencia. Hay una batalla permanente entre cómo el capital conceptualiza y usa la relación metabólica con la naturaleza

para construir su propio ecosistema y los diferentes conceptos de esta y las actitudes hacia la misma mantenidos por la sociedad civil e incluso por el aparato del Estado. Lamentablemente, el capital no puede cambiar su manera de rebanar y trocear la naturaleza para transformarla en mercancías y derechos de propiedad, porque oponerse a esto significaría poner en tela de juicio el funcionamiento mismo del motor económico del capitalismo y negar la aplicabilidad de la racionalidad económica del capital a la vida social, y es por esta razón por la que el movimiento ecologista, cuando trasciende una política meramente cosmética y paliativa, debe hacerse anticapitalista. El concepto de naturaleza que subyace a varias filosofías ecologistas se opone radicalmente a lo que el capital debe imponer para poder reproducirse. El movimiento ecologista podría, aliándose con otros, plantear una seria amenaza a la reproducción del capital, pero hasta el momento la política ecologista no ha avanzado mucho en esta dirección por diversos motivos. Con frecuencia prefieren ignorar por completo la ecología que está construyendo el capital e interesarse por cuestiones que son separables de su dinámica fundamental. Oponerse a unos vertidos aquí o rescatar una especie en peligro o un hábitat valioso allá de ningún modo resulta fatal para la reproducción del capital.

Podemos ahora comprender mejor dos cosas. En primer lugar, entendemos con mayor claridad hasta qué punto es importante que el capital se arrogue el manto de la responsabilidad medioambiental para fundamentar legítimamente en el futuro el ecologismo de las grandes empresas a fin de que estas puedan (1) dominar los discursos ecológicos, esto es, definir la naturaleza en sus propios términos, generalmente monetizados con la ayuda del análisis de coste-beneficio, así como (2) intentar gestionar las contradicciones existentes entre esta y el capital de acuerdo con sus propios intereses de clase. En segundo lugar, cuanto más dominante se muestre el motor económico del capital en las diversas formaciones sociales que constituyen el capitalismo mundial, más presentes deben estar las reglas que rigen la relación metabólica del capital con la naturaleza en los discursos, la política y las políticas públicas.

¿Con qué fundamento podría yo entonces elevar esta cuestión de la cambiante relación metabólica entre capital y naturaleza a una contradicción peligrosa, si no potencialmente fatal? El hecho de que el capital haya logrado sortear exitosamente esta dificultad en el pasado no garantiza que las cosas volverán a suceder esta vez de la misma manera. Naturalmente, «con éxito» quiere decir en este caso en los términos del capital, que son los de la rentabilidad sostenida. Se trata de una salvedad importante, porque los aspectos negativos acumulados que han generado desde el punto de vista medioambiental las anteriores adaptaciones del capital aún permanecen entre nosotros, incluido el legado de los daños causados en el pasado.

En cada etapa histórica, la línea de base desde la que opera el ecosistema capitalista es muy diferente. Buena parte del bosque tropical, por ejemplo, ha desaparecido y las concentraciones de dióxido de carbono en la atmósfera llevan tiempo incrementándose. Por otro lado, la expansión urbana y la generalización del estilo de vida suburbano se hallan cada vez más difundidas (por ejemplo, en China, precisamente). Esta forma de vida está muy arraigada en las preferencias culturales, en las psiques de la población y en un paisaje físico caracterizado por el elevado consumo energético y el desperdicio de suelo, aire y agua.

Lo que es diferente en esta ocasión es que nos encontramos en un punto de inflexión crucial de la tasa de crecimiento exponencial de la actividad capitalista, la cual está teniendo un impacto igualmente exponencial sobre los niveles de estrés y riesgo medioambientales en el seno de la ecología del capital, que insiste ante todo en mercantilizar, privatizar e incorporar cada vez más aspectos de nuestro mundo vital (incluidas las propias formas de vida) a sus circuitos. Incluso las identificaciones genéticas se reivindican ahora como propiedad privada. Asimismo, ello lleva a una intensificación de las presiones, de manera muy destacada en áreas como el cambio climático, la pérdida de diversidad de los hábitats, la imprevisible y trastabillante capacidad de garantizar la seguridad alimentaria y la protección adecuada frente a las nuevas enfermedades. Me atrevería a asegurar que hay indicios claros de que se están produciendo una propagación cancerosa y una degradación de la calidad del ecosistema capitalista cada vez mayores. Buena parte de ello está asociado, asimismo, al fenómeno de la rápida urbanización y la construcción de entornos urbanizados (a menudo denominados «segunda naturaleza») de muy baja calidad (este ha sido el caso concretamente de Asia durante los últimos años).

La lucha en el seno del capital sobre cómo mejorar sus propias condiciones ecológicas está vigente y se agudiza cada vez más. Los efectos ecológicos son por lo general tratados por las empresas capitalistas como transferencias de costes o como lo que los economistas denominan «externalidades», esto es, costes reales que el capital no tiene que asumir (por ejemplo, la contaminación que se vierte al medioambiente o a terceros sin coste alguno). Incluso los economistas de derechas reconocen que se trata de un fallo del mercado que demanda la intervención del Estado, una tributación compensatoria y medidas reguladoras. Pero, como de costumbre, las incertidumbres y las consecuencias imprevistas se ligan tanto a la acción como a la inacción en estos asuntos. El mayor peligro es que las actuaciones necesarias se vean retrasadas por unos poderes empresariales y políticos recalcitrantes y que sobrepasemos un punto de inflexión irreversible antes de que el problema sea identificado y menos aún resuelto. El ciclo reproductivo de los bancos de sardinas frente a la costa de California,

por ejemplo, no se conocía y la sobrepesca prosiguió despreocupadamente durante la década de 1930 hasta un punto de reproducción cero, sin que nadie se diera cuenta del problema. No ha vuelto a haber sardinas en la zona[4]. En el caso del Protocolo de Montreal, por poner otro ejemplo, el horizonte temporal era prolongado porque los CFC de la estratosfera tardan muchos años en disiparse. Es comprensible que el capitalismo no esté acostumbrado a lidiar con este tipo de plazos, lo cual supone uno de los grandes problemas a la hora de combatir las repercusiones a largo plazo del cambio climático y de la pérdida de biodiversidad del planeta.

Bajo la presión de un constante crecimiento exponencial, la degradación cancerosa no hará más que acelerarse. No excluyo que se produzcan momentos de apariencia apocalíptica a lo largo de este proceso; por ejemplo, la frecuencia de sucesos meteorológicos graves está aumentando. Pero las catástrofes localizadas pueden ser fácilmente asumidas por el capital puesto que un depredador «capitalismo del desastre» está siempre dispuesto a ponerse manos a la obra. De hecho, el capital prospera y evoluciona aprovechando la inestabilidad de los desastres naturales localizados. No sólo crean nuevas oportunidades de negocio, sino que también proporcionan una máscara muy útil para ocultar los propios fallos del capital: la de una furia imprevisible, caprichosa y testaruda llamada «madre naturaleza» culpable de las desgracias que en buena parte ha causado el capital. En cambio, son las lentas degradaciones cancerosas las que plantean un enorme problema para el cual el capital está muy mal preparado y para cuyo manejo aún han de crearse nuevas instituciones y poderes.

Las escalas geográficas y temporales del ecosistema capitalista se han transformado como respuesta al crecimiento exponencial. Mientras, por lo general, los problemas en el pasado estaban localizados: un río contaminado aquí o una niebla tóxica allá, hoy en día son más regionales (lluvia ácida, concentraciones de ozono de baja intensidad y agujeros de ozono estratosféricos) o globales (cambio climático, urbanización global, destrucción de los hábitats, extinción de especies y pérdida de biodiversidad, degradación de los ecosistemas oceánicos, forestales y terrestres, así como la introducción incontrolada de compuestos químicos artificiales, fertilizantes y pesticidas, que tienen efectos colaterales desconocidos y una gama también desconocida de consecuencias sobre la tierra y la vida en todo el planeta). En muchos casos las condiciones medioambientales locales han mejorado, mientras los problemas regionales y sobre todo los globales han sufrido un mayor deterioro. Por consiguiente, ahora la contradicción entre capital y naturaleza sobrepasa las herramientas tradicionales de gestión y acción. Hace años esto dependía de una combinación de fuerzas de mercado y del poder del Estado para tratar

---

[4] Arthur McEvoy, *The Fisherman's Problem. Ecology and Law in the California Fisheries, 1850-1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

de solucionar los problemas, como sucedió con la catástrofe de la niebla tóxica que tuvo lugar en Londres en 1952 en la que se tomaron medidas de saneamiento mediante las que la central termoeléctrica de Battersea dispersó los contaminantes sulfurosos procedentes de la combustión del carbón hacia las capas superiores de la atmósfera, lo cual a su vez dio lugar al problema regional de la lluvia ácida en Escandinavia, que sólo pudo resolverse mediante complicados acuerdos transnacionales. Los problemas asociados a la contaminación no sólo se trasladan de un sitio a otro, también se resuelven dispersándolos y transfiriéndolos a una escala diferente. Esto es lo que propuso Larry Summers cuando era economista del Banco Mundial. África, aseguraba, estaba «infracontaminada» y sería razonable utilizarla para deshacerse de los desechos de los países avanzados. En la medida en que tantas contradicciones se han «vuelto globales» a lo largo de las últimas décadas, cada vez son menos los lugares vacíos, si exceptuamos los vertederos del espacio exterior. Esto podría convertirse en un grave problema a medida que el crecimiento exponencial repunte.

¿Quién habla y toma medidas eficaces hoy en día sobre los complejos problemas interactivos a escala global? Los encuentros internacionales periódicos donde se debaten los problemas medioambientales por lo general no tienen ninguna repercusión. Puntualmente, como en el caso de la lluvia ácida y los CFC, se alcanzan acuerdos transnacionales de modo que no sea imposible actuar, pero son gotas de agua en el desierto de los graves problemas que paulatinamente van surgiendo en el ecosistema capitalista global. Si el capital no consigue gestionar con éxito estas contradicciones no será debido a las barreras de la naturaleza, sino a sus propios defectos de orden económico, político, institucional e ideológico. En el caso del cambio climático, por ejemplo, el problema no radica en que no sepamos lo que está sucediendo o en que no sepamos en términos muy generales (aunque pueda parecer complicado) qué hacer. El problema es la arrogancia desmedida y los intereses creados de ciertas facciones del capital (y de ciertos gobiernos y aparatos de Estados capitalistas) que tienen el poder de impugnar, desbaratar y evitar aquellas acciones que amenazan su rentabilidad, su posición competitiva y su poder económico.

Por supuesto, el ecosistema del capital ha sido global desde el principio. El comercio internacional de materias primas conlleva una transferencia real o virtual de insumos (agua, energía, minerales, biomasa y nutrientes, así como los efectos del trabajo humano) de una parte a otra del planeta. Este comercio es el pegamento que mantiene unido el ecosistema capitalista y es su expansión la que extiende e intensifica las actividades que tienen lugar dentro del mismo. En este sentido, la categoría de transferencia ecológica virtual es importante. Se refiere a la manera en la que, por ejemplo, la energía utilizada en la fundición de aluminio en Canadá

termina en Estados Unidos convertida en un artículo de este material, en contraposición a la transferencia directa de energía de Canadá a Estados Unidos a través de la red eléctrica o de un oleoducto. El ecosistema capitalista está plagado de desigualdades y desarrollos geográficos irregulares precisamente como consecuencia del patrón desigual de estas transferencias. Los beneficios se amontonan en una parte del mundo a costa de la otra. La transferencia de los beneficios ecológicos de una parte del mundo a otra entraña tensiones geopolíticas. Esto también contribuye a explicar por qué el enfoque boliviano y ecuatoriano respecto al uso de «su naturaleza» es tan radicalmente diferente del de Estados Unidos. Los bolivianos y los ecuatorianos quieren mantener su petróleo en el subsuelo. ¿Por qué permitir su extracción para que se utilice, por ejemplo, en Estados Unidos a cambio de recibir una miseria en *royalties*? ¿Por qué deberían mis recursos subsidiar tu tren de vida?

La valoración de la naturaleza, o como prefieren conceptualizarlo los economistas ecológicos, el valor monetario del flujo de servicios que la naturaleza ofrece al capital, es arbitrario. De vez en cuando provoca una explotación indiscriminada de los valores de uso disponibles hasta llegar al colapso ecológico. Con frecuencia el capital ha agotado e incluso destruido de forma irreparable los recursos latentes en la naturaleza de ciertos lugares. Esto sucede concretamente cuando el capital es móvil geográficamente. Cuando los cultivadores de algodón del sur de Estados Unidos o los cafetaleros brasileños agotaban sus tierras, sencillamente se trasladaban a otras más fértiles donde la cosecha resultaba más fácil y rentable. Las colonias fueron explotadas por sus recursos sin importar el bienestar de las poblaciones locales (a menudo indígenas). La extracción de minerales y la explotación de los recursos energéticos y forestales suelen seguir una lógica similar, pero los efectos ecológicos están localizados, dejando tras de sí un paisaje desigual de ciudades mineras abandonadas, suelos agotados, vertederos de residuos tóxicos y valores de activos devaluados. Los beneficios ecológicos están localizados en alguna otra parte.

Estas prácticas extractivas y explotadoras se tornan doblemente voraces y violentas bajo regímenes imperiales y coloniales. La explotación de la tierra, la erosión del suelo y la extracción incontrolada de los recursos han dejado una huella de enormes proporciones en los paisajes de todo el mundo y en algunos casos han provocado la destrucción irreversible de aquellos valores de uso necesarios para la supervivencia humana. En ciertos lugares y momentos es posible construir una lógica capitalista más benigna que combina principios de gestión ambiental responsable con una rentabilidad sostenible. Tras la tormenta de polvo (*Dust Bowl*) que tuvo lugar en Estados Unidos en la década de 1930, por ejemplo, se extendieron las prácticas conservacionistas de uso de la tierra auspiciadas por el Estado y el diseño de una agricultura

más sostenible, si bien basada en la utilización intensiva de capital, el elevado consumo de energía o la utilización de abonos químicos y pesticidas, característicos de la agroindustria contemporánea.

La existencia de prácticas ecosistémicas destructivas en un lugar no denota necesariamente que se estén produciendo prácticas similares en otro y viceversa. Los más fatalistas ponen de relieve la existencia de prácticas voraces y destructivas en un sitio y los que creen en el cuerno de la abundancia aplauden las prácticas ecosistémicas equilibradas en otro. Ambas coexisten dentro de la dinámica del ecosistema capitalista. Lamentablemente, carecemos de los conocimientos y los instrumentos necesarios para llegar a una plena estimación de los beneficios y pérdidas en valor de uso o incluso en términos monetarios a escala planetaria (aunque las imágenes por satélite contribuirán a calcular algunos aspectos de los primeros). Asimismo, resulta extremadamente difícil contabilizar las transferencias ecológicas reales y virtuales derivadas de la comercialización de las mercancías en el espacio. Las acerías de Sheffield y Pittsburgh cierran y la calidad del aire mejora milagrosamente en medio del desempleo, mientras que entretanto se abren en China y aumenta enormemente la contaminación atmosférica que reduce allí la esperanza de vida. De nuevo, los problemas asociados a la contaminación no se resuelven sino que cambian de lugar. Los beneficios y las pérdidas desiguales casi siempre redundan, sin embargo, en beneficio de los ricos y los poderosos, dejando a los vulnerables y a los pobres mucho peor de lo que estaban. Esto es al fin y al cabo en lo que siempre ha consistido el imperialismo extractivo.

Al no tener la certidumbre de cómo está funcionando verdaderamente el ecosistema capitalista en su conjunto, es difícil realizar un juicio claro de hasta qué punto puede llegar a ser fatal la degradación ambiental para la continuación de la expansión del capital. Esta situación en sí misma marca quizá un peligro fundamental: no sólo carecemos de los dispositivos instrumentales necesarios para gestionar bien el ecosistema capitalista, sino que además hemos de hacer frente a una considerable incertidumbre respecto a toda la gama de cuestiones socioecológicas que es preciso abordar. Sabemos que las escalas espaciales y temporales en las que las cuestiones ambientales se están planteando actualmente se han transformado radicalmente y que el marco institucional que permite la gestión a esas escalas está quedando claramente a la zaga. Asimismo, sabemos que las medidas necesarias para asegurarse contra los cambios catastróficos podrían no estar diseñadas y ejecutadas a tiempo, suponiendo incluso la buena voluntad de las partes enfrentadas para adoptar medidas preventivas.

La postura general que parece prudente adoptar frente a tales reservas es la siguiente: los así llamados desastres naturales no tienen nada de naturales y la humanidad sabe ya lo suficiente como para mejorar o controlar

la amenaza que suponen la mayoría de las catástrofes medioambientales, aunque nunca todas. Sin embargo, es poco probable que el capital tome las medidas oportunas sin que se produzca una lucha tanto entre sus facciones enfrentadas como con otros actores que se ven afectados por la transferencia de costes que tan oportunamente se está produciendo. Los motivos por los que persisten los problemas son de orden político, institucional e ideológico y en ningún caso atribuibles a límites naturales.

Si hay problemas graves en la relación capital-naturaleza, se trata de una contradicción interna y no externa al capital. No podemos sostener que el capital tiene el poder de destruir su propio ecosistema al tiempo que negamos arbitrariamente que tiene un poder potencial similar para sanearse y resolver o cuanto menos equilibrar debidamente sus propias contradicciones. El capital ha logrado responder con éxito a estas contradicciones en numerosas ocasiones, normalmente animado u obligado por los poderes del Estado, que a menudo se muestran absolutamente incoherentes respecto a las políticas medioambientales en su conjunto, o influenciado por las presiones procedentes de la sociedad capitalista en general. Los ríos y las atmósferas del norte de Europa y América están hoy mucho más limpios de lo que lo estaban hace una generación y la esperanza de vida por lo general está incrementándose y no reduciéndose como sucede en el norte de China. El Protocolo de Montreal que limita el uso de CFC frenó, aunque en absoluto perfectamente, una grave amenaza medioambiental a través de un acuerdo internacional. Los efectos perjudiciales del DDT han sido igualmente restringidos, por citar un ejemplo más entre muchos otros. En el caso del Protocolo de Montreal sobre los CFC fue la conversión de Margaret Thatcher, conservadora y, por lo demás, gran seguidora del libre mercado, en defensora activa del acuerdo intergubernamental (en parte debido a su formación como química y a su comprensión de las cuestiones técnicas implicadas) lo que influyó de manera significativa. En relación al cambio climático, hay sencillamente demasiados «negadores» ocupando posiciones de poder como para permitir que se tomen medidas paliativas y, hasta la fecha, no ha venido al rescate ninguna Margaret Thatcher. Han sido algunos de los países más pobres y directamente amenazados, como Bolivia y Maldivas, los que han tenido que defender la causa de la justicia climática. Así, pues, no estamos en condiciones de averiguar si el capital sería capaz de llevar a cabo los enormes ajustes necesarios para abordar este problema con eficacia.

La mayoría de los datos de los que disponemos no apoyan la tesis que anuncia el colapso inminente del capitalismo ante los riesgos medioambientales. No nos quedaremos sin energía a pesar del «pico petrolero»; hay tierra y agua suficientes como para alimentar a una población cada vez más numerosa durante muchos años y en medio de un crecimiento exponencial. Si se produce la escasez específica e inminente de tal o cual recurso, somos lo

suficientemente inteligentes como para encontrar sustitutos. Los recursos constituyen evaluaciones tecnológicas, económicas y culturales de los valores de uso de la naturaleza. Si tenemos la impresión de que va a haber escasez de recursos naturales, podemos sencillamente cambiar nuestras convicciones en el ámbito tecnológico, económico y cultural. Incluso los problemas asociados al calentamiento global, la disminución de la biodiversidad y las configuraciones de nuevas enfermedades, que hoy por hoy han de ser reconocidos como las principales amenazas para la vida humana, podrían manejarse adecuadamente si fuéramos capaces de superar nuestras propias deficiencias políticas y nuestra falta de visión de futuro. Naturalmente, esto es demasiado pedir a nuestras instituciones políticas y, por lo tanto, sin duda tendremos guerras por los recursos, hambrunas en ciertos lugares y millones de refugiados ambientales en otros, así como frecuentes perturbaciones comerciales. Sin embargo, nada de ello viene dictado por límites de orden natural. Si buena parte de la humanidad se ve reducida a la penuria y al hambre la culpa es solamente nuestra y, suponiendo que suceda, reflejará la estupidez y la venalidad humana más que cualquier otra cosa. Lamentablemente, está demostrado que ambas abundan y que el propio capital prospera en ellas e incuso las fomenta. No obstante, esto no ha puesto fin al capital.

Todo ello nos lleva a la cuestión de qué es lo que podría ser tan amenazador para el futuro del capital en el seno de la contradictoria unidad metabólica de capital y naturaleza. Las dos respuestas son en cierto modo sorprendentes. La primera se refiere a la creciente capacidad de la clase rentista para apropiarse de la totalidad de la riqueza y de la renta sin prestar atención a la producción. La propiedad y la mercantilización de la tierra y de su «natural» escasez permiten que una clase terrateniente improductiva extraiga rentas monopolísticas a costa del capital productivo, reduciendo finalmente la tasa de beneficio y, por consiguiente, el incentivo para reinvertir, a cero. Esto se ajusta, como hemos visto, al concepto más amplio del rentista, que combina al terrateniente tradicional con todas las formas de propiedad que son en sí mismas improductivas pero que facilitan la apropiación de renta y riqueza. La apropiación de las fuerzas naturales y la ocupación de los puntos clave del ecosistema del capital podrían amenazar con el estrangulamiento del capital productivo.

El segundo motivo por el cual esta contradicción podría resultar fatal radica en una dimensión totalmente diferente. Se fundamenta en la respuesta humana alienada al tipo de sistema ecológico que construye el capital. Se trata de un ecosistema funcionalista, artificial y tecnocrático. Está privatizado, comercializado, monetizado y orientado a la maximización de la producción de valores de cambio (rentas, concretamente) mediante la apropiación y producción de valores de uso. Como todos los demás aspectos del capital, está cada vez más automatizado; es intensivo en energía y capital

pero con frecuencia exige muy poca mano de obra. En la agricultura, tiende al monocultivo, la extracción y naturalmente la continua expansión bajo la presión del crecimiento exponencial. En cuanto a la urbanización, las áreas suburbanas son igualmente un monocultivo donde predomina un estilo de vida que potencia el consumo excesivo de bienes materiales de manera asombrosamente despilfarradora con el consiguiente efecto social de aislamiento e individualismo. El capital controla las prácticas mediante las cuales colectiva e individualmente nos relacionamos con la naturaleza y no considera nada que no sean valores estéticos funcionalistas. En su ruinosa aproximación a la pura belleza y la infinita diversidad del mundo natural (del que todos formamos parte) exhibe unas cualidades absolutamente yermas. Allí donde la naturaleza se muestra fecunda, entregada a una creación continua de novedad, el capital llega para cortar en trozos esas creaciones y reensamblar las piezas para convertirlas en tecnología. El capital trae aparejada una definición reseca no sólo de la ingente diversidad del mundo natural, sino también del tremendo potencial de la naturaleza humana para desarrollar sus propias capacidades y facultades en libertad. La relación del capital con la naturaleza y con la naturaleza humana es extremadamente alienante.

El capital no puede menos que privatizar, mercantilizar, monetizar y comercializar todos aquellos aspectos de la naturaleza a los que tiene acceso. Sólo así le es posible absorberla cada vez más intensamente de modo que se convierta en una forma de capital, esto es, en una estrategia de acumulación, que llega hasta nuestro ADN. Esta relación metabólica se expande e intensifica necesariamente como respuesta al crecimiento exponencial del capital y se ve forzada a implicarse en ámbitos cada vez más conflictivos. Las formas de vida, los materiales genéticos, los procesos biológicos, el conocimiento de la naturaleza y la inteligencia sobre cómo utilizar sus cualidades, capacidades y potenciales (sin importar en absoluto que sean artificiales o específicamente humanas) quedan subsumidos en la lógica de la comercialización. La colonización de nuestro mundo de vida por el capital se acelera. La infinita y cada vez más absurda acumulación exponencial de capital se ve acompañada de una infinita y cada vez más absurda invasión del mundo de vida por la ecología del capital.

Todo ello provoca reacciones, revulsiones y resistencias. El placer de contemplar una puesta de sol, el olor de la lluvia o la maravilla de una tormenta espectacular, incluso la brutalidad de un tornado no pueden reducirse a una cruda medida monetaria. Así, cuando Polanyi se queja de que la imposición de la forma mercancía sobre el mundo natural no sólo es «siniestra» sino intrínsecamente destructiva, no se limita a insinuar que las fuerzas y las potencias naturales se ven afectadas y son destruidas hasta el punto de resultar inutilizables para el capital, sino que afirma que lo que se destruye es la capacidad de ser humano de cualquier otra manera que

no sea la que exige y dicta el capital. Para muchos se trata de una ofensa contra la «auténtica» naturaleza y, por extensión, contra la posibilidad de otra naturaleza humana mejor.

Esta idea de que el capital exige la destrucción de una naturaleza humana digna y sensible no es nueva y ha sido comprendida desde hace mucho tiempo. En un principio produjo una revuelta estética, dirigida por el movimiento romántico, contra la aproximación estrictamente científica a la modernidad capitalista. En la ecología profunda dio lugar a una visión no antropocéntrica de cómo deberíamos construirnos como seres humanos en relación al mundo que nos rodea. En la ecología social y política generó formas muy críticas de análisis anticapitalista. En la obra crítica de la Escuela de Frankfurt promovió la aparición de un marxismo más sensible desde el punto de vista ecológico, donde la dialéctica y la «revuelta» de la naturaleza tuvieran un sentido amplio[5]. La denominada «revuelta de la naturaleza» no es la de una madre naturaleza airada y perturbada (como lo interpretan algunas tradiciones indígenas y como también prefieren describirla los presentadores de los canales meteorológicos de todo el mundo). Se trata en realidad de una revuelta de nuestra propia naturaleza contra aquello en lo que hemos de convertirnos para sobrevivir dentro del ecosistema que el capital forzosamente construye. Esta revuelta atraviesa todo el espectro político en la medida en que los conservadores rurales están tan indignados como los liberales urbanos y los anarquistas con la mercantilización, la monetización y la comercialización de todos los aspectos de la naturaleza.

Están plantadas las semillas de la sublevación humanista contra la inhumanidad que presuponen la reducción de la naturaleza y de la naturaleza humana a la pura forma mercancía. La alienación de la naturaleza constituye la alienación de nuestro propio potencial como especie. Esto genera un espíritu de rebeldía en el que conceptos tales como dignidad, respeto, compasión, bondad y afecto se convierten en consignas revolucionarias al tiempo que los valores de verdad y belleza sustituyen a los fríos cálculos del trabajo social.

---

[5] Arne Naess, *Ecology, Community and Lifestyle*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; William Leiss, *The Domination of Nature*, Boston (MA), Beacon Press, 1974; Martin Jay, *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of SocialResearch, 1923-1950*, Boston (MA), Beacon Press, 1973 [ed. cast.: *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1988]; Murray Bookchin, *The Philosophy of Social Ecology. Essays on Dialectical Naturalism*, Montreal, Black Rose Books, 1990; Richard Peet, Paul Robbins y Michael Watts, *Global Political Ecology*, Nueva York, Routledge, 2011; John Bellamy Foster, *Marx's Ecology. Materialism and Nature*, NuevaYork, Monthly Review Press, 2000 [ed. cast.: *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, Barcelona, Intervención Cultural, 2004].

CONTRADICCIÓN 17

LA REBELIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA: LA ALIENACIÓN UNIVERSAL

NO SE PUEDE excluir por completo la posibilidad de que el capital pudiera sobrevivir a todas las contradicciones examinadas hasta ahora pagando un cierto precio. Lo podría hacer, por ejemplo, mediante una elite oligárquica capitalista que dirigiera la eliminación genocida de gran parte de la población sobrante y desechable, al mismo tiempo que esclavizara al resto y construyera unos entornos artificiales cerrados para protegerse contra los estragos de una naturaleza externa que se hubiera vuelto tóxica, inhóspita y devastadoramente salvaje. Hay muchos relatos distópicos que describen una gran variedad de mundos semejantes, y sería una equivocación descartarlos como imposibles prototipos de futuro de una humanidad subhumana. Realmente, hay algo terriblemente cercano en algunos de estos relatos, como por ejemplo, el orden social que se describe en la trilogía de Suzanne Collins, *The Hunger Games*, un éxito entre los adolescentes, o las antihumanistas secuencias futuristas de *Cloud Atlas* de David Mitchell. Claramente, semejantes ordenamientos sociales solo podrían existir sobre la base de un control mental fascista y de la continua y sistemática vigilancia y violencia policiales, todo ello acompañado por periódicas represiones militarizadas. Quienquiera que no vea elementos de semejantes mundos distópicos actuando ya en el mundo que nos rodea se está engañando a sí mismo clamorosamente.

Por ello, no se trata de que el capital no pueda sobrevivir a sus contradicciones, sino de que el coste de hacerlo resulte inaceptable para la mayoría de la población. La esperanza es que mucho antes de que las tendencias distópicas pasen de los esporádicos ataques de drones aquí, al uso ocasional de gas venenoso contra el propio pueblo por parte de gobernantes enloquecidos acullá; de la aplicación de políticas mortíferas e incoherentes hacia todas las formas de oposición en un lugar a los colapsos medioambientales y las hambrunas de masas en otro, y de ahí a que en todas partes se produzca una verdadera avalancha de catastróficas luchas desigualmente armadas de los ricos contra los pobres y de los privilegiados capitalistas y sus cobardes acólitos contra el resto…, antes de que ocurra todo esto la esperanza es que surjan movimientos sociales y políticos que griten

«¡Ya basta!» o «Hasta aquí hemos llegado» y cambien la manera en que vivimos y amamos, sobrevivimos y nos reproducimos. Debería ser evidente que esto significa reemplazar la maquinaria económica y sus irracionales racionalidades económicas asociadas. Pero cómo deberíamos hacerlo no está de ninguna manera claro, y qué clase de maquinaria económica puede reemplazar a la del capital es una proposición todavía menos clara habida cuenta del estado actual del pensamiento y la lamentable escasez de un debate público imaginativo dedicado a esta cuestión. En su análisis, una comprensión de las contradicciones del capital es algo más que una pequeña ayuda porque, como el dramaturgo alemán Bertolt Brecht una vez dijo, «la esperanza está latente en las contradicciones».

Al excavar en esta zona de la esperanza latente, hay algunas proposiciones básicas que deben aceptarse de entrada. En *The Enigma of Capital* concluía diciendo que «el capitalismo nunca caerá por sí solo. Habrá que empujarle. La acumulación de capital nunca cesará. Habrá que detenerla. La clase capitalista nunca entregará voluntariamente su poder. Habrá que desposeerla»[1]. Sigo manteniendo esa opinión y considero vital que otros también lo hagan. Evidentemente se necesitará un potente movimiento político y un enorme compromiso individual para llevar a cabo esa tarea. Pero semejante movimiento no puede funcionar sin una amplia y convincente visión de una alternativa alrededor de la cual pueda confluir una subjetividad política colectiva. ¿Qué clase de visión puede animar a ese movimiento político?

Podemos intentar cambiar el mundo gradualmente y poco a poco favoreciendo el término de una contradicción (como el valor de uso) en vez del otro (como el valor de cambio), o trabajando para socavar y finalmente disolver contradicciones particulares (como la que permite la utilización del dinero para la apropiación privada de la riqueza social). Podemos intentar cambiar las trayectorias definidas por las contradicciones cambiantes (hacia tecnologías no militaristas y una mayor igualdad en un mundo de libertades democráticas). Como he tratado de mostrar a lo largo de este libro, entender las contradicciones del capital ayuda a desarrollar una visión a largo plazo de la *dirección* general en la que deberíamos estar moviéndonos. De manera muy similar a cómo el ascenso del capitalismo neoliberal cambió a partir de la década de 1970 la dirección del desarrollo del capital para aumentar la privatización y la comercialización, para hacer más contundente el dominio del valor de cambio y de una avasalladora pasión fetichista por el poder del dinero, un movimiento antineoliberal nos puede señalar una dirección estratégica completamente diferente para las próximas décadas. Hay señales en la bibliografía especializada así como en los movimientos sociales de al

[1] David Harvey, *The Enigma of Capital*, cit., p. 260.

menos una predisposición para intentar rediseñar un capitalismo basado en unas relaciones ecológicamente más sensibles y en unos niveles mucho más elevados de justicia social y gobernanza democrática[2].

Este enfoque gradual tiene sus virtudes. Propone un movimiento pacífico y no violento hacia el cambio social del tipo que inicialmente se observó en las primeras etapas de las plazas de Tahrir, Syntagma y Taksim, aunque en todos estos casos el Estado y las autoridades policiales pronto respondieron con asombrosa brutalidad y violencia, probablemente porque estos movimientos tenían el descaro de ir más allá de los límites de la tolerancia represiva. Este planteamiento pretende reunir a la gente estratégicamente alrededor de temas comunes pero limitados. También puede tener impactos de largo alcance si se producen contagiosos efectos en cascada de un tipo de contradicción a otro. Podemos imaginar qué pasaría en el mundo si la dominación del valor de cambio y los alienados comportamientos que acompañan a la búsqueda del poder del dinero, como Keynes los describía, se redujeran simultáneamente y los poderes de los individuos privados para obtener beneficios de la riqueza social se vieran radicalmente reducidos. Podemos seguir imaginando qué sucedería si las alienaciones de la experiencia contemporánea del trabajo, de un consumo compensador que nunca satisface, de indescriptibles niveles de desigualdad económica y de desarmonía en la relación con la naturaleza se vieran reducidos por una creciente oleada de descontento popular ante los actuales excesos del capital. Nos encontraríamos viviendo en un mundo más humano con unos niveles de desigualdad y conflicto social mucho más reducidos y una corrupción y opresión políticas mucho menores.

Esto no nos dice cómo pueden converger unos movimientos de oposición numerosos pero muy fragmentados para fusionarse en un movimiento solidario unificado contra el dominio del capital. El enfoque gradual no consigue percibir y afrontar cómo todas las contradicciones del capital se relacionan entre sí y a través de las demás para formar un todo orgánico. Hay verdadera necesidad de una concepción más catalizadora que fundamente y estimule la acción política. Una subjetividad política colectiva tiene que fundirse alrededor de algunos conceptos fundamentales sobre cómo constituir una maquinaria económica alternativa si se quiere afrontar y vencer a los poderes del capital. Sin eso, el capital no puede ser desposeído ni desplazado. El concepto que aquí encuentro más apropiado es el de *alienación*.

El verbo alienar tiene una variedad de significados. Como término legal significa transferir un derecho de propiedad a las manos de otro (enajenar).

---

[2] Véase el debate en Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian y Craig Calhoun, *Does Capitalism Have a Future?*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

Yo enajeno un pedazo de tierra cuando se lo vendo a otro. Como relación social se refiere a cómo los afectos, lealtades y confianzas pueden ser alienadas (transferidas, sustraídas) de una persona, institución o causa política a otra. La alienación (pérdida) de la confianza (en personas o en instituciones como la ley, los bancos o el sistema político) puede ser extremadamente perjudicial para el tejido social. Como un término psicológico pasivo, la alienación significa quedarse aislado y separado de alguna valorada conectividad. Se experimenta e internaliza como un sentimiento de tristeza y dolor ante alguna indefinible pérdida que no puede recuperarse. Como un estado psicológico activo significa mostrar cólera y hostilidad al verse o sentirse oprimido, marginado o desposeído y exteriorizar esa cólera y hostilidad arremetiendo, algunas veces sin ninguna clara razón ni objetivo racional, contra el mundo en general. Los comportamientos alienados pueden surgir, por ejemplo, porque la gente se siente frustrada ante la falta de oportunidades de vida o porque su búsqueda de la libertad ha acabado en el sometimiento.

La diversidad de significados resulta útil. El trabajador o la trabajadora aliena legalmente la utilización de su fuerza de trabajo por un periodo de tiempo establecido a cambio de un salario. Durante este tiempo el capitalista exige la lealtad y atención del trabajador, al mismo tiempo que le pide que confíe en que el capitalismo es el mejor sistema para generar riqueza y bienestar para todos. Sin embargo, el trabajador queda separado de su producto así como de otros trabajadores, de la naturaleza y de todos los demás aspectos de la vida social durante el tiempo que dura su contrato de trabajo y normalmente más allá debido a la naturaleza agotadora de este último. La privación y la desposesión se experimentan e internalizan como una sensación de pérdida y tristeza ante la frustración de los propios instintos creativos del trabajador. Finalmente el trabajador deja de estar melancólico y malhumorado y monta en cólera ante las fuentes inmediatas de su alienación: ya sea contra su patrón por hacerle trabajar demasiado o contra su pareja por querer ir a cenar y tener sexo sin comprender su estado de agotamiento. En este estado totalmente alienado, el trabajador o bien echa arena en la máquina en el trabajo o tira las tazas de té a su pareja en casa.

El tema de la alienación está muy presente en muchas de las contradicciones que ya se han examinado. Se pierde el contacto táctil con la mercancía –su valor de uso– y la relación sensual con la naturaleza queda obstruida por la dominación del valor de cambio. El valor social y el sentido de trabajar quedan obscurecidos en la forma representacional del dinero. La capacidad para alcanzar democráticamente decisiones colectivas se pierde en la constante batalla entre las racionalidades en conflicto de los intereses privados aislados y de los poderes del Estado. La riqueza social desaparece en los bolsillos de individuos privados produciendo un

mundo de riqueza privada y miseria pública. Los productores directos de valor están alienados del valor que producen. Por medio de la formación de clase se crea un abismo imposible de colmar entre la gente. Una división del trabajo exponencialmente creciente hace cada vez más difícil ver el todo en relación a unas partes cada vez más fragmentadas. Se pierden todas las perspectivas de igualdad o justicia social, aunque la universalidad de la igualdad ante la ley se proclame como la suprema virtud burguesa. Se desbordan los resentimientos acumulados ante la acumulación por desposesión en el ámbito de la realización del capital (por ejemplo, por medio de los desplazamientos y desahucios de hogares). La libertad se vuelve dominación, la esclavitud es libertad.

El problema político catalizador que se deriva de todo esto es identificar, afrontar y superar las muchas formas de alienación producidas por la maquinaria económica del capital y canalizar la energía, la ira y la frustración acumuladas que producen hacia una oposición anticapitalista coherente. ¿Nos atrevemos a esperar una relación no alienada con la naturaleza (o al menos no tan alienada y más aceptable humanamente), con los demás, con el trabajo que hacemos y con la manera en que vivimos y amamos? Para que esto sea así hace falta que entendamos la fuente de nuestras alienaciones. Y eso es exactamente lo que el estudio de las contradicciones del capital contribuye tanto a aclarar.

El planteamiento marxista tradicional de la transformación revolucionaria en pos del socialismo/comunismo ha consistido en centrarse en la contradicción entre las fuerzas productivas (la tecnología) y las relaciones sociales (la clase). En la tradición de los partidos comunistas históricos, la transición se veía como una cuestión científica y técnica más que subjetiva, psicológica y política. La alienación no se tenía en cuenta, ya que era un concepto no científico que llevaba la marca del humanismo y del deseo utópico articulados por el joven Marx en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* en vez de la ciencia objetiva de *El capital*. Esta posición cientificista no consiguió captar la imaginación política de alternativas viables a pesar de las apasionadas convicciones de los partidarios de la causa comunista. Tampoco proporcionó ninguna razón subjetiva espiritualmente convincente (en vez de científicamente necesaria y objetiva) para movilizar armas en un mar de lucha anticapitalista. Ni siquiera pudo afrontar la locura de la razón política y económica dominantes (en parte porque el comunismo científico abrazaba gran parte de esta razón económica y su fijación fetichista con la producción por la producción). Fracasó de hecho en desenmascarar por completo los fetichismos y las ficciones difundidas en nombre de las clases dominantes para protegerse a sí mismas del daño. Por ello, el movimiento comunista tradicional estaba en constante peligro de reproducir involuntariamente esas ficciones y

fetichismos. Además, cayó víctima de las visiones estáticas y dogmáticas de los dirigentes de un todopoderoso partido de vanguardia. El centralismo democrático, que a menudo funcionó bien en la oposición y en graves momentos de violenta represión, resultó una desastrosa carga cuanto más cerca estaba el movimiento de ejercer el poder legítimo. Su búsqueda de la libertad produjo sometimiento.

Pero hay algo más que un simple grano de verdad en la idea de una contradicción central entre las revoluciones en las fuerzas productivas y sus relaciones sociales conflictivas y contradictorias. Como vimos en el caso de la Contradicción 8, existe una profunda conexión entre la evolución técnica del capital y la transformación radical del trabajo y del valor social, pero las implicaciones se multiplican cuando abordamos esta y otras contradicciones desde el punto de vista de la alienación (como las que surgen de las divisiones del trabajo). André Gorz ha sido un pionero en esclarecer esto, así que aquí simplemente seguiré sus pasos.

«La racionalización económica del trabajo» que se produce con el desarrollo capitalista de la potencia tecnológica, señala Gorz, crea «individuos que, estando alienados en su trabajo, necesariamente estarán igualmente alienados en su consumo y finalmente en sus necesidades». Cuanto más dinero dispongan, y el dinero, como hemos visto, tiene el potencial de aumentar sin límite incluso en las cuentas corrientes de los individuos particulares, más deben aumentar sus necesidades individuales si tienen que representar su papel económico como «consumidores racionales» («racionales» desde el punto de vista del capital). Se establece una relación dialéctica, una espiral de interrelaciones, entre el deseo de dinero y una economía de necesidades fomentada dentro del orden social. La idea de una buena vida estable y de un buen vivir conforme a necesidades modestas queda desplazada por un deseo insaciable de obtener más y más poder monetario para dominar más y más bienes de consumo. El resultado es «eliminar la antigua idea de libertad y autonomía existencial» y renunciar a la auténtica libertad a cambio de las limitadas libertades de una interminable lucha por participar y ganar al mercado[3].

Desmenucemos los detalles de este argumento. «La cuestión esencial –dice Gorz– es el grado en que las habilidades y facultades que emplea un trabajo constituyen una cultura ocupacional, y el grado en que hay una unidad entre la cultura ocupacional y la cultura de la vida cotidiana, entre el trabajo y la vida. En otras palabras, el grado en que la implicación en el trabajo supone el enriquecimiento o el sacrificio del propio ser individual». La tecnología del trabajo se muestra a primera vista totalmente indiferente

---

[3] André Gorz, *Critique of Economic Reason*, Londres, Verso, 1989, p. 22 [ed. cast.: *Crítica de la razón productivista. Antología*, Madrid, Libros Catarata, 2008].

ante esta cuestión pero, como hemos visto, gran parte de la dinámica del cambio tecnológico ha sido orquestada para privar de poder y empequeñecer al trabajador. Semejante trayectoria de innovación es profundamente incompatible con el enriquecimiento de su vida. La tecnología no propicia, ni puede hacerlo, una cultura específica por encima y más allá de lo que ella misma domina. La violencia de la tecnología se encuentra en la manera en que corta el vínculo entre la persona y la interacción sensorial con el mundo. Gorz señala que «es una forma de represión que niega nuestra propia sensibilidad». La ternura y la compasión no se permiten. La naturaleza, como hemos visto, es tratada «de una forma instrumental» y eso genera «violencia» contra «la naturaleza y contra nuestro cuerpo y el de los demás. La cultura de la vida cotidiana es –con toda la perturbadora ambigüedad que contiene esta antinómica creación– una cultura de la violencia o, en su forma más extrema, una sistemática, meditada, sublimada e intensificada *cultura de la barbarie*»[4]. Ello desde luego es más obvio cuando pensamos en los ataques de los drones y en las cámaras de gas, pero el argumento de Gorz afirma que también penetra profundamente en el corazón mismo de la vida cotidiana por medio de los instrumentos que utilizamos diariamente para vivirla, incluyendo todos aquellos que manejamos en nuestro trabajo.

Evidentemente hay un profundo anhelo en la cultura popular de humanizar de alguna manera los impactos de esta inhóspita cultura de la tecnología, como lo atestiguan la manera en que los replicantes de *Blade Runner* adquieren sentimientos y en que Sonmi 451 aprende un lenguaje expresivo en *Cloud Atlas*, o en cómo los robots en *Wall-E* aprenden a preocuparse y a derramar una lágrima mientras que los seres humanos, abotargados por bienes de consumo compensatorios, flotan pasivamente solos cada uno de ellos en su alfombra mágica individual por encima de un mundo en ruinas que los robots intentan poner en orden; e incluso más negativamente, en cómo HAL, el ordenador de *2001, una odisea en el espacio*, se vuelve un canalla. La absoluta imposibilidad de este sueño de humanizar la tecnología no desalienta su repetida expresión. Así, pues, ¿dónde vamos a encontrar una manera más humana de reconstruir nuestro mundo?

«Trabajar –insiste Gorz– no es solo la creación de riqueza económica; es al mismo tiempo un medio de autocreación. Por ello también tenemos que preguntar, *a propos* de los contenidos de nuestro trabajo, si este produce la clase de hombres y mujeres que queremos que conformen la humanidad». Sabemos que muchos, si no la mayoría de los que trabajan, no están contentos con lo que hacen. Una reciente encuesta exhaustiva realizada por Gallup en Estados Unidos mostraba, por ejemplo, que alrededor del 70

[4] *Ibid.*, p. 86.

por 100 de los trabajadores a tiempo completo o bien odiaban ir a trabajar o habían desconectado mentalmente y se habían convertido, de hecho, en saboteadores que propagaban el descontento por todas partes y de ese modo pasaban una buena factura a su empleador en forma de pérdidas de eficiencia. El 30 por 100 que estaba comprometido era principalmente lo que Gorz llamaba trabajadores «reprofesionalizados» (diseñadores, ingenieros, directivos de sistemas muy complejos). Gorz se pregunta si esta clase de trabajadores «está más cerca de un posible ideal de humanidad que los tipos más tradicionales de trabajadores. ¿Pueden las tareas complejas que tienen asignadas llenar su vida y dotarla de sentido sin distorsionarla simultáneamente? En una palabra, ¿cómo se vive este trabajo?» ¿Puede trascenderse la violencia de la cultura técnica?

La respuesta de Gorz es desalentadora. La tecnología sin duda puede utilizarse para «aumentar la eficiencia del trabajo y reducir el esfuerzo que supone y el número de horas que conlleva». Pero tiene un precio. «Crea una separación entre el trabajo y la vida y entre la cultura ocupacional y la cultura de la vida cotidiana; exige una despótica dominación de uno mismo a cambio de una creciente dominación de la naturaleza; reduce el campo de la experiencia vivida y la autonomía existencial; separa al productor del producto hasta el punto que él o ella ya no sabe el propósito de lo que hace». Si esto no es la alienación total dentro del proceso de trabajo entonces ¿qué es?

«El precio que tenemos que pagar por la tecnificación solamente es aceptable –continúa Gorz– si ahorra trabajo y tiempo. Este es el objetivo declarado y no puede haber otro. Se trata de permitirnos producir más y mejor en menos tiempo y con menos esfuerzo». Aquí no hay ninguna ambición «de que el trabajo llene la vida de cada individuo y sea la principal fuente de sentido», lo cual define el núcleo de la contradicción dentro del proceso laboral. Al ahorrar tiempo y esfuerzo en el trabajo, la tecnología destruye todo sentido para el trabajador. «Un trabajo cuyo resultado y objetivo sea ahorrar trabajo no puede, al mismo tiempo, glorificarlo como la fuente esencial de la identidad y la satisfacción personales. El significado de la actual revolución tecnológica no puede ser rehabilitar la ética del trabajo y la identificación con el propio trabajo». Solo podría tener significado si liberara al trabajador de la ingrata tarea del trabajo a cambio de «actividades no laborales en las que podamos, el nuevo tipo de trabajador incluido, desarrollar esa dimensión de nuestra humanidad que no encuentra salida en el trabajo tecnificado»[5]. «Ya sea que tome la forma de desempleo, marginalización y falta de seguridad laboral, o de una reducción general de las horas de trabajo, la crisis de la sociedad basada en el trabajo (es decir, basada en el trabajo en el sentido económico de

[5] *Ibid.*, pp. 87-88.

la palabra) obliga a los individuos a buscar fuera de él fuentes de identidad y de pertenencia social». Solamente fuera de este el trabajador tiene la posibilidad de alcanzar la satisfacción personal, de adquirir una autoestima y, por lo tanto, «la estima de otros»[6].

La sociedad en general ha sido obligada a hacer una elección existencial. O bien tenía que reducirse la esfera económica de la acumulación de capital para permitir el libre desarrollo de las capacidades y potencialidades humanas fuera de la tiranía del mercado y del trabajo, «o bien la racionalidad económica tendría que hacer que las necesidades de los consumidores crecieran por lo menos tan rápidamente como la producción de mercancías y de servicios mercantilizados». Este es exactamente el problema que identifica Martin Ford, salvo que él evita hablar de cualquier alternativa a la racionalidad económica capitalista. Pero en esta última eventualidad –el camino que realmente se eligió– dice Gorz, «el consumo tendría que ser [organizado] al servicio de la producción. La producción ya no tendría la función de satisfacer las necesidades existentes de la manera más eficiente posible; por el contrario, serían las necesidades las que cada vez más tendrían la función de permitir que la producción siguiera creciendo». El resultado ha sido paradójico:

> La ilimitada eficiencia máxima en la [realización] del capital exige una ilimitada ineficiencia máxima en la satisfacción de las necesidades y un ilimitado despilfarro máximo en el consumo. Hacía falta derribar las fronteras entre necesidades, deseos y pretensiones; había que crear el deseo por productos más apreciados del mismo o inferior valor de uso que los anteriormente empleados; había que dar a los deseos la imperiosa urgencia de la necesidad. En resumen, había que crear una demanda, había que crear consumidores para los bienes que eran más rentables de producir y, con este objetivo, había que reproducir incesantemente nuevas formas de escasez en el corazón de la opulencia por medio de la innovación y obsolescencia aceleradas, por medio de la reproducción de desigualdades a un nivel cada vez mayor […][7].

La creación de necesidades adquirió preferencia sobre la satisfacción de la mayoría de la gente.

«La racionalidad económica necesitaba elevar continuamente el nivel de consumo sin elevar el grado de satisfacción; llevar más lejos la frontera de lo suficiente, mantener la impresión de que no podía haber bastante para todos». La estratificación del consumo, en la que el consumismo de una clase rica y parasitariamente ociosa llevaba la voz cantante y abría el camino, se volvió decisiva para asegurar la realización del valor. Esto es lo

[6] *Ibid.*, p. 100.
[7] *Ibid.*, p. 114.

que exponía brillantemente Thorstein Veblen en *Theory of the Leisure Class*, publicado ya en 1899. Sin embargo, ahora sabemos que si semejante clase no existiera habría que inventarla[8]. Se necesita un consumo alienante para resolver el dilema de una demanda efectiva anémica fruto de la represión salarial y de un desempleo tecnológicamente inducido para la masa de los trabajadores y trabajadoras. Estos últimos, sumergidos y rodeados a cada paso por un mar de consumo cada vez más ostentoso, se encuentran a sí mismos buscando frenéticamente maximizar a cualquier precio los ingresos, trabajando cada vez más horas para poder satisfacer unas necesidades artificialmente intensificadas así como para mantenerse a la altura de los demás.

En vez de trabajar menos horas, como lo permitirían las nuevas tecnologías, la mayoría de la gente trabaja más, lo cual también cumple un fin social. Permitir que cada vez más individuos tengan un tiempo libre donde perseguir sus propios objetivos de autorrealización es aterrador para las perspectivas de futuro del continuo y firme control del capital sobre las masas trabajadoras, tanto en el lugar de trabajo como en el mercado. La «racionalidad económica capitalista no tiene espacio para un tiempo auténticamente libre que ni produce ni consume riqueza comercial», señala Gorz. «Exige el empleo a jornada completa de aquellos que están empleados en virtud no de una necesidad objetiva sino de su lógica originaria; los salarios tienen que establecerse de tal forma que induzcan a los trabajadores a realizar el máximo esfuerzo». Las reivindicaciones salariales planteadas por los sindicatos «son de hecho las únicas reivindicaciones que no debilitan la racionalidad del sistema económico». El consumo racional –racional en relación a la constante acumulación de capital– se vuelve una necesidad absoluta para la supervivencia de este. «Por otra parte, las reivindicaciones que se centran en las horas de trabajo, en su intensidad, su organización y su naturaleza, están preñadas de un radicalismo subversivo: no las puede satisfacer el dinero y golpean la esencia de la racionalidad económica y con ello al poder del capital. El "orden basado en el mercado" se ve fundamentalmente desafiado cuando la gente encuentra que no todos los valores son cuantificables, que el dinero no puede comprar todo y que lo que no puede comprar es algo esencial o incluso lo esencial»[9]. Como reza el eslogan de la campaña publicitaria Priceless, «Hay algunas cosas que el dinero no puede comprar. Para todo lo demás está MasterCard».

«Persuadir a los individuos de que los bienes y servicios que se les ofrecen compensan adecuadamente el sacrificio que tienen que hacer para obtenerlos y que semejante consumo constituye un refugio de felicidad personal que les diferencia de la multitud es algo que habitualmente

---

[8] Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class*, Nueva York, Oxford University Press, edición de 2009 [ed. cast.: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza, 2013].

[9] A. Gorz, *Critique of Economic Reason*, cit., p. 116.

pertenece a la esfera de la publicidad comercial». Aquí «los locos»* de la publicidad (que ahora representan una parte importante de la actividad económica en Estados Unidos) asumen el papel protagonista para causar estragos sobre el orden social. Su atención se dirige a las empresas privadas y a los individuos privados. Su misión es persuadir a la gente para que consuman bienes que «ni son necesarios ni siquiera simplemente útiles». Las mercancías «se presentan siempre conteniendo un elemento de lujo, de sobreabundancia y fantasía que, al designar al comprador o a la compradora como una "persona feliz y privilegiada", le protege de las presiones de un universo racionalizado y de la obligación de comportarse de una manera funcional». Gorz define estos bienes como «bienes compensatorios» que «son deseados tanto o más por su inutilidad como por su valor de uso, porque este elemento de inutilidad (en aparatos y ornamentos superfluos, por ejemplo) es el que simboliza la huida del comprador del universo colectivo a un refugio de soberanía privada»[10]. Este consumo del exceso, esta inutilidad, es precisamente lo que «los locos» de la publicidad son unos expertos en vender. Este consumo del exceso está profundamente alejado de la satisfacción de las carencias, necesidades y deseos humanos. Esta es una opinión que suscribe incluso el actual Papa. «Las inmensas posibilidades de consumo y de distracción que ofrece esta sociedad –se queja en su reciente Exhortación Apostólica– [producen] una especie de alienación que nos afecta a todos, ya que está alienada una sociedad que, en sus formas de organización social, de producción y de consumo, hace más difícil la realización de esta donación [de uno mismo] y la formación de esa solidaridad interhumana»[11].

Pero como señala Gorz, «los trabajadores funcionales, que aceptan la alienación en su trabajo porque las posibilidades de consumo que ofrece son una adecuada compensación, solamente pueden existir si simultáneamente se vuelven consumidores socializados. Pero solamente una economía de mercado y la publicidad comercial que la acompaña puede producir este tipo de consumidores»[12]. En esto acabó exactamente el movimiento revolucionario de 1968, con toda su proclamada retórica de libertad individual y justicia social: perdido en el mundo del absurdo consumismo, ahogándose en una riqueza de bienes compensatorios cuya propiedad se tomaba como una señal de la libertad de elección en el mercado de los deseos humanos.

---

* «Los locos», «Mad Men» en inglés. Alusión a la serie de televisión del mismo nombre sobre los publicistas que trabajan en Madison Avenue [N. del T.].

[10] *Ibid.*, pp. 45-46.

[11] Francisco, Papa, «Apostolic Exhortation Evangelii Gaudium of the Holy Father Francis to the Bishops, Clergy, Consecrated Persons and the Lay Faithful on the Proclamation of the Gospel in Today's World», *National Catholic Register*, 15 de diciembre de 2013, párrafo 192 [ed. cast.: *Evangelii gaudium. Exhortación apostólica. La alegría del evangelio*, Madrid, Epalsa, 2014].

[12] A. Gorz, *Critique of Economic Reason*, cit., p. 46.

El progreso del consumismo absurdo o compensatorio tiene sus propias dinámicas internamente destructivas. Requiere que la «destrucción creativa» de la que hablaba Schumpeter se desate sobre la tierra. La vida cotidiana en la ciudad, las formas ordenadas de vida, de relacionarse y socializarse, se ven una y otra vez perturbadas para hacer sitio a la última moda o fantasía. Las demoliciones y los desplazamientos para hacer sitio a la gentrificación o la disneyficación rompen tejidos ya hechos de vida urbana para dejar paso a lo llamativo y lo exagerado, lo efímero y lo pasajero. La desposesión y la destrucción, el desplazamiento y la construcción, se vuelven vehículos para una vigorosa y especulativa acumulación de capital a medida que las figuras del financiero y del rentista, del promotor, del propietario inmobiliario y del alcalde emprendedor surgen de las sombras y pasan al primer plano de la lógica de acumulación del capital. El motor económico que es la circulación y acumulación de capital engulle ciudades enteras solamente para escupir nuevas formas urbanas, a pesar de la resistencia de la gente que se siente totalmente alienada de procesos que no solamente remodelan los entornos en los que vive, sino que también redefinen la clase de persona en la que se tienen que convertir para poder sobrevivir. Los procesos de reproducción social son reestructurados por el capital desde el exterior. La vida cotidiana queda pervertida en pro de la circulación del capital. La coalición de los reticentes a esta forzada redefinición de la naturaleza humana constituye un grupo de individuos alienados que periódicamente estalla en disturbios y movimientos potencialmente revolucionarios desde El Cairo a Estambul, desde Buenos Aires a São Paulo y desde Estocolmo a El Alto.

Todo esto descansa, sin embargo, sobre la posesión de suficiente dinero, sobre la agobiante necesidad que persuade a «sectores de la sociedad anteriormente no remunerados para que busquen trabajo asalariado», lo que aumenta más «la necesidad de un consumo compensatorio». Como resultado, «ser pagado se convierte en el objetivo primordial de la actividad hasta el punto de que cualquier actividad que no tenga compensación financiera deja de ser aceptable. El dinero suplanta a otros valores y se convierte en la única medida». A esto le acompaña «un aliciente para retirarse a la esfera privada y darle prioridad a la búsqueda de ventajas “personales”, [lo cual] contribuye a la desintegración de las redes de solidaridad y asistencia mutua, de la cohesión familiar y social y de nuestro sentido de pertenencia. Los individuos socializados por un consumismo (absurdo) ya no son individuos socialmente integrados, sino individuos que se ven estimulados a “ser ellos mismos” diferenciándose de los demás y que solo se parecen al resto en su negativa (socialmente canalizada en el consumo) para asumir responsabilidades por la situación común efectuando una

acción común»[13]. Los afectos y las lealtades a lugares y formas culturales particulares se consideran anacronismos. ¿No es esto lo que propuso y finalmente consiguió la propagación de la ética neoliberal?

Pero cuanto más tiempo se libera de la producción, más imperativo se vuelve absorber ese tiempo en el consumo y el consumismo, ya que, como anteriormente se ha argumentado, la «racionalidad económica capitalista no tiene espacio para un tiempo auténticamente libre que ni produce ni consume riqueza comercial». El peligro permanente es que unos individuos autónomos y libremente asociados, liberados de las tareas de la producción y bendecidos con toda una serie de tecnologías de ahorro de trabajo y de tiempo para ayudar a su consumo (microondas, lavadoras y secadoras, aspiradoras, por no hablar de la banca electrónica, las tarjetas de crédito y los coches), puedan empezar a construir un mundo alternativo no capitalista. Podrían verse inclinados a rechazar la racionalidad capitalista dominante, por ejemplo, y empezar a evadir sus abrumadoras pero a menudo crueles reglas de disciplina del tiempo. Para evitar semejantes eventualidades, el capital no solo tiene que encontrar maneras de absorber cada vez más bienes y servicios mediante la realización, sino también ocupar de alguna manera el tiempo libre que liberan las nuevas tecnologías. En esto, su éxito no ha sido nada despreciable. Mucha gente se encuentra a sí misma con cada vez menos tiempo para la libre actividad creativa en medio de una generalización de tecnologías que ahorran tiempo tanto en la producción como en el consumo.

¿Cómo se produce esta paradoja? Desde luego, lleva mucho tiempo, gestionar, dirigir y mantener toda la parafernalia encaminada a ahorrar tiempo que nos rodea en el hogar, y cuanto mayor es esta más tiempo se necesita. La pura complejidad de los servicios técnicos de apoyo nos envuelve en interminables llamadas telefónicas o correos electrónicos a centros de atención, compañías de teléfonos y de tarjetas de crédito, aseguradoras, etc. Tampoco cabe duda de que los hábitos culturales con los que hemos rodeado al culto fetichista a los artilugios tecnológicos atrapan el lado lúdico de nuestras imaginaciones y nos mantienen viendo comedias, viajando por internet o jugando a videojuegos durante interminables horas. A cada paso estamos rodeados de «armas de distracción masiva».

Pero nada de esto explica por qué el tiempo se nos va volando de la manera que lo hace. Creo que la razón más profunda se encuentra en la manera estructurada con la que el capital ha abordado el tema del tiempo de consumo como una potencial barrera para la acumulación. La producción y la comercialización de bienes no duraderos, que caducan o quedan obsoletos o pasan de moda fácilmente, junto a la producción de eventos y

---

[13] *Ibid.*, pp. 46-47.

espectáculos que se consumen instantáneamente, culminan –como se ha argumentado anteriormente– en una asombrosa inversión de categorías cuando los consumidores producen su propio espectáculo en Facebook. Aunque las rentas que acumula el capital provenientes de estas formas de redes sociales son vitales, estas modalidades de consumo también absorben una increíble cantidad de tiempo. Las tecnologías comunicativas son una arma de doble filo. Por un lado, pueden ser manejadas por una educada y alienada juventud con propósitos políticos e incluso revolucionarios, mientras que, por otro, pueden absorber tiempo en cháchara, cotilleos y el entretenimiento de bromas interpersonales, mientras continuamente producen valor para otros, como los accionistas de Facebook y Google.

La racionalidad económica capitalista es difícil o imposible de rebatir cuando las vidas, los procesos mentales y las orientaciones políticas de la gente están ocupadas y totalmente asimiladas en el pseudoatareado trabajo de gran parte de la producción contemporánea o en la búsqueda de un consumismo absurdo. Perdernos en nuestros e-mails y en Facebook no es activismo político. Gorz tiene razón cuando dice que «si el ahorro en el tiempo de trabajo no sirve para liberar tiempo, y si este tiempo liberado no se utiliza para la "libre autorrealización de los individuos", entonces ese ahorro en tiempo de trabajo carece por completo de significado»[14]. La sociedad puede estar encaminándose hacia «la reducción programada, por etapas, de las horas de trabajo sin pérdida de ingresos reales por mor de una serie de políticas que permitirán que este tiempo liberado se vuelva tiempo para la libre autorrealización de todos». Pero semejante evolución es extremadamente amenazadora para el poder de la clase capitalista y las resistencias y barreras que se crean son poderosas.

> El desarrollo de las fuerzas productivas puede reducir la cantidad de trabajo que es necesario, pero no puede crear por sí mismo las condiciones que harán que esta liberación de tiempo sea una liberación de todos. La historia puede poner a nuestro alcance la oportunidad de una mayor libertad, pero no puede dispensarnos de la necesidad de que seamos nosotros los que aprovechemos esta oportunidad y saquemos beneficios de ella. Nuestra liberación no se producirá como resultado de un determinismo material, no se producirá a nuestras espaldas, por así decirlo. El potencial de liberación que contiene un proceso solo se puede realizar si los seres humanos lo aferran y lo utilizan para hacerse libres.

Afrontar colectivamente las múltiples alienaciones que produce el capital es una convincente manera de movilizarse contra la renqueante maquinaria económica que tan imprudentemente impulsa al capitalismo de un

---

[14] *Ibid.*, p. 184.

tipo de crisis a otro, con consecuencias potencialmente desastrosas para nuestra relación con la naturaleza y para nuestras relaciones mutuas. La alienación universal pide una vigorosa respuesta política. ¿Cuál puede ser esa respuesta?

Vuelvo a repetir que no existe una respuesta no contradictoria para una contradicción. Un examen de la variedad de respuestas políticas contemporáneas a la alienación universal realmente existente ofrece un panorama en verdad inquietante. El ascenso de partidos fascistas en Europa (especialmente virulento en Grecia, Hungría y Francia) y la organización de la facción del Tea Party dentro del Partido Republicano, con su singular objetivo de privar de fondos y echar el cierre al gobierno en Estados Unidos, son manifestaciones de segmentos profundamente alienados de la población que buscan soluciones políticas. No retroceden ante la violencia y están convencidos de que la única manera de conservar sus amenazadas libertades es buscar una política de dominación total. Esta corriente política está apoyada, y en cierta medida se combina, con respuestas militarizadas cada vez más violentas frente a cualquier movimiento que amenace con romper los muros de esa tolerancia represiva tan vital para la perpetuación de la gubernamentalidad liberal. Se pueden ver los ejemplos de la represión policial injustificablemente violenta del movimiento de Occupy en Estados Unidos; la respuesta incluso más violenta a las protesta pacíficas en Turquía que empezaron en la plaza de Taksim; la actuación policial en la plaza de Syntagma en Atenas, que huele a las tácticas fascistas de Amanecer Dorado; la continua brutalidad policial contra las protestas estudiantiles en Chile; el ataque organizado desde el gobierno contra las manifestaciones convocadas en Bangladés por la falta de seguridad en el trabajo; la militarización de la respuesta a la Primavera Árabe en Egipto; el asesinato de dirigentes sindicales en Colombia y muchos otros ejemplos. Todo esto se produce en medio de una red de vigilancia y control que está creciendo con rapidez, acompañada de una legislación represiva por parte de los aparatos del Estado dirigida a librar una guerra contra el terror y que está dispuesta a considerar cualquier disidencia anticapitalista activa y organizada equivalente a un acto de terrorismo.

Existe un amplio acuerdo tanto entre la extrema izquierda como entre la extrema derecha del espectro político estadounidense de que el sistema estatal, tal y como está constituido actualmente, está extralimitándose en sus poderes y que eso es algo contra lo que hay que luchar. Esto señala una generalizada alienación del sistema estatal que históricamente ha asumido la tarea de tratar de construir un consenso y una cohesión sociales, normalmente a partir de la apelación a una ficción artificial sobre la identidad y unidad nacionales entre facciones e incluso clases. El análisis de la gubernamentalidad efectuado por Foucault resulta útil aquí. El Estado

autocrático, absolutista y centralizado legado al mundo por Europa después de la fase de militarismo fiscal de los siglos XVI y XVII tenía que adaptarse a los principios y prácticas burgueses, lo que significaba la adhesión a la política utópica de un imposible *laissez-faire*. Esta transición se realizó exitosamente en el caso inglés utilizando la libertad como un medio de crear gubernamentalidad (como Amartya Sen más tarde defendió para el mundo en vías de desarrollo). Esto significaba que el Estado capitalista tenía que internalizar limitaciones a sus poderes autocráticos y transferir la producción de consenso a los individuos que funcionaban libremente y que interiorizaban las ideas de cohesión social en torno al Estado-nación. Por encima de todo, tenían que consentir la regulación de la actividad a través de los procedimientos del mercado, mientras se imponían límites precisos al poder centralizado. La política del Tea Party, así como la de los autónomos y anarquistas estadounidenses, converge en el intento de limitar o incluso de destruir el Estado, aunque la derecha lo haga en nombre del puro individualismo y la izquierda en nombre de algún tipo de asociacionismo basado en este último. Lo que es especialmente interesante es cómo el modo de producción existente y sus actuales articulaciones políticas definen tanto los espacios como las estructuras de sus propias formas primarias de oposición. Las prácticas hegemónicas del neoliberalismo, tanto en el escenario político como en el económico, han dado origen a unas formas de oposición descentralizadas y basadas en redes.

Las respuestas específicas de la derecha a la alienación universal es tan comprensible como aterradora en sus implicaciones. No puede decirse, después de todo, que las reacciones de la derecha a este tipo de problemas no hayan tenido tremendas consecuencias históricas en el pasado. ¿No podemos aprender de esa historia y concebir respuestas anticapitalistas más apropiadas para una solución progresista de las contradicciones de nuestro tiempo?

CONCLUSIÓN

PERSPECTIVAS DE UN FUTURO FELIZ PERO DISPUTADO: LA PROMESA DEL HUMANISMO REVOLUCIONARIO

DESDE TIEMPO INMEMORIAL ha habido seres humanos que han creído que podían construir, individual o colectivamente, un mundo mejor que el que habían heredado. Muchos de ellos también llegaron a creer que al hacerlo, sería posible remodelarse a sí mismos como personas diferentes o incluso mejores. Me cuento entre los que creen en ambas proposiciones. En *Rebel Cities*, por ejemplo, defendí que «la cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede separarse de la cuestión de qué tipo de personas queremos ser, qué tipos de relaciones sociales buscamos, qué relaciones con la naturaleza valoramos, qué estilo de vida deseamos, qué valores estéticos sostenemos». El derecho a la ciudad, escribí, es «mucho más que el derecho de acceso individual o grupal a los recursos que la ciudad incorpora: es el derecho a cambiar y reinventar la ciudad siguiendo nuestros anhelos profundos [...]. La libertad de hacernos y rehacernos a nosotros mismos y a nuestras ciudades es [...] uno de los derechos humanos más preciosos y sin embargo más descuidados»[1]. Quizá por esta razón intuitiva, la ciudad ha sido a lo largo de su historia el foco de una inmensa emanación de deseos utópicos para futuros más felices y menos alienantes.

La creencia de que por medio del pensamiento y la acción consciente podemos cambiar para mejor tanto el mundo en que vivimos como a nosotros mismos, se identifica con la tradición humanista. La versión laica de esta tradición coincide y ha sido a menudo inspirada por enseñanzas religiosas sobre la dignidad, la tolerancia, la compasión, el amor y el respeto a los demás. El humanismo, tanto religioso como laico, es una visión del mundo que mide sus logros en términos de la liberación de las potencialidades, las capacidades y las fuerzas humanas. Suscribe la visión aristotélica del florecimiento sin restricciones de los individuos y la construcción del «buen vivir». O como lo define un renacentista contemporáneo, Peter Buffett, un mundo que garantiza a los individuos «el verdadero florecimiento de su naturaleza o la posibilidad de vivir una vida gozosa y de plena realización»[2].

---

[1] David Harvey, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*, cit., p. 4.
[2] Peter Buffett, «The Charitable-Industrial Complex», *The New York Times*, 26 de julio de 2013.

Esta tradición de pensamiento y acción ha sufrido muchos altibajos según los momentos y los lugares, pero parece no desaparecer nunca. Por supuesto, ha tenido que competir con doctrinas más ortodoxas que de manera variable asignan nuestro destino y fortuna a los dioses, a un creador y una deidad específica, a las fuerzas ciegas de la naturaleza, a leyes de la evolución social impuestas por medio de herencias y mutaciones genéticas, por rígidas leyes económicas que dictan el curso de la evolución tecnológica, o a una oscura teleología dictada por el espíritu mundial. El humanismo también tiene sus excesos y su lado oscuro. El carácter de algún modo libertino del humanismo renacentista llevó a uno de sus representantes principales, Erasmo, a preocuparse porque la tradición judeocristiana estaba siendo sustituida por la de Epicuro. El humanismo ha caído a veces en una visión antropocéntrica y prometeica de las capacidades y las fuerzas humanas en relación a todo lo que existe, incluyendo la naturaleza, incluso hasta el punto en el que algunos ilusos creen que nosotros, siendo lo más cercano a Dios, somos *Übermenschen* con derecho a dominar el universo. Esta forma de humanismo se vuelve incluso más perniciosa cuando a determinados grupos de una sociedad no se les considera humanos. Este fue el destino de muchas poblaciones indígenas de las Américas al enfrentarse a los colonizadores. Designados como «salvajes», fueron considerados parte de la naturaleza, no parte de la humanidad. Tales tendencias siguen vivas y activas en ciertos círculos, lo que ha llevado a la feminista radical Catherine MacKinnon a escribir un libro sobre el tema, *Are Women Human?*[3]. Que tales exclusiones tienen, en opinión de mucha gente, un carácter sistemático y genérico en la sociedad moderna viene indicado por la popularidad del planteamiento de Giorgio Agamben del «estado de excepción» en el que tantas personas sobreviven ahora en el mundo (con los habitantes de la Bahía de Guantánamo como ejemplo evidente)[4].

Hay muchas señales contemporáneas de que la tradición humanista ilustrada sigue vivita y coleando, quizá incluso ensayando un retorno. Es el espíritu que evidentemente anima a la multitud de personas empleadas en todo el mundo en ONG y otras instituciones caritativas cuya misión es mejorar las oportunidades vitales y las perspectivas de los menos afortunados. Existen incluso vanos intentos de disfrazar al propio capital con el atuendo humanista, que algunos líderes de empresas quieren denominar capitalismo consciente, y que no es sino una especie de ética emprendedora que se parece sospechosamente al lavado de conciencia aderezado con propuestas sensatas para mejorar la eficacia de los trabajadores simulando

---

[3] Catherine MacKinnon, *Are Women Human?: And Other International Dialogues*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2007.
[4] Giorgio Agamben, *State of Exception*, Chicago, Chicago University Press, 2005 [ed. cast.: *Estado de excepción*, Valencia, Pre-Textos, 2010].

ser buenos con ellos[5]. Todas las barbaridades que suceden se absorben como daños colaterales no intencionados dentro de un sistema económico motivado por las mejores intenciones éticas. Sin embargo, el humanismo es el espíritu que inspira a innumerables personas a dar infatigablemente lo mejor de sí mismas y, a menudo sin recompensa material, a contribuir desinteresadamente al bienestar de otras. Los humanismos cristiano, judío, islámico y budista han generado organizaciones caritativas muy extendidas, así como figuras icónicas como Mahatma Gandhi, Martin Luther King, la madre Teresa y el obispo Tutu. Dentro de la tradición laica, existen muchas variedades de pensamiento y práctica humanistas, que incluyen corrientes explícitas de humanismo cosmopolita, liberal, socialista y marxista. Y por supuesto, filósofos morales y políticos han ideado a través de los siglos innumerables sistemas éticos de pensamiento antagónicos, basados en diversos ideales de justicia, concepciones cosmopolitas y libertades emancipatorias que de vez en cuando han proporcionado eslóganes revolucionarios. «Libertad, igualdad, fraternidad» fue la consigna de la Revolución Francesa. La primera Declaración de Independencia de Estados Unidos, seguida de su Constitución y, quizá incluso más significativamente, ese documento conmovedor llamado la *Bill of the Rights* [Carta de derechos], han jugado todos un papel en la motivación de subsiguientes movimientos políticos y formas constitucionales. Las notables constituciones adoptadas recientemente en Bolivia y Ecuador muestran que sigue vivo el arte de escribir constituciones progresistas como fundamento para regular la vida humana. Y la enorme cantidad de literatura que esta tradición ha generado no se ha perdido para aquellos que han buscado una vida dotada con más sentido. Pensemos simplemente en la influencia pasada de *The Rights of Man* de Tom Paine, o *A Vindication of the Rights of Woman* de Mary Wollstonecraft, en el mundo de habla inglesa, para comprender lo que quiero decir (casi todas las tradiciones del mundo tiene escritos análogos que celebrar).

Hay dos aspectos negativos bien conocidos en toda esta cuestión con los que ya nos hemos topado. El primero es que por muy nobles que sean los sentimientos universales expresados al principio, una y otra vez ha sido difícil evitar que se pervirtiera la universalidad de los anhelos humanistas en beneficio de intereses particulares, facciones y clases. Esto es lo que produce el colonialismo filantrópico del que se queja tan elocuentemente Peter Buffett; lo que tergiversa el noble cosmopolitismo y la búsqueda de la paz perpetua de Kant para convertirlos en una herramienta de dominación cultural imperialista y colonial, representada actualmente por el cosmopolitismo de Hotel Hilton, de la CNN y el viajero frecuente de clase

[5] John Mackey, Rajendra Sisodia y Bill George, *Conscious Capitalism: Liberating the Heroic Spirit of Business*, Cambridge (MA), Harvard Business Review Press, 2013.

ejecutiva. Esto es lo que contamina las doctrinas sobre los derechos humanos consagradas en una declaración de la ONU que prioriza los derechos individuales y la propiedad privada de la teoría liberal a expensas de las relaciones colectivas y las reivindicaciones culturales; lo que convierte los ideales y las prácticas de libertad en una herramienta de gubernamentalidad para la reproducción y la perpetuación de la riqueza y el poder de la clase capitalista. El segundo problema es que el cumplimiento de cualquier sistema de creencias y derechos lleva siempre consigo algún tipo de poder disciplinario, normalmente ejercitado por el Estado o alguna otra autoridad institucionalizada apoyada en la fuerza. Aquí la dificultad es obvia. La declaración de la ONU implica la custodia de los derechos humanos individuales por parte del Estado, cuando el Estado es tan frecuentemente el primero en violar esos derechos.

Resumiendo, la dificultad de la tradición humanista es que no internaliza un correcto entendimiento de sus propias inevitables contradicciones internas, que se muestran con la máxima claridad en la contradicción entre libertad y sometimiento. El resultado es que a menudo las tendencias y los sentimientos humanistas se presentan en la actualidad un tanto a la ligera y como con vergüenza, excepto cuando su posición está apoyada con seguridad por la doctrina y la autoridad religiosas. Como resultado, no existe una defensa contemporánea rotunda de las propuestas o las perspectivas del humanismo laico, a pesar de que existan innumerables obras individuales que suscriben en términos generales la tradición o incluso polemizan en cuanto a sus virtudes obvias (como sucede en el mundo de las ONG). Sus peligrosas trampas y sus contradicciones fundamentales, especialmente en los temas de la coerción, la violencia y la dominación, son rehuidas por ser demasiado delicadas para ser planteadas. El resultado es lo que Frantz Fanon define como «humanitarismo insípido». Hay sobrada evidencia de ello en su reciente recuperación. La tradición burguesa y liberal de humanismo laico produce una base ética sensiblera para la acción moralizante y básicamente ineficaz sobre el triste estado del mundo y para la organización de campañas, igualmente ineficaces, contra las aflicciones de la pobreza crónica y la degradación medioambiental. Probablemente por esta razón, el filósofo francés Louis Althusser lanzó en la década de 1960 su campaña furibunda e influyente para erradicar de la tradición marxista toda mención del humanismo socialista y de la alienación. El humanismo del joven Marx, tal como se expresa en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, argumentó Althusser, estaba separado del Marx científico de *El capital* por una «ruptura epistemológica» que no podemos ignorar. El humanismo marxista, escribió, es pura ideología, teóricamente vacía y políticamente engañosa, incluso peligrosa. La devoción de un marxista convencido y encarcelado durante tanto tiempo, como Antonio Gramsci,

por el «humanismo absoluto de la historia humana» estaba enteramente fuera de lugar, en opinión de Althusser[6].

El enorme incremento en número y naturaleza de las actividades cuasi-delictivas de las ONG humanistas en las últimas décadas parecería apoyar la crítica de Althusser. El crecimiento del complejo caritativo-industrial refleja sobre todo la necesidad de aumentar el «lavado de conciencia» para una oligarquía mundial que duplica su riqueza y poder cada pocos años en medio del estancamiento económico. Su trabajo ha hecho poco o nada a la postre para lidiar con la humillación y el desposeimiento humanos o la degradación medioambiental que proliferan por doquier. Esto es así estructuralmente, porque las organizaciones que luchan contra la pobreza están obligadas a hacer su trabajo sin interferir jamás en la continuación de la acumulación de la riqueza que garantiza su mantenimiento. Si todos los que trabajan en una organización contra la pobreza se convirtieran de la noche a la mañana a una política contra la riqueza pronto nos encontraríamos viviendo en un mundo muy diferente. Muy pocos donantes caritativos, sospecho que ni siquiera Peter Buffett, financiarían eso. Y las ONG, que están ahora en el centro del problema, no lo desearían en ningún caso (aunque muchos individuos dentro del mundo de las ONG sí lo desearían, pero simplemente no pueden).

Entonces, ¿qué tipo de humanismo necesitamos para cambiar progresivamente el mundo mediante la actividad anticapitalista en otra clase de lugar habitado por un tipo diferente de personas?

Creo que existe una necesidad imperiosa de articular un humanismo *revolucionario* laico que pueda aliarse con esos humanismos de base religiosa (más claramente articulados en las versiones protestante y católica de la teología de la liberación así como en movimientos afines de hindúes, islamistas, judíos y las culturas religiosas indígenas) para luchar contra la alienación en sus muchas formas y para librar radicalmente al mundo de sus procesos capitalistas. Hay una tradición fuerte y potente, aunque problemática, de humanismo revolucionario laico tanto con respecto a la teoría como a la práctica política. Es una forma de humanismo que Louis Althusser rechazó de plano, pero que a pesar de su influyente intervención, tiene una expresión poderosa y articulada en las tradiciones marxista y radical, así como en otras. Es muy diferente del humanismo liberal burgués. Rechaza la idea de que haya una «esencia» inamovible o predeterminada de lo que significa ser humano y nos obliga a pensar en profundidad sobre cómo convertirnos en un nuevo tipo de ser humano. Unifica el Marx de

---

[6] Louis Althusser, *The Humanist Controversy and Other Writings*, Londres, Verso, 2003; Peter Thomas, *The Gramscian Moment: Philosophy, Hegemony and Marxism*, Chicago, Haymarket Books, 2010.

El capital con el de los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* y dispara al corazón de las contradicciones que cualquier programa humanista debe estar dispuesto a aceptar si quiere cambiar el mundo. Reconoce claramente que las perspectivas de un futuro feliz para la mayoría siempre se frustran por la inevitabilidad de ordenar la infelicidad de algunos otros. Una oligarquía financiera desposeída, que ya no puede disfrutar de sus almuerzos de caviar y champagne en sus yates amarrados en las Bahamas, se quejará sin duda de su destino y de la disminución de su fortuna en un mundo más igualitario. Como buenos humanistas liberales podemos incluso sentirlo un poco por ellos. Los humanistas revolucionarios se endurecen contra esa forma de pensar. Aunque podamos no aprobar este método implacable de tratar tales contradicciones, tenemos que reconocer la honradez fundamental y la concienciación de sus practicantes.

Consideremos por ejemplo el humanismo revolucionario de alguien como Frantz Fanon. Fanon era un psiquiatra que trabajaba en hospitales en medio de una guerra amarga y violenta contra el colonialismo (reflejada de forma memorable en la película de Pontecorvo *La batalla de Argel*, una película, dicho sea de paso, que el ejército de Estados Unidos utiliza actualmente en su formación contra la insurgencia). Fanon escribió en profundidad sobre la lucha por la libertad y la independencia de los pueblos colonizados contra los colonizadores. Su análisis, aunque sea específico del caso argelino, ilustra el tipo de cuestiones que se presentan en cualquier lucha de liberación, incluyendo las del capital y el trabajo. Pero lo hace en términos dramáticamente descarnados y más fácilmente comprensibles precisamente porque incorpora las dimensiones adicionales de la opresión y la degradación racial, cultural y colonial, que da lugar a una situación revolucionaria muy violenta en la que no parece posible una salida pacífica. La cuestión primordial para Fanon es cómo recuperar un sentido de humanidad tras las prácticas y experiencias deshumanizadoras de la dominación colonial. «Desde el momento en el que tú y tus compañeros sois liquidados como perros –escribe en *Los condenados de la tierra*– no os queda otra opción que utilizar todos los medios disponibles para restablecer vuestra dignidad como seres humanos. Debéis esforzaros lo más posible, por lo tanto, en aplastar el cuerpo de vuestro torturador, para que su mente, que se ha extraviado en alguna parte, pueda recuperar finalmente su dimensión universal». De esta manera «el hombre a la vez pide y reivindica su humanidad infinita». Siempre hay «lágrimas que enjugar, actitudes inhumanas que combatir, formas de expresión condescendientes que eliminar, hombres que humanizar». Para Fanon, la revolución no trataba sólo de la transferencia de poder de un segmento de la sociedad a otro. Suponía la reconstrucción de la humanidad (en el caso de Fanon, una humanidad poscolonial concreta) y un cambio radical en el sentido

otorgado al ser humano. «La descolonización es verdaderamente la creación de seres humanos nuevos. Pero esa creación no puede atribuirse a un poder sobrenatural. La "cosa" colonizada se convierte en un ser humano a través del propio proceso de liberación». Por consiguiente, era inevitable en una situación colonial, argumentaba Fanon, que la lucha por la liberación tuviera que estar planteada en términos nacionalistas. Pero, «si el nacionalismo no es explicado, enriquecido, profundizado, si no se convierte muy rápidamente en una conciencia social y política, en humanismo, entonces lleva a un callejón sin salida»[7].

Por supuesto, Fanon escandaliza a muchos humanistas liberales con su aceptación de una violencia necesaria y su rechazo del compromiso. ¿Cómo, se pregunta, es posible la no violencia en una situación estructurada por la violencia sistemática ejercida por los colonizadores? ¿Qué sentido tiene matar de hambre a la gente con huelgas de hambre? ¿Por qué, como preguntó Herbert Marcuse, deberíamos estar convencidos de las virtudes de la tolerancia hacia lo intolerable? En un mundo polarizado, donde la potencia colonial cataloga al colonizado como subhumano y malo por naturaleza, el compromiso es imposible. «No se negocia con el mal» fue la célebre frase del vicepresidente Dick Cheney. A lo que Fanon tenía una respuesta lista: «La tarea del colonizador es hacer imposibles incluso los sueños de libertad del colonizado. La tarea del colonizado es imaginar todos los métodos posibles para aniquilar al colonizador... La teoría de la "maldad absoluta del colonizador" responde a la teoría de la "maldad absoluta del nativo"». En un mundo tan polarizado no hay perspectivas de negociación o compromiso. Esto es lo que ha mantenido a Estados Unidos e Irán tan distanciados desde la Revolución iraní. «El sector nativo» de la ciudad colonial, señala Fanon, «no es complementario del sector europeo [...]. La ciudad en su conjunto está gobernada con una lógica puramente aristotélica» y sigue los «dictados de la exclusión mutua». Al faltar una relación dialéctica entre los dos, la única forma de saldar las diferencias es por medio de la violencia. «Destruir el mundo colonial significa nada menos que demoler el sector de los colonizadores, enterrándolo profundamente en la tierra o eliminándolo del territorio»[8]. No hay ni pizca de sensiblería en un programa así. Tal y como Fanon observó con claridad:

> Pero resulta que para el pueblo colonizado esta violencia, dado que constituye su única tarea, reviste caracteres positivos, formadores. Esta praxis violenta es totalizadora, porque cada uno se convierte en un eslabón violento de la gran cadena, del gran organismo violento surgido como reacción frente a la violencia primera del colonizador.

---

[7] Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 2005, p. 144 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, Tafalla, Txalaparta, 1999].
[8] *Ibid.*, p. 6.

> [...] Desde el punto de vista de los individuos, la violencia desintoxica. Desembaraza al colonizado de su complejo de inferioridad, de sus actitudes contemplativas o desesperadas. Lo hace intrépido, lo rehabilita ante sus propios ojos. Incluso si la lucha armada ha sido simbólica y se ha desmovilizado por una descolonización rápida, el pueblo tiene el tiempo de convencerse de que la liberación ha sido algo de todos y de cada uno[9].

Pero lo verdaderamente impresionante de *Los condenados de la tierra*, y desde luego hace saltar las lágrimas al leerlo en profundidad y lo convierte en algo tan punzantemente humano, es la segunda parte del libro, que está dedicada a las devastadoras descripciones de los traumas psíquicos de los que, en ambos bandos, se vieron forzados por las circunstancias a participar en la violencia de la lucha de liberación. Ahora sabemos mucho más del daño psíquico sufrido por los soldados estadounidenses y por otros que participaron en acciones militares en Vietnam, Afganistán e Iraq, y del terrible flagelo causado en sus vidas a raíz de los problemas provocados por el estrés postraumático. Esto es lo que Fanon describió con tanta compasión en medio de la lucha revolucionaria contra el sistema colonial en Argelia. Tras la descolonización queda una tarea inmensa por hacer, no sólo para curar las mentes de las almas dañadas, sino también para mitigar lo que Fanon señaló claramente como los peligros de los efectos persistentes (incluso la replicación) de los modos coloniales de pensamiento y de forma de ser. «El sujeto colonizado lucha para acabar con la dominación. Pero debe también asegurarse de que todas las falsedades imbuidas por el opresor sean eliminadas. En un régimen colonial, como el de Argelia, las ideas divulgadas por el colonialismo impactaron no sólo en la minoría europea sino también en los argelinos. La liberación completa involucra a todas las facetas de la personalidad [...]. La independencia no es un ritual mágico, sino la condición indispensable para que los hombres y las mujeres vivan una liberación verdadera, en otras palabras que dominen todos los recursos materiales necesarios para una transformación radical de la sociedad»[10].

No planteo la cuestión de la violencia aquí, como tampoco hizo Fanon, porque yo esté o él estuviera a favor de su uso. El la destacó porque la lógica de las situaciones humanas se deteriora a menudo hasta un punto en el que no cabe otra opción. Incluso Gandhi lo reconoció. Pero la opción tiene potencialmente consecuencias peligrosas. El humanismo revolucionario tiene que ofrecer algún tipo de respuesta filosófica ante esta dificultad, algún alivio ante la presencia de las tragedias incipientes. Aunque la tarea humanista fundamental pueda ser, tal como observó Esquilo hace 2500 años, «domar la ferocidad del hombre y hacer agradable la vida de este mundo», esto no puede llevarse a cabo sin enfrentarse y solventar la

---

[9] *Ibid.*, p. 51.
[10] *Ibid.*, p. 144.

inmensa violencia que sostiene al orden colonial y neocolonial. Esto es a lo que Mao y Ho Chi Minh tuvieron que enfrentarse, lo que Che Guevara intentó conseguir, y contra lo que una gran cantidad de líderes políticos y pensadores inmersos en conflictos poscoloniales ha actuado con total convicción tanto de palabra como en la práctica, entre otros Amilcar Cabral de Guinea-Bisáu, Julius Nyerere de Tanzania, Kwame Nkrumah de Ghana, y Aimé Césaire, Walter Rodney, C.L.R. James y muchos otros.

Pero, ¿es acaso el orden social del capital diferente en esencia de sus manifestaciones coloniales? Ciertamente, ese orden ha intentado distanciarse en la metrópoli del cálculo cruel de la violencia colonial (describiéndola como algo que debe necesariamente ser aplicado a los otros no civilizados «allí lejos» por su propio bien). Tenía que disimular en casa la inhumanidad demasiado flagrante que demostraba en el extranjero. «Allí lejos» las cosas podían taparse y esconderse. Por ejemplo, sólo ahora se reconoce enteramente la violencia atroz de la supresión británica del movimiento Mau Mau en Kenia en la década de 1960. Cuando el capital se aproxima a esa inhumanidad en casa, provoca normalmente una respuesta similar a la de los colonizados. Hasta el punto de que cuando adoptó la violencia racista, como lo hizo en Estados Unidos, produjo movimientos como los Panteras Negras y la Nación del Islam y líderes como Malcolm X y, en su última época, Martin Luther King, que señalaron la conexión entre raza y clase y sufrieron sus consecuencias. Pero el capital aprendió la lección. Cuanto más se entrelazan completa y perfectamente raza y clase, más rápido arde la mecha de la revolución. Lo que Marx deja prístinamente claro en *El capital* es la violencia cotidiana que constituye la dominación del capital sobre el trabajo tanto en el mercado como en el acto de producción así como en el terreno de la vida cotidiana. Resulta sencillísimo recoger las descripciones de las condiciones laborales actuales, por ejemplo, en las fábricas de componentes electrónicos de Shenzhen, en las fábricas de ropa de Bangladés, o en los talleres y pequeñas fábricas de trabajo esclavo de Los Ángeles e insertarlas en el capítulo clásico de Marx sobre «la jornada laboral» incluido en *El capital* y no notar ninguna diferencia. Qué chocantemente fácil es coger las condiciones actuales de vida de las clases obreras, los marginados y los desempleados en Lisboa, Sao Paulo y Yakarta y compararlas con la descripción clásica de Engels de 1844 reflejada en su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y encontrar muy poca diferencia sustancial[11].

El privilegio de clase y el poder oligárquico capitalistas están llevando al mundo en una dirección similar en todas partes. El poder político apoyado por la vigilancia intensificada está utilizando la violencia policial y militar

[11] Frederick Engels, *The Condition of the Working Class in England*, Londres, Cambridge University Press, 1962 [ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 1976].

para atacar el bienestar de poblaciones enteras que se consideran prescindibles y desechables. A diario somos testigos de la deshumanización sistemática de las personas desechables. El implacable poder de la oligarquía se ejerce ahora por medio de una democracia totalitaria dirigida a desbaratar, fragmentar y suprimir inmediatamente cualquier movimiento político coherente contra la riqueza (como Occupy). La arrogancia y el desdén con los que los ricos consideran a los que son menos afortunados que ellos, incluso cuando, especialmente cuando, pugnan entre ellos de puertas adentro para demostrar quién es el más caritativo de todos, son hechos notables de nuestra situación presente. El «abismo de empatía» entre la oligarquía y el resto es inmensa y va en aumento. Los oligarcas confunden rentas superiores con valor humano superior y toman su éxito económico como evidencia de su superior conocimiento del mundo en lugar de atribuirlo a su dominio superior de los trucos contables y las sutilezas legales. No saben cómo atender a la situación difícil del mundo que nos aflige, porque no pueden reconocer y voluntariamente no reconocerán su papel en la construcción de esas dificultades. Ni ven ni pueden ver sus propias contradicciones. Los milmillonarios hermanos Koch donan caritativamente a una universidad como el MIT, incluso hasta el grado de construir una guardería bellísima para el personal de la institución, mientras que simultáneamente prodigan millones sin cuento en apoyo financiero a un movimiento político (liderado por la facción del Tea Party) en el Congreso de Estados Unidos que recorta los bonos de comida y deniega las ayudas sociales, los suplementos para nutrición y los servicios de guardería a millones de personas que viven en una situación de pobreza absoluta o muy próximas a ella.

En este clima político, las erupciones violentas e imprevisibles que están ocurriendo en todo el mundo de manera episódica (de Turquía y Egipto a Brasil y Suecia, sólo en 2013) se parecen cada vez más a los primeros temblores antes del terremoto que se avecina y que hará que las luchas revolucionarias poscoloniales de la década de 1960 parezcan un juego de niños. Si al capital le llega su fin, vendrá de ahí seguramente y es poco probable que sus consecuencias inmediatas sean felices para nadie. Es lo que Fanon enseña con toda claridad.

La única esperanza es que la masa de la humanidad vea el peligro antes de que la podredumbre llegue demasiado lejos y el daño humano y medioambiental sea demasiado grande para tener cura. En vista de lo que el Papa Francisco apoda acertadamente «la globalización de la indiferencia», las masas globales deben, tal como señala Fanon tan certeramente, «primero decidir despertarse, ponerse a pensar y dejar de representar el irresponsable papel de la bella durmiente»[12]. Si la bella durmiente se despierta a tiempo,

[12] F. Fanon, *The Wretched of the Earth*, cit., p. 62.

entonces podríamos asistir a un final más parecido a un cuento da hadas. El «humanismo absoluto de la historia humana», escribió Gramsci, «no tiene como objetivo la resolución pacífica de las contradicciones existentes en la historia y la sociedad, sino que es la auténtica teoría de esas contradicciones». La esperanza está latente en ellas, dijo Bertolt Brecht. Como hemos visto, existen suficientes contradicciones imperiosas dentro del campo del capital para abrigar muchos motivos para la esperanza.

EPÍLOGO

IDEAS PARA LA ACCIÓN POLÍTICA

¿QUÉ NOS SUGIERE este análisis exhaustivo de las contradicciones del capital para la acción política anticapitalista? Por supuesto, no puede revelarnos exactamente qué hacer en medio de luchas enconadas y siempre complicadas sobre tal o cual cuestión existentes sobre el terreno, pero sí nos ayuda a señalar una dirección general para la lucha anticapitalista incluso simplemente por que plantea y fortalece la opción de la política anticapitalista. Cuando los encuestadores hacen su pregunta favorita, «¿Cree usted que el país avanza en la dirección adecuada?», se presupone que la gente tiene alguna noción de cuál debe ser la dirección adecuada. Entonces, los que creemos que el capital avanza en la dirección equivocada ¿cuál es la dirección que consideramos correcta, y cómo podríamos evaluar el progreso hacia la consecución de esos objetivos? ¿Y cómo podríamos presentarlos como propuestas modestas y sensatas (que es lo que en realidad son) en comparación con las formulaciones absurdas que se proponen para aumentar los poderes del capital como respuesta a las necesidades apremiantes de la humanidad? Aquí se representan algunas directrices (derivadas de las diecisiete Contradicciones) para encuadrar y, esperemos que también, animar a la acción política. Deberíamos luchar por conseguir un mundo en el que:

1. La provisión directa para todas las personas de valores de uso apropiados (vivienda, educación, seguridad alimentaria, etc.) tiene prioridad a su provisión por medio de un sistema de mercado que maximiza las ganancias, concentra los valores de cambio en unas pocas manos privadas y adjudica los bienes sobre la base de la capacidad de pago.

2. Es preciso crear un medio de cambio que facilite la circulación de los bienes y servicios, pero limite o excluya la posibilidad de que individuos privados acumulen dinero como forma de poder social.

3. La oposición entre propiedad privada y poder del Estado se desplaza tanto como sea posible por medio de regímenes de derechos sobre lo

común –haciendo especial hincapié en el conocimiento humano y la tierra como los bienes comunes más cruciales que poseemos– cuya creación, gestión y protección queda en manos de asambleas y asociaciones populares.

4. La apropiación de poder social por parte de personas privadas no sólo se inhibe por medio de barreras económicas y sociales, sino que se convierte en algo muy mal visto universalmente y considerado una desviación patológica.

5. La oposición de clase entre capital y trabajo se disuelve por medio de productores asociados que deciden libremente qué, cómo y cuándo producirán en colaboración con otras asociaciones y con el objetivo de la satisfacción de las necesidades sociales comunes.

6. La vida cotidiana se ralentiza –la locomoción será placentera y lenta– para maximizar el tiempo dedicado a las actividades libres llevadas a cabo en un entorno estable y bien cuidado, protegido de episodios espectaculares de destrucción creativa.

7. Las poblaciones asociadas evalúan y se comunican sus necesidades sociales mutuas para proporcionar el criterio de sus decisiones de producción (a corto plazo, las consideraciones relativas a la realización dominan las decisiones relativas a la producción).

8. Se crean nuevas tecnologías y formas organizativas que aligeran la carga de todas las formas de trabajo social, eliminan distinciones innecesarias en las divisiones técnicas del trabajo, liberan tiempo para actividades libres individuales y colectivas y disminuyen la huella ecológica de las actividades humanas.

9. Las divisiones técnicas del trabajo se reducen por medio del uso de la automatización, la robotización y la inteligencia artificial. Las divisiones técnicas del trabajo residuales que se consideren esenciales se disocian lo máximo posible de las divisiones sociales del trabajo. Las funciones de administrar, liderar y dictar estrategias deben ser rotativas entre los individuos de toda la población. Nos liberamos del gobierno de los expertos.

10. El monopolio y el poder centralizado sobre el uso de los medios de producción es conferido a las asociaciones populares por medio de las cuales las capacidades competitivas descentralizadas de los individuos y grupos sociales se movilizan para producir diferenciaciones en las innovaciones técnicas, sociales, culturales y de estilo de vida.

11. Existe la mayor diversificación posible en cuanto a las formas de vida y de ser, las relaciones sociales y relaciones con la naturaleza, los hábitos culturales y las creencias dentro de las asociaciones territoriales, comunas y colectivos. Se haya garantizado el movimiento geográfico libre y sin restricciones pero

ordenado de los individuos dentro de los territorios y entre las comunas. Los representantes de las asociaciones se reúnen con regularidad para evaluar, planificar y llevar a cabo tareas comunes y para tratar los problemas comunes a distintas escalas: biorregional, continental y global.

12. Se abolen todas las desigualdades en la provisión material, excepto las implícitas en el principio de «a cada uno de acuerdo con sus necesidades y de cada uno de acuerdo a sus capacidades».

13. La distinción entre el trabajo necesario hecho para personas distantes y el trabajo llevado a cabo para la reproducción de uno mismo, el entorno doméstico y la comuna se desdibuja gradualmente, de forma que el trabajo social se integra en el trabajo doméstico y comunal, y ambos se convierten en la forma principal de trabajo social no alienante y no monetizado.

14. Todas las personas deberán tener el mismo derecho a la educación, la atención sanitaria, la vivienda, la seguridad alimentaria, los bienes básicos y al acceso abierto al transporte con el fin de asegurar la base material para no encontrarse en situación de necesidad y gozar de libertad de acción y movimiento.

15. La economía converge hacia el crecimiento cero (aunque con margen para desarrollos geográficos desiguales) en un mundo en el que el desarrollo mayor posible de las capacidades y las potencialidades humanas individuales y colectivas y la búsqueda continua de la novedad prevalecen como normas sociales que desplazan la manía del crecimiento exponencial sin fin.

16. La apropiación y la producción de las energías naturales para las necesidades humanas debe acelerarse, pero con la máxima consideración hacia la protección de los ecosistemas, prestando la máxima atención al reciclaje de los nutrientes, la energía y la materia física en sus lugares de procedencia y con un grandioso sentido de reencantamiento con la belleza del mundo natural, del que somos parte y al que podemos contribuir, y contribuimos con nuestros trabajos.

17. Los seres humanos no alienados y las personas creativas no alienadas emergen equipadas con un sentido nuevo y con plena confianza en sí mismos y en la colectividad. Como resultado de la experiencia de las relaciones sociales íntimas y contraídas libremente y de la empatía con las diferentes formas de vida y producción, emergerá un mundo donde todos estén considerados igualmente merecedores de dignidad y respeto, incluso si surgen conflictos sobre la definición apropiada del buen vivir. Este mundo social evolucionará continuamente por medio de las revoluciones permanentes y en marcha de las capacidades y potencialidades humanas. La búsqueda perpetua de la novedad continua.

Ninguna de estas directrices, huelga decirlo, trasciende o sustituye la importancia de librar la guerra contra el resto de formas de discriminación, opresión y represión violenta presentes sistémicamente en el capitalismo. Por la misma razón, ninguna de estas otras luchas debería trascender o sustituir a la guerra contra el capital y sus contradicciones. Evidentemente, se necesitan alianzas de intereses.

BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS LECTURAS

Agamben, Giorgio, *State of Exception*, Chicago, Chicago University Press, 2005 [ed. cast.: *Estado de excepción*, Valencia, Pre-Textos, 2010].

Althusser, Louis, «Contradiction and Overdetermination» (1964); althusser_over-determination_nlr41. pdf.

—, *The Humanist Controversy and Other Writings*, Londres, Verso, 2003.

Arendt, Hannah, *Between Past and Future. Eight Exercises in Political Thought,* Londres, Penguin, 2009 [ed. cast.: *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona, Península, 2003].

Armstrong, Philip, Glynn, Andrew y Harrison, John, *Capitalism Since World War II: The Making and Breaking of the Long Boom*, Oxford, Basil Blackwell, 1991.

Arrighi, Giovanni, «Towards a Theory of Capitalist Crisis», *New Left Review* I/111, septiembre-octubre de 1978.

—, *The Long Twentieth Century*, Londres, Verso, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 2014].

—, *Adam Smith in Beijing*, Londres, Verso, 2010 [ed. cast.: *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2007].

Arthur, W. Brian, *The Nature of Technology: What It Is and How It Evolves*, Nueva York, Free Press, 2009.

Atkinson, Anthony y Piketty, Thomas, *Top Incomes: A Global Perspective*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

Baran, Paul y Sweezy, Paul, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capitalismo monopolista*, Barcelona, Anagrama, 1969].

Becker, Gary, *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*, Chicago, University of Chicago Press, 1994 [ed. cast.: *El capital humano*, Madrid, Alianza, 1983].

Bookchin, Murray, *The Philosophy of Social Ecology. Essays on Dialectical Naturalism*, Montreal, Black Rose Books, 1990.

Bourdieu, Pierre, «The Forms of Capital», en J. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York, Greenwood, 1986.

Bowles, Samuel y Gintis, Herbert, «The Problem with Human Capital Theory: A Marxian Critique», *American Economic Review*, vol. 65, núm. 2, 1975.

Braudel, Fernand, *Capitalism and Material Life, 1400-1800*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1973 [ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, s. XV-XVIII*, Madrid, Alianza, 1984].

Braverman, Harry, *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

Buffett, Peter, «The Charitable-Industrial Complex», *The New York Times*, 26 de julio de 2013.

Chandler, Alfred, *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1993 [ed. cast.: *La mano visible. La revolución de la gestión en la empresa norteamericana*, Barcelona, Belloch, 2008].

Clarke, Simon (ed.), *The State Debate*, Londres, Macmillan, 1991.

Cleaver, Harry, *Reading Capital Politically*, Austin, University of Texas Press, 1979.

Debord, Guy, *The Society of the Spectacle*, Kalamazoo, Black & Red, 2000 [ed. cast.: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pre-Textos, 2012].

Eagleton, Terry, *Why Marx Was Right*, New Haven, Yale University Press, 2011 [ed. cast.: *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Península, 2011].

Edsall, Thomas, «No More Industrial Revolutions», *The New York Times*, 15 de octubre de 2012.

Eisenstein, Charles, *Sacred Economics. Money, Gift and Society in the Age of Transition*, Berkeley (CA), Evolver Editions, 2011.

Engels, Frederick, *The Condition of the Working Class in England*, Londres, Cambridge University Press, 1962 [ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Akal, 1976].

Fanon, Frantz, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 2005 [ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, Tafalla, Txalaparta, 1999].

Ford, Martin, *The Lights in the Tunnel. Automation, Accelerating Technology and the Economy of the Future*, USA, Acculant™ Publishing, 2009.

Foster, John Bellamy, *Marx's Ecology. Materialism and Nature*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000 [ed. cast.: *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004].

Foucault, Michel, *The Birth of Biopolitics. Lectures at the College de France, 1978-1979*, Nueva York, Picador, 2008 [ed. cast.: *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal, 2012].

Gesell, Silvio, *The Natural Economic Order* (1916); http:www.archive.org/details/TheNatural EconomicOrder [ed. cast.: *El dinero tal cual es. El orden económico natural*, Rota, Hurqualya, 2008].

Glyn, Andrew, and Sutcliffe, Robert, *British Capitalism. Workers and the Profit Squeeze*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

Gordon, Robert, «Is U.S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», Cambridge (MA), National Bureau of Economic Research, 2012.

Gorz, André, *Critique of Economic Reason*, Londres, Verso, 1989 [ed. cast.: *Crítica de la razón productivista. Antología*, Madrid, Libros de la Catarata, 2008].

—, *The Immaterial*, Nueva York y Chicago, Seagull, 2010.

Gramsci, Antonio, *The Prison Notebooks*, Londres, NLR Books, 1971 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, 6 vols., México DF, Ediciones Era, 1981-1989].

Greco, Thomas, *The End of Money and the Future of Civilization*, White River Junction (VT), Chelsea Green Publishing, 2009.

Greider, William, *Secrets of the Temple. How the Federal Reserve Runs the Country*, Nueva York, Simon and Schuster, 1989.

Habermas, Jürgen, *The Theory of Communicative Action. Volume 2: Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason*, Boston, Beacon Press, 1985 [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Trotta, 2010].

Hardt, Michael y Negri, Antonio, *Commonwealth*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2009 [ed. cast.: *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011].

Hart, Keith, «Notes Towards an Anthropology of Money», *Kritikos*, vol. 2, 2005.

Harvey, David, *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford, Basil Blackwell, 1996.

—, *Spaces of Capital*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2002 [ed. cast.: *Espacios del capital*, Madrid, Akal, 2014].

—, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2013].

—, *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*, Nueva York, Columbia University Press, 2009.

—, *The Enigma of Capital*, Londres, Profile Books, 2010 [ed. cast.: *El enigma del capital*, Madrid, Akal, 2013].

—, *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, Londres, Verso, 2013 [ed. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013].

—, *A Companion to Marx's Capital*, Volume Two, Londres, Verso, 2013 [ed. cast.: *Guía de El capital de Marx 1*, Madrid, Akal, 2014].

Heidegger, Martin, *Discourse on Thinking*, Nueva York, Harper Press, 1966 [ed. cast.: *Serenidad*, Barcelona, Serbal, 2002].

Hill, Christopher, *The World Turned Upside Down. Radical Ideas During the English Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1984 [ed. cast.: *Mundo transtornado. Ideario popular extremista en la revolución inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1983].

Hudson, Michael, *The Bubble and Beyond*, Dresde, Islet, 2012.

Jacobs, Jane, *The Economy of Cities*, Nueva York, Vintage, 1969 [ed. cast.: *La economía de las ciudades*, Barcelona, Edicions 62, 1975].

Jay, Martin, *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Boston (MA), Beacon Press, 1973 [ed. cast.: *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1988].

Katz, Cindi, «Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction», *Antipode*, vol. 33, núm. 4, 2001.

Keynes, John Maynard, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Nueva York, Harcourt Brace, 1964 [ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Barcelona, RBA, 2004].

—, *Essays in Persuasion*, Nueva York, Classic House Books, 2009 [ed. cast.: *Ensayos de persuasión*, Madrid, Síntesis, 2009].

Klein, Naomi, *The Shock Doctrine. The Rise of Disaster Capitalism*, Nueva York, Metropolitan Books, 2009 [ed. cast.: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2012].

Lefebvre, Henri, *The Production of Space*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

—, *Critique of Everyday Life*, Londres, Verso, 1991 [ed. cast.: *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza, 1984].

Leiss, William, *The Domination of Nature*, Boston (MA), Beacon Press, 1974.

Lewis, Michael, *The Big Short. Inside the Doomsday Machine*, Nueva York, Norton, 2010 [ed. cast.: *La gran apuesta*, Barcelona, Debate, 2013].

McEvoy, Arthur, *The Fisherman's Problem. Ecology and Law in the CaliforniaFisheries, 1850–1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Mackey, John, Sisodia, Rajendra y George, Bill, *Conscious Capitalism. Liberating the Heroic Spirit of Business*, Cambridge (MA), Harvard Business Review Press, 2013.

MacKinnon, Catherine, *Are Women Human? And Other International Dialogues*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2007.

McKinsey Global Institute, «The World at Work: Jobs, Pay and Skills for 3.5 Billion People», *Report of the McKinsey Global Institute*, 2012.

Maddison, Angus, *Phases of Capitalist Development*, Oxford, Oxford University Press, 1982.

—, *Contours of the World Economy, 1-2030 AD*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

Malthus, Thomas, *An Essay on the Principle of Population*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 [ed. cast.: *Ensayo sobre el principio de la población*, Madrid, Akal, 1990].

Mao Zedong, *Collected Works of Chairman Mao*, *volume 3: On Policy, Practice and Contradiction*, El Paso (TX), El Paso Norte Press, 2009 [ed. cast.: *Sobre la contradicción*, Madrid, Brumaria, 2012].

Martin, Randy, *Financialization of Daily Life*, Philadelphia, Temple University Press, 2002.

Marx, Karl, *The Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, New York, International Publishers, 1964 [ed. cast.: *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 2010].

—, *Theories of Surplus Value*, Parte 2, Londres, Lawrence and Wishart, 1969 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, Barcelona, Crítica, 1977].

—, *Karl Marx: Early Texts*, David McLellan (ed.), Oxford, Basil Blackwell, 1972 [ed. cast.: *La cuestión judía*, Barcelona, Anthropos, 2009].

—, *Grundrisse*, Harmondsworth, Penguin, 1973 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI, 1976].

—, *Capital*, vols. 1, 2 y 3, Harmondsworth, Penguin, 1976, 1978, 1981 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2000].

Mészáros, István, *Marx's Theory of Alienation*, Londres, Merlin Press, 1970.

Milanovic, Branko, *Worlds Apart. Measuring International and Global Inequality*, Princeton, Princeton University Press, 2005 [ed. cast.: *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*, Madrid, Sistema, 2006].

Mitchell, Timothy, *The Rule of Experts. Egypt, Techno-Politics, Modernity*, Berkeley, University of California Press, 2002.

Myrdal, Gunnar, *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, Londres, Duckworth, 1957.

Naess, Arne, *Ecology, Community and Lifestyle*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

Nelson, Anitra y Timmerman, Frans (eds.), *Life without Money: Building Fair and Sustainable Economies*, Londres, Pluto, 2011.

Norton, Michael y Ariely, Dan, «Building a Better America – One Wealth Quintile at a Time», *Perspectives on Psychological Science*, Vol. 6, 2011.

Ollman, Bertell, *The Dance of the Dialectic. Steps in Marx's Method*, Champagne (IL), University of Illinois Press, 2003.

Oxfam, «The Cost of Inequality: How Wealth and Income Extremes Hurt Us All», Oxfam Media Briefing, 18 de enero de 2013 [ed. cast.: «El coste de la desigualdad: cómo la riqueza y los ingresos extremos nos dañan a todos»d, Oxfamblogs.org/lac].

Peet, Richard, Robbins Paul y Watts, Michael, *Global Political Ecology*, Nueva York, Routledge, 2011.

Piketty, Thomas y Saez, Emmanuel, «Top Incomes and the Great Recession», *IMF Economic Review*, vol. 61, 2013.

Polanyi, Karl, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 1957 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989].

Ratcliffe, Roy, *Revolutionary Humanism and the Anti-Capitalist Struggle*, distribuido por el autor, Beech Hill House, Morchard Bishop, EX17 6RF, 2003.

Reclus, Elisée, *Anarchy, Geography, Modernity*, John P. Clark y Camille Martin (eds.), Oxford, Lexington Books, 2004.

Reich, Robert, *The Work of Nations. Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism*, Nueva York, Vintage, 1992 [ed. cast.: *Business class. El trabajo de las naciones*, Madrid, J. Vergara, 1993].

Rousseau, Jean-Jacques, *The Social Contract*, Oxford, Oxford University Press, 2008 [ed. cast.: *El contrato social*, Madrid, Taurus, 2012].

Sabin, Paul, *The Bet. Paul Ehrlich, Julian Simon, and Our Gamble over Earth's Future*, New Haven, Yale University Press, 2013.

Sassower, Raphael, *Postcapitalism. Moving Beyond Ideology in America's Economic Crises*, Boulder (CO), Paradigm Publishers, 2009.

Schumpeter, Joseph, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, Routledge,1942 [ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984].

Seabright Paul (ed.), *The Vanishing Rouble. Barter Networks and Non-Monetary Transactions in Post-Soviet Societies*, Londres, Cambridge University Press, 2000.

Sen, Amartya, *Development as Freedom*, Nueva York, Anchor Books, 2000 [ed. cast.: *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000].

Smith, Neil, *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*, Oxford, Basil Blackwell, 1984.

—, «Nature as Accumulation Strategy», *Socialist Register*, 2007.

Stiglitz, Joseph, *The Price of Inequality*, Nueva York, Norton, 2013 [ed. cast.: *El precio de la desigualdad*, Madrid, Taurus, 2012].

Storrs, Christopher (ed.), *The Fiscal Military State in Eighteenth Century Europe*, Aldershot, Ashgate, 2009.

Thomas, Peter, *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism*, Chicago, Haymarket Books, 2010.

Toffler, Alvin, *The Third Wave. The Classic Study of Tomorrow*, Nueva York, Bantam, 1980 [ed. cast.: *La tercera ola*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992].

Veblen, Thorstein, *The Theory of the Leisure Class*, Nueva York, Oxford University Press, 2009. [ed. cast.: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza, 2013].

Wallerstein, Immanuel, Collins, Randall, Mann, Michael, Derluguian, Georgi y Calhoun, Craig, *Does Capitalism Have a Future?*, Oxford, Oxford University Press, 2013.

Whitehead, Alfred North, *Process and Reality*, Nueva York, Free Press, 1969.

Wolff, Robert, Moore, Barrington y Marcuse, Herbert, *A Critique of Pure Tolerance. Beyond Tolerance, Tolerance and the Scientific Outlook, Repressive Tolerance*, Boston, Beacon Press, 1969 [ed. cast.: *Crítica de la tolerancia pura*, Barcelona, Edicions 62, 1970].

Wright, Melissa, *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*, Nueva York, Routledge, 2006.



